La campana de cristal

Sylvia Plath

Única obra narrativa de la gran poeta norteamericana, ésta es una novela sobre la adolescencia, un retrato de la artista adolescente y de las dificultades que debe salvar para encontrar un lugar propio en un mundo plagado de hostilidades.



Sylvia Plath

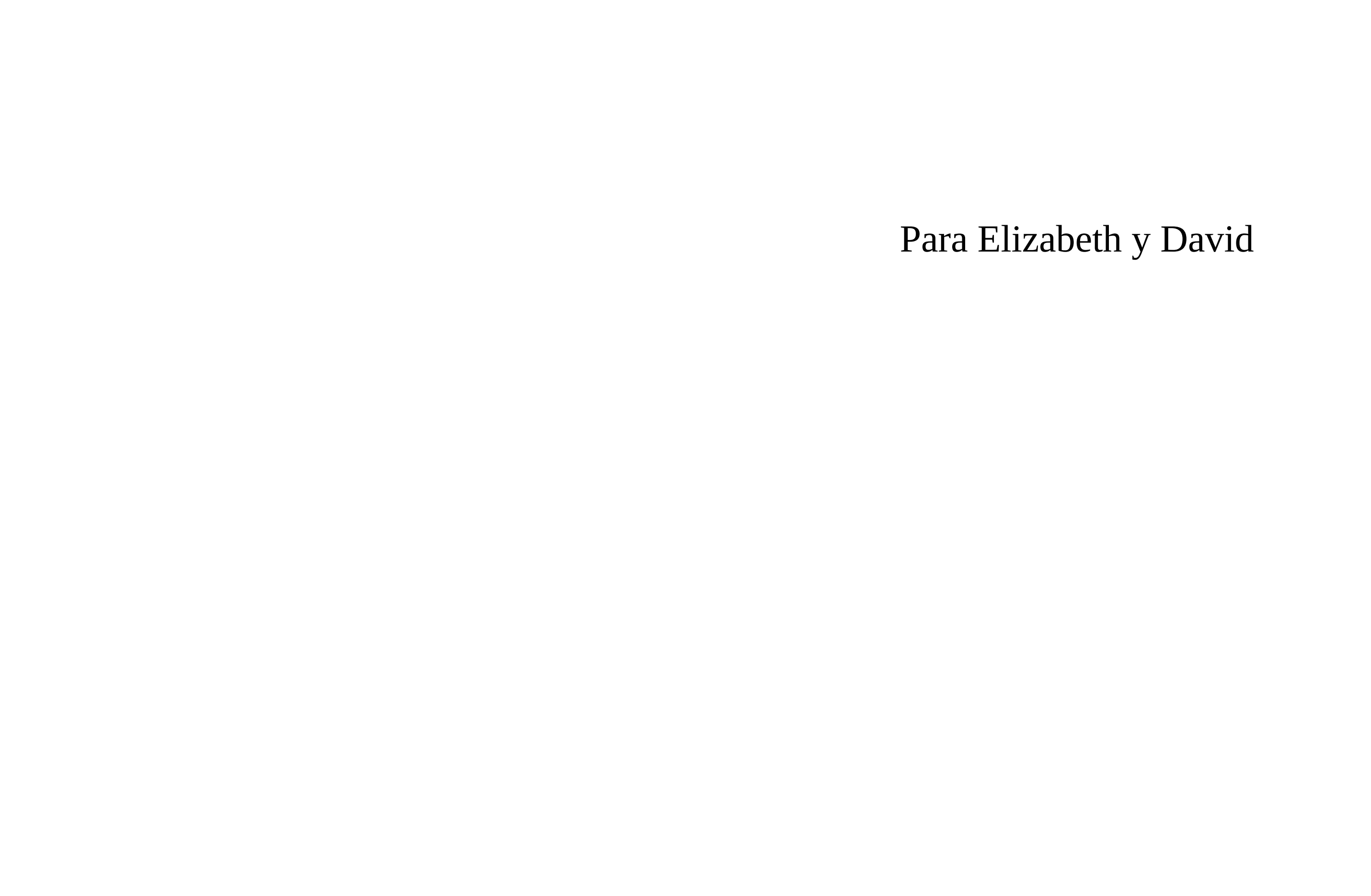
La campana de cristal

ePub r1.3
Titivillus 13.09.17

Título original: *The Bell Jar*
Sylvia Plath, 1963
Traducción: María Elena Rius

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





Para Elizabeth y David

CAPÍTULO UNO

Era un verano extraño, sofocante, el verano en que electrocutaron a los Rosenberg y yo no sabía qué estaba haciendo en Nueva York. Les tengo manía a las ejecuciones. La idea de ser electrocutada me pone mala, y eso era lo único que se podía leer en los periódicos, titulares que como ojos saltones me miraban fijamente en cada esquina y en cada entrada al Metro, mohosas e invadidas por el olor de los cacahuetes. No tenía nada que ver conmigo, pero no podía evitar preguntarme qué se sentiría al ser quemado vivo de la cabeza a los pies.

Pensé que debía de ser la cosa más terrible del mundo.

Nueva York era bastante desagradable. A las nueve de la mañana la falsa frescura campestre que de algún modo rezumaba durante la noche, se evaporaba como la parte final de un dulce sueño. Color gris espejismo en el fondo de sus desfiladeros de granito, las calles calientes reverberaban al sol, mientras las capotas de los coches se chamuscaban y brillaban y el polvo seco y ceniciento se me metía en los ojos y en la garganta.

Seguí oyendo hablar de los Rosenberg por la radio y en la oficina hasta que ya no pude apartarlos de mi mente. Era como la primera vez que vi un cadáver.

Durante semanas, la cabeza del cadáver —o lo que quedaba de ella— flotó entre los huevos con tocino de mi desayuno y detrás del rostro de Buddy Willard, principal responsable en principio de que lo hubiera visto, y no tardé en tener la sensación de llevar conmigo la cabeza del cadáver atada con una cuerda, como una especie de globo negro sin nariz que hediera a vinagre.

Sabía que algo raro me pasaba ese verano porque lo único en que podía pensar era en los Rosenberg y en lo estúpida que había sido al comprar toda

esa ropa cara e incómoda que colgaba floja como pescado en mi armario, y en cómo todos los pequeños éxitos tan alegremente acumulados en el colegio se apagaban hasta quedar reducidos a nada ante las fachadas de mármol pulido y grandes ventanales de Madison Avenue.

Se suponía que lo estaba pasando como nunca.

Se suponía que yo era la envidia de millares de otras universitarias quienes no deseaban otra cosa que andar tropezando en esos mismos zapatos de charol negro, número siete, que yo había comprado en Bloomingdale, en la hora del almuerzo, junto con un cinturón de charol negro y un bolso de charol negro que hacían juego. Y cuando mi fotografía apareció en la revista para la cual trabajábamos las doce —tomando *martinis*, con un cuerpo de vestido más bien corto confeccionado en imitación de *lamé* plateado, sobre una grande, enorme nube de tul blanco, en cualquiera de los Starlight Roofs, en compañía de unos cuantos jóvenes anónimos con estructura ósea de atletas norteamericanos, contratados o prestados para la ocasión—, todo el mundo debió de pensar que yo estaba en el centro de un verdadero torbellino.

Miren lo que puede ocurrir en este país, dirían. Una chica vive durante diecinueve años en un pueblo ignorado, tan pobre que no puede siquiera comprar una revista, y entonces gana una beca para la universidad, un premio aquí, otro allá, y termina conduciendo Nueva York como si fuera su propio coche.

Sólo que yo no conducía nada, ni siquiera a mí misma. No hacía más que saltar de mi hotel al trabajo y a fiestas y de las fiestas al hotel y de nuevo al trabajo, como si fuera un tranvía entumecido. Creo que tenía que estar tan emocionada como la mayoría de las demás chicas, pero no lograba reaccionar. Me sentía muy tranquila y muy vacía, como debe de sentirse el ojo de un tornado que se mueve con ruido sordo en medio del estrépito circundante.

***

Éramos doce en el hotel.

Todas habíamos ganado un concurso de una revista de modas escribiendo ensayos, cuentos, poemas y reportajes sobre modas, y como premio nos dieron empleos en Nueva York durante un mes, con los gastos pagados y montones y montones de extras gratis, tales como entradas para el *ballet*, pases para desfiles de modas, peinados en un salón de belleza famoso y caro, y oportunidades de conocer a gente que había triunfado en el campo de nuestra elección, y consejos sobre qué hacer con nuestro tipo de cutis.

Todavía conservo el estuche de maquillaje que me dieron, especial para personas de ojos y cabellos castaños: un cuenquillo oblongo lleno de rímel marrón con un cepillito, uno redondo con sombra azul para los ojos, lo bastante grande para untarte la punta del dedo, y tres lápices labiales que iban desde el rojo al rosado, todo dentro de la misma cajita dorada con un espejo adosado. También guardo una funda de plástico para lentes de sol, con conchas de colores y cequíes, y una estrella de mar de plástico verde cosida.

Comprendí que recibíamos continuamente esos regalos porque les servía de propaganda a las firmas patrocinantes, pero yo no podía ser cínica. Me divertía muchísimo con todos esos regalos que nos llovían. Durante mucho tiempo los escondí, pero luego, cuando volví a estar bien, los saqué y todavía los tengo por casa. Uso los lápices labiales de vez en cuando, y la semana pasada separé la estrella de mar de plástico de la funda de los lentes para que el bebé jugara con ella.

Así pues, éramos doce en el hotel, en el mismo piso y en la misma ala, en habitaciones individuales una junto a la otra, lo que me recordaba mi dormitorio del colegio. No era un hotel exactamente; quiero decir un hotel donde hay tanto hombres como mujeres mezclados en el mismo piso.

Este hotel —el «Amazonas»— era sólo para mujeres, y en su mayoría eran chicas de mi edad con padres ricos que deseaban estar seguros de que sus hijas vivían en un lugar donde ningún hombre podía llegar hasta ellas y deshonrarlas; y todas iban a escuelas de secretaría como la de Katy Gibbs, donde había que ir a clase con sombrero, medias y guantes, o acababan de graduarse en escuelas como la de Katy Gibbs y eran secretarias de

ejecutivos de primera y segunda clase y vagaban por Nueva York esperando casarse con algún profesional.

Yo tenía la impresión de que esas chicas se aburrían terriblemente. Las veía en el *solarium*, bostezando, pintándose las uñas y tratando de conservar sus bronceados de Bermudas, y parecían endiabladamente aburridas. Hablé con una de ellas y estaba aburrida de los yates, y aburrida de volar en avión, y aburrida de esquiar en Suiza durante la Navidad y aburrida de los brasileños.

Chicas así me ponen mala. Siento tal envidia que me quedo sin poder hablar. Diecinueve años y no había salido jamás de Nueva Inglaterra, excepto para este viaje a Nueva York. Era mi primera gran oportunidad, pero aquí estaba yo, sentada y dejándola correr entre mis dedos como si fuera agua.

Creo que uno de mis problemas era Doreen.

Nunca había conocido a una chica como ella. Doreen venía de un colegio para chicas de la buena sociedad del Sur y tenía un brillante y llamativo cabello blanco que parecía azúcar hilado alrededor de su cabeza, ojos azules como transparentes bolitas de ágata duras, pulidas y casi indestructibles, y una boca que traslucía una especie de perpetua burla. No una burla desagradable, sino divertida y misteriosa, como si toda la gente que la rodeaba fuera bastante tonta y ella pudiera gastarles unas cuantas bromas si quisiera.

Doreen se fijó en mí enseguida. Me hacía sentir mucho más lista que las otras y ella era, en realidad, maravillosamente divertida. Solía sentarse a mi lado en la mesa de conferencias, y cuando las celebridades que nos visitaban comenzaban a hablar me murmuraba quedamente agudos sarcasmos.

Sus compañeras de colegio estaban tan pendientes de la moda que todas tenían fundas para sus bolsos del mismo material que sus vestidos, de manera que al cambiarse de ropa tenían siempre un bolso que hacía juego. Los detalles de este tipo me impresionaban mucho. Sugerían toda una vida de maravillosa y elaborada decadencia que me atraía como un imán.

La única cosa por la que Doreen me reñía era mi preocupación por entregar siempre mis trabajos dentro del plazo fijado.

—¿Por qué te esfuerzas para eso? —Doreen se tendía en mi cama con una bata de seda de color albaricoque, puliéndose las largas uñas amarillas por la nicotina con lima de esmeril, mientras yo mecanografiaba el borrador de una entrevista con un novelista de éxito.

También estaba eso: las demás teníamos camisones de verano de algodón almidonado y batas acolchadas, o quizá batas de paño que a la vez servían de albornoces, pero Doreen usaba unas largas hasta el suelo, de nailon y encaje, casi transparentes, y saltos de cama del color de la piel, que se adherían a ella por una especie de electricidad. Tenía un interesante y ligero olor a sudor que me recordaba esas hojas festoneadas de helecho dulce que uno desprende y tritura con los dedos en busca del aroma almizclado.

—Sabes que a la vieja Jota Ce le da exactamente igual el que esa historia esté escrita mañana o el lunes. —Doreen encendió un cigarrillo y dejó que el humo saliera lentamente por su nariz, con lo que se le velaron los ojos—. Jota Ce es fea como un pecado —continuó Doreen fríamente—. Apuesto que ese anciano marido suyo apaga todas las luces antes de acercársele, porque si no, vomitaría.

Jota Ce era mi jefa y yo le tenía mucho cariño, a pesar de lo que decía Doreen. No era una de esas farsantes de revista de modas con pestañas postizas y joyas de fantasía. Jota Ce tenía sesos, razón por la cual su aspecto de tarugo feo no parecía importante. Leía en un par de idiomas y conocía a todos los escritores de calidad que había en ese ambiente.

Traté de imaginarme a Jota Ce sin su severo atuendo de oficina y sin el sombrero que rutinariamente se ponía para ir a almorzar, en la cama con su obeso marido, pero no pude. Siempre me costaba un terrible esfuerzo tratar de imaginar a la gente junta en la cama.

Jota Ce quería enseñarme algo, todas las señoras de edad que conocí querían enseñarme algo, pero de pronto pensé que no tenían nada que enseñarme. Ajusté la tapa de la máquina de escribir y la cerré de golpe.

Doreen sonrió:

—Muchacha lista.

Alguien llamó a la puerta.

—¿Quién es? —No me molesté en levantarme.

—Soy yo, Betsy. ¿Vienes a la fiesta?

—Supongo que sí. —Aun así, no fui hasta la puerta.

Importaron a Betsy de Kansas, con su alborotada cola de caballo rubia y su sonrisa de Madrina de la Cofradía Sigma Chi. Recuerdo que una vez fuimos llamadas las dos al despacho de un productor de televisión, de mandíbula azulada y traje a rayas, que quería ver si teníamos algún ángulo que él pudiera usar en un programa, y Betsy empezó a hablar del maíz macho y el maíz hembra de Kansas. Se emocionó tanto con el maldito maíz que hasta al productor se le llenaron los ojos de lágrimas; sólo que lamentablemente, dijo que a él no le servía de nada.

Más tarde, el jefe de la sección de Belleza persuadió a Betsy de que se cortara el cabello y la convirtió en modelo de portada; todavía veo su cara de vez en cuando, sonriendo desde uno de esos anuncios que dicen: «La esposa de P. Q. usa B. H. Wragge».

Betsy siempre me pedía que hiciera cosas con ella y las demás chicas como si de alguna manera estuviera tratando de salvarme. Nunca invitaba a Doreen. En privado, Doreen la llamaba Poliana la Vaquera.

—¿Quieres venir en nuestro taxi? —dijo Betsy a través de la puerta.

Doreen meneó la cabeza.

—No, gracias, Betsy —dije—. Voy con Doreen.

—Okey —le oí decir a Betsy mientras se alejaba por el pasillo.

—Estaremos allí hasta que empecemos a aburrirnos —me dijo Doreen, apagando su cigarrillo contra la base de mi lámpara de noche— y luego nos iremos a pasear por la ciudad. Esas fiestas que montan aquí me recuerdan los bailes que se hacían en el gimnasio de la escuela. ¿Por qué tienen que invitar siempre a los chicos de Yale? ¡Son tan estúuupidos!

Buddy Willard fue a Yale, pero, bien pensado, su problema era el ser estúpido. ¡Oh, sí, se las había arreglado para obtener buenas calificaciones, y para tener un asunto amoroso con cierta horrible camarera del Cabo, llamada Gladys, pero no tenía ni un átomo de intuición! Doreen tenía intuición. Todo lo que ella decía era como una voz secreta que saliera de mis propios huesos.

***

Quedamos atascadas en el tránsito que se apiña a la hora de la salida de los teatros. Nuestro taxi estaba apretujado entre el taxi de Betsy, que estaba delante, y el de cuatro de las otras chicas, detrás. Nada se movía.

Doreen tenía un aspecto extraordinario. Llevaba un vestido blanco de encaje, sin tirantes, que se ajustaba con una cremallera sobre un estrecho corsé que la ceñía en el medio y destacaba espectacularmente su cuerpo arriba y abajo. Su piel tenía un reflejo de bronce bajo el pálido polvo de tocador. Olía fuertemente, como una tienda entera de perfumes.

Yo llevaba una túnica de *chantung* negro que me había costado cuarenta dólares. Era resultado de una excursión de compras que me había permitido con parte del dinero de mi beca, cuando supe que era una de las afortunadas que iban a ir a Nueva York. El vestido estaba cortado de manera tan rara que no podía usar ningún tipo de sostén debajo, pero eso no importaba mucho, puesto que yo era tan flaca como un muchacho y apenas ondulada, y me gustaba sentirme casi desnuda en las calurosas noches de verano.

Sin embargo, la ciudad había desvanecido mi bronceado. Estaba amarilla como un chino. En circunstancias corrientes hubiera estado nerviosa por mi vestido y mi extraño color, pero estar con Doreen me hacía olvidar mis preocupaciones. Me sentía sabia y cínica como el infierno.

Cuando el hombre de camisa azul de leñador, pantalones negros y botas repujadas de vaquero echó a andar hacia nosotras desde donde había estado mirando nuestro taxi, bajo el toldo rayado del bar, no me hice ilusiones. Sabía perfectamente bien que venía por Doreen. Pasó por entre los coches parados y se recostó confiadamente en el borde de nuestra ventanilla abierta.

—¿Y qué hacen, si es que se me permite preguntarlo, dos chicas tan hermosas como vosotras, solas en un taxi y en una noche tan encantadora como ésta?

Tenía una sonrisa grande y ancha como de anuncio de pasta para los dientes.

—Vamos a una fiesta —me apresuré a decir, en vista de que Doreen se había quedado de pronto muda como un poste y jugueteaba, como hastiada, con la funda de encaje de su bolso.

—Eso suena aburrido —dijo el hombre—. ¿Por qué no me acompañan a tomar un par de copas en aquel bar? Tengo varios amigos esperando.

Señaló con la cabeza en dirección a unos cuantos hombres vestidos informalmente que ganduleaban bajo el toldo. Lo habían estado siguiendo con los ojos, y cuando él los miró hubo un estallido de risas.

La risa debió haberme advertido. Era una especie de risita en tono bajo, de sabelotodo, pero el tránsito mostraba signos de reanudar su movimiento y yo sabía que si me quedaba callada, en dos segundos estaría arrepentida de no haber aprovechado esta oportunidad para conocer algo de Nueva York, aparte de lo que la gente de la revista había planeado tan cuidadosamente para nosotras.

—¿Qué te parece, Doreen? —dije.

—¿Qué te parece, Doreen? —dijo el hombre con su gran sonrisa. Hasta el día de hoy no puedo recordar cómo era cuando no sonreía. Creo que debió de haber estado sonriendo todo el tiempo. Seguramente, era natural para él sonreír así.

—Bueno, está bien —me dijo Doreen. Abrí la puerta y nos bajamos del taxi, en el preciso momento en que volvía a ponerse en marcha, y comenzamos a caminar hacia el bar.

Hubo un chirrido de frenos seguido por un pesado tomp-tomp.

—¡Eh, ustedes! —nuestro taxista se asomaba por su ventanilla, morado de rabia—. ¿Qué creen que están haciendo?

Había detenido el taxi tan bruscamente que el que lo seguía chocó contra él y vimos a las cuatro chicas que estaban dentro agitarse, esforzarse y arrastrarse para levantarse del suelo.

El hombre rió y nos dejó en la acera y se volvió y le alargó un billete al conductor en medio de un gran escándalo de bocinas y de algunos chillidos; entonces vimos a las muchachas de la revista que avanzaban en fila, un taxi tras otro, como en una boda en la que sólo hubiera madrinas.

—Ven, Frankie —le dijo el hombre a uno de sus amigos, y un individuo bajo y repulsivo se separó del grupo y entró al bar con nosotros.

Era del tipo de individuo que no puedo soportar. Con los pies descalzos, mido uno setenta y cinco, y cuando estoy con hombres pequeños me inclino ligeramente y hundo las caderas, una hacia arriba y la otra hacia abajo, para

parecer menos alta, y me siento desgarbada y melancólica como si estuviese en una caseta de feria.

Por un minuto abrigué la descabellada esperanza de que formáramos las parejas de acuerdo con el tamaño, lo cual me hubiera colocado junto al hombre que nos había hablado al principio y que medía su buen metro ochenta, pero él siguió adelante con Doreen y no me volvió a mirar. Traté de aparentar que no veía a Frankie, que me seguía los pasos a la altura de mi codo, y me senté al lado de Doreen en la mesa.

Estaba tan oscuro en el bar que me resultaba casi imposible distinguir otra cosa que no fuera a Doreen. Con su pelo blanco y su vestido blanco, era tan blanca que parecía de plata. Creo que hasta reflejaba los tubos de neón que había sobre la barra, y yo sentí que me fundía en las sombras como el negativo de una persona a quien nunca en mi vida hubiese visto.

—Bueno, ¿qué vamos a tomar? —preguntó el hombre con una amplia sonrisa.

—Creo que tomaré un Old-Fashioned —me dijo Doreen.

Pedir bebidas siempre me deprimía. No diferenciaba el *whisky* de la ginebra y nunca logré que me sirvieran algo cuyo sabor realmente me gustara. Buddy Willard y los demás estudiantes que yo conocía solían ser demasiado pobres para comprar licor fuerte o despreciaban por completo la bebida. Es asombrosa la cantidad de estudiantes que no beben ni fuman. Al parecer yo los conocía a todos. Lo más que se permitió Buddy Willard una vez fue comprarnos una botella de Dubonnet, y lo hizo únicamente porque estaba tratando de demostrar que podía ser delicado, a pesar de ser estudiante de Medicina.

—Tomaré un vodka —dije.

El hombre me miró con más atención:

—¿Con qué?

—Solo —dije—. Siempre lo tomo solo.

Pensé que iba a hacer el ridículo si decía que lo tomaba con hielo o soda o ginebra o cualquier otra cosa. Había visto un anuncio de vodka una vez en el que sólo aparecía un vaso lleno en medio de un montón de nieve iluminada con una luz azul, y el vodka era claro y puro como agua, así que

pensé que tomar vodka sola debía de estar bien. Soñaba con pedir algún día una bebida y encontrarla deliciosa.

El camarero se acercó entonces y el hombre pidió bebidas para los cuatro. Se le veía tan a sus anchas en ese bar de ciudad con su traje de ranchero, que pensé que muy bien podía ser alguien famoso.

Doreen no decía una palabra; no hacía otra cosa que jugar con el posavasos de corcho y de tanto en tanto encendía un cigarrillo, pero al hombre no parecía importarle. Continuaba mirándola, tal como la gente mira en el zoológico al gran guacamayo blanco, esperando que diga algo humano.

Llegaron las copas y la mía se veía clara y pura, igual que en el anuncio del vodka.

—¿De qué se ocupa usted? —le pregunté al hombre, para romper el silencio que se amontonaba a mi alrededor por todos lados, espeso como los matorrales selváticos—. Quiero decir, ¿qué hace aquí, en Nueva York?

Lentamente y con lo que parecía un gran esfuerzo, el hombre apartó sus ojos del hombro de Doreen.

—Soy *disc-jockey* —dijo—. Seguramente habréis oído hablar de mí. Mi nombre es Lenny Shepherd.

—Lo conozco —dijo Doreen de pronto.

—Me alegro, encanto —dijo el hombre, y estalló en risas—. Eso será una ventaja. Soy endiabladamente famoso.

Entonces Lenny Shepherd le lanzó a Frankie una larga mirada.

—Decidme, ¿de dónde venís? —preguntó Frankie, enderezándose de un salto—. ¿Cómo os llamáis?

—Ésta es Doreen —Lenny deslizó su mano alrededor del brazo desnudo de Doreen y le dio un apretón.

Lo que más me sorprendió fue que nada en Doreen dejó traslucir que notara lo que él estaba haciendo. Permaneció allí sentada, morena como una negra teñida de rubio enfundada en su vestido blanco, y sorbiendo delicadamente su bebida.

—Me llamo Elly Higginbottom —dije—. Vengo de Chicago. —Después de decir eso me sentí más segura. No quería que nada que yo dijera

o hiciese esa noche se asociara conmigo y mi verdadero nombre ni con el hecho de proceder de Boston.

—Bueno, Elly, ¿y qué te parece si bailamos un poco?

La idea de bailar con ese enano que llevaba zapatos anaranjados de piel de ante, con alzaplantillas, camiseta deportiva y una chaqueta azul me hizo reír. Si hay algo que desprecio es un hombre vestido de azul. De negro, o gris, o marrón, todavía. Pero el azul sólo consigue hacerme reír.

—No estoy de humor —dije fríamente, dándole la espalda y acercando bruscamente mi silla a Doreen y Lenny.

Esos dos daban la impresión de conocerse desde hacía años.

Doreen recogía los trozos de fruta que había en el fondo del vaso con una delgada cuchara de plata, y Lenny gruñía cada vez que ella se llevaba la cuchara a la boca, y daba mordiscos y fingía ser un perro o algo por el estilo, y trataba de atrapar la fruta de la cuchara. Doreen reía y continuaba recogiendo la fruta.

Empecé a pensar que el vodka era, por fin, mi bebida. No sabía a nada, pero bajaba directamente hasta mi estómago como la espada de un tragasables y me hacía sentir poderosa y semejante a un dios.

—Mejor me voy —dijo Frankie, poniéndose de pie.

Yo no lo distinguía con claridad, tan oscuro estaba el lugar, pero por primera vez oí su voz chillona y tonta. Nadie le hizo el menor caso.

—Oye, Lenny, me debes algo. ¿Te acuerdas, Lenny? Me debes algo, ¿verdad, Lenny?

Me pareció extraño que Frankie tuviera que recordarle a Lenny delante de nosotras que le debía algo, siendo dos perfectas desconocidas, pero Frankie siguió allí, diciendo lo mismo una y otra vez, hasta que Lenny hurgó en su bolsillo y sacó un gran fajo de billetes verdes, separó uno y se lo tendió a Frankie. Creo que eran diez dólares.

—Calla y lárgate.

Por un momento pensé que Lenny se dirigía también a mí, pero entonces oí que Doreen decía:

—No iré, a menos que venga Elly.

Tuve que admirar la habilidad con que había recogido mi nombre falso.

—Oh, Elly vendrá, ¿no es verdad, Elly? —dijo Lenny, haciéndome un guiño.

—Claro que iré —dije. Frankie se había desvanecido en la noche, así que no pensaba separarme de Doreen. Quería ver todo lo que pudiera.

Me gustaba observar a otras personas en situaciones cruciales. Si había un accidente en la carretera o una pelea callejera o un bebé conservado en una probeta de laboratorio que yo pudiera ver, me detenía y miraba tan fijamente que nunca más lo olvidaba.

Por cierto, aprendí muchas cosas que nunca hubiera aprendido de otra manera, y aun cuando me sorprendieran o me dieran náuseas no lo dejaba traslucir; en cambio, fingía saber que ésa era la forma en que las cosas sucedían siempre.

CAPÍTULO DOS

No habría dejado de ir al apartamento de Lenny por nada del mundo.

Reproducía exactamente el interior de un rancho, sólo que en medio de un bloque de apartamentos en Nueva York. Había hecho demoler algunos tabiques, para ampliar el lugar, según dijo, y luego había hecho recubrir con paneles de madera de pino las paredes y también un bar muy especial, en forma de herradura. Creo que el suelo estaba igualmente cubierto de paneles de madera de pino.

Bajo nuestros pies yacían grandes pieles de oso blanco y el único mobiliario eran unas cuantas camas bajas cubiertas con mantas indias. En lugar de pinturas colgaban de las paredes cuernos de ciervos y de búfalos y una cabeza de conejo disecada. Lenny señaló con el pulgar el manso hocico gris y las tiesas orejas de la cabeza del conejo.

—Lo gané en Las Vegas.

Cruzó el cuarto, con sus botas de vaquero resonando como disparos de pistola.

—Acústica —dijo, y se hizo cada vez más pequeño hasta desaparecer tras una puerta, en la distancia.

De pronto, empezó a salir música del aire, por todas partes. Luego, la música cesó y oímos la voz de Lenny decir: «Éste es su *disc-jockey* de las doce en punto, Lenny Shepherd, con una ronda de las más populares. La Número Diez en la caravana de esta semana no es otra que la muchachita rubia de la que han estado oyendo hablar últimamente… ¡la única *Girasol*!».

Nací en Kansas, crecí en Kansas, y cuando me case, será en Kansas…

—¡Qué tipo! —dijo Doreen—, ¿Verdad que es todo un tipazo?

—Puedes apostar a que lo es —dije yo.

—Escucha, Elly, hazme un favor. —Ella parecía convencida para entonces de que yo era realmente Elly.

—Seguro —contesté.

—Quédate por aquí, ¿quieres? Yo sola no sería capaz de defenderme si él siquiera aprovecharse de mí. ¿Viste esos músculos? —Doreen rió entre dientes.

Lenny salió del cuarto del fondo.

—Tengo allí un equipo de grabación que vale veinte de los grandes.

Fue muy despacio hasta el bar y puso sobre el mismo tres vasos y un cubo de plata para hielo y una coctelera grande, y empezó a mezclar bebidas de diferentes botellas.

… con una fiel muchacha que prometió esperarme. Ella es el girasol del Estado de los Girasoles.

—Tremendo, ¿eh? —Lenny se acercó manteniendo en equilibrio los tres vasos. Goterones como de sudor se pegaban a las paredes de los vasos y los cubitos de hielo tintineaban mientras él los iba pasando. Entonces la música cesó de pronto y escuchamos la voz de Lenny anunciando el número siguiente.

—No hay nada como escucharse hablar a sí mismo.

La mirada de Lenny se posó en mí. —Frankie se esfumó, deberías estar con alguien, llamaré a uno de los muchachos.

—Está bien así —dije—. No tienes que molestarte.

Y no quería salir pidiendo de buenas a primeras que me trajeran a alguien varias veces más alto que Frankie.

Lenny pareció aliviado.

—No te preocupes. Yo no querría molestar a una amiga de Doreen.

Dirigió una sonrisa blanca y grande a Doreen.

—¿Verdad que no, potecito de miel?

La tomó de la mano y sin decir una palabra empezaron a bailar sin abandonar sus respectivos vasos.

Me senté, con las piernas cruzadas, en una de las camas y traté de parecer concentrada e impasible, como unos hombres de negocios que vi una vez contemplando cómo una bailarina argelina bailaba la danza del vientre; pero tan pronto como me recosté contra la pared, bajo la cabeza del

conejo, la cama empezó a moverse, así que me senté en el suelo, sobre una piel de oso, y me apoyé en la cama.

Mi bebida era húmeda y deprimente. Cada vez que tomaba un sorbo, sabía más y más a agua de pantano. Hacia la mitad del vaso había, pintado, un lazo rosado con puntitos amarillos. Bebí hasta más o menos una pulgada por debajo del lazo y esperé un rato. Cuando fui a tomar otro sorbo, la bebida estaba otra vez a la altura del lazo.

Arriba, en el aire, la voz de fantasma de Lenny tronaba: «¿Por qué, oh, por qué me fui de Wyoming?».

Ninguno de los dos dejaba de moverse, ni siquiera en los intervalos. Sentí que me encogía hasta convertirme en un minúsculo punto negro pegado a aquellas mantas rojas y negras y a aquellos paneles de madera de pino. Me sentía como un agujero en el suelo.

Hay algo de desmoralizante en observar a dos personas que se excitan más y más locamente entre sí, especialmente cuando la única persona que sobra en la habitación es uno mismo.

Es como contemplar París desde el vagón de cola de un expreso que marcha en dirección contraria: a cada instante la ciudad se hace más y más pequeña, sólo que es uno quien se siente cada vez más y más pequeño y más y más solitario, alejándose a toda velocidad de aquellas luces y de aquella agitación, alejándose a cerca de un millón de kilómetros por hora.

Lenny y Doreen se abrazaban y besaban a cada rato, y luego se separaban para tomar un largo trago y otra vez se abrazaban.

Pensé que lo mejor sería echarme en la piel de oso y dormir hasta que Doreen se sintiera dispuesta a regresar al hotel.

Entonces Lenny dio un rugido terrible. Me incorporé. Doreen había clavado los dientes en el lóbulo de la oreja izquierda a Lenny.

—¡Suéltame, perra!

Lenny se agachó y Doreen quedó sobre el hombro de él mientras su vaso describía una larga y amplia curva, antes de estrellarse contra un panel de pino con un ridículo tintineo. Lenny seguía rugiendo y girando sobre sí mismo con tanta rapidez que yo no podía ver la cara de Doreen.

Advertí, de ese modo rutinario en que uno percibe el color de los ojos de alguien, que los pechos de Doreen se habían zafado de su vestido y

pendían ligeramente, como dos melones morenos y llenos, mientras ella daba vueltas doblada por la cintura sobre el hombro de Lenny, agitando las piernas en el aire y chillando, y entonces comenzaron a reír y a calmarse, y Lenny estaba tratando de morderle una cadera a Doreen, a través de la falda, cuando me largué antes de que sucediera algo más, y me las arreglé para bajar las escaleras apoyándome con las dos manos en el barandal y casi deslizándome todo el camino.

No me di cuenta de que en el apartamento de Lenny había aire acondicionado hasta que empecé a tambalearme sobre el pavimento. El calor tropical y rancio que las aceras habían absorbido durante todo el día me golpeó en la cara como un último insulto. No sabía en qué parte del mundo me encontraba.

Durante un minuto consideré la idea de volver a la fiesta en taxi, después de todo; pero me decidí en contra porque el baile ya debía de haber terminado y no me parecía agradable ir a dar en un establo vacío, convertido en sala de fiestas, regado con confeti y colillas de cigarrillos y servilletas de cóctel arrugadas.

Caminé cuidadosamente hasta la esquina más próxima, rozando las paredes de los edificios que quedaban a mi izquierda con la punta de un dedo, para conservar el equilibrio. Miré el nombre de la calle. Luego, saqué del bolso mi plano de las calles de Nueva York. Estaba exactamente a cuarenta y tres manzanas por cinco de mi hotel.

El caminar no me ha asustado nunca. Simplemente enfilé en la dirección adecuada, contando las manzanas por lo bajo, y cuando entré en el vestíbulo del hotel, estaba perfectamente sobria y con los pies sólo ligeramente hinchados; pero la culpa era mía, por no haberme molestado en ponerme medias.

El vestíbulo estaba desierto, salvo por un conserje de noche, que dormitaba en su puesto, entre llaveros y teléfonos silenciosos.

Me introduje en el ascensor automático y apreté el botón de mi planta. Las puertas se cerraron, como un acordeón silencioso. Entonces me empezaron a zumbar los oídos y reparé en una mujer china, grande y de ojos turbios, que me miraba estúpidamente a la cara. Era yo misma, claro. Me horroricé al ver lo arrugada y gastada que parecía.

No había un alma en el pasillo. Me deslicé en mi cuarto. Estaba lleno de humo. Al principio pensé que el humo se había materializado a partir del aire tenue, como una especie de juicio, pero luego recordé que era el humo de los cigarrillos de Doreen y oprimí el botón que abría el respiradero.

Tenían las ventanas cerradas de manera que uno no pudiera abrirlas y asomarse y, por una u otra razón, eso me ponía furiosa.

Situándome del lado izquierdo de la ventana y pegando la mejilla contra el marco, lograba ver el centro de la ciudad hasta donde el edificio de las Naciones Unidas se balanceaba, en la oscuridad, como un siniestro verde panal de abejas marciano. Podía ver las luces rojas y blancas que se movían en las autopistas y las luces de los puentes, cuyos nombres no conocía.

El silencio me deprimía. No era realmente el silencio. Era mi propio silencio.

Sabía perfectamente que los coches hacían ruido y la gente que iba dentro de ellos y la que estaba detrás de las ventanas iluminadas de los edificios hacían ruido, y el ruido hacía ruido, pero yo no oía nada. La ciudad colgaba en mi ventana, chata como un cartel, brillando y titilando, pero muy bien podía no haber estado allí, por lo que a mí concernía.

El teléfono blanco, al lado de la cama, podía haberme conectado con las cosas, pero allí estaba tan inanimado como la cabeza de un muerto. Traté de recordar gente a la que hubiese dado mi número de teléfono, para hacer una lista de las llamadas que podía estar a punto de recibir, pero todo lo que recordé fue que había dado mi número a la madre de Buddy Willard, quien debía dárselo a un intérprete simultáneo que ella conocía en las Naciones Unidas. Solté una risa breve, seca.

Imaginaba la clase de intérprete simultáneo que la señora Willard me presentaría después de haberse pasado toda la vida tratando de casarme con Buddy, que ahora estaba curándose la tuberculosis en algún lugar del norte del Estado de Nueva York. La mamá de Buddy me había conseguido hasta un empleo de camarera en el mismo sanatorio para tuberculosos a fin de que Buddy no estuviera tan sólo aquel verano. Ni ella ni Buddy podían explicarse por qué, en lugar de eso, yo había escogido ir a Nueva York.

El espejo de mi peinador me parecía ligeramente combado y con demasiado azogue. La cara que había en él se veía como reflejada por una

bola de mercurio dental. Pensé en deslizarme entre las sábanas y tratar de dormir, pero eso me atraía tan poco como la idea de meter una carta sucia, garrapateada, en un sobre nuevo, limpio. Decidí tomar un baño caliente.

Debe de haber unas cuantas cosas que un baño caliente no puede curar, pero yo conozco muchas; siempre que estoy triste hasta morir, o tan nerviosa que no puedo dormir, o enamorada de alguien a quien no veré en una semana, me deprimo, pero sólo hasta el punto en que me digo: «Tomaré un baño caliente».

Medito en el baño. El agua tiene que estar bien caliente, tan caliente que apenas se soporte el poner el pie dentro. Entonces uno se desliza suavemente, hasta que el agua le llega al cuello.

Recuerdo todos los techos que había sobre cada una de las bañeras en que me he estirado. Recuerdo las texturas de los techos y las grietas y los colores y las manchas de humedad y la disposición de las luces. Recuerdo también las bañeras: las bañeras antiguas, con patas como garras, y las modernas bañeras en forma de ataúd, y las bañeras de mármol rosado de imitación, que semejaban estanques interiores de lirios, y recuerdo las formas y los tamaños de los distintos grifos y soportes para el jabón.

Nunca me siento tan yo misma como cuando tomo un baño caliente.

Me tendí en aquella bañera, en la planta diecisiete de aquel hotel sólo-para-mujeres, muy por encima del ajetreo neoyorquino, durante casi una hora, y sentí cómo volvía a ser pura.

No creo en el bautismo ni en las aguas del Jordán, ni en nada por el estilo, pero sospecho que lo que siento respecto al baño caliente es lo que los creyentes sienten del agua bendita.

Me dije: «Doreen se está disolviendo, Lenny Shepherd se está disolviendo, Frankie se está disolviendo, Nueva York se está disolviendo, todo se está disolviendo, y se está alejando y nada, ninguno de ellos, importa ya. No los conozco, no los he conocido nunca y soy más pura. Todo aquel licor y aquellos besos pegajosos que vi y la suciedad que se pegó a mi piel en el camino de regreso a casa se convierten ahora en algo puro».

Mientras más tiempo pasaba allí, en el agua clara y caliente, más pura me sentía, y cuando por fin salí y me envolví en una de las toallas de baño del hotel, grandes, suaves, blancas, me sentía pura y dulce como un bebé.

***

No sé cuánto tiempo había estado durmiendo cuando oí llamar a la puerta. No presté demasiada atención al principio, porque quien llamaba repetía: «Elly, Elly, déjame entrar», y yo no conocía a nadie que se llamara Elly. Entonces se oyeron golpes distintos de los primeros golpes apagados; eran ahora unos golpes recios secos, tap-tap, y una voz mucho más clara dijo: «Señorita Greenwood, señorita Greenwood, su amiga la necesita», y supe que era Doreen.

Me puse de pie medio atontada y me balanceé durante un minuto en medio del cuarto a oscuras. Me sentía enfadada con Doreen por haberme despertado. Lo único que podía sacar de aquella triste noche era un buen sueño, y ella tenía que despertarme, y echarlo a perder. Me pregunté si no se cansarían de llamar, y me dejarían en paz en caso de que fingiera estar dormida, pero esperé y no ocurrió así.

—Elly, Elly —musitaba la primera voz, mientras la otra voz seguía siseando—: Señorita Greenwood, señorita Greenwood, señorita Greenwood —como si yo tuviera doble personalidad o algo por el estilo.

Abrí la puerta y parpadeé ante el brillante pasillo. Tuve la impresión de que no era de noche ni era de día, sino una especie de fantástico tercer período que se hubiera deslizado de improviso entre los dos y que no terminaría nunca.

Doreen estaba recostada contra el marco de la puerta; cuando salí, se arrojó en mis brazos. No podía ver su cara porque la cabeza le colgaba sobre el pecho y su cabello rubio caía en cascada desde las raíces oscuras como una falda hawaiana.

Identifiqué a la baja, rechoncha, bigotuda mujer de uniforme negro como la camarera que por las noches planchaba vestidos de diario y trajes de fiesta en un atestado cubículo en nuestra misma planta. No pude entender cómo había llegado a conocer a Doreen ni por qué había preferido ayudarla a despertarme en vez de conducirla silenciosamente hasta su cuarto.

Al ver a Doreen apoyada en mis brazos y callada, de no ser por uno que otro hipo húmedo, la mujer se alejó por el pasillo hacia su cubículo, con la vieja máquina de coser Singer y la tabla de planchar blanca. Quise correr tras ella y decirle que yo no tenía nada que ver con Doreen, porque parecía honesta, trabajadora y con moral, como los inmigrantes europeos de viejo estilo; me recordaba a mi abuela austríaca.

—Acuéstame, acuéstame —murmuraba Doreen—, Acuéstame, acuéstame.

Percibí que si la hacía atravesar el umbral de mi habitación y la ayudaba a meterse en mi cama, jamás volvería a quitármela de encima.

Su cuerpo era tibio y blando como una pila de almohadas contra mi brazo, donde ella se recostaba con todo su peso, mientras sus pies, en altos, claveteados zapatos de tacón, se arrastraban tontamente. Era demasiado pesada para que yo pudiera moverla por todo el pasillo.

Decidí que lo único que cabía hacer era dejarla caer sobre la alfombra y cerrar la puerta de mi cuarto, echar el pestillo y volver a la cama. Cuando Doreen despertara no recordaría lo sucedido y creería haberse desvanecido frente a mi puerta mientras yo dormía; se pondría de pie por sus propios medios y volvería sensatamente a su cuarto.

Comencé a bajar a Doreen suavemente sobre la verde alfombra del pasillo, pero ella soltó un profundo gemido y se zafó de mis brazos. Un chorro de vómito oscuro fluyó de su boca y se extendió en un gran charco a mis pies.

De pronto, Doreen se hizo aún más pesada. Su cabeza cayó en medio del charco, las puntas de su cabello rubio se metieron en él como raíces de árbol en una ciénaga, y comprendí que estaba dormida. Me retiré. Yo también me sentía adormilada.

Tomé una decisión respecto de Doreen aquella noche. Decidí observarla y escuchar lo que dijera, pero en lo profundo de mí no tendría nada que ver con ella. En lo íntimo, sería leal a Betsy y a sus inocentes amigos. Era a Betsy a quien, en el fondo, me parecía.

Silenciosamente, regresé a mi cuarto y cerré la puerta. Después de pensarlo mejor, no cerré con llave. No tuve fuerzas para hacerlo.

Cuando desperté en medio del calor sombrío sin sol de la mañana siguiente, me vestí, me rocié la cara con agua fría, me di algo de color en los labios y abrí la puerta lentamente.

Creo que esperaba hallar a Doreen todavía allí tendida, en medio del charco de vómito, como un horrible, concreto testimonio de mi propia naturaleza inmunda.

No había nadie en el pasillo. La alfombra lo cubría de un extremo a otro, limpia y eternamente verde, salvo por una tenue e irregular mancha parda frente a mi puerta, como si alguien hubiera derramado accidentalmente un vaso de agua allí, pero lo hubiera secado.

CAPÍTULO TRES

Dispuestos sobre la mesa de banquetes del *Ladies’ Day* había mitades de aguacate verdiamarillas rellenas con carne de cangrejo y mayonesa, y platos de rosbif casi crudo y pollo frío y, de vez en cuando, una gran copa de cristal tallado repleta de caviar negro. No había tenido tiempo de desayunar en la cafetería del hotel esa mañana, salvo una taza de café recalentado, tan amargo que me hizo arrugar la nariz, y me moría de hambre.

Antes de mi venida a Nueva York, nunca había comido en un restaurante. No cuento los restaurantes de la cadena Howard Johnson, donde sólo comía patatas fritas, hamburguesas con queso y batidos de vainilla, acompañada por gente como Buddy Willard. No sé muy bien por qué, pero me gusta la comida más que cualquier otra cosa. Por mucho que coma, nunca aumento de peso. Con una sola excepción, he pesado lo mismo durante diez años.

Mis platos favoritos están repletos de mantequilla, queso y crema de leche. En Nueva York íbamos a tantos almuerzos gratis con gente de la revista y con diversas celebridades invitadas que desarrollé el hábito de dejar correr los ojos por encima de esas enormes cartas escritas a mano, en las que un diminuto plato de guisantes cuesta cincuenta o sesenta centavos hasta encontrar los platos más caros, y pedir unos cuantos.

Íbamos a todas partes con los gastos pagados, así que nunca me sentí culpable. Me obligaba a comer tan rápido que nunca dejaba esperando a las demás personas, quienes generalmente pedían sólo ensalada de verduras y zumo de pomelo porque estaban tratando de adelgazar. Casi toda la gente que conocí en Nueva York estaba tratando de adelgazar.

—Quiero dar la bienvenida al más bello y talentoso grupo de jóvenes damas que nuestro equipo haya jamás tenido el gusto de conocer —resolló el rollizo y calvo maestro de ceremonias en su micrófono—. Este banquete es sólo una pequeña muestra de la hospitalidad que Cocinas de Prueba Alimenticia, aquí en *Ladies' Day*, quisiera ofrecer a todas ustedes en atención a su visita.

Hubo un delicado y femenino estallido de aplausos, y nos sentamos todas a la enorme mesa cubierta con un mantel de hilo.

Éramos once de las chicas de la revista, junto con la mayoría de nuestros supervisores de redacción, todo el personal de las Cocinas de Prueba Alimenticia de *Ladies' Day*, en higiénicas batas blancas, pulcras redes para el cabello e impecables maquillajes de un uniforme color pastel de durazno.

Éramos sólo once porque faltaba Doreen. Por alguna razón, le habían reservado un lugar junto al mío y la silla continuaba vacía. Guardé para ella la tarjeta indicadora de su asiento, un espejo de bolsillo con el nombre, «Doreen», escrito con una letra que imitaba el encaje, y una guirnalda de margaritas esmeriladas sobre el borde, enmarcando el agujero plateado donde aparecía su cara.

Doreen estaba pasando el día con Lenny Shepherd. Ahora pasaba la mayor parte de su tiempo libre con Lenny Shepherd.

Durante la hora anterior a nuestro almuerzo en *Ladies' Day* —la gran revista femenina que presenta exuberantes comidas en tecnicolor, a doble página, con un tema y un escenario diferentes todos los meses—, se nos habían mostrado las interminables filas de relucientes cocinas y habíamos visto lo difícil que era fotografiar un pastel de manzana *à la mode* bajo luces brillantes, porque el helado se derrite y hay que apuntalarlo desde detrás con palillos y cambiarlo cada vez que su aspecto empieza a ser demasiado líquido.

La visión de toda la comida acumulada en aquellas cocinas me mareaba. No es que no hubiéramos tenido suficiente que comer en casa, es sólo que mi abuela siempre preparaba platos económicos y pastel de carne económico, y tenía la costumbre de decir en el momento mismo de llevarse uno el tenedor a la boca: «Espero que te guste eso, costó cuarenta y un

centavos el medio kilo», cosa que siempre me daba la sensación de que, de algún modo, estaba comiendo centavos en vez del asado dominical.

Mientras estábamos de pie tras nuestras sillas, escuchando el discurso de bienvenida, bajé la cabeza y discretamente localicé la posición de los cuencos de caviar. Uno de ellos estaba colocado estratégicamente, entre mi puesto y el asiento vacío de Doreen.

Calculé que la muchacha de enfrente no podría alcanzarlo, debido al montañoso centro de mesa lleno de frutas de mazapán, y Betsy, a mi derecha, sería demasiado educada para pedirme que lo compartiese con ella, siempre que yo lo mantuviera fuera de su alcance junto a mi codo y mi plato de pan y mantequilla. Además había otro cuenco de caviar, pero más a la derecha de la chica que estaba al lado de Betsy, así que ella podría comer de ése.

Mi abuelo y yo siempre disfrutamos de la misma broma. Él era jefe de camareros en un club de campo, cerca de mi pueblo natal, y todos los domingos mi abuela iba a buscarlo para que pasara su lunes libre en casa. Mi hermano y yo nos turnábamos en acompañarla, y mi abuelo nos servía siempre la cena del domingo, a mi abuela y a aquel de nosotros que la acompañara, como si fuésemos clientes habituales del club. Le encantaba hacerme probar platos especiales, y a los nueve años yo ya había adquirido un apasionado gusto por la *vichyssoise* fría y el caviar y la pasta de anchoa.

La broma se refería a que el día de mi boda, mi abuelo se encargaría de que yo tuviese todo el caviar que pudiera comer. Era una broma, porque yo no pensaba casarme nunca y, aunque lo hiciera, mi abuelo no podría pagar todo el caviar que hiciera falta, a menos que saqueara la cocina del club y lo sacara metido en una maleta.

Protegida por el tintineo de las copas de agua y los cubiertos de plata y la porcelana, pavimenté mi plato con tajadas de pollo. Luego recubrí las tajadas con caviar en capas tan espesas como si se tratara de untar crema de cacahuete en una tostada. Entonces tomé, una por una, las lonjas de carne con los dedos, y las enrollé para que el caviar no escapara por los bordes y me las comí.

Había descubierto, después de dejar atrás grandes recelos respecto de qué cucharas utilizar, que si uno hace algo incorrecto en la mesa con cierta

arrogancia, como si supiera perfectamente que está haciendo lo que corresponde, puede salir del paso y nadie pensará que es grosero o que ha recibido una pobre educación. Pensarán que uno es original y muy ocurrente.

Aprendí este truco el día en que Jota Ce me llevó a almorzar con un famoso poeta. Él vestía una horrible, mugrienta, arrugada chaqueta de *tweed* pardo y pantalones grises y un jersey de cuello abierto, a cuadros rojos y azules en un restaurante muy formal lleno de fuentes y candelabros, donde todos los demás hombres llevaban trajes oscuros e inmaculadas camisas blancas.

Este poeta comió la ensalada con los dedos, hoja por hoja, mientras me hablaba de la antítesis entre la naturaleza y el arte. Yo no lograba apartar mis ojos de los dedos pálidos, regordetes, que iban y venían de la ensaladera del poeta a la boca del poeta con una chorreante hoja de lechuga en cada viaje. Nadie rió entre dientes ni hizo comentarios descorteses en voz baja. El poeta hacía que el comer ensalada con los dedos pareciera la única cosa natural y sensata que cabía hacer.

***

No había ninguno de los redactores de nuestra revista, ni miembros del personal de *Ladies' Day* sentado cerca de mí, y Betsy parecía dulce y simpática —ni siquiera parecía gustarle el caviar—, de modo que fui cobrando más y más confianza. Cuando terminé mi plato de pollo frío y caviar, me serví otro. Después ataqué el aguacate relleno con ensalada de cangrejo.

El aguacate es mi fruta favorita. Todos los domingos mi abuelo acostumbraba traerme un aguacate escondido en su maleta bajo seis camisas sucias y el suplemento dominical. Me enseñó a comer aguacates derritiendo jalea de uvas y condimento francés juntos en una sartén y llenando luego la parte interior del aguacate con la salsa de color granate. Sentí nostalgia de aquella salsa. La carne de cangrejo parecía insulsa en comparación.

—¿Qué tal la exposición de pieles? —pregunté a Betsy, una vez que dejó de preocuparme una posible competencia respecto de mi caviar. Raspé los tres últimos huevecillos negros del fondo del plato con mi cuchara sopera y lamí hasta dejarla limpia.

—Maravilloso —sonrió Betsy—. Nos enseñaron cómo hacer una estola de múltiples usos utilizando colas de visón y una cadena dorada, una de esas cadenas de las que se puede obtener una copia exacta por un dólar noventa y ocho en cualquier tienda Woolworth, e Hilda fue a toda prisa a los almacenes de pieles al por mayor y compró un puñado de colas de visón con gran descuento y se dejó caer por una tienda Woolworth, y luego lo cosió todo en su viaje de regreso en el autobús.

Miré a Hilda sentada al otro lado de Betsy. En efecto, llevaba una estola que parecía muy cara, de peludas colas de visón sujetas en un extremo por una colgante cadena dorada.

Nunca comprendí verdaderamente a Hilda. Medía un metro ochenta y tenía grandes ojos verdes rasgados y gruesos labios rojos y una expresión tonta, eslava, en el rostro. Hacía sombreros. Era aprendiz de la redactora de Modas, lo que la apartaba de las más intelectuales de nosotras, como Doreen, Betsy y yo misma, quienes escribíamos columnas, aunque algunas sólo fueran sobre salud y belleza. No sé si Hilda sabía leer, pero hacía sombreros sorprendentes. Iba a una escuela especial, en Nueva York, donde la enseñaban a hacer sombreros, y todos los días llevaba al trabajo un sombrero nuevo hecho con sus propias manos con restos de paja o piel o terciopelo o malla, de formas primorosas, raras.

—Asombroso —dije—, asombroso.

Eché de menos a Doreen. Ella habría hecho algún comentario fino y picante sobre la milagrosa estola de Hilda, para animarme.

Me sentía deprimida. Había sido desenmascarada esa misma mañana por la propia Jota Ce y sentía ahora que todas las incómodas sospechas que tenía sobre mí misma se confirmaban y que no podría ocultar la verdad por mucho más tiempo. Al cabo de diecinueve años de correr tras buenas calificaciones y premios y becas de una u otra clase, estaba abandonando, disminuyendo la velocidad, saliéndome abiertamente de la carrera.

—¿Por qué no viniste a la exposición de pieles con nosotras? —preguntó Betsy. Tuve la sensación de que estaba repitiendo la pregunta y de que la había formulado un minuto antes, sólo que yo no debía de haber estado escuchando.

—¿Saliste con Doreen?

—No —dije—. Quería ir pero Jota Ce me llamó a su oficina.

Eso no era enteramente cierto, lo de querer ir a la exposición, pero traté de convencerme de que era cierto para poder sentirme realmente herida por lo que Jota Ce había hecho.

Le conté a Betsy cómo esa misma mañana había estado acostada planeando ir a la exposición. Lo que no le dije fue que Doreen había entrado a mi habitación más temprano y me había dicho:

—¿Por qué quieres ir a esa cochina exposición? Lenny y yo vamos a ir a Coney Island, así que, ¿por qué no vienes con nosotros? Lenny puede conseguirte un tipo estupendo, el día será muy agitado con ese almuerzo y luego el estreno de una película por la tarde, de modo que nadie nos echará de menos.

Por un minuto me sentí tentada. La exposición parecía en verdad estúpida. Nunca me han interesado las pieles. Por último decidí quedarme en la cama todo el tiempo que quisiera y después ir a Central Park y pasar el día tendida sobre la hierba, la hierba más alta que pudiera encontrar en aquel yermo estéril, lleno de estanques para patos.

Le dije a Doreen que no iría ni a la exposición ni al almuerzo ni al estreno, pero que tampoco iría a Coney Island, que me quedaría en la cama. Cuando Doreen se marchó, me pregunté por qué no podía hacer todo lo que no debía hacer, como Doreen, y eso me hizo sentir aún más triste y más agotada.

No sabía qué hora era, pero había oído a las chicas alborotando y llamándose unas a otras en el pasillo y preparándose para ir a la exposición de pieles, y luego había oído cómo el pasillo quedaba en silencio y, mientras yacía de espaldas sobre la cama, contemplando el pálido, blanco cielorraso, la tranquilidad y la calma parecían crecer más y más hasta que sentí que con ellas mis oídos iban a estallar. Entonces sonó el teléfono.

Lo estuve mirando durante un minuto. El receptor se estremeció un poco en su cuna color de hueso; así supe que de verdad estaba sonando. Pensé que le había dado mi número de teléfono a alguien en una fiesta o en un baile y que luego lo había olvidado por completo. Levanté el receptor y hablé con voz ronca, acogedora:

—¿Hola?

—Habla Jota Ce —dijo con brutal prontitud—. Me estaba preguntando si por casualidad pensabas pasar por la oficina hoy.

Me hundí entre las sábanas. No podía entender por qué Jota Ce pensaba que yo iría a la oficina. Teníamos aquellas hojas mimeografiadas donde estaba nuestro calendario, de forma que pudiéramos llevar un control sobre nuestras actividades, y teníamos que pasar muchas mañanas y muchas tardes lejos de la oficina, haciendo cosas en la ciudad. Desde luego, algunas de esas cosas eran optativas.

Hubo una pausa. Luego, dije mansamente:

—Pensé que debía ir a la exposición de pieles.

Por supuesto, yo no había pensado nada semejante, pero no encontré otra cosa que decir.

—Le dije que pensaba ir a la exposición de pieles —le conté después a Betsy—. Pero ella me dijo que fuera a su oficina, quería tener una conversación conmigo y había trabajo por hacer.

—Oh-oh —dijo Betsy, comprensiva. Debió de haber visto las lágrimas que cayeron en mi plato de postre con helado de merengue y *brandy*, porque empujó hacia mí su propio plato de helado, que no había tocado, y empecé a comerlo distraídamente, cuando hube terminado con el mío. Me sentí un poco torpe por lo de las lágrimas, pero eran muy auténticas. Jota Ce me hacía algunas cosas terribles.

***

Cuando hice mi deslucida entrada en la oficina, alrededor de las diez Jota Ce se puso de pie y salió de detrás de su escritorio para ir a cerrar la puerta, y yo me senté en la silla giratoria ante la mesa de mi máquina de escribir, frente a ella, y Jota Ce se sentó en su silla giratoria, frente a mí, tras

su escritorio, con la ventana llena de plantas enmacetadas en varias hileras, que sobresalían a sus espaldas, como un jardín tropical.

—¿Te interesa tu trabajo, Esther?

—Oh, sí, sí —dije—, me interesa muchísimo.

Sentí deseos de gritar las palabras, como si eso las hiciera más convincentes, pero logré controlarme.

Toda mi vida me había dicho a mí misma que lo que quería era estudiar y leer y escribir y trabajar como loca, y, de hecho, parecía ser cierto: hacía todo muy bien y obtenía las mejores calificaciones y, para cuando ingresé en el preuniversitario, nadie podía detenerme.

Yo era corresponsal de la *Gaceta* de mi pueblo y redactora de la revista literaria y secretaria del Comité de Honor, que se encarga de sancionar las faltas académicas y sociales —un trabajo popular—, y una muy conocida poetisa y profesora me proponía hacer la carrera en las mejores universidades del Este, y tenía promesas de becas completas para toda la carrera, y ahora estaba aprendiendo junto a la mejor redactora de revistas de modas, y, ¿qué estaba haciendo sino corcovear y corcovear como un torpe caballo de tiro?

—Me intereso por todo. —Las palabras cayeron sobre el escritorio de Jota Ce con una blandura hueca, como fichas de madera.

—Me alegro —dijo Jota Ce, en un tono algo cortante—. Es mucho lo que puedes aprender en un mes en esta revista, siempre que trabajes duro. La chica que estuvo con nosotros antes que tú no perdió el tiempo con esto de las modas. Fue directamente de esta oficina al *Time*.

—¡Vaya! —dije en el mismo tono sepulcral—. ¡Fue muy rápido eso!

—Por supuesto, aún tienes un año de estudios por delante —continuó Jota Ce un poco más suavemente—, ¿Qué piensas hacer después de graduarte?

Yo siempre había creído que pensaba conseguir una buena beca universitaria o una subvención para poder estudiar en Europa, y después pensaba ser profesora y escribir libros de poemas, o escribir libros de poemas y ser una especie de redactora. Solía hablar mucho de esos planes.

—Realmente no lo sé —me sorprendí a mí misma diciendo. Me sentí profundamente golpeada al oírme decir eso porque, en el momento en que

lo dije, supe que era cierto.

Sonaba verdadero y lo reconocí, tal como se reconoce a una persona extraña que ha pasado años merodeando por nuestra casa, y de pronto entra en ella y se presenta diciendo ser nuestro propio padre y es exactamente igual que uno, de modo que nos convencemos de que es nuestro padre y de que la persona a la que toda la vida hemos considerado nuestro padre es un impostor.

—Realmente no lo sé.

—No llegarás a ninguna parte de esa forma. —Jota Ce hizo una pausa—: ¿Cuántos idiomas conoces?

—Oh, puedo leer un poco de francés y siempre he querido aprender alemán.

Había estado diciéndole lo mismo a la gente durante cerca de cinco años. Mi madre hablaba alemán durante su niñez en los Estados Unidos y sus compañeros de escuela le habían tirado piedras por ello durante la Primera Guerra Mundial. Mi padre, de habla alemana, muerto cuando yo tenía nueve años, venía de alguna aldea maníaco-depresiva en el negro corazón de Prusia. Mi hermano menor estaba en aquel momento en una Experiencia de Convivencia Internacional, en Berlín, y hablaba alemán como un nativo.

Lo que yo no decía nunca era que cada vez que tomaba un diccionario de alemán o un libro en alemán, la sola visión de aquellas letras densas, negras, como de alambre de púas, bastaba para que mi mente se cerrara como una almeja.

—Siempre he pensado que me gustaría meterme en el mundo editorial. —Trataba de retomar un hilo que me devolviera a mi antigua, brillante condición de propagandista—. Creo que lo que haré será tratar de entrar en alguna editorial.

—Deberías leer francés y alemán —dijo Jota Ce despiadadamente— y probablemente unos cuantos idiomas más; español e italiano… mejor aún ruso. Cientos de muchachas afluyen a Nueva York todos los veranos con la esperanza de llegar a ser editoras. Debes tener algo más que ofrecer que la persona corriente y moliente. Mejor será que aprendas algunos idiomas.

No tuve valor para decirle a Jota Ce que no quedaba en el calendario de mi último curso un solo resquicio para estudiar idiomas. Iba a coger uno de esos cursos optativos que enseñan cómo pensar independientemente y, a excepción de un curso sobre Tolstoi y Dostoievski, y de un seminario sobre composición poética avanzada, pasaría la mayor parte del tiempo escribiendo sobre algún abstruso tema de la obra de James Joyce. No había escogido mi tema porque aún no había leído *Finnegan's Wake*, pero mi profesor estaba muy entusiasmado con mi tesis y había prometido darme algunos consejos y orientaciones con respecto a las imágenes de mellizos.

—Veré lo que puedo hacer —le dije a Jota Ce—. Probablemente pueda encajar en uno de esos cursos intensivos de alemán que han organizado.

En aquel momento creía que muy bien podía hacer eso. Tenía mi método para convencer a la tutora de mi curso de que me dejara hacer cosas irregulares. Ella me consideraba una especie de experimento interesante.

En la universidad se me exigía un curso de física y otro de química. Ya había asistido a un curso de botánica y lo había hecho muy bien. Nunca respondí mal a una sola de las preguntas en las pruebas y durante un tiempo jugueteé con la idea de ser botánica y estudiar las especies vegetales silvestres de África o de los bosques tropicales de América del Sur, porque se pueden obtener grandes subvenciones para estudiar cosas raras como ésas, en zonas extrañas, mucho más fácilmente que para estudiar arte en Italia o inglés en Inglaterra, ya que no hay tanta competencia.

La botánica estaba muy bien porque me encantaba cortar hojas y ponerlas bajo el microscopio y dibujar diagramas del moho del pan y de la hoja extraña y acorazonada del helecho en su ciclo sexual; era algo que me parecía muy real.

El día en que asistí a la primera clase de física fue la muerte.

Un hombre pequeño y moreno con voz chillona y balbuceante, llamado Manzi, estaba de pie frente a la clase, vestido con un ajustado traje azul y sosteniendo una pelotita de madera en la mano. Puso la pelotita sobre una tablilla inclinada y llena de estrías y la dejó correr hacia abajo. Entonces empezó cosas del tipo de aceleración igual a *a* y tiempo igual a *t*, y de pronto se puso a garrapatear letras y números y signos de igualdad por todo el pizarrón y mi mente se puso en blanco.

Volví a mi dormitorio con el libro de física. Era un enorme libro de papel mimeografiado poroso —cuatrocientas páginas sin dibujos ni fotografías, sólo diagramas y fórmulas—, entre cubiertas de cartón color ladrillo. Aquel libro había sido escrito por el señor Manzi para explicarles física a las chicas de la universidad y, si nos servía a nosotras, él trataría de publicarlo.

Bien; estudié todas aquellas fórmulas, fui a clase y miré rodar pelotitas tablilla abajo y escuché sonar timbres y al final del semestre la mayoría de las chicas había fracasado, pero yo tenía la nota más alta. Oí al señor Manzi decir a un grupo de chicas, que se quejaban de que el curso era muy duro:

—No, no puede ser muy duro porque una chica obtuvo el máximo.

—¿Quién es? Díganoslo —dijeron ellas, pero él sacudió la cabeza y no dijo nada, al tiempo que me dirigía una dulce sonrisita cómplice.

Fue eso lo que me dio la idea de zafarme de la química el semestre siguiente. Podía haber obtenido la nota más alta en física, pero me dominaba el pánico. La física me dio náuseas durante todo el tiempo que la estudié. Lo que no podía soportar era el reducirlo todo a letras y números. En lugar de formas de hojas y de diagramas ampliados de los poros por los que ellas respiran, y de fascinantes palabras como «carotina» y «xantofila» escritas en la pizarra, lo que había era estas fórmulas, odiosas y torcidas, con letras semejantes a escorpiones, escritas con la tiza roja especial del señor Manzi.

Sabía que la química iba a ser peor porque había visto un gran gráfico mural de los noventa y tantos elementos químicos colgado en la pared del laboratorio de química, y todas las palabras perfectamente utilizables como oro y plata, cobalto y aluminio, habían sido reducidas a horrendas abreviaturas, y cada una de ellas precedía a un número decimal distinto. Si tenía que forzar mi cerebro a admitir algo más de aquello me volvería loca. Fracasaría rotundamente. Sólo con un tremendo esfuerzo de voluntad me había arrastrado a lo largo de la primera mitad del año.

Por lo cual me presenté ante la tutora de mi curso con un ingenioso plan.

Mi plan consistía en afirmar que necesitaba más tiempo para asistir a un curso sobre Shakespeare, dado que yo era, después de todo, bachiller en

lengua inglesa. Ella sabía, y yo sabía perfectamente, que obtendría la nota más alta también en el curso de química, de modo que ¿para qué presentarme a exámenes?, ¿por qué no podía simplemente asistir a clases y mirar y aprenderlo todo, olvidándome de las calificaciones y las promociones? Era una cuestión de honor entre gente honorable y el contenido importaba más que la forma, y las calificaciones, después de todo, eran una cosa un poco tonta, ¿verdad?, cuando se sabe que siempre se va a obtener la más alta. Mi propuesta se veía reforzada por el hecho de que el colegio hubiera eliminado el curso obligatorio de ciencias para las clases que venían detrás de mí. Así que mi curso era el último en sufrir bajo el antiguo reglamento.

El señor Manzi estaba perfectamente de acuerdo con mi plan. Creo que le halagaba que yo asistiera a su curso sin ninguna razón material, como la nota más alta o la promoción, por la pura belleza de la química en sí. Consideré muy ingenioso proponer mi asistencia como oyente a la clase de química aun cuando ya hubiese elegido a Shakespeare. Era un gesto innecesario y daba la impresión de que yo no podía prescindir de la química.

Por supuesto este plan nunca hubiese tenido éxito, de no haber obtenido esa nota tan alta al principio. Y si mi tutora hubiera sabido cuán asustada y deprimida estaba y cuán seriamente contemplaba posibles soluciones extremas, como el obtener un certificado médico que me declarara incapacitada para el estudio de la química, en que constara que las fórmulas me mareaban y cosas por el estilo, estoy segura de que no me hubiera escuchado un solo minuto y me habría hecho hacer el curso a pesar de todo. En su momento, el Consejo de la Facultad aprobó mi petición y mi tutora me dijo después que algunos profesores habían quedado impresionados. La consideraban un paso importante hacia la madurez intelectual.

Tenía que reírme cada vez que pensaba en eso, durante el resto de ese año. Fui a las clases de química cinco veces por semana, sin perder una sola. El señor Manzi estuvo de pie durante todas ellas, al fondo del grandioso y antiguo anfiteatro, haciendo llamas azules y chispazos rojos y nubes de sustancias amarillas al verter el contenido de un tubo de ensayo en otro, y yo apartaba su voz de mis oídos imaginando que era sólo un

mosquito en la distancia y me inclinaba en el asiento disfrutando de las brillantes luces y de los fuegos de colores, mientras escribía página tras página de cuartetos y sonetos.

El señor Manzi me miraba de vez en cuando y me veía escribir y me dedicaba una sonrisa dulce y llena de agradecimiento.

Supongo que creía que yo tomaba nota de todas aquellas fórmulas, no para los exámenes como las otras chicas, sino porque su presentación me fascinaba hasta el extremo de no poder evitar copiarlas.

CAPÍTULO CUATRO

No sé por qué mi exitosa evasión de la química tuvo que acudir a mi mente allá, en la oficina de Jota Ce.

Mientras ella me hablaba, yo veía al señor Manzi, de pie, flotando en el aire tenue, detrás de la cabeza de Jota Ce, como algo sacado por arte de magia de un sombrero, sosteniendo su pelotita de madera y la probeta de la que se desprendió una gran nube de humo amarillo en la víspera de las vacaciones de Pascua y que olía a huevos podridos e hizo reír a todas las muchachas y al señor Manzi.

Sentí lástima por el señor Manzi. Me dieron ganas de arrastrarme hasta él y pedirle perdón por ser una mentirosa tan terrible.

Jota Ce me tendió una pila de manuscritos de cuentos y me habló mucho más amablemente. Pasé el resto de la mañana leyendo los cuentos y escribiendo a máquina lo que pensaba de ellos en las hojas rosadas de memorándum interno, o enviándolas al despacho del redactor de Betsy para que Betsy las leyera al día siguiente. Jota Ce me interrumpía de vez en cuando para decirme algo práctico o contarme algún chisme.

Jota Ce iba a almorzar ese mediodía con dos famosos escritores, un hombre y una señora. El hombre le acababa de vender seis cuentos cortos al *New Yorker* y seis a Jota Ce. Eso me sorprendió, porque yo no sabía que las revistas compran cuentos en lotes de seis y me dio vértigo pensar en la cantidad de dinero que seis cuentos podían llegar a producir. Jota Ce dijo que debía tener mucho cuidado en ese almuerzo, pues la señora también escribía cuentos, pero nunca se los habían publicado en el *New Yorker* y Jota Ce sólo le había aceptado uno en cinco años. Tenía que adular al más famoso, procurando al mismo tiempo no herir a la menos famosa.

Cuando los querubines del reloj de pared francés de Jota Ce agitaron las alas hacia arriba y hacia abajo, se llevaron las pequeñas trompetas doradas a la boca y silbaron doce notas, una tras otra, Jota Ce me dijo que ya había trabajado lo suficiente por ese día, que me fuera al paseo, al banquete del *Ladies' Day* y al estreno de la película, y que ella me vería al día siguiente bien temprano por la mañana.

Entonces deslizó una chaqueta sobre su blusa color lila, se puso un sombrero de lilas artificiales, se empolvó ligeramente la nariz y se ajustó las gruesas gafas. Tenía un aspecto horroroso, pero parecía muy sabia. Al salir de la oficina me golpeó levemente el hombro con una mano enguantada de color lila.

—No dejes que esta depravada ciudad te deprima.

Permanecí inmóvil en mi silla giratoria durante unos cuantos minutos y pensé en Jota Ce. Traté de imaginarme cómo sería si yo fuera E Ge, la famosa editora, en una oficina llena de macetas con ficus y violetas africanas que mi secretaria tuviese que regar cada día. Deseé tener una madre como Jota Ce. Entonces sabría qué hacer.

Mi madre no era una gran ayuda. Había enseñado taquigrafía y mecanografía para mantenernos desde la muerte de mi padre, y secretamente odiaba tener que hacerlo y lo odiaba a él por haberse muerto sin dejar dinero porque nunca había confiado en los vendedores de seguros de vida. Ella siempre me estaba encima para que aprendiera taquigrafía cuando saliera de la universidad, para que tuviera una habilidad práctica además de un título.

—Hasta los apóstoles tenían que construir sus tiendas —solía decir—. Tenían que vivir, igual que nosotros.

***

Me humedecí los dedos en el cuenco de agua tibia que una camarera de *Ladies' Day* colocó en el lugar de mis dos platos vacíos de helado. Luego me los sequé uno a uno cuidadosamente con la servilleta de lino, que estaba todavía bastante limpia. Luego la doblé, la puse entre mis labios y los apreté escrupulosamente. Cuando volví a colocar la servilleta sobre la mesa, la

forma de unos labios de pelusilla rosada se destacaba en su centro como un diminuto corazón.

Pensé en el largo camino que había recorrido.

La primera vez que vi un cuenco para los dedos, fue en el hogar de mi benefactora. Era costumbre en mi universidad, según me dijo la pequeña y pecosa señora de la Oficina de Becas, escribirle a la persona cuya beca se tenía, si todavía estaba viva, para darle las gracias.

Yo tenía la beca de Philomena Guinea, una rica novelista que asistió a mi misma universidad en los primeros años de mil novecientos y cuya primera novela había sido rodada para cine mudo por Bette Davis, y era el tema de un serial radiofónico que todavía se estaba transmitiendo; resultó que estaba viva y que vivía en una gran mansión, no lejos del club de campo de mi abuelo.

Le escribí a Philomena Guinea una larga carta en tinta negra sobre papel gris, con el nombre de la universidad grabado en rojo. Escribí qué aspecto tenían las hojas en otoño cuando yo iba en bicicleta hasta las colinas, y lo maravilloso que era vivir en terrenos de la universidad en vez de viajar en autobús hasta la ciudad y tener que vivir en mi casa, y que quizás algún día sería capaz de escribir grandes obras como ella.

Había leído uno de los libros de la señora Guinea en la biblioteca del pueblo —por alguna razón la biblioteca de la universidad no los tenía— y estaba atestado desde el principio hasta el fin de largas e intrigantes preguntas: «¿Columbraría Evelyn que Gladys había conocido a Roger en el pasado?», se preguntaba febrilmente Héctor; y «¿Cómo podía Donald casarse con ella después de saber lo de la niña Elsie, escondida con la señora Rollmop en la apartada granja rural?», le preguntaba Griselda a su helada almohada iluminada por la luna. Estos libros le hicieron ganar a Philomena Guinea, quien más tarde me dijo que había sido muy estúpida en la universidad, millones y millones de dólares.

La señora Guinea contestó a mi carta y me invitó a almorzar en su casa. Ahí fue donde vi por primera vez un cuenco para los dedos.

En el agua había, flotando, varios capullos de cerezo y yo pensé que sería alguna especie de sopa clara japonesa para después de la comida: me la bebí toda, comiéndome incluso los rizados capullitos. La señora Guinea

no dijo nada y fue sólo mucho después, al contarle a una chica de la alta sociedad que conocí en la universidad los detalles de la comida, cuando supe lo que había hecho.

***

Cuando salimos del interior de los locales brillantemente iluminados de *Ladies' Day*, las calles estaban grises y despedían vapores de lluvia. No era la clase de lluvia agradable que lo deja a uno limpio, sino la clase de lluvia que me imagino debe de haber en Brasil. Bajaba directamente del cielo en gotas del tamaño de platillos de café y golpeaba las calientes aceras con un silbido que hacía surgir pequeñas nubes de vapor que se elevaban del centelleante y oscuro pavimento.

Mi secreta esperanza de pasar la tarde a solas en Central Park murió en las puertas giratorias de cristal de *Ladies' Day*, que semejaban una batidora de huevos. Advertí que me empujaban, bajo la lluvia tibia, hacia la cavidad sombría, palpitante, de un taxi, junto con Betsy e Hilda y Emily Ann Offenbach, una linda muchachita con un moño de pelo rojo y un marido y tres niños en Teaneck (Nueva Jersey).

La película era muy mala. Las estrellas eran una bonita chica rubia que se parecía a June Allyson, pero que era en realidad otra persona, y una chica de pelo negro muy atractiva, que se parecía a Elizabeth Taylor, pero también era otra persona, y dos tipos de amplias espaldas y cabezas cuadradas con nombres como Rick y Gil.

Era un romance de fútbol y era en tecnicolor.

Odio el tecnicolor. Todo el mundo en una película en tecnicolor parece sentirse obligado a usar fantásticos trajes nuevos en cada nueva escena y a posar como maniquíes con montones de árboles muy verdes o trigo muy amarillo o un océano muy azul extendiéndose kilómetros y kilómetros en todas direcciones.

La mayor parte de la acción de esta película se desarrollaba en las tribunas de un estadio de fútbol, donde las dos chicas agitaban las manos y vitoreaban vestidas con unos elegantes trajes con crisantemos anaranjados del tamaño de repollos en las solapas, o en un salón de baile, donde las

muchachas se deslizaban a toda velocidad junto a sus parejas, con vestidos que parecían sacados de *Lo que el viento se llevó* y luego se escapaban secretamente hasta el tocador para decirse tremendas obscenidades.

Finalmente pude darme cuenta de que la chica buena iba a terminar junto al héroe bueno del fútbol, y de que la chica atractiva no iba a terminar junto a nadie porque lo que el hombre llamado Gil buscaba era una amante y no una esposa, y ahora estaba haciendo las maletas para irse a Europa solo.

Aproximadamente en ese punto, empecé a sentirme rara. Miré en derredor todas las filas de extasiadas cabecitas, todas con el mismo resplandor plateado delante y la misma sombra negra detrás, y no me parecieron ni más ni menos que un montón de estúpidos lunáticos.

Sentí unas ganas terribles de vomitar. No sabía si era la espantosa película lo que me estaba dando dolor de estómago o todo el caviar que me había comido.

—Regreso al hotel —le susurré a Betsy en la penumbra.

Betsy estaba mirando la pantalla con mortal concentración.

—¿No te sientes bien? —murmuró moviendo apenas los labios.

—No —dije—. Me siento infernalmente.

—También yo; regresaré contigo.

Nos deslizamos de nuestros asientos y dijimos: «Permiso, permiso, permiso», a todo lo largo de nuestra fila, mientras la gente refunfuñaba, bufaba y cambiaba de lugar sus botas de lluvia y sus paraguas para dejarnos pasar, y pisé todos los pies que pude porque así apartaba de mi mente el enorme deseo de vomitar que se inflaba ante mí como un globo, tan rápidamente que no podía ver otra cosa.

Cuando salimos a la calle, todavía caían las últimas gotas de una lluvia templada.

Betsy parecía un espantajo. El color había desaparecido de sus mejillas y su rostro agotado flotaba frente a mí, verde y sudoroso. Nos dejamos caer dentro de uno de esos taxis a cuadros amarillos que siempre están esperando junto a la acera cuando uno trata de decidir si quiere o no un taxi, y para cuando llegamos al hotel yo había vomitado una vez y Betsy dos.

El conductor tomaba las curvas con tal violencia que éramos lanzadas la una contra la otra, primero hacia un lado del asiento trasero y luego hacia el otro. Cada vez que una sentía náuseas, se inclinaba tranquilamente como si hubiera dejado caer algo y lo estuviera recogiendo del suelo y la otra carraspeaba un poquito y aparentaba estar mirando por la ventanilla.

A pesar de todo, el conductor parecía saber lo que estábamos haciendo.

—¡Eh! —protestó, pasando una luz que acababa de ponerse roja—. No pueden hacer eso en mi taxi, será mejor que se bajen y lo hagan en la calle.

Pero no le respondimos y supongo que comprendió que ya estábamos a punto de llegar al hotel, porque no nos hizo bajar hasta que nos detuvimos frente a la entrada principal.

No nos entretuvimos a esperar que calculara el precio. Le pusimos un montón de monedas en la mano y dejamos caer un par de pañuelos de papel para cubrir la suciedad del suelo y atravesamos corriendo el vestíbulo hasta el ascensor vacío. Por fortuna para nosotras, era un momento tranquilo del día. Betsy volvió a descomponerse en el ascensor y yo le sostuve la cabeza, y luego yo me descompuse y ella me la sostuvo a mí.

Generalmente, después de un buen vómito uno se siente bien enseguida. Nos abrazamos, nos dijimos adiós y nos fuimos hacia extremos opuestos del corredor para acostarnos en nuestras propias habitaciones. No hay nada como vomitar con alguien para llegar a ser viejos amigos.

Pero un minuto después de haber cerrado la puerta detrás de mí, de haberme desvestido y arrastrado hasta la cama, me sentí peor que nunca. Sentí que tenía que ir al lavabo. Bregué hasta encontrarme dentro de mi bata de baño blanca con acianos azules y me encaminé vacilante hacia el baño.

Betsy ya estaba allí. La oía gemir tras la puerta, así que me apresuré a doblar la esquina para llegar al baño del ala contigua. Estaba tan lejos que creí que me moriría.

Me senté en el inodoro, incliné la cabeza sobre el borde del lavabo, y creí perder a la vez las tripas y mi almuerzo. El malestar me recorría en grandes oleadas. Tras cada oleada desaparecía y me dejaba débil como una hoja mojada y temblando de pies a cabeza, y luego lo sentía crecer nuevamente en mi interior, y las resplandecientes baldosas blancas, bajo

mis pies, sobre mi cabeza y en los cuatro lados, se cerraban como una cámara de tortura y me comprimían hasta hacerme pedazos.

No sé cuánto tiempo estuve así. Dejé que el agua fría del lavabo siguiera corriendo ruidosamente sin el tapón, para que cualquiera que pasara creyera que estaba lavando mi ropa, y cuando me sentí razonablemente a salvo me tendí en el suelo y me quedé muy quieta.

Ya no parecía verano. Sentí el invierno sacudiéndome los huesos y haciéndome castañetear los dientes, y la gran toalla blanca del hotel que había arrastrado conmigo estaba bajo mi cabeza, helada como una ventisca.

***

Pensé que era de muy mala educación golpear la puerta de un baño en la forma en que alguien lo estaba haciendo. Podían dar la vuelta a la esquina y encontrar otro, como había hecho yo, y dejarme en paz. Pero la persona siguió golpeando y suplicándome que la dejara entrar y creí reconocer con dificultad la voz. Sonaba ligeramente parecida a la de Emily Ann Offenbach.

—Un momento —dije entonces. Las palabras me salieron espesas como la maleza.

Hice acopio de fuerzas y lentamente me levanté e hice correr el agua por décima vez, enjuagué el lavabo, enrollé la toalla, para que no se vieran mucho las manchas de vómito, abrí la puerta y salí al corredor.

Sabía que me sería fatal mirar a Emily Ann o a cualquier otra persona, así que fijé vidriosamente los ojos en una ventana que flotaba en el extremo del pasillo y puse un pie delante del otro.

Lo primero que vi fue un zapato.

Era un zapato fuerte, de cuero negro agrietado y bastante viejo, con unos agujeros pequeñitos, festoneado sobre el dedo gordo y considerablemente deslustrado, y apuntaba hacia mí. Parecía estar colocado sobre una dura superficie verde que me hacía daño en el pómulo derecho.

Me mantuve muy quieta, esperando una pista que me proporcionara alguna noción de lo que debía hacer. Un poco a la izquierda del zapato vi un vago montón de acianos azules sobre un fondo blanco y me dieron ganas de

llorar. Era la manga de mi propia bata lo que estaba viendo y mi mano izquierda, pálida como un bacalao, se encontraba en su extremo.

—Ahora ya está bien.

La voz salió de una región fría racional, situada muy por encima de mi cabeza. Por un momento no pensé que hubiera nada de extraño en ella, y luego pensé que sí era extraña. Era la voz de un hombre y no se permitía la entrada de ningún hombre en nuestro hotel a ninguna hora de la noche ni del día.

—¿Cuántas más hay? —continuó la voz.

Escuché interesada. El suelo parecía maravillosamente sólido. Era consolador saber que me había caído y que no podía caer más abajo.

—Once, creo —contestó una voz de mujer. Me figuré que debía de pertenecer al zapato negro—. Creo que son once más, pero falta una, así que sólo hay diez.

—Bueno, lleve a ésta a la cama y me encargaré de las demás.

Escuché un hueco bump-bump en mi oído derecho, que se fue haciendo cada vez más débil. Entonces se abrió una puerta en la distancia y hubo voces y gemidos, y la puerta se volvió a cerrar.

Dos manos se deslizaron bajo mis axilas y la voz de la mujer dijo: «Ven, ven, guapa, todavía estamos a tiempo», y sentí que me levantaban, y lentamente las puertas empezaron a sucederse, una tras otra hasta que llegamos a una que estaba abierta y entramos.

La sábana de mi cama estaba doblada y la mujer me ayudó a acostarme y me cubrió hasta la barbilla y descansó un momento en la poltrona a mi lado abanicándose con una mano rosada, regordeta. Llevaba gafas de montura dorada y una toca blanca de enfermera.

—¿Quién es usted? —pregunté con voz débil.

—Soy la enfermera del hotel.

—¿Qué me pasa?

—Estás envenenada —dijo brevemente—. Todas vosotras estáis envenenadas. Nunca había visto algo así. Enfermas aquí y enfermas allá, ¿de qué os habéis atracado, jovencitas?

—¿Están todas las demás enfermas también? —pregunté con cierta esperanza.

—Todas las de tu grupo —afirmó ella con satisfacción—. Vomitando como perros y llamando a su mamá.

El cuarto daba vueltas alrededor de mí con gran gentileza, como si las sillas, las mesas y las paredes se desprendieran de su peso en atención a mi súbita debilidad.

—El doctor te ha puesto una inyección —dijo la enfermera desde el marco de la puerta—. Ahora te dormirás.

Y la puerta ocupó su lugar como una hoja de papel blanco, y luego una hoja de papel más grande ocupó el lugar de la puerta, me dejé ir hacia ella y sonreí hasta quedarme dormida.

***

Había alguien de pie junto a mi almohada con una taza blanca.

—Bebe eso —dijeron.

Meneé la cabeza. La almohada crujió como un manojo de paja.

—Bebe esto y te sentirás mejor.

Colocaron una gruesa taza blanca de porcelana bajo mi nariz. Bajo la pálida luz, que podía ser tanto del atardecer como del amanecer, contemplé el claro líquido ámbar. Trozos de mantequilla flotaban en su superficie y un tenue aroma de pollo ascendió hasta mi nariz.

Moví los ojos hacia la falda que estaba detrás de la taza.

—Betsy —dije.

—Nada de Betsy; soy yo.

Levanté los ojos entonces y vi la cabeza de Doreen recortada contra la ventana, su cabello rubio iluminado en las puntas desde detrás como un halo dorado. Su cara estaba en sombras, de modo que no pude descifrar su expresión, pero sentí que una especie de sabia ternura fluía de las puntas de sus dedos. Podía haber sido Betsy o mi madre o una enfermera con olor a helechos.

Incliné la cabeza y tomé un sorbo de caldo. Creí que mi boca estaba hecha de arena. Tomé otro sorbo y luego otro y otro hasta que la taza estuvo vacía.

Me sentí purificada y santificada y preparada para una nueva vida.

Doreen puso la taza en el antepecho de la ventana y se sentó en la poltrona. Observé que no hacía ningún movimiento para sacar un cigarrillo y, como era una de esas fumadoras que encienden uno con la colilla del otro, eso me sorprendió.

—Bueno, casi te mueres —dijo finalmente.

—Supongo que fue todo ese caviar.

—¿Qué caviar? Fue la carne de cangrejo. Le hicieron pruebas y estaba llena de ptomaína.

Tuve una visión de las cocinas celestialmente blancas de *Ladies' Day* extendiéndose hasta el infinito. Vi cómo rellenaban aguacate tras aguacate con carne de cangrejo y mayonesa y cómo los fotografiaban bajo brillantes luces. Vi la delicada carne de las patas, moteada de rosado, asomando seductoramente a través de su cubierta de mayonesa y el suave hueco amarillo del aguacate con su ribete verde caimán rematando el desastre.

Veneno.

—¿Quién hizo las pruebas? —Creí probable que el doctor hubiese sondeado el estómago de alguna y analizado el contenido en su laboratorio del hotel.

—Esos necios de *Ladies' Day*. Tan pronto como empezasteis a caer como en un juego de bolos, alguien llamó a la oficina, la oficina llamó a *Ladies' Day* y les hicieron pruebas a todas las sobras del gran almuerzo. ¡Ja!

—¡Ja! —repetí huecamente. Era bueno tener a Doreen allí.

—Os han enviado unos regalos —añadió ella—. Están en una gran caja, fuera, en el pasillo.

—¿Cómo llegaron tan rápido?

—Entrega especial urgente, ¿qué crees? No pueden permitirse el lujo de que vayáis por allí contando que os envenenaron en *Ladies' Day*. Podríais demandarlos por todo el dinero que tienen si conocierais a algún abogado inteligente.

—¿Qué son los regalos? —Empecé a comprender que si era un regalo bastante bueno, no me importaría lo sucedido, ya que como resultado me sentía muy pura.

—Nadie ha abierto la caja todavía, están todas acostadas. Se supone que yo le estoy llevando sopa a todo el mundo, puesto que soy la única que está en pie, pero primero vine a traerte la tuya.

—Mira a ver qué es el regalo —le rogué. Entonces recordé algo y le dije —: Tengo un regalo para ti también.

Doreen salió al pasillo. La oí hacer ruido durante un minuto y luego me llegó el sonido del papel al romperse. Finalmente regresó trayendo un grueso libro de portada brillante y con nombres impresos por todas partes.

Los treinta mejores cuentos del año. Dejó caer el libro sobre mi regazo.

—Hay once en la caja. Supongo que pensaron que así tendríais algo para leer mientras estuvierais enfermas. —Hizo una pausa—, ¿Dónde está el mío?

Hurgué en mi cartera y le tendí a Doreen el espejo con su nombre y las margaritas. Doreen me miró, yo la miré a ella, y ambas estallamos en carcajadas.

—Puedes tomarte mi sopa si quieres —dijo—. Pusieron doce tazas en la bandeja por error y Lenny y yo nos zampamos tantas salchichas mientras esperábamos que cesara la lluvia que no podría probar otro bocado.

—Tráela —dije—, estoy muerta de hambre.

CAPÍTULO CINCO

El teléfono sonó a las siete de la mañana del día siguiente.

Emergí lentamente del fondo de un negro sueño. Ya tenía un telegrama de Jota Ce pegado a mi espejo, donde me decía que no me molestara en ir a trabajar, que descansara un día y me restableciera completamente, y lo mucho que sentía lo del cangrejo en malas condiciones, así que no podía imaginar quién me llamaba.

Me estiré y atraje el receptor hasta mi almohada, de modo que el micrófono estuviera a la altura de mi cuello y el auricular descansara sobre mi hombro.

—¿Hola?

Una voz de hombre dijo:

—¿La señorita Esther Greenwood?

Me pareció detectar un ligero acento extranjero.

—Ciertamente —dije.

—Habla Constantino No Sé Qué.

No pude entender el apellido pero estaba lleno de eses y kas. No conocía a ningún Constantino, pero no tuve el valor de decirlo.

Entonces recordé a la señora Willard y a su intérprete simultáneo.

—Por supuesto, por supuesto —grité incorporándome y sujetando el receptor con ambas manos.

Nunca hubiera creído que la señora Willard fuese capaz de presentarme a un hombre llamado Constantino.

Coleccionaba hombres con nombres interesantes. Ya conocía a un Sócrates. Era alto, feo e intelectual, e hijo de un gran productor griego de cine en Hollywood, pero también era católico, lo cual lo echó todo a perder

entre nosotros. Además de Sócrates, conocí a un ruso blanco llamado Atila, en la Escuela de Administración Comercial en Boston.

Poco a poco fui comprendiendo que Constantino trataba de concertar una cita entre los dos para ese día, más tarde.

—¿Le gustaría ver las Naciones Unidas esta tarde?

—Ya las estoy viendo —le dije con una risita algo histérica.

Pareció asombrado.

—Las estoy viendo desde mi ventana. —Pensé que quizá mi inglés fuese demasiado rápido para él.

Hubo un silencio. Luego dijo:

—Tal vez quiera usted tomar un bocado después.

Percibí el vocabulario de la señora Willard y el alma se me fue a los pies. La señora Willard siempre invitaba a la gente a tomar un bocado. Recordé que este hombre había sido huésped de la señora Willard en su primer viaje a los Estados Unidos: la señora Willard había hecho uno de esos arreglos por los cuales uno acepta extranjeros en su país y luego uno va al extranjero y es huésped de alguien.

Vi entonces claramente que la señora Willard no había hecho sino cambiar su alojamiento en Rusia por mi invitación a tomar un bocado en Nueva York.

—Sí, me gustaría tomar un bocado —dije duramente—, ¿A qué hora me pasará a buscar?

—Pasaré a buscarla en mi coche alrededor de las dos. Está en el Amazonas, ¿no es cierto?

—Sí.

—Ah, sé dónde queda.

Por un momento pensé que su tono estaba cargado de significados, pero luego supuse que era probable que algunas de las chicas del hotel fuesen secretarias en las Naciones Unidas y que él hubiese salido con una de ellas alguna vez. Lo dejé colgar primero, luego colgué yo y me dejé caer de mal humor sobre las almohadas.

Allí iba yo otra vez, dispuesta a fabricarme una radiante imagen del hombre que me amaría apasionadamente desde el primer instante en que me

viera. Y todo a partir de dos tonterías. ¡Una visita obligada a las Naciones Unidas y un emparedado después de la visita!

Traté de elevar mi moral.

Probablemente el intérprete de la señora Willard fuera pequeño y feo y yo terminaría despreciándolo igual que despreciaba a Buddy Willard. Esta idea me proporcionó cierta satisfacción. Porque realmente despreciaba a Buddy Willard, y aunque todo el mundo seguía pensando que me casaría con él cuando saliera del sanatorio de tuberculosos, yo sabía que jamás me casaría con Buddy Willard aunque fuera el último hombre sobre la tierra.

Buddy Willard era un hipócrita.

Por supuesto, al principio yo no sabía que era un hipócrita. Pensaba que era el muchacho más maravilloso que había visto jamás. Lo adoré en silencio durante cinco años antes de que se fijara siquiera en mí y luego hubo una hermosa época en que aún lo adoraba y empezó a fijarse en mí y luego mientras él se fijaba más y más en mí descubrí de pronto, por casualidad, el terrible hipócrita que era en realidad, y ahora él quería que me casara con él y yo lo odiaba con toda mi alma.

Lo peor de todo es que no conseguí decirle lo que pensaba de él porque contrajo tuberculosis antes de que yo pudiera hacerlo, y ahora tenía que animarlo hasta que se recuperara y pudiera enfrentarse con la verdad desnuda.

Decidí no bajar a la cafetería a desayunar. Eso habría significado tener que vestirme, ¿y para qué vestirse si uno ha de pasar toda la mañana en cama? Pude haber llamado para que alguien me subiera el desayuno, pero habría tenido que darle propina y yo nunca sabía cuánto había que dar. Había tenido unas cuantas experiencias descorazonadoras en Nueva York tratando de dar propinas a la gente.

Cuando llegué por primera vez al Amazonas, un hombrecillo calvo y enano, con uniforme de botones, me subió la maleta en el ascensor y me abrió la puerta de la habitación. Por supuesto me precipité a la ventana para ver cómo era el panorama. Al cabo de un rato percibí al botones abriendo los grifos del lavabo y diciendo: «Ésta es la fría y ésta la caliente», encendiendo la radio y nombrando todas las emisoras de Nueva York, y

empecé a sentirme nerviosa, así que me mantuve de espaldas a él y le dije fríamente:

—Gracias por subir mi maleta.

—Gracias, gracias. ¡Ja! —dijo en un tono brutal y con una voz horrible, y antes de que pudiera darme vuelta para ver qué era lo que quería se había ido, cerrando la puerta tras él con un violento golpe.

Más tarde, al hablarle a Doreen de lo extraño de su conducta, ella me dijo:

—Tonta, quería su propina.

Le pregunté cuánto habría debido darle y ella me respondió que veinticinco centavos, cuando menos, o treinta y cinco, si la maleta era muy pesada. Yo podía haber subido la maleta perfectamente bien, sólo que el botones parecía tan ansioso por hacerlo que le dejé llevarla. Creía que ese tipo de servicio iba incluido en la cuenta del hotel. Detesto dar dinero a la gente por cosas que yo misma puedo hacer; me pone nerviosa.

Doreen decía que el diez por ciento es lo que uno debe dar de propina, pero de una forma u otra yo nunca tenía el dinero suelto y me habría sentido terriblemente estúpida dándole a alguien medio dólar y diciéndole:

—Quince centavos son su propina; por favor, devuélvame el cambio.

La primera vez que tomé un taxi en Nueva York le di diez centavos de propina al conductor. La carrera costaba un dólar así que pensé que diez centavos era lo justo y le di mi moneda con cierto orgullo y una sonrisa. Pero él se limitó a sostenerla en la mano y mirarla y mirarla; cuando salí del coche, esperando no haberle dado una moneda canadiense por error empezó a gritar: «Yo también tengo que vivir, señora, como todo el mundo», en voz tan alta que me dio miedo y eché a correr. Afortunadamente, se detuvo en un semáforo o, de lo contrario, creo que habría seguido a mi lado, junto a la acera, gritando de esa forma tan molesta.

Cuando le pregunté a Doreen acerca de eso, me dijo que el porcentaje de las propinas en Nueva York debía de haber aumentado del diez al quince por ciento desde su última visita a la ciudad. O eso, o el taxista era un redomado salvaje.

***

Tomé el libro que la gente de *Ladies' Day* me había enviado. Cuando lo abrí, cayó una tarjeta. El anverso mostraba un perro de lanas con una floreada camisa de pijama, sentado en una cesta con cara triste, y el reverso presentaba el mismo perro tendido en la cesta, con una leve sonrisa, profundamente dormido bajo un diseño bordado que decía: «Mejorarás si descansas mucho, mucho». Alguien había escrito en la parte inferior de la tarjeta: «¡Mejora pronto!; de parte de todos tus amigos de *Ladies' Day*», en tinta de color violeta.

Pasé de un relato a otro hasta llegar finalmente a uno acerca de una higuera.

La higuera crecía en un verde prado entre la casa de un judío y un convento, y el judío y una hermosa monja trigueña se encontraban a menudo junto al árbol para recoger higos maduros, hasta que un día vieron en una rama un huevo empollado en un nido y mientras observaban al pajarillo abrirse camino con el pico, sus manos se rozaron, y desde entonces la monja no volvió a recoger higos maduros con el judío; en su lugar iba una cocinera católica y de rostro perverso, quien contaba los higos que el judío recogía para asegurarse de que no se llevaba más que ella, y el hombre estaba furioso.

Me pareció una historia encantadora, especialmente la parte referente a la higuera en invierno, bajo la nieve, y luego en primavera cargada de fruta verde. Lamenté llegar a la última página. Deseé poder arrastrarme por entre las líneas negras del papel impreso, como si se tratara de una cerca, e ir a dormir bajo la gran higuera, verde y hermosa.

Tenía la impresión de que Buddy Willard y yo éramos como el judío y la monja del cuento, aunque por supuesto no éramos judíos ni católicos sino miembros de la Iglesia Unitaria. Nos conocimos bajo nuestra propia higuera imaginaria y lo que veíamos no era un pajarillo salir de su cascarón, sino un niño nacer de una mujer, y entonces algo terrible ocurría y nuestros caminos se separaban.

Mientras estaba allí tendida en la blanca cama del hotel sintiéndome sola y débil, pensé en Buddy Willard, solo y más débil que yo, en aquel sanatorio de los montes Adirondacks, y me sentí una traidora de la peor

especie. En sus cartas, Buddy me decía que estaba leyendo poemas escritos por alguien que también era médico y que había descubierto que había un famoso cuentista ruso, ya muerto, que también había sido médico, así que era posible que los escritores y los médicos congeniaran.

Era una melodía muy distinta de la que Buddy Willard había entonado durante los dos años que habíamos empleado en conocernos. Recuerdo el día en que Buddy me sonrió y dijo:

—¿Sabes lo que es un poema, Esther?

—No, ¿qué es? —dije.

—Un grano de polvo. —Y pareció tan orgulloso de haber pensado una cosa así que me quedé mirando su rubio cabello y sus ojos azules y sus blancos dientes.

—Supongo que sí —dije.

Pasaba gran parte del tiempo sosteniendo conversaciones imaginarias con Buddy Willard. Él era un par de años mayor que yo, y muy científico, así que siempre podía demostrar las cosas. Cuando estaba con él, tenía que hacer un gran esfuerzo para no llevar la peor parte.

Aquellas conversaciones que yo desarrollaba mentalmente, solían repetir el inicio de conversaciones que en verdad había tenido con Buddy, sólo que yo terminaba dando agudas respuestas en lugar de quedarme allí sin decir otra cosa que «Supongo que sí».

Ahora, tendida en la cama, imaginaba a Buddy diciendo:

—¿Sabes lo que es un poema, Esther?

—No, ¿qué es? —decía yo.

—Un grano de polvo.

Entonces, cuando él comenzara a sonreír y a mostrarse orgulloso, yo diría:

—También lo son los cadáveres que cortas. También lo es la gente a la que crees curar. Son polvo como el polvo mismo es polvo. Calculo que un buen poema dura mucho más que cientos de esas gentes juntas.

Y, por supuesto, Buddy no sabría qué responder porque lo que yo decía era cierto. La gente estaba hecha nada más que de polvo y yo no veía que curar todo aquel polvo fuera algo mejor que escribir poemas que la gente

recordaría y se repetiría a sí misma cuando se sintiera infeliz o enferma y no pudiera dormir.

Mi problema era que yo tomaba todo lo que Buddy Willard me decía como si fuera palabra de Dios. Recuerdo la primera noche que me besó. Fue después de la fiesta de promoción del tercer año en Yale.

Era extraña la forma en que Buddy me había invitado a esa fiesta de fin de curso.

Llegó de improviso a mi casa, unas vacaciones de Navidad; llevaba un grueso suéter blanco de cuello vuelto, y estaba tan guapo que yo no podía quitarle los ojos de encima, y me dijo:

—Puede ser que vaya a verte alguna vez a la universidad. ¿Te parece bien?

Me quedé pasmada. Sólo veía a Buddy en la iglesia los domingos cuando ambos volvíamos a casa desde la universidad, y siempre a cierta distancia, así que no podía comprender qué lo había hecho correr a verme —había corrido las dos millas que había entre nuestras casas para mantenerse en forma, dijo.

Por supuesto, nuestras madres eran buenas amigas. Habían ido a la escuela juntas y luego ambas se casaron con sus profesores y se quedaron a vivir en el mismo pueblo, pero Buddy siempre estaba fuera, porque tenía una beca para asistir durante el otoño a la escuela preparatoria y en verano se iba a combatir la roya, en Montana, para ganar algún dinero, por lo cual el hecho de que nuestras madres fueran viejas condiscípulas realmente no tenía importancia.

Después de esta súbita visita no supe más de Buddy hasta una hermosa mañana de sábado en los primeros días de marzo. Estaba en mi dormitorio, en la universidad, estudiando acerca de Pedro el Ermitaño y Gualterio el Pordiosero para el examen de historia de las cruzadas que tenía ese lunes, cuando sonó el teléfono del pasillo.

Generalmente se supone que la gente debe turnarse para atender el teléfono, pero como yo era la única estudiante del primer año en un piso en el que todas cursaban cuarto año, me hacían atenderlo casi siempre. Esperé un momento, a ver si alguien se me adelantaba, luego concluí que todas

debían estar jugando al *squash* o pasando el fin de semana fuera, así que contesté yo.

—¿Eres tú, Esther? —preguntó la chica que estaba de guardia abajo, y, cuando yo contesté que sí, —añadió—: Hay un hombre que quiere verte.

Me sorprendió mucho oírlo porque de todos los chicos con que había salido aquel año, ninguno me había llamado nunca para salir de nuevo. Sencillamente, yo no tenía ni pizca de suerte. Detestaba bajar las escaleras con las manos sudorosas y llena de curiosidad cada sábado por la noche, para que una de las estudiantes de cuarto año me presentara al hijo de la mejor amiga de su tía y encontrarme con algún individuo pálido, con aspecto de hongo, con orejas salientes, dientes de conejo o una pierna mala. No creía merecer tales cosas. Después de todo, yo no estaba lisiada, lo único que hacía era quizás estudiar demasiado, y nunca sabía cuándo debía detenerme.

Bueno. Me peiné, me puse un poco más de pintura en los labios, cogí mi libro de historia —para poder decir que iba de camino a la biblioteca si resultaba ser alguien desagradable— y bajé, y allí estaba Buddy Willard, reclinado contra la mesa de la correspondencia con una chaqueta caqui con cremallera y un mono azul y gastados zapatos de goma gris y sonriéndome.

—Sólo vine a saludarte —dijo.

Me pareció ridículo que viniera desde Yale, aunque fuera en autoestop como hacía él para ahorrar dinero, sólo para decirme «hola».

—Hola —dije—. Salgamos y sentémonos en el porche.

Quería salir al porche porque la chica de guardia era una estudiante del cuarto año muy entrometida y me estaba mirando con curiosidad. Obviamente, pensaba que Buddy había cometido una gran equivocación.

Nos sentamos uno junto al otro en dos mecedoras de mimbre. La luz del sol era limpia y sin viento y casi caliente.

—Sólo puedo quedarme unos minutos —se lamentó Buddy.

—Oh, vamos, quédate a almorzar —dije.

—Oh, no puedo hacerlo. Estoy aquí para la fiesta de promoción del segundo año con Joan.

Me sentí una soberana imbécil.

—¿Cómo está Joan? —pregunté fríamente.

Joan Gilling era de nuestro pueblo natal, iba a nuestra iglesia y estaba un año más adelantada que yo en la universidad. Era una chica importante: presidenta de su clase, estudiante de Física y campeona de *hockey* de su universidad. Siempre me hacía sentir incómoda con sus ojos fijos como guijarros y sus dientes relucientes como lápidas y su voz jadeante. Además era grande como un caballo. Empecé a pensar que Buddy tenía bastante mal gusto.

—Oh, Joan —dijo él—. Me invitó a este baile con dos meses de anticipación y su madre le pidió a la mía que la trajera yo. Así que, ¿qué podía hacer?

—Bueno, ¿para qué dijiste que la acompañarías si no querías hacerlo? —pregunté con maldad.

—Oh, me cae bien Joan. No le importa si uno gasta dinero con ella o no, y le gusta hacer cosas al aire libre. La última vez que vino a Yale a pasar el fin de semana fuimos en bicicleta hasta East Rock y es la única chica a la que no he tenido que empujar en las colinas. Joan es estupenda.

Me puse fría de envidia. Nunca había estado en Yale y Yale era el lugar en el que todas las estudiantes de cuarto año de mi dormitorio preferían pasar sus fines de semana. Decidí no esperar nada de Buddy Willard. Si uno no espera nada de alguien nunca se siente desilusionado.

—Entonces será mejor que vayas a buscar a Joan —dije con tono flemático—. Tengo una cita dentro de unos minutos y a él no le gustará verme sentada aquí contigo.

—¿Una cita? —Buddy pareció sorprendido—. ¿Quién es él?

—Son dos —dije—, Pedro el Ermitaño y Gualterio el Pordiosero. —Buddy no dijo nada, y continué—: Esos son sus apodos.

—Son de Dartmouth —añadí luego.

Supongo que Buddy no leía muchos libros de historia, porque su boca se endureció. Se levantó violentamente de la mecedora de mimbre y le dio un pequeño empujón innecesario. Después dejó caer en mi regazo un sobre celeste con el membrete de Yale.

—Aquí hay una carta que pensaba dejarte si no te encontraba. Contiene una pregunta que puedes responder por correo. No me siento con ganas de hacértela ahora.

Cuando Buddy se fue, abrí el sobre. Era una carta invitándome a ir a la fiesta de promoción del tercer año en Yale.

Me sorprendí tanto que dejé escapar unos cuantos hurras y entré a la casa corriendo y gritando: «Voy a ir, voy a ir, voy a ir». Después del brillante sol que había en el porche, dentro parecía oscuro como boca de lobo y no distinguía nada. Me encontré abrazando a la chica de guardia. Cuando supo que iba a ir a la fiesta de fin de curso, me trató con asombro y respeto.

Después de eso, ridículamente, las cosas cambiaron en la casa. Las chicas del último año empezaron a hablarme y de vez en cuando alguna de ellas contestaba espontáneamente el teléfono. Nadie más hizo comentarios desagradables en voz alta frente a mi puerta acerca de la gente que desperdiciaba sus dorados días de estudiante con las narices metidas en un libro.

Bueno: durante la fiesta de promoción, Buddy me trató como a una amiga o una prima.

Bailamos a un kilómetro de distancia todo el rato hasta que, de pronto, mientras tocaban *Auld Lang Syne*, apoyó la barbilla sobre mi cabeza como si estuviera muy cansado. Luego, en el viento helado, oscuro, de las tres de la madrugada, caminamos muy lentamente los cinco kilómetros que nos separaban de la casa en cuya sala de estar yo iba a pasar la noche, sobre un catre que era muy corto porque sólo costaba cincuenta centavos la noche en vez de dos dólares, como en la mayoría de los otros lugares que tenían camas apropiadas.

Me sentía embotada y pesada y llena de sueños destruidos.

Había imaginado que Buddy se enamoraría de mí aquel fin de semana y que no tendría que preocuparme sobre qué hacer los sábados por la noche durante el resto del año. Cuando nos acercábamos a la casa donde me hospedaba, Buddy dijo:

—Subamos al laboratorio de Química.

Me quedé estupefacta.

—¿Al laboratorio de Química?

—Sí —Buddy me tomó de la mano—. Hay una hermosa vista detrás del laboratorio de Química.

Y, en efecto, había una especie de lugar montañoso detrás del laboratorio, desde donde se veían las luces de un par de casas en New Haven.

Me quedé allí haciendo ver que las admiraba mientras Buddy Willar se afianzaba sobre el terreno irregular. Mientras me besaba mantuve los ojos abiertos e intenté memorizar la situación de las luces para no olvidarlas nunca.

Finalmente, Buddy se separó.

—¡Vaya! —dijo.

—¿Vaya qué? —pregunté sorprendida. Había sido un besito seco, sin inspiración, y recuerdo haber pensado que era una lástima que nuestras bocas estuvieran tan agrietadas por la caminata de cinco kilómetros en el viento frío.

—Vaya, besarte me hace sentir extraordinariamente bien.

Modestamente, permanecí callada.

—Supongo que sales con muchos chicos —dijo Buddy.

—Bueno, supongo que sí. —Pensé que debía de haber salido con un chico diferente cada fin de semana del año.

—Bueno, yo tengo que estudiar mucho.

—También yo —dije precipitadamente—. Tengo que conservar mi beca, después de todo.

—De todas maneras, creo que podré arreglármelas para verte cada tercer fin de semana.

—Está bien. Me estaba desmayando y muriéndome por regresar a la universidad para contárselo a todo el mundo.

Buddy me besó de nuevo frente a la escalera de entrada, y el otoño siguiente, cuando recibió su beca para la Escuela de Medicina, fui a verlo allí, en vez de a Yale, y fue allí donde descubrí que me había engañado durante todos aquellos años y que era un hipócrita.

Lo descubrí el día en que vimos nacer el bebé.

CAPÍTULO SEIS

Le había estado pidiendo a Buddy que me mostrara algunas escenas de hospital realmente interesantes, de manera que un viernes me escapé de clase, salí por un largo fin de semana y él me asignó las tareas.

Comencé por ponerme una bata blanca y sentarme en un alto taburete en medio de un cuarto donde había cuatro cadáveres, mientras Buddy y sus amigos los abrían. Aquellos cadáveres tenían un aspecto tan inhumano que no me molestaron en lo más mínimo.

Tenían una piel negro púrpura, correosa, tiesa, y olían como frascos de encurtidos viejos.

Después, Buddy me hizo salir a un pasillo donde tenían enormes botellas de vidrio llenas de bebés que habían muerto antes de nacer. El bebé de la primera botella tenía una gran cabeza blanca doblada sobre un diminuto cuerpo curvado del tamaño de una rana. El bebé de la botella siguiente era más grande, el de la siguiente aún mayor y el que estaba dentro de la última botella tenía el tamaño de un bebé normal y parecía mirarme con una sonrisa de cerdito.

Estaba muy orgullosa de la calma con que observaba todas aquellas cosas horribles. La única vez que di un salto fue cuando apoyé el codo en el estómago del cadáver que le correspondía a Buddy, para poder ver cómo disecaba un pulmón. Al cabo de un minuto o dos percibí algo ardiente en el codo y se me ocurrió que el cadáver bien podría estar medio vivo, puesto que todavía estaba tibio, de modo que me levanté de un salto de mi taburete con una exclamación. Entonces, Buddy me explicó que la sensación ardiente sólo se debía al líquido conservador y volví a sentarme en mi anterior posición.

Durante la hora anterior al almuerzo, Buddy me llevó a una conferencia sobre la anemia perniciosa y algunas otras enfermedades igualmente deprimentes, en la que exhibían pacientes en camilla sobre una plataforma, les hacían preguntas, luego se los llevaban y proyectaban diapositivas en color.

Una de las diapositivas que recuerdo mostraba a una muchacha hermosa y sonriente, con un lunar negro en la mejilla. «Veinte días después de la aparición de ese lunar, la chica estaba muerta», dijo el doctor, y todo el mundo guardó silencio durante un minuto, sonó la campana y así nunca supe realmente qué era el lunar o por qué había muerto la chica.

Por la tarde fuimos a ver un parto.

Primero encontramos un armario con ropa blanca en el corredor del hospital, de donde Buddy sacó una máscara blanca para mí y un poco de gasa.

Un estudiante de medicina, alto y gordo, grande como Sidney Greenstreet, haraganeaba por los alrededores, observando a Buddy enrollar la gasa alrededor de mi cabeza hasta que mi pelo estuvo completamente cubierto y sólo los ojos asomaban de la máscara blanca.

El estudiante de medicina soltó una risita desagradable.

—Al menos tu madre te quiere —dijo.

Yo estaba tan ocupada pensando en lo gordo que era y en lo desafortunado que es para un hombre y en especial para un hombre joven ser gordo, porque qué mujer podría soportar apoyarse sobre ese enorme vientre para besarlo, que no me di cuenta inmediatamente de que lo que me había dicho era un insulto. Pero cuando comprendí que debía tener un alto concepto de sí mismo y se me escurrió un comentario cortante respecto de cómo sólo una madre puede querer a un hombre gordo, ya se había ido.

Buddy estaba examinando una extraña placa de madera colocada en la pared, con una fila de agujeros comenzando con uno del tamaño de un dólar de plata y terminando con uno del tamaño de un plato de mesa.

—Perfecto, perfecto —me dijo—; alguien está a punto de tener un bebé en este momento.

Junto a la puerta de la sala de partos había un estudiante de medicina, delgado y de hombros caídos, a quien Buddy conocía.

—Hola, Will —dijo Buddy—, ¿quién está de guardia?

—Yo —dijo ominosamente; y me di cuenta de que pequeñas gotas de sudor surcaban su pálida y alta frente—. Yo estoy de guardia y es el primero que me toca.

Buddy me explicó que Will estaba en tercer año y que tenía que atender ocho partos antes de graduarse.

Entonces reparamos en un tumulto al final del pasillo y unos hombres en batas de color verde lima y mascarillas y unas enfermeras avanzaron hacia nosotros en confusa procesión, empujando una camilla que llevaba un enorme bulto blanco encima.

—Tú no deberías ver esto —murmuró Will en mi oído—. Nunca vas a querer tener un bebé si ves esto. No deberían dejar que las mujeres lo presenciaran. Será el fin de la especie humana.

Buddy y yo reímos, y luego Buddy estrechó la mano de Will y entramos todos en la habitación.

Me impresionó tanto el ver la mesa a la que subían a la mujer, que no dije una palabra. Parecía una horrible mesa de torturas, con estribos de metal fijos en el aire en un extremo, y toda clase de instrumentos, alambres y tubos que no pude identificar en el otro.

Buddy y yo nos situamos junto a la ventana, a un par de metros de distancia de la mujer, desde donde teníamos una visión perfecta.

El estómago de la mujer estaba tan alto que yo no podía ver su cara ni la parte superior de su cuerpo. Parecía no tener más que un enorme estómago de araña y dos piernas pequeñas y feas encajadas en los altos estribos, y durante todo el tiempo en que el bebé estuvo naciendo no dejó de hacer un ruido aullante e inhumano.

Más tarde Buddy me contó que la mujer estaba bajo los efectos de una droga que le haría olvidar que había sentido algún dolor y que, al clamar y gemir, no sabía realmente lo que estaba haciendo, pues estaba sumida en una especie de sueño crepuscular.

Pensé que éste sería precisamente el tipo de droga que un hombre inventaría. Había allí una mujer con terribles dolores, sintiéndolos evidentemente, segundo a segundo, o no gritaría así, y se iría directamente a su casa y empezaría otro bebé, porque la droga le haría olvidar cuan

horrible había sido el dolor, mientras constantemente, en alguna parte secreta de su ser, aquel corredor de dolor, largo, ciego, sin puertas, sin ventanas, esperaba para abrirse y volver a cerrarse tras ella nuevamente.

El médico jefe, que supervisaba a Will, no dejaba de decirle a la mujer:

—Empuje, señora Tomolillo, empuje, así, buena chica, empuje —y finalmente, a través del hendido y afeitado lugar de entre sus piernas, cárdeno por el desinfectante, vi salir una cosa oscura, peluda.

—La cabeza del bebé —musitó Buddy, por debajo de los gemidos de la mujer.

Pero la cabeza del bebé se atascó por alguna razón y el médico le dijo a Will que tendría que hacer una incisión. Oí las tijeras al cerrarse sobre la piel de la mujer, como sobre una tela y la sangre empezó a correr: un fiero, brillante rojo. Entonces, súbitamente, el bebé pareció salir despedido y caer en manos de Will, del color de una ciruela azul, espolvoreado de sustancia blanca y con estrías de sangre, y Will empezó a decir: «Se me va a caer, se me va a caer», con voz aterrorizada.

—No, no se te caerá —dijo el doctor y tomó el bebé de manos de Will, y comenzó a darle masajes, y el color azul desapareció y el bebé se echó a chillar con una voz solitaria, graznadora, y pude ver que era un niño.

Lo primero que hizo el bebé fue mear en la cara del doctor. Le dije a Buddy más tarde que no comprendía cómo podía ser eso, pero él dijo que era posible, aunque inusitado, ver suceder una cosa así.

Tan pronto como el bebé nació, la gente que estaba en la habitación se dividió en dos grupos, las enfermeras ataban una placa metálica de identificación de perros a la muñeca del bebé y restregaban sus ojos con palillos recubiertos de algodón en los extremos, lo envolvían y lo ponían en una cunita de lona, mientras el doctor y Will comenzaban a coser el corte de la mujer con una aguja y un largo hilo.

Creo que alguien dijo: «Es un niño, señora Tomolillo», pero la mujer no respondió ni alzó la cabeza.

—Bueno, ¿qué tal estuvo? —preguntó Buddy con expresión satisfecha mientras cruzábamos el verde cuadrilátero rumbo a su cuarto.

—Maravilloso —dije—. Podría ver algo así cada día.

No me animé a preguntarle si había otras maneras de tener bebés. Por alguna razón lo más importante para mí era el hecho de ver salir al bebé de una misma y tener la seguridad de que es el de una. Pensé que ya que era necesario soportar ese dolor de todas maneras, daba lo mismo permanecer despierta.

Siempre me había imaginado a mí misma apoyándome sobre los codos en la mesa de partos después que todo hubiera terminado, mortalmente pálida, por supuesto, sin maquillaje y debido a la terrible prueba, pero sonriente y radiante, con el cabello suelto hasta la cintura tendiendo las manos hacia mi primer bebé, pequeño y pataleante, y diciendo su nombre, cualquiera que fuese.

—¿Por qué estaba todo cubierto de harina? —pregunté entonces para mantener la conversación, y Buddy me habló de la sustancia serosa que resguardaba la piel del bebé.

Cuando volvimos a la habitación de Buddy, que me recordaba sobre todo a la celda de un monje, con sus paredes desnudas y su cama desnuda y su suelo desnudo y el escritorio soportando el peso de la Anatomía de Gray y otros enormes, horrendos libros, Buddy encendió una vela y destapó una botella de Dubonnet. Entonces nos tendimos juntos sobre la cama y Buddy bebió su vino a sorbos mientras yo leía en voz alta «un lar al que no he ido nunca» y otros poemas de un libro que había traído conmigo.

Buddy dijo que suponía que en la poesía debía de haber algo, si una chica como yo pasaba el día pendiente de ella, pues cada vez que nos reuníamos yo le leía algo de poesía y le explicaba lo que encontraba en ella. Fue idea de Buddy. Él siempre organizaba nuestros fines de semana de manera que nunca tuviéramos que lamentar ninguna pérdida de tiempo.

El padre de Buddy era maestro y creo que Buddy hubiera podido ser maestro también; siempre estaba tratando de explicarme cosas y de inculcarme algún nuevo conocimiento.

De pronto, después de terminar un poema, dijo:

—Esther, ¿has visto un hombre alguna vez?

Por la forma en que lo dijo, supe que no quería decir un hombre corriente o un hombre en general, supe que quería decir un hombre desnudo.

—No —dije—. Sólo estatuas.

—Bueno, ¿no crees que te gustaría verme?

No supe qué decir. Mi madre y mi abuela habían empezado a insistir mucho últimamente en la cuestión de cuán fino, limpio muchacho era Buddy Willard, proveniente de una tan fina, limpia familia y cómo todo el mundo en la iglesia decía que era una persona ejemplar, tan amable con sus padres y la gente mayor, así como también tan atlético, tan buen mozo y tan inteligente.

Todo lo que había oído en realidad se refería a lo fino y limpio que era Buddy y a que era la clase de persona para la cual una chica debía conservarse fina y limpia. De modo que, realmente, yo no veía nada malo en lo que Buddy decidiera hacer.

—Bueno, muy bien, creo que sí —dije.

Contemplé a Buddy mientras bajaba la cremallera de sus pantalones vaqueros y se los quitaba y los ponía sobre una silla y luego se quitaba los calzoncillos, que estaban hechos de algo parecido a una malla de nailon.

—Son muy frescos —explicó— y mi madre dice que se lavan fácilmente.

Luego, simplemente se quedó parado frente a mí y yo seguí mirándolo. No pude pensar más que en el pescuezo y la molleja de un pavo y me sentí muy deprimida.

Buddy parecía herido porque yo no decía nada.

—Creo que deberías acostumbrarte a mí en esta forma —dijo—. Ahora, déjame verte.

Pero desvestirme delante de Buddy me apetecía casi tanto como tomarme la foto de pose en la universidad, donde una tiene que colocarse desnuda ante una cámara, sabiendo en todo momento que la foto de una, desnuda y tiesa, de frente o de perfil, va a parar al archivo del gimnasio para ser calificada A, B, C o D, de acuerdo con la esbeltez que se tenga.

—Oh, otro día —dije.

—Muy bien —Buddy se volvió a vestir.

Entonces nos besamos y acariciamos durante un rato y me sentí un poco mejor. Me bebí lo que quedaba del Dubonnet y me senté con las piernas cruzadas en un extremo de la cama de Buddy y le pedí un peine. Comencé a

peinar mi cabello hacia abajo y sobre mi cara, de manera que Buddy no pudiera verla.

—Buddy, ¿has estado enredado con alguien alguna vez?

No sé qué me llevó a decirlo, simplemente las palabras escaparon de mi boca. Nunca pensé, ni por un minuto, que Buddy Willard pudiera tener un enredo con nadie. Esperaba que me dijera: «No, he estado reservándome para cuando me case con una muchacha pura y virgen como tú».

Pero Buddy no dijo nada, sólo se puso rojo.

—Entonces, ¿sí o no?

—¿Qué quieres decir con «enredado»? —preguntó Buddy con voz hueca.

—Ya sabes, ¿alguna vez te has acostado con alguien?

Me seguía peinando el pelo rítmicamente, hacia abajo y sobre el lado de mi cara que estaba más cerca de Buddy, y sentía cómo los pequeños filamentos eléctricos se adherían a mis mejillas calientes y quise gritar: «Detente, detente, no me lo digas, no digas nada».

Pero no lo hice, simplemente me quedé quieta.

—Bueno, sí, lo he hecho —dijo Buddy finalmente.

Estuve a punto de desmayarme. Desde la primera noche en que Buddy me besó y dijo que yo debía de salir con muchos chicos, me hizo sentir que era mucho más atractiva y experimentada que él y que todo lo que él hacía, como abrazarme, besarme y acariciarme era simplemente lo que yo le inducía a hacer y él, como caído del cielo, no podía evitarlo y no sabía cómo ocurría.

Ahora veía que sólo había estado fingiendo durante todo ese tiempo ser inocente.

—Cuéntame eso. —Me peinaba el cabello lentamente una y otra vez, sintiendo los dientes del peine hundirse en mi mejilla a cada pasada—, ¿Quién era ella?

Buddy pareció aliviado de no verme enfadada. Hasta pareció aliviado de tener a alguien a quien contarle cómo fue seducido.

Por supuesto, alguien había seducido a Buddy, Buddy no había empezado y realmente no había tenido la culpa. Fue aquella camarera del hotel en que había trabajado como botones el verano anterior en Cape Cod.

Buddy había notado que lo miraba de una forma rara y que apretaba sus senos contra él en la confusión de la cocina, de modo que, finalmente, un día le preguntó qué le pasaba y ella lo miró a los ojos y le dijo:

—Te deseo.

—¿Servido con un poco de perejil? —rió Buddy inocentemente.

—No —dijo ella—, una noche.

Y es así como Buddy perdió su pureza y su virginidad.

Al principio pensé que seguramente sólo había dormido con la camarera la primera vez, pero cuando le pregunté cuántas veces, sólo para convencerme, él dijo que no recordaba sino un par de veces por semana durante el resto del verano. Multipliqué tres por diez y obtuve treinta, lo que parecía estar más allá de cualquier justificación. Algo se enfrió en mi interior.

De vuelta en el colegio comencé a preguntar una a una, a las alumnas del último año, qué harían si un chico al que conocieran les dijera de pronto que en un verano había dormido treinta veces con una sucia camarera, al poco tiempo de haberlas conocido a ellas. Pero aquellas alumnas del último año decían que en su mayoría los chicos eran así y que honestamente no se les podía acusar de nada, al menos hasta que no se saliera formalmente con ellos o se estuviera comprometida para casarse.

De hecho, no era la idea de que Buddy durmiera con alguien lo que me molestaba. Quiero decir que yo había leído muchas cosas acerca de toda clase de personas que duermen juntas, y si hubiera sido cualquier otro muchacho le hubiera simplemente preguntado por los detalles más interesantes y tal vez me hubiera decidido a dormir con alguien yo misma para que quedásemos empatados, y no hubiera pensado más en el asunto.

Lo que no podía soportar era que Buddy hubiera fingido que yo era tan provocativa y él era tan puro, cuando todo el tiempo había estado enredado con aquella camarera libidinosa y deben haber tenido la sensación de estar riéndose en mi cara.

—¿Qué piensa tu madre de esa camarera? —le pregunté a Buddy ese fin de semana.

Buddy estaba asombrosamente ligado a su madre. Se pasaba la vida citando lo que ella decía acerca de las relaciones entre un hombre y una

mujer y yo sabía que la señora Willard era una verdadera fanática en lo tocante a la virginidad, tanto de hombres como de mujeres. Cuando fui a cenar por primera vez a su casa, me lanzó una extraña, astuta, escrutadora mirada, y comprendí que estaba tratando de averiguar si yo era virgen o no.

Tal como lo preveía, Buddy quedó desconcertado.

—Mi madre me preguntó acerca de Gladys —admitió.

—Bien, ¿qué le dijiste?

—Le dije que Gladys era libre, blanca, y que tenía veintiún años.

Pero yo sabía muy bien que Buddy nunca le hablaría a su madre tan rudamente. Estaba siempre diciendo que su madre decía: «Lo que un hombre quiere es una compañera y lo que una mujer desea es seguridad infinita», y «El hombre es una flecha lanzada hacia el futuro, y la mujer es el lugar donde ésta es lanzada», hasta cansarme.

Cada vez que yo intentaba discutir, Buddy decía que su madre aún obtenía placer con su padre y que acaso eso no era maravilloso en gente de su edad.

Bueno, yo acababa de decir que terminaría de una vez por todas con Buddy Willard, no porque hubiera dormido con aquella camarera, sino porque no tenía las suficientes agallas para admitirlo frente a todo el mundo y enfrentarse a ello como parte de su carácter, cuando sonó el teléfono del pasillo y alguien dijo con un sonsonete de inteligencia:

—Es para ti, Esther, desde Boston.

Pude adivinar de inmediato que algo andaba mal, porque Buddy era la única persona que yo conocía en Boston, y él nunca me llamaba desde larga distancia porque era mucho más caro que las cartas. Una vez, cuando tuvo un mensaje para mí que quería que me llegara inmediatamente, estuvo dando vueltas por el vestíbulo de la Escuela de Medicina preguntando si alguien iría en coche a mi colegio ese fin de semana y por supuesto alguien iba a ir, así que le dio una nota para mí y la recibí el mismo día. Ni siquiera tuvo que pagar sello.

Era Buddy. Me dijo que la radiografía que les hacían anualmente en el otoño mostraba que había cogido una tuberculosis y que había recibido una beca para estudiantes de medicina con tuberculosis, para ir a un sanatorio en los Adirondacks. Luego me dijo que no le había escrito desde aquel último

fin de semana y que esperaba que nada hubiera pasado entre nosotros, y si no podría yo por favor tratar de escribirle por lo menos una vez por semana e ir a visitarlo a ese sanatorio durante mis vacaciones de Navidad.

Nunca había oído a Buddy tan trastornado. Estaba muy orgulloso de su perfecta salud y siempre me decía que era psicosomático cuando se me tapaba la nariz y no podía respirar. Yo pensaba que ésa era una actitud extraña en un médico y que tal vez él debiera estudiar para ser psiquiatra, pero, por supuesto, nunca me decidí a decírselo.

Le dije a Buddy cuánto sentía lo de la tuberculosis y prometí escribir, pero cuando colgué no sentí la menor tristeza. Sólo sentía un gran alivio.

Pensé que la tuberculosis bien pudiera ser un castigo por la doble vida que Buddy vivía y por sentirse tan superior a las demás personas. Y pensé en lo conveniente que era el no tener que anunciar en la universidad que había roto con Buddy y comenzar con el aburrido asunto de las citas otra vez.

Me limité a decirle a todo el mundo que Buddy tenía tuberculosis y que estábamos prácticamente comprometidos, y cuando me quedaba estudiando los sábados por la noche, todos eran extremadamente amables conmigo porque pensaban que yo era tan valiente, trabajando como lo hacía sólo por ocultar un corazón destrozado.

CAPÍTULO SIETE

Por supuesto, Constantino era demasiado bajo, pero a su manera era bien parecido, con cabello castaño claro y ojos azul oscuro y una expresión viva, desafiante. Casi se le hubiera podido tomar por norteamericano, tan bronceado y con una dentadura tan buena, pero me di cuenta enseguida de que no lo era. Tenía lo que ningún norteamericano que haya conocido tenía, esto es, intuición.

Desde el principio Constantino adivinó que yo no era ninguna protegida de la señora Willard. Alcé una ceja aquí y solté una seca risita allá, y muy pronto estuvimos burlándonos abiertamente de la señora Willard y pensé: «Al tal Constantino no le importará que sea demasiado alta y que no conozca suficientes idiomas y que no haya estado en Europa; él verá a través de todo eso lo que realmente soy».

Constantino me condujo a las Naciones Unidas en su viejo descapotable verde, asientos de arrugado cuero marrón y con la capota bajada. Me dijo que su bronceado se debía a que jugaba al tenis, y cuando estuvimos sentados una junto al otro volando calle abajo a pleno sol, él me tomó la mano y me la apretó y me sentí feliz como no lo había sido desde que tenía unos nueve años y corría con mi padre por las calientes, blancas playas, el verano anterior a su muerte.

Y mientras Constantino y yo estábamos sentados en uno de esos silenciosos, alfombrados auditoriums de las Naciones Unidas, junto a una austera y musculosa muchacha rusa, sin maquillaje, que era intérprete simultánea como Constantino, pensé en lo extraño que era el que nunca se me hubiera ocurrido que sólo había sido puramente feliz hasta cumplir los nueve años.

Después —a pesar del excursionismo y las clases de piano y las clases de pintura a la acuarela y las lecciones de baile y el campamento de verano en la playa, todo lo cual mi madre siempre se esforzó por darme, y el colegio, con las carreras a través de la niebla antes del desayuno y los pasteles de fondo oscuro y los pequeños nuevos fuegos artificiales de las ideas resplandeciendo cada día— nunca había vuelto a ser verdaderamente feliz.

Observé con gran interés a la muchacha rusa con su traje de chaqueta gris cruzado, que vertía modismo tras modismo a su propia ininteligible lengua —de lo cual Constantino dijo que era la parte más difícil porque los rusos no tienen los mismos modismos que nosotros— y deseé con todo mi corazón poder meterme dentro de ella y pasar el resto de mi vida ladrando un modismo tras otro. Podría no hacerme más feliz, pero sería un granito más de eficiencia entre los demás granitos.

Entonces Constantino y la intérprete rusa y todo aquel montón de hombres negros y blancos y amarillos discutiendo allá abajo detrás de sus micrófonos rotulados parecieron alejarse en la distancia. Vi sus bocas subir y bajar sin sonido, como si estuvieran sentados en la cubierta de un buque que partía, dejándome en medio de un enorme silencio.

Empecé a sumar todas las cosas que yo no podía hacer.

Comencé por la cocina.

Mi abuela y mi madre eran tan buenas cocineras que se lo dejé todo a ellas. Estaban constantemente tratando de enseñarme un plato u otro, pero todo lo que yo hacía era mirar y decir: «Sí, si ya veo», mientras las instrucciones se deslizaban por mi cabeza como agua, y luego siempre echaba a perder lo que hacía, de manera que nadie me pedía que lo hiciera otra vez.

Recuerdo a Jody, mi mejor y única amiga del primer año en la universidad, haciéndome huevos revueltos, una mañana en su casa. Sabían distinto, y cuando le pregunté si les había puesto algo especial, dijo que queso y sal de ajo. Le pregunté quién le había dicho que lo hiciera y ella respondió que nadie, que simplemente se le había ocurrido. Además de ser práctica, estudiaba sociología.

Yo tampoco sabía taquigrafía.

Esto significaba que no podría obtener un buen empleo al graduarme. Mi madre no dejaba de decirme que nadie quería a una simple licenciada en Lengua Inglesa. Pero una licenciada en Inglés que supiera taquigrafía era algo distinto. Todo el mundo la quería. Era muy solicitada por los jóvenes que hacen carrera y transcribía una emocionante carta tras otra.

El problema era que yo detestaba la idea de trabajar para los hombres de cualquier forma que fuera. Quería dictar mis propias emocionantes cartas. Además, esos pequeños símbolos taquigráficos del libro que mi madre me mostraba, me parecían tan malos como, digamos *t* igual a tiempo y *s* igual a la distancia total.

Mi lista se hacía más larga.

Era una deplorable bailarina. No podía llevar el ritmo. No tenía sentido del equilibrio, y cuando teníamos que recorrer una tabla estrecha, con las manos a los lados y un libro sobre la cabeza durante la clase de gimnasia, yo siempre me caía. No podía montar a caballo ni esquiar, las dos cosas que más deseaba hacer, porque costaban demasiado dinero. No sabía hablar alemán ni leer hebreo ni escribir chino. No sabía ni siquiera en qué lugar del mapa estaban la mayoría de los extraños lejanos países que los hombres de la ONU que tenía delante representaban.

Por primera vez en mi vida, sentada allí, en el corazón aislado acústicamente del edificio de las Naciones Unidas, entre Constantino, capaz de jugar tenis tan bien como interpretar simultáneamente, y la chica rusa que sabía tantos modismos, me sentí terriblemente inadecuada. El problema era que yo siempre había sido inadecuada, simplemente no había pensado en ello.

En lo único que destacaba era en ganar becas y premios, y esa época se acercaba a su fin.

Me sentí como un caballo de carreras en un mundo sin pistas o como un campeón universitario de fútbol, súbitamente enfrentado con Wall Street y un traje de ejecutivo, sus días de gloria reducidos a una pequeña copa de oro sobre la repisa de su chimenea, con una fecha grabada en ella como la fecha de una lápida.

Vi mi vida extendiendo sus ramas frente a mí como la higuera verde del cuento.

De la punta de cada rama, como si de un grueso higo morado se tratara, pendía un maravilloso futuro, señalado y rutilante. Un higo era un marido y un hogar feliz e hijos y otro higo era un famoso poeta, y otro higo era un brillante profesor, y otro higo era E Ge, la extraordinaria editora, y otro higo era Europa y África y Sudamérica y otro higo era Constantino y Sócrates y Atila y un montón de otros amantes con nombres raros y profesiones poco usuales, y otro higo era una campeona de equipo olímpico de atletismo, y más allá y por encima de aquellos higos había muchos más higos que no podía identificar claramente.

Me vi a mí misma sentada en la bifurcación de ese árbol de higos, muriéndome de hambre sólo porque no podía decidir cuál de los higos escoger. Quería todos y cada uno de ellos, pero elegir uno significaba perder el resto, y, mientras yo estaba allí sentada, incapaz de decidirme, los higos empezaron a arrugarse y a tornarse negros y, uno por uno, cayeron al suelo, a mis pies.

El restaurante al que me llevó Constantino olía a hierbas y especias y crema de leche. Durante toda mi estancia en Nueva York nunca había encontrado un restaurante así. Sólo encontré los lugares de la cadena Heavenly Hamburger, donde sirven hamburguesas gigantes y sopa del día y cuatro tipos de pasteles de fantasía en un limpio mostrador frente a un reluciente espejo largo.

Para llegar a este restaurante, tuvimos que bajar siete escalones escasamente iluminados, hasta una especie de sótano.

Carteles de viajes cubrían las paredes oscurecidas por el humo, como otras tantas ventanas pintadas que miraban a lagos suizos y montañas japonesas y llanuras africanas, y gruesas, polvorientas botellas-candelero que parecían haber derramado sus coloreadas ceras durante siglos, rojo sobre azul sobre verde en un fino encaje tridimensional, arrojaban un círculo de luz alrededor de cada mesa donde las caras flotaban, encendidas y llameantes ellas también.

No sé qué comí, pero me sentí inmensamente mejor después del primer bocado. Se me ocurrió que mi visión de la higuera y de todos los gruesos higos que se secaban y caían a tierra, bien podía haber surgido del profundo abismo de un estómago vacío.

Constantino mantenía nuestros vasos llenos de un dulce vino griego que sabía a corteza de pino y me encontré de pronto hablándole de cómo iba a aprender alemán, ir a Europa y ser corresponsal de guerra, como Maggie Higgins.

Me sentía tan bien para cuando llegamos al yogur con confitura de fresas, que decidí dejar que Constantino me sedujera.

***

Desde que Buddy Willard me contó lo de la camarera, había estado pensando que debía acostarme con alguien de una vez yo también. Dormir con Buddy no contaría, sin embargo, porque él seguiría llevándome una persona de ventaja; tendría que ser con algún otro.

El único chico con el que yo había de hecho discutido el ir a la cama era un sureño amargo, de nariz aguileña, de Yale, que vino a mi universidad un fin de semana, sólo para encontrar que su chica se había fugado con un taxista el día anterior. Como la chica había vivido en la casa y como yo era la única que estaba allí aquella noche, me correspondía distraerlo.

En la cafetería local, hundidos en uno de los silenciosos reservados de altos tabiques, con cientos de nombres grabados en la madera, bebimos taza tras taza de café negro y hablamos francamente acerca del sexo.

Este chico —su nombre era Eric— decía que le parecía desagradable la forma en que todas las chicas de mi universidad se paraban en los porches, bajo las luces y entre los arbustos, a plena vista, retozando con sus novios locamente, antes del toque de queda de la una en punto, de forma que todo el que pasaba podía verlas. Un millón de años de evolución, dijo Eric amargamente, ¿y qué somos? Animales.

Entonces Eric me contó cómo había dormido con su primera mujer.

Él fue a una escuela preparatoria en el Sur que se especializaba en fabricar caballeros cabales, y para cuando uno se graduaba, era una regla no escrita que uno tenía que haber conocido una mujer. Conocido en el sentido bíblico de la palabra, dijo Eric.

Así que un sábado, Eric y unos cuantos de sus compañeros de clase fueron en autobús hasta la ciudad más próxima y visitaron una notoria casa

de prostitución. La prostituta que le tocó a Eric ni siquiera se había quitado la ropa. Era una mujer gorda de mediana edad con el pelo teñido de rojo y labios sospechosamente gruesos y piel color de ratón, y no quiso apagar la luz, así que él tuvo que poseerla bajo una bombilla de veinticinco vatios, llena de cagadas de mosca y no fue nada de lo que se decía iba a ser.

Era tan aburrido como ir al lavabo.

Dije que tal vez si se amaba a una mujer no pareciera tan aburrido, pero Eric dijo que lo echaría todo a perder al pensar que esa mujer, también, era un animal igual que el resto, así que si él amaba a alguna, nunca se acostaría con ella. Acudiría a una prostituta si lo necesitaba y mantendría a la mujer amada libre de todo ese sucio asunto.

Por aquel entonces pasó por mi mente la idea de que Eric podría ser una buena persona para acostarse, puesto que ya lo había hecho antes y, a diferencia de lo que es usual en los chicos, no parecía tener una mente sucia ni se ponía tonto cuando hablaba de esas cosas. Pero más tarde Eric me escribió una carta diciéndome que realmente se sentía capaz de amarme, yo era tan inteligente y cínica y, sin embargo, tenía una cara tan bondadosa, sorprendentemente parecida a la de su hermana mayor… De modo que comprendí que era inútil, yo era justamente el tipo de chica con la que él nunca se iría a la cama, y le escribí que desafortunadamente yo estaba a punto de casarme con un novio de la infancia.

***

Cuanto más lo pensaba, más me gustaba la idea de ser seducida por un intérprete simultáneo en la ciudad de Nueva York. Constantino parecía maduro y considerado en todos los aspectos. No había nadie que yo conociera ante quien él pudiera querer jactarse de ello, de la misma manera en que los chicos de colegio se jactan con sus compañeros de cuarto o del equipo de básquet de haberse acostado con chicas en el asiento trasero de los coches. Y había una agradable ironía en el hecho de dormir con un hombre que me había sido presentado por la señora Willard, como si ella fuera, indirectamente, culpable del asunto.

Cuando Constantino me preguntó si me gustaría subir a su apartamento para escuchar unos discos de balalaica, sonreí para mí. Mi madre me había dicho que nunca, en ninguna circunstancia, fuera con un hombre a su cuarto después de una velada, eso sólo podía significar una cosa.

—Me encanta la música de balalaica —dije.

La habitación de Constantino tenía un balcón, y el balcón miraba al río, y podíamos oír el sonido de los remolcadores abajo en la oscuridad. Me sentí conmovida y tierna y perfectamente segura de lo que estaba a punto de hacer. Sabía que podía tener un bebé, pero ese pensamiento pendía lejos e indistinto en la distancia y no me preocupaba en absoluto.

No había un método ciento por ciento seguro para no tener un bebé, decía un artículo que mi madre había recortado del *Reader's Digest* y que me había enviado por correo al colegio. Este artículo estaba escrito por una mujer casada, abogada y con niños, y se titulaba: «En defensa de la castidad».

Daba todas las razones por las que una chica no debería dormir con nadie excepto con su marido, y esto sólo una vez que estuvieran casados.

El punto central del artículo era que el mundo de un hombre es diferente del de una mujer y sólo el matrimonio puede unir los dos mundos y los dos distintos conjuntos de emociones. Mi madre decía que esto era algo de lo que una chica se enteraba cuando ya era demasiado tarde, así que tenía que aceptar el consejo de gente que ya tenía experiencia, como una mujer casada.

Esta abogada decía que los mejores hombres querían ser puros para sus esposas y, aun cuando no lo fueran, querían ser quienes instruyeran a sus esposas acerca del sexo. Por supuesto, tratarían de inducir a una chica a tener relaciones sexuales y dirían que se casarían luego, pero, tan pronto como accediera, perderían todo el respeto por ella y empezarían a decir que si lo hizo con ellos lo haría con otros hombres, y terminarían haciéndole la vida imposible.

La mujer terminaba su artículo diciendo que era mejor estar tranquila que arrepentida y, además, no había forma segura de no cargar con un bebé y entonces realmente se está en un apuro.

Lo único que ese artículo no parecía considerar, a mi entender, era cómo se siente una chica.

Podía ser bello el ser pura y casarse con un hombre puro. ¿Qué si de pronto él confesaba que no era puro después de estar casados, como lo había hecho Buddy Willard? Yo no podía soportar la idea de que una mujer tuviera que tener una vida pura de soltera y de que un hombre pudiera tener una doble vida, una pura y otra no.

Finalmente decidí que si era tan difícil encontrar un hombre viril, inteligente y que todavía fuera puro a los veintiún años, yo podía olvidar lo de conservarme pura y casarme con alguien que tampoco lo fuera. Entonces, cuando él empezara hacerme la vida imposible, yo también podría hacérsela a él.

Cuando yo tenía diecinueve años, la pureza era el gran tema.

En lugar de un mundo dividido entre católicos y protestantes, o entre republicanos y demócratas, o entre blancos y negros, o aun entre hombres y mujeres, yo lo veía dividido entre la gente que se había acostado con alguien y la gente que no lo había hecho, y ésta parecía ser la única diferencia verdaderamente significativa entre una persona y otra.

Pensaba que experimentaría un cambio espectacular el día en que cruzara la línea divisoria.

Pensaba que sentiría lo mismo que si alguna vez iba a Europa. Volvería a casa y, si miraba atentamente el espejo, lograría identificar un pequeño blanco monte alpino en el fondo de mi ojo. Ahora pensaba que si miraba el espejo, al día siguiente vería un Constantino del tamaño de una muñeca, sentado en mi ojo y sonriéndome.

Bien, por cerca de una hora estuvimos tendidos en el balcón de Constantino, en dos sillas extensibles separadas, con la vitrola sonando y un montón de discos de balalaica apilados entre nosotros. Una desvaída luz lechosa se difundía desde las farolas de las calles, o la media luna o los coches o las estrellas, no podía decir desde dónde, pero aparte de cogerme la mano, Constantino no mostraba deseos de seducirme en ninguna forma.

Le pregunté si estaba comprometido o si tenía alguna amiguita, pensando que tal vez ése fuera el problema, pero él dijo que no, que se esforzaba en mantenerse libre de tales ataduras.

Finalmente sentí una poderosa somnolencia fluyendo por mis venas, producto de todo el vino de corteza de pino que había bebido.

—Creo que voy a entrar y acostarme —dije.

Penetré descuidadamente en el dormitorio y me agaché para despojarme de mis zapatos. La limpia cama se balanceaba frente a mí como un bote salvavidas. Me estiré todo lo que pude y cerré los ojos. Luego oí a Constantino suspirar y regresar del balcón. Uno tras otro sus zapatos resonaron sobre el suelo y se tendió a mi lado.

Lo miré a escondidas desde debajo de un mechón de pelo.

Estaba boca arriba, las manos tras la cabeza, mirando el techo. Las mangas blancas almidonadas de su camisa, enrolladas hasta los codos, brillaban con luz tenue en la penumbra y su piel bronceada parecía casi negra. Me pareció el hombre más hermoso que yo había visto.

Se me ocurrió que tal vez si yo tuviera una estructura física fina, bien proporcionada, o si pudiera hablar de política con conocimiento de causa o fuera una famosa escritora, Constantino me encontraría lo bastante interesante como para acostarse conmigo.

Y entonces me pregunté si, tan pronto como él empezara a gustar de mí, no se hundiría en lo vulgar, si, tan pronto como él me amara, no le encontraría defecto tras defecto, de la misma forma que había ocurrido con Buddy Willard y otros chicos antes de él.

Lo mismo sucedía una y otra vez.

Le echaba el ojo a un hombre sin tacha, a distancia, pero tan pronto como se acercaba, inmediatamente veía que no serviría en absoluto.

Ésa es una de las razones por las que nunca quise casarme. Lo último que yo quería era seguridad infinita y ser el lugar desde el cual parte una flecha. Quería cambio y emoción y salir disparada en todas las direcciones yo misma, como las flechas de colores de un cohete un Cuatro de julio.

***

Desperté con el sonido de la lluvia.

Estaba oscuro como boca de lobo. Al cabo de un rato descifré las formas borrosas de una ventana poco familiar. De vez en cuando, un rayo

de luz se materializaba de la nada, atravesaba la pared como un fantasmal dedo exploratorio y se hundía nuevamente en la nada.

Entonces oí el sonido de la respiración de alguien.

Al principio pensé que era sólo yo misma y que estaba tendida en la oscuridad, en mi cuarto de hotel, después de haberme envenenado. Contuve el aliento, pero la respiración continuó.

Un ojo verde brillaba a mi lado en la cama. Estaba dividido en cuartos, como una brújula. Estiré un brazo lentamente y cerré mi mano sobre él. Lo levanté. Con él vino un brazo, pesado como el de un muerto, pero tibio de sueño.

El reloj de Constantino señalaba las tres en punto.

Estaba tendido con la camisa y los pantalones y los calcetines, tal como lo había dejado al dormirme, y a medida que mis ojos se acostumbraban a la oscuridad distinguía sus pálidos párpados y su recta nariz y su boca bien formada, tolerante, pero parecían insustanciales, como dibujadas en la niebla. Pasé unos minutos inclinada sobre él, estudiándolo. Nunca antes me había quedado dormida junto a un hombre.

Traté de imaginarme cómo sería todo si Constantino fuera mi marido.

Significaría levantarse a las siete y prepararle huevos con tocino y tostadas y café y vagar en bata después de marcharse él al trabajo, lavar los platos sucios y hacer la cama y luego cuando él regresara a casa tras un agitado, fascinante día, esperaría encontrar una gran cena y yo pasaría la velada lavando aún más platos sucios, hasta caer en la cama, totalmente exhausta.

Aquélla parecía ser una vida triste y desperdiciada para una chica con quince años de las mejores calificaciones, pero yo sabía cómo era el matrimonio porque cocinar y limpiar y lavar era precisamente lo que la madre de Buddy Willard hacía desde el amanecer hasta la noche, y ella era esposa de un profesor universitario y había sido profesora de una escuela privada.

Una vez en que fui a ver a Buddy, encontré a la señora Willard tejiendo una alfombra con piezas de lana de trajes viejos del señor Willard. Había pasado semanas con esa alfombra, y yo había admirado los lanudos colores pardos y verdes azules que formaban el patrón del tejido, pero cuando la

señora Willard terminó, en vez de colgar la alfombra en la pared, como yo lo habría hecho, la puso en lugar de la estera de la cocina y en unos cuantos días estuvo gastada, polvorienta e imposible de distinguir de cualquier estera de las que se compran por menos de un dólar en una tienda de Cinco y Diez Centavos.

Y yo sabía que a pesar de todas las rosas y besos y cenas en restaurantes que un hombre hacía llover sobre una mujer antes de casarse con ella, lo que secretamente deseaba para cuando la ceremonia de boda terminase era aplastarla bajo sus pies como la alfombra de la señora Willard.

¿Acaso no había contado mi propia madre que, tan pronto como ella y mi padre salieron de Reno para su luna de miel —mi padre había estado casado antes, así que necesitaba divorciarse—, mi padre le dijo: «Uf, qué alivio, ahora podemos dejar de fingir y ser nosotros mismos»? Y desde ese día en adelante mi madre no tuvo un momento de paz.

También recordé a Buddy Willard diciendo en un tono siniestro y malicioso que después de que yo tuviera niños sentiría de una manera diferente, no querría escribir más poemas. Así que empecé a pensar que tal vez fuera cierto que casarse y tener niños equivalía a someterse a un lavado de cerebro, y después una iba por ahí idiotizada como una esclava en un estado totalitario privado.

Mientras contemplaba a Constantino de la misma manera en que se contempla una piedrecilla brillante, inalcanzable, en el fondo de un profundo pozo, sus párpados se abrieron y miró a través de mí y sus ojos estuvieron llenos de amor. Lo miraba extasiada cuando un pequeño obturador de reconocimiento chasqueó al otro lado de la mancha de ternura, y las enormes pupilas se tornaron brillantes y sin hondura, como el charol.

Constantino se incorporó bostezando.

—¿Qué hora es?

—Las tres —dije con tono neutro—. Mejor me voy a casa. Debo estar en mi trabajo a primera hora de la mañana.

—Te llevaré.

Cuando nos sentamos, espalda contra espalda, en los lados opuestos de la cama buscando a tientas nuestros zapatos a la luz blanca horriblemente alegre de la lámpara de mesa, sentí que Constantino se volvía.

—Tu cabello, ¿es siempre así?

—¿Cómo?

No respondió sino que se inclinó y puso su mano en la raíz de mi cabello y dejó correr sus dedos hasta la punta, como un peine. Un pequeño choque eléctrico destelló a través de mí, y me quedé sentada, completamente quieta. Desde niña me encantó sentir a alguien peinar mi cabello.

—Ah, ya sé lo que es —dijo Constantino—. Acabas de lavártelo.

Y se inclinó para atarse los cordones de sus zapatillas de tenis.

Una hora más tarde me hallaba tendida en mi cama del hotel escuchando la lluvia. Ni siquiera sonaba como lluvia, sonaba como un grifo de gotera. El dolor del hueso de mi pierna izquierda volvió a la vida y yo abandoné toda esperanza de dormirme antes de las siete, hora en que mi radio— despertador me reanimaría con sus ardorosos compases de Sousa.

Cada vez que llovía, la vieja fractura de la pierna parecía acordarse de sí misma y lo que recordaba era un dolor sordo.

Pensé: «Buddy Willard hizo que me rompiera esa pierna».

Luego pensé: «No, me la rompí yo misma, me la rompí a propósito, para castigarme por ser tan canalla».

CAPÍTULO OCHO

El señor Willard me llevó en coche a los montes Adirondacks.

Era el día siguiente al de Navidad y un cielo gris se hinchaba sobre nosotros, lleno de nieve. Me sentía pesada y embotada y defraudada, como me siento siempre el día que sigue al de Navidad, como si lo que prometían las ramas de pino y las velas y los regalos con cintas plateadas y doradas y las fogatas de troncos de abedul y el pavo de Navidad y los villancicos al piano, fuera lo que fuese, no acabara de llegar nunca.

Por Navidad yo casi deseaba ser católica.

Primero condujo el señor Willard y luego conduje yo. No sé de qué hablábamos, pero mientras el campo, ya cubierto por espesas capas de nieve vieja, nos daba una espalda cada vez más hostil, y los montones de abetos se extendían desde las grises montañas hasta el borde del camino, tan oscuramente verdes que parecían negros, me sentía cada vez más triste.

Estuve tentada de decirle al señor Willard que siguiera solo, que me iría a casa en autoestop.

Pero eché un vistazo a la cara del señor Willard —el cabello plateado cortado al rape como el de un muchachito, los ojos azul claro, las mejillas rosadas, todo recubierto, como un dulce pastel de bodas, por su inocente, confiada expresión— y supe que no podría hacerlo. Tendría que acompañarlo hasta el fin.

A mediodía se hizo algo más claro el gris del cielo, y nos detuvimos en la cuneta helada y compartimos los emparedados de atún y las galletas de harina de avena y las manzanas y el termo de café caliente que la señora Willard había empaquetado para nuestro almuerzo.

El señor Willard me miraba amablemente. Entonces se aclaró la garganta y se sacudió las últimas pocas migas del regazo. Supe que iba a

decir algo serio, porque se mostraba muy tímido, y yo lo había oído aclararse la garganta en la misma forma antes de dar una importante conferencia sobre economía.

—Nelly y yo siempre hemos querido tener una hija.— Durante un minuto pensé que el señor Willard estaba a punto de decirme que la señora Willard estaba embarazada y esperaba una niña. Luego dijo—: Pero no creo que ninguna hija pudiera ser más encantadora que tú.

El señor Willard debe haber pensado que yo lloraba porque estaba contenta de que él quisiera ser un padre para mí.

—Ya, ya —dio palmadas en mi hombro y se aclaró la garganta una o dos veces—. Creo que nos entendemos.

Abrió entonces la puerta de su lado del coche y dio la vuelta hasta el mío; su aliento formaba tortuosas señales de humo en el aire gris. Me coloqué en el sitio que él había dejado libre y él puso el coche en marcha y continuamos.

No estoy segura de lo que esperaba encontrar en el sanatorio de Buddy.

Creo que esperaba una especie de chalet de madera colgado en la cima de una montaña baja con hombres y mujeres jóvenes de mejillas rosadas, todos muy atractivos pero con brillantes ojos febriles, tendidos cubiertos con gruesas mantas en balcones al aire libre.

—Tener tuberculosis es como vivir con una bomba en el pulmón —me había escrito Buddy al colegio—. Uno se tiende muy quieto esperando que no estalle.

Encontraba difícil imaginar a Buddy tendido tranquilamente. Toda la filosofía de su vida se reducía a estar en pie y haciendo cosas cada segundo. Ni siquiera cuando fuimos a la playa el verano se tendió jamás a dormitar bajo el sol como lo hacía yo. Corría de un lado para otro o jugaba a la pelota o hacía breves series de flexiones para aprovechar el tiempo.

El señor Willard y yo esperamos en la sala de recepción a que la cura de reposo de la tarde terminara.

El esquema de color de todo el sanatorio parecía estar basado en el hígado. Ebanistería oscura, brillante, sillas de cuero de tono tostado, paredes que una vez pudieron ser blancas pero que habían sucumbido a un

mal de moho o humedad generalizado. Un linóleo pardo moteado cubría todo el suelo.

En una mesa de café baja, con manchas circulares y semicirculares que desgarraban el oscuro enchapado, había unos cuantos números atrasados de *Time* y *Life*. Abrí de golpe por la mitad la revista más cercana. La cara de Eisenhower brillaba frente a mí, calva y pálida como la cara de un feto en una botella.

Al cabo de un rato percibí un sonido furtivo difuso. Por un minuto pensé que las paredes habían empezado a descargar la humedad que las saturaba, pero luego vi que el ruido provenía de una pequeña fuente situada en un rincón de la habitación.

La fuente soltaba al aire un chorro de unos pocos centímetros desde una tubería corta; alzaba sus manos, se desplomaba y hundía su escabroso gotear en una taza de piedra con aguas amarillas. La taza estaba cubierta con los blancos azulejos hexagonales que se ven en los baños públicos.

Sonó un timbre. En la distancia se abrieron y se cerraron puertas. Entonces entró Buddy.

—Hola, papá.

Buddy abrazó a su padre, y rápidamente, con una terrible viveza de genio, se acercó a mí y me tendió la mano. La estreché. La sentí húmeda y gruesa.

El señor Willard y yo nos sentamos juntos en un canapé de cuero. Buddy se posó frente a nosotros en el borde de un resbaladizo brazo de asiento. No hacía más que sonreír, como si los extremos de su boca estuvieran atados con un alambre invisible.

Lo último que esperaba de Buddy era que estuviese gordo. Siempre que lo imaginaba en el sanatorio veía sombras cavarse bajo sus pómulos y sus ojos ardientes en cuencas descarnadas.

Pero todo lo cóncavo de Buddy se había vuelto súbitamente convexo. Un vientre de cafetera se hinchaba bajo la ajustada camisa de nailon blanco y sus mejillas eran redondas y rojas como fruta de mazapán. Hasta su risa tenía un tono rechoncho.

Los ojos de Buddy encontraron los míos.

—Es la comida —dijo—. Nos ceban día tras día y luego nos obligan a acostarnos. Pero ahora me permiten salir en las horas de paseo, así que no te preocupes, adelgazaré en un par de semanas. —Se incorporó de un salto, sonriendo como un anfitrión alegre—. ¿Les gustaría ver mi cuarto?

Seguí a Buddy y el señor Willard me siguió a mí a través de un par de puertas batientes con láminas de vidrio esmerilado a lo largo de un oscuro pasillo de color hígado, que olía a cera para pisos y a *lisol* y a otro olor más vago, como de gardenias marchitas.

Buddy abrió de par en par una puerta marrón y entramos en fila en la estrecha habitación.

Una pesada cama cubierta con un delgado cubrecamas blanco con listas azules ocupaba casi todo el espacio. Junto a ella había una mesa de noche con una jarra, un vaso y la varita plateada de un termómetro asomando de un frasco de desinfectante rosado. Una segunda mesa, cubierta con libros, papeles y vasijas de arcilla sin asas —cocidas y pintadas pero sin barniz— se apretaba entre el pie de la cama y la puerta del ropero.

—Bien —respiró el señor Willard—, parece bastante confortable.

Buddy rió.

—¿Qué es esto? —Levanté un cenicero de arcilla en forma de lirio, con las nervaduras cuidadosamente pintadas de amarillo sobre un lóbrego fondo verde. Buddy no fumaba.

—Un cenicero —dijo Buddy—; es para ti.

Puse de nuevo el cenicero sobre la mesa.

—No fumo.

—Lo sé —dijo Buddy—; pensé que podía gustarte, sin embargo.

—Bien —el señor Willard frotó sus labios como de papel uno contra otro—. Creo que voy a irme. Creo que os voy a dejar solos a los dos jóvenes… —el señor Willard sacó unos cuantos billetes de su cartera y se los dio a Buddy—. Cuida de que Esther consiga un asiento confortable en el tren. Se quedará un día, o tal vez dos.

—Muy bien, papá. Vete.

Quedé sorprendida. Pensaba que el señor Willard se quedaría a pasar la noche para llevarme de vuelta al día siguiente.

—¿He de irme yo también?

—No, no…

Buddy acompañó a su padre hasta la puerta.

Sentí que el señor Willard me había abandonado. Pensé que lo había planeado todo desde el principio, pero Buddy dijo no, su padre simplemente no podía soportar el espectáculo de la enfermedad y especialmente la enfermedad de su propio hijo, porque pensaba que toda enfermedad era enfermedad de la voluntad. El señor Willard no había estado enfermo ni un solo día de su vida.

Me senté en la cama de Buddy. Sencillamente, allí no había ningún otro lugar en que sentarse.

Buddy revolvió sus papeles con aire preocupado. Después me tendió una delgada revista gris.

—Busca la página once.

La revista estaba impresa en algún lugar de Maine y llena de poemas mimeografiados y parágrafos descriptivos separados unos de otros por asteriscos. En la página once encontré una poema titulado «Amanecer en Florida». Fui saltando de imagen en imagen acerca de luces de melón de agua y palmeras de color verde tortuga y conchas estriadas como piezas de arquitectura griega.

—No está mal. —Me parecía horrible.

—¿Quién lo escribió? —preguntó Buddy.

Mi mirada cayó sobre el nombre escrito en el extremo inferior derecho de la página: B. S. Willard.

—No lo sé. —Después dije—: Por supuesto que lo sé, Buddy. Fuiste tú.

Buddy se inclinó hacia mí.

Me eché hacia atrás. Tenía muy pocos conocimientos sobre tuberculosis, pero me parecía una enfermedad extremadamente siniestra por la forma en que avanzaba, tan invisiblemente. Consideraba muy probable que Buddy estuviese sentado en medio de su propia pequeña aura de asesinos gérmenes de tuberculosis.

—No te preocupes —rió Buddy—. No soy positivo.

—¿Positivo?

—No te contagiarás.

Buddy paró para tomar aliento como se suele hacer en medio de una cuesta muy empinada.

—Quiero hacerte una pregunta. —Tenía un nuevo inquietante hábito de penetrar en mis ojos con su mirada, como si realmente el inclinarse horadando mi cabeza fuera la mejor manera de analizar lo que ocurría dentro de ella.

—Pensé preguntártelo por carta.

Tuve una fugaz visión de un sobre celeste con un sello de Yale en el dorso.

—Sin embargo, luego decidí que sería mejor esperar hasta que vinieras, para preguntarte personalmente. —Hizo una breve pausa—. Bueno, ¿no quieres saber qué es?

—¿Qué? —dije en una vocecita poco prometedora.

Buddy se sentó a mi lado. Rodeó mi talle con su brazo y apartó el cabello de mi oído. No me moví. Entonces le oí murmurar:

—¿Qué te parecería ser la señora de Buddy Willard?

Pensé en cómo aquella pregunta me hubiera hecho caer de espaldas en cualquier momento en el período de cinco o seis años en que yo adoraba a Buddy Willard desde lejos.

Buddy me vio vacilar.

—Oh, sé que no estoy en forma ahora —dijo rápidamente—. Todavía estoy en observación y puedo perder una costilla o dos, pero habré vuelto a la Escuela de Medicina el próximo otoño. Un año a partir de esta primavera, a lo sumo.

—Creo que debo decirte algo, Buddy.

—Lo sé —dijo Buddy duramente—. Conociste a alguien.

—No, no es eso.

—¿Qué es entonces?

—Nunca voy a casarme.

—Estás loca —se iluminó Buddy—, Cambiarás de idea.

—No. Lo tengo claro.

Pero Buddy continuó mostrándose alegre.

—¿Recuerdas —le dije— la vez en que viniste en autoestop conmigo hasta el colegio después de aquella función de teatro?

—Lo recuerdo.

—¿Recuerdas cómo me preguntaste dónde me gustaría vivir, si en el campo o en la ciudad?

—Y tú dijiste…

—Yo te dije que quería vivir en el campo, y en la ciudad también.

Buddy asintió.

—Y tú —continué con una repentina fuerza— reíste y dijiste que yo tenía el perfecto síndrome de una verdadera neurótica, que la pregunta provenía de un cuestionario de la clase de psicología de aquella semana.

La sonrisa de Buddy empezó a apagarse.

—Bien; tenías razón. Soy una verdadera neurótica. Nunca podría establecerme en el campo ni tampoco en la ciudad.

—Podrías vivir entre ambos —sugirió Buddy amablemente—. Entonces podrías ir a la ciudad algunas veces y al campo otras veces.

—Y bien, ¿qué tiene eso de neurótico?

Buddy no respondió.

—¿Y? —le espeté, pensando: «No puedes mimar a esa gente enferma, es lo peor del mundo para ellos, los destrozaría».

—Nada —dijo Buddy en voz neutra, plana.

—Neurótica, ¡ja! —solté una risa desdeñosa—. Si ser neurótica es decir dos cosas mutuamente excluyentes en el mismo momento, entonces soy endemoniadamente neurótica. Estaré volando de una a otra cosa mutuamente excluyente durante el resto de mi vida.

Buddy puso una mano sobre la mía.

—Déjame volar contigo.

***

Me paré en lo alto de la pista de esquí del monte Pisgah, mirando hacia abajo. No tenía nada que hacer allí. Nunca en mi vida había esquiado. No obstante, pensaba gozar del panorama mientras tuviera oportunidad.

A mi izquierda, el telearrastre dejaba caer esquiador tras esquiador sobre la nevada cima que, consolidada por el mucho cruzar y recruzar, y ligeramente derretida al sol del mediodía, se había endurecido hasta adquirir

la consistencia y el pulimento del vidrio. El aire frío castigaba mis pulmones y fosas nasales hasta el punto de una visionaria claridad.

A mi alrededor los esquiadores de chaquetas rojas y blancas y azules se deslizaban por la cegadora pendiente como fugitivos pedazos de una bandera norteamericana. Al pie de la pista de esquí la cabaña de imitación de troncos dejaba oír sus canciones populares extraplomo de silencio:

Mirando Jungfrau abajo
desde nuestro chalet para dos…

El ritmo y el retumbo tejíanse a mí como un invisible arroyuelo en un desierto de nieve. Un gesto irreflexivo, espléndido, y me vería lanzada cuesta abajo hacia la pequeña mancha caqui de las líneas laterales, entre los espectadores, que era Buddy Willard.

Toda la mañana Buddy me había estado enseñando a esquiar.

Primero pidió prestados esquíes y palos de esquí a un amigo en el pueblo y botas de esquí a la esposa de un médico, cuyos pies eran sólo un número más grande que los míos, y una chaqueta de esquiar roja a un estudiante de enfermería. Su terquedad era asombrosa.

Recordé entonces que en la Escuela de Medicina, Buddy había ganado un premio por haber sido quien persuadió a un mayor número de familiares de personas muertas para que permitiesen que los cadáveres de los suyos fueran disecados, necesitáranlo o no, en interés de la ciencia. Olvidé cuál era el premio, pero podía muy bien ver a Buddy en bata blanca y con su estetoscopio asomando de un bolsillo lateral como parte de su anatomía, sonriendo e inclinándose y hablando a esos parientes estúpidos hasta hacerles firmar la autorización para la autopsia.

Luego le pidió prestado un coche a su propio médico, que también tenía tuberculosis y era muy comprensivo, y partimos cuando el timbre que anunciaba las horas de paseo todavía sacudía los sombríos pasillos del sanatorio.

Buddy tampoco había esquiado antes, pero decía que los principios elementales eran muy sencillos y como él había observado muchas veces a

los instructores de esquí y a sus alumnos podría enseñarme todo lo que necesitaba saber.

Durante la primera media hora, obedientemente, marqué huellas como de esqueleto de arenque sobre una pequeña pendiente, me impulsé con los palos, me deslicé en línea recta hacia abajo. Buddy parecía satisfecho con mis progresos.

—Muy bien, Esther —observó, mientras yo salvaba mi pendiente por vigésima vez—. Ahora probemos en el arrastre.

Me detuve sobre mis huellas, sonrojada y jadeante.

—Pero, Buddy, todavía no sé avanzar en zigzag. Toda esa gente que baja sabe avanzar en zigzag.

—Oh, sólo tienes que ir hasta la mitad. De ese modo no tomarás mucho impulso.

Y Buddy me acompañó hasta el telearrastre y me indicó cómo debía dejar correr el cable entre mis manos, y después me dijo que lo aferrara con los dedos en torno de la áspera, magullante serpiente que se deslizaba entre ellos, y empecé a subir.

Pero el cable me arrastraba oscilando y balanceándose tan rápidamente que no podía esperar separarme de él a mitad del camino. Había un esquiador frente a mí y un esquiador detrás de mí y habría sido golpeada y pinchada por montones de esquíes y de palos en el momento en que me apartara, y no quería causar problemas, así que seguí serenamente colgada.

En la cima, sin embargo, cambié de idea.

Buddy me distinguió claramente, vacilando allí, con la chaqueta roja. Sus brazos cortaron el aire como molinos de viento de color caqui. Vi entonces que me señalaba, para bajar, una senda que se había abierto en medio de la trama de esquiadores. Pero en el momento de lanzarme, intranquila, con la garganta seca, la suave senda blanca que iba de mis pies a los pies de él se desdibujó.

Un esquiador la cruzó desde la izquierda, otro la cruzó desde la derecha, y los brazos de Buddy continuaron agitándose débilmente, como antenas desde el otro lado de un campo plagado de animalillos que se movían como gérmenes o como brillantes signos de exclamación torcidos.

Alcé la vista de aquel agitado anfiteatro, para ver qué había más allá.

El gran ojo gris del cielo me miraba, su sol velado por la niebla enfocando todas las blancas y silenciosas distancias que se derramaban desde todos los puntos cardinales, colina tras pálida colina, hasta detenerse a mis pies.

La voz interior repitiéndome que no fuera tonta, que salvara la piel y me quitara los esquíes y bajara andando camuflada por los pinos bajos que bordeaban la cuesta, volaba como un desconsolado mosquito. El pensamiento de que podía matarme cobraba forma en mi mente fríamente, como un árbol o una flor.

Medí a ojo de buen cubero la distancia que me separaba de Buddy.

Tenía los brazos cruzados, ahora, y parecía formar una sola pieza con la baranda de detrás de él, aterido, pardo e intrascendente.

Al acercarme al borde de la colina, hundí en la nieve las puntas de mis palos de esquí y me lancé a un vuelo que sabía que no podría detener con habilidad ni con ningún repentino golpe de voluntad.

Salté directamente hacia abajo.

Un viento cortante que se había mantenido oculto me golpeó en la cara y sostuvo el cabello horizontal a mis espaldas. Yo iba descendiendo, pero el blanco sol no subía. Pendía sobre las olas suspendidas de las colinas, un eje insensible sin el cual el mundo no existiría.

Un pequeño punto en mi cuerpo volaba hacia él. Sentía mis pulmones llenarse con el paisaje que afluía hacia ellos. —Aire, montañas, gente, árboles—. «Esto es ser feliz», pensé.

Caí a plomo hasta más allá de los zigzagueadores, los estudiantes, los expertos, a través de años y años de doble vida y sonrisas y compromisos, en mi propio pasado.

Gente y árboles retrocedían a cada lado como las oscuras paredes de un túnel mientras yo me abalanzaba hacia el quieto, brillante punto que estaba al final, el guijarro en el fondo del pozo, el blanco, dulce bebé mecido en el vientre de su madre.

Mis dientes se cerraron crujiendo sobre un bocado de arenilla. Agua de nieve corrió por mi garganta.

La cara de Buddy colgaba sobre mí, cercana y enorme, como un aturdido planeta. Otros rostros se mostraban detrás del suyo. Más atrás,

negros puntos pululaban en un plano de blancura. Pedazo a pedazo, como por el toque de la lenta varita de un hada madrina, el viejo mundo volvió a su posición normal.

—Lo estabas haciendo muy bien —informó una voz familiar a mi oído —, hasta que ese hombre se atravesó en tu camino.

La gente me desabrochaba las fijaciones y recogía mis palos de esquí de donde asomaban hacia el cielo, oblicuamente, en sus bancos de nieve separados. La cerca del albergue sobresalía a mi espalda.

Buddy se inclinó para quitarme las botas y los varios pares de calcetines blancos de lana que las rellenaban. Su rolliza mano se cerró sobre mi pie izquierdo, subió un poco por mi tobillo, cerrándose y tentando, como buscando un arma oculta.

Un desapasionado sol blanco brillaba en el punto más alto del cielo. Quería afilarme en él hasta ser santa y delgada y esencial como la hoja de un cuchillo.

—Voy a subir —dije—. Voy a hacerlo de nuevo.

—No, no vas a hacerlo.

Una extraña, satisfecha expresión se extendió sobre el rostro de Buddy.

—No, no vas a hacerlo —repitió con una sonrisa definitiva—. Tu pierna está rota por dos sitios. Estarás metida en un yeso durante meses.

CAPÍTULO NUEVE

—Estoy tan contenta de que vayan a morir…

Hilda arqueó sus piernas gatunas en un bostezo, enterró la cabeza entre los brazos sobre la mesa de conferencias, y volvió a dormirse. Había un manojito de paja de un verde bilioso posado sobre su frente como un pájaro tropical.

Verde bilioso. Lo estaban promoviendo para el otoño, sólo que Hilda, como de costumbre, llevaba medio año de adelanto. Verde bilioso con negro, verde bilioso con blanco, verde bilioso con verde amarillento, su primo hermano.

Reseñas sobre modas, plateadas y llenas de nada, enviaban sus burbujas de pez a la superficie de mi cerebro. Subían al aire con una ligera deformación hueca.

Estoy tan contenta de que vayan a morir…

Maldije la suerte que había hecho coincidir el momento de mi llegada a la cafetería del hotel con el de la llegada de Hilda. Después de haber trasnochado me sentía demasiado embotada para inventar la excusa que me llevara de regreso a mi cuarto para recoger el guante, el pañuelo, el paraguas, el cuaderno que había olvidado. Mi condena era la larga, muerta caminata desde las puertas de cristal esmerilado del Amazonas hasta la losa de mármol color fresa de nuestra entrada en la Avenida Madison.

Hilda se movió como un maniquí durante todo el camino.

—Ese es un hermoso sombrero, ¿lo hiciste tú?

Hasta cierto punto, esperaba que Hilda se volviera hacia mí y dijera: «Pareces enferma», pero ella sólo extendió y retrajo su cuello de cisne.

—Sí.

La noche anterior había visto un drama en el que la protagonista era poseída por un espíritu maligno y cuando el espíritu hablaba por su boca, la voz sonaba tan cavernosa y profunda que no se sabía si era un hombre o una mujer. Bueno, la voz de Hilda sonaba exactamente como la voz de aquel espíritu maligno.

Miraba fijamente su imagen en los brillantes escaparates de las tiendas como para cerciorarse momento a momento de que continuaba existiendo. El silencio entre nosotras era tan profundo que pensé que debía ser en parte por culpa mía.

Así que dije:

—¿No es terrible lo de los Rosenberg?

Los Rosenberg iban a ser electrocutados aquella noche, tarde.

—¡Sí! —dijo Hilda, y al fin sentí que había tocado una cuerda humana en la pata de gallina que era su corazón. Fue sólo mientras ambas esperábamos a las demás en medio de la sepulcral oscuridad matutina del salón de conferencias, que Hilda amplió su sí—: Es terrible que gente así esté viva.

Entonces bostezó, y su boca anaranjado pálido se abrió sobre una gran oscuridad. Fascinada, miré fijamente la cueva ciega de detrás de su rostro hasta que los dos labios se encontraron y se movieron y el espíritu maligno habló desde su escondite: «Estoy tan contenta de que vayan a morir…».

***

—Vamos, una sonrisa.

Me senté en el sofá de terciopelo rosado de la oficina de Jota Ce, sosteniendo una rosa de papel y de cara al fotógrafo de la revista. Era la última de las doce en hacerme la foto. Había tratado de ocultarme en el tocador, pero no funcionó. Betsy había atisbado mis pies por debajo de la puerta.

No quería que me hicieran la foto porque iba a llorar. No sabía por qué iba a llorar, pero sabía que si alguien me hablaba o me miraba con demasiada atención, las lágrimas brotarían de mis ojos y los sollozos brotarían de mi garganta y lloraría durante una semana. Podía sentir las

lágrimas desbordase y salpicar en mi cara como agua de un vaso inestable y demasiado lleno.

Ésa era la última ronda de fotografías antes de que la revista fuera a la imprenta y nosotras regresáramos a Tulsa o Biloxi o Teaneck o Coos Bay o a cualquiera que fuese el lugar de donde habíamos venido, y se suponía que nos debían fotografiar con algo que mostrara lo que queríamos ser.

Betsy sostuvo una espiga de trigo para mostrar que quería ser la esposa de un granjero, y Hilda sostuvo la cabeza calva y sin rostro de un maniquí de los que usan los sombrereros, para mostrar que deseaba diseñar sombreros, y Doreen sostuvo un sari bordado en oro para mostrar que quería ser trabajadora social en la India (no quería eso realmente, según me dijo, sólo quería tener un sari entre las manos).

Cuando me preguntaron qué quería ser, dije que no lo sabía.

—Oh, por supuesto que lo sabe —dijo el fotógrafo.

—Ella quiere —sentenció Jota Ce con gracia— ser de todo.

Dije que quería ser poetisa.

Entonces exploraron buscando algo que pudiera sostener.

Jota Ce sugirió un libro de poemas, pero el fotógrafo dijo que no, que eso era demasiado obvio. Debía ser algo que mostrara lo que inspiraba los poemas. Finalmente, Jota Ce desenganchó la única rosa de papel de largo tallo de su sombrero más nuevo.

El fotógrafo jugueteó un rato con sus calientes luces blancas.

—Muéstranos cuán feliz te hace haber escrito un poema.

Miré fijamente al otro lado del friso de hojas de ficus de la ventana de Jota Ce, hacia el cielo azul que había más allá. Unas cuantas nubes de utilería en forma de borlas pasaban de derecha a izquierda. Fijé los ojos en la más grande, como si cuando se perdiera de vista yo pudiera tener la suerte de desaparecer con ella.

Sentía que era muy importante mantener pegada la línea de mi boca.

—Sonría.

Finalmente, obedeciendo, como la boca de un muñeco de ventrílocuo, mi boca comenzó a arquearse hacia arriba.

—¡Eh! —protestó el fotógrafo, en una súbita corazonada—, parece que va a llorar.

No pude detenerme.

Enterré la cara en la tapicería de terciopelo rosado del sofá de Jota Ce y con inmenso alivio las saladas lágrimas y los ruidos miserables que me habían estado rondando durante toda la mañana estallaron en la habitación.

Cuando levanté la cabeza el fotógrafo se había esfumado. Jota Ce también se había esfumado. Me sentí débil y traicionada, como la piel mudada por un terrible animal. Era un alivio estar libre del animal, pero parecía haberse llevado con él mi espíritu, y todo aquello sobre lo cual había podido poner sus garras.

Hurgué a tientas en mi cartera buscando el estuche dorado con el rímel y el cepillo para el rímel y la sombra para los ojos y los tres lápices de labios y el espejito. El rostro que me devolvió la mirada parecía estar mirando desde el enrejado de la celda de una prisión después de una prolongada paliza. Se veía magullado e hinchado y con feos colores. Era un rostro que necesitaba agua y jabón y tolerancia cristiana.

Empecé a pintarme con poco entusiasmo.

Jota Ce regresó imperceptiblemente, después de un intervalo decente, con los brazos llenos de manuscritos.

—Éstos te entretendrán —dijo—. Que te diviertas leyendo.

Cada mañana una nevada avalancha de manuscritos engrosaba las pilas, grises por el polvo, de la oficina del Editor de Ficción. Secretamente, en estudios y áticos y dormitorios escolares de toda América, la gente debía de estar escribiendo. Es decir, que una persona y otra terminaba un manuscrito cada minuto; en cinco minutos habría cinco manuscritos apilados sobre el escritorio del Editor de Ficción. En una hora haría sesenta, apretándose unos contra otros hasta caer al suelo. Y en un año…

Sonreí, viendo un prístino, imaginario manuscrito flotar en medio del aire, con el nombre de Esther Greenwood mecanografiado en el ángulo superior derecho. Después de mi mes en la revista había hecho la solicitud para un curso de verano con un famoso escritor, al que uno enviaba el manuscrito de un cuento y él lo leía y decía si uno era lo bastante bueno como para ser admitido en la clase.

Por supuesto, era un curso muy restringido y yo había enviado mi cuento hacía mucho tiempo y todavía no había recibido respuesta del

escritor, pero estaba segura de que encontraría la carta de aceptación esperándome sobre la mesa de la correspondencia en mi casa.

Decidí sorprender a Jota Ce enviando un par de los cuentos que escribiría en esa clase bajo un seudónimo. Entonces un día el Editor de Ficción vendría a hablar personalmente con Jota Ce y dejaría caer bruscamente los manuscritos en su escritorio diciendo: «Aquí hay algo que se sale de lo corriente», y Jota Ce estaría de acuerdo, los aceptaría e invitaría al autor a almorzar y el autor sería yo.

***

—Honestamente —dijo Doreen—, éste será diferente.

—Cuéntame algo acerca de él —dije inflexiblemente.

—Es de Perú.

—Son rechonchos —dije—. Son tan feos como los aztecas.

—No, no, no, queridita, ya lo he visto.

Estábamos sentadas en mi cama entre un lío de vestidos de algodón sucios y medias de nailon con agujeros y ropa interior gris, y durante diez minutos Doreen había estado tratando de persuadirme de que fuera al baile de un club de campo con un amigo de alguien a quien Lenny conocía, quien, insistía ella, era muy diferente de los amigos de Lenny, pero como yo iba a tomar el tren rumbo a mi pueblo a las ocho de la mañana siguiente, sentía que era mi deber hacer algún intento por preparar las maletas.

También tenía una vaga idea de que si caminaba sola por las calles de Nueva York durante toda la noche quizás algo del misterio y la magnificencia de la ciudad se desprendiera finalmente de ella y se me adhiriera.

Pero cedí.

Se me hacía cada vez más y más difícil decidirme a hacer cualquier cosa en aquellos últimos días. Y cuando finalmente sí decidía hacer algo, como la maleta, no hacía más que arrastrar toda mi desaliñada, cara ropa fuera de la cómoda y del ropero y esparciría sobre las sillas y la cama y el suelo, y entonces me sentaba y me quedaba mirándola, totalmente perpleja. Parecía

tener una identidad propia, separada, obstinada, que se negaba a ser lavada y doblada y ordenada.

—Son estos vestidos —le dije a Doreen—. No puedo hacerles frente cuando regrese.

—Eso es fácil.

Y con su manera hermosa, metódica, Doreen comenzó a recoger rápidamente bragas y enaguas y medias y el sofisticado sostén sin tirantes, lleno de resortes de acero —un obsequio de la Primrose Corset Company, que nunca había tenido el coraje de usar— y, finalmente, uno por uno, la triste colección de vestidos de extraños cortes de cuarenta dólares…

—Eh, deja ése fuera. Me lo voy a poner.

Doreen desenredó un harapo negro de su fardo y lo dejó caer en mi regazo. Entonces, reuniendo el resto de los vestidos en una sola masa suave, redondeada, los colocó fuera de la vista bajo la cama.

***

Doreen llamó a la puerta verde con el tirador dorado.

Se oyó disentir y la risa de un hombre, interrumpida de repente, en el interior. Entonces un muchacho alto en mangas de camisa y con el pelo rubio cortado al rape abrió la puerta unas pulgadas y miró hacia afuera.

—¡Nena! —aulló.

Doreen desapareció en sus brazos. Pensé que debía de ser la persona que Lenny conocía.

Permanecí tranquilamente de pie en el marco de la puerta con mi túnica negra y mi estola negra con flecos, más amarilla que nunca pero esperando menos. «Soy una observadora», me dije a mí misma, mientras veía a Doreen ser pasada dentro de la habitación por el chico rubio a otro hombre, que también era alto, pero trigueño y con el pelo más largo. Aquel hombre llevaba puesto un traje inmaculadamente blanco, una camisa azul pálido y una corbata de raso amarillo con un brillante alfiler.

No podía apartar los ojos del alfiler.

Una gran luz blanca parecía desprenderse de él, iluminando la habitación. Luego la luz se retiraba hacia su propio interior dejando una

gota de rocío sobre un campo de oro.

Puse un pie frente al otro.

—Es un diamante —dijo alguien, y un montón de personas estalló en carcajadas.

Mi uña golpeó una faceta vidriosa.

—Su primer diamante.

—Dáselo, Marco.

Marco hizo una reverencia y depositó el alfiler en mi palma.

Encandilaba y bailaba con la luz como un celestial cubo de hielo. Lo deslicé rápidamente dentro de mi bolso de noche de cuentas imitación de azabache y miré en derredor. Los rostros estaban vacíos como platos y nadie parecía respirar.

—Afortunadamente —una mano seca y dura rodeó la parte superior de mi brazo—, voy a escoltar a esta dama durante el resto de la noche. Cabe la posibilidad —la chispa en los ojos de Marco se extinguió y se pusieron negros— de que realice un pequeño servicio…

Alguien rió.

—… digno de un diamante.

La mano que rodeaba mi brazo me apretó más.

—¡Huy!

Marco retiró la mano. Me miré el brazo. La marca morada de un pulgar se hizo visible. Marco me observaba. Entonces me señaló la parte de abajo de mi brazo.

—Mira ahí.

Miré y vi cuatro marcas de un color algo más pálido.

—¿Ves? Digo las cosas muy en serio.

La sonrisa pequeña y vacilante de Marco me recordó a una culebra a la que yo había molestado en una visita al Bronx Zoo. Cuando golpeé ligeramente la recia jaula de vidrio con el dedo, la culebra abrió sus mandíbulas mecánicas y pareció sonreír. Luego golpeó y golpeó el invisible cristal hasta que yo me retiré.

Nunca antes había conocido a un aborrecedor de mujeres.

Podía darme cuenta de que Marco era un aborrecedor de mujeres porque, a pesar de todas las modelos y estrellas de televisión que había en la

sala esa noche, no le prestó atención a nadie más que a mí. No por bondad ni por curiosidad, sino porque yo le había tocado a él igual que una carta de juego de un mazo de cartas idénticas.

***

Uno de los hombres del conjunto musical del club se acercó al micrófono y empezó a agitar esas vainas llenas de semillas semejantes a sonajeros que identifican a la música sudamericana.

Marco me cogió la mano, pero yo me aferré a mi cuarto daiquiri y me quedé clavada. Nunca había tomado un daiquiri antes. La razón por la cual lo tomaba ahora era que Marco lo había pedido para mí y me sentí tan agradecida de que él no me hubiera preguntado qué clase de bebida quería, que no dije palabra, y me tomaba un daiquiri tras otro.

Marco me miró.

—No —dije.

—¿Qué quieres decir con no?

—No puedo bailar con esa clase de música.

—No seas estúpida.

—Quiero sentarme aquí y terminar mi bebida.

Marco se inclinó hacia mí con una sonrisa tensa y de un manotazo mi bebida salió despedida y fue a chocar contra el tiesto de una palmera. Luego Marco me cogió la mano de tal manera que tuve que elegir entre seguirlo a la pista o que me arrancara el brazo.

—Es un tango —Marco maniobró para abrirme paso entre los bailarines —. Me encantan los tangos.

—No sé bailar.

—No tienes que bailar. Yo bailaré.

Marco me enganchó con un brazo alrededor de mi cintura y me apretó contra su deslumbrante traje blanco. Entonces dijo:

—Simula que te estás ahogando.

Cerré los ojos y la música se abatió sobre mí como una tromba de agua. La pierna de Marco se deslizó hacia adelante contra la mía y mi pierna retrocedió y yo parecía clavada a él, pierna a pierna, moviéndome cuando él

se movía, sin ninguna voluntad ni conciencia de mí misma y al cabo de un rato pensé: «No se necesitan dos para bailar, sólo se necesita uno», y me dejé llevar y doblar como un árbol en el viento.

—¿Qué te dije? —el aliento de Marco me quemó el oído—. Eres una bailarina perfectamente respetable.

Empecé a comprender por qué los aborrecedores de mujeres podían burlarse de tal manera de ellas. Los aborrecedores de mujeres eran como dioses: invulnerables y colmados de poder. Descendían y luego desaparecían. Nunca se podía atrapar uno.

Después de la música sudamericana hubo un descanso.

Marco me condujo a través de las puertas de la terraza hacia el jardín. Luces y voces se derramaban por la ventana del salón de baile, pero unos pocos metros más allá la oscuridad alzaba su barricada y las aislaba. En el infinitesimal resplandor de las estrellas, los árboles y las flores esparcían sus frescos aromas. No había luna.

Los setos en forma de caja se cerraron tras nosotros. Un campo de golf desierto se extendía hacia unos grupos de árboles, y sentí la completa y desolada familiaridad de la escena: el club de campo y el baile y el prado con un único grillo.

No sabía dónde estaba, pero era algún lugar en los barrios acomodados de Nueva York.

Marco sacó un delgado puro y un mechero plateado en forma de bala. Se colocó el puro entre los labios y se inclinó sobre la pequeña llama. Su rostro, con sus sombras exageradas y planos de luz, se veía extraño y atormentado, como el de un refugiado.

Lo observé.

—¿De quién estás enamorado? —dije entonces.

Durante un minuto Marco no dijo nada, simplemente abrió la boca y exhaló un anillo azul, vaporoso.

—¡Perfecto! —rió.

El anillo se ensanchó y se difuminó, pálido y fantasmal en el aire oscuro.

Entonces dijo:

—Estoy enamorado de mi prima.

No me sentí sorprendida.

—¿Por qué no te casas con ella?

—Imposible.

—¿Por qué?

Marco se encogió de hombros.

—Es mi prima hermana. Va a ser monja.

—¿Es hermosa?

—No hay nadie que se le pueda comparar.

—¿Sabe ella que tú la quieres?

—Por supuesto.

Hice una pausa. El obstáculo me parecía irreal.

—Si la quieres, podrás querer a otra persona algún día.

Marco arrojó el cigarro bajo su pie.

El suelo se elevó y me golpeó con suavidad. El barro se deslizó entre mis dedos. Marco esperó hasta que intenté incorporarme. Entonces puso ambas manos sobre mis hombros y me empujó hacia atrás.

—Mi vestido…

—¡Tu vestido! —El barro corrió y se ajustó en mis omóplatos—. ¡Tu vestido! —la cara de Marco descendió oscuramente sobre la mía. Unas gotas de saliva me golpearon los labios—. Tu vestido es negro y el polvo es negro también.

Entonces se lanzó boca abajo como si quisiera pulverizar su cuerpo a través del mío e integrarse en el barro.

«Está sucediendo —pensé—. Está sucediendo. Si me quedo así y no hago nada, sucederá».

Marco le hincó el diente a la tira de mi hombro y me rompió el vestido hasta la cintura. Vi el tenue resplandor de la piel desnuda como un pálido velo que separara a dos feroces enemigos.

—¡Perra!

La palabra siseó en mi oído.

—¡Perra!

El polvo se despejó y tuve un panorama completo de la batalla.

Empecé a debatirme y a morder.

Marco me derribó con el peso de su cuerpo.

—¡Perra!

Le clavé en la pierna el afilado tacón de mi zapato. Se volvió buscando a tientas el dolor.

Entonces cerré el puño y le golpeé violentamente la nariz. Era como pegarle a la plancha de acero de un barco de guerra. Marco se sentó. Me eché a llorar.

Marco sacó un pañuelo blanco y se lo pasó por la nariz. Una negrura, como tinta, se extendió por la pálida tela.

Me chupé los salados nudillos.

—Quiero a Doreen.

Marco miró fijamente por sobre la pista de golf.

—Quiero a Doreen. Quiero irme a casa.

—Perras, todas perras. —Marco parecía estar hablando consigo mismo—. Sí o no, da igual.

—¿Dónde está Doreen? —le pregunté.

Marco resopló.

—Ve al aparcamiento. Mira en los asientos traseros de todos los coches.

Luego se volvió en redondo.

—Mi diamante.

Me levanté y recuperé mi estola de la oscuridad. Empecé a alejarme. Marco se puso en pie de un salto y me cerró el paso. Entonces, lentamente, se pasó el dedo bajo la nariz sangrante y con dos caricias me manchó las mejillas.

—Me he ganado mi diamante con esta sangre. Dámelo.

—No sé dónde está.

Pero yo sabía perfectamente bien que el diamante estaba dentro de mi bolso de noche y que cuando Marco me había tirado, el bolso se había deslizado, como un pájaro nocturno, en la envolvente oscuridad. Empecé a pensar en alejarlo y luego volver sola y buscarlo.

No tenía idea de qué se podía comprar con un diamante de ese tamaño, pero fuese lo que fuese, sabía que sería mucho.

Marco me cogió los hombros con ambas manos.

—Dímelo —dijo, poniendo igual énfasis en cada sílaba—. Dímelo o te romperé el cuello.

De pronto dejó de importarme.

—Está en mi bolso de noche de cuentas de imitación de azabache —dije —. En alguna parte, en el lodo…

Dejé a Marco sobre manos y rodillas escarbando en la oscuridad en busca de otra oscuridad más pequeña que escondía la luz de su diamante a sus frenéticos ojos.

Doreen no estaba en el salón de baile ni en el aparcamiento.

Me mantuve al abrigo de las sombras para que nadie notara la hierba adherida a mi vestido y mis zapatos, y con mi estola negra me cubrí los hombros y los pechos desnudos.

Afortunadamente para mí, el baile estaba a punto de finalizar y grupos de gente se marchaban y salían a los coches aparcados. Pregunté en cada coche hasta que finalmente encontré uno en que había sitio y que me dejaría en el centro de Manhattan.

***

A esa vaga hora entre la oscuridad y el amanecer la terraza del Amazonas estaba desierta.

Silenciosa como un ladrón, con mi bata adornada con ramitos de acianos, me deslicé hasta el borde del parapeto. El parapeto me llegaba casi hasta los hombros, así que arrastré una silla plegable del montón que había contra la pared, la abrí y me subí al precario asiento.

Una fuerte brisa me levantó el cabello. A mis pies la ciudad apagaba sus luces en el sueño, sus edificios negreaban como para un funeral.

Era mi última noche.

Cogí el fardo que había traído y tiré de una punta clara. Una enagua elastizada sin tirantes que, a causa del uso, había perdido la elasticidad, me cayó en la mano. La hice ondear como una bandera de tregua, una, dos veces… La brisa la alcanzó y la dejó ir.

Un copo blanco flotó hacia la noche y comenzó su lento descenso. Me pregunté en qué calle o en qué techo iría a descansar.

Tiré nuevamente del fardo.

El viento hizo un esfuerzo, pero fracasó, y una sombra parecida a un murciélago se hundió hacia el jardín de la terraza de enfrente.

Pieza por pieza, alimenté con mi vestuario al viento de la noche, y revoloteando, como las cenizas de un ser querido, los grises harapos fueron llevados, para posarse aquí, allá, exactamente donde yo nunca lo sabría, en el oscuro corazón de Nueva York.

CAPÍTULO DIEZ

El rostro del espejo parecía el de un indio enfermo.

Dejé caer el estuche en el bolso y miré por la ventanilla del tren. Como un documental sobre un depósito de chatarra, las ciénagas y solares traseros de Connecticut pasaban rápidamente sin que ninguno de los fragmentos por separado tuviera relación con los demás.

¡Qué gran mezcolanza era el mundo!

Bajé la mirada hasta mi falda y mi blusa nuevas.

La falda era verde, muy ceñida en la cintura, con diminutas manchas negras, blancas y azul eléctrico, formando un enjambre, y se levantaba como la pantalla de una lámpara. En vez de mangas, la blusa blanca con bordados tenía volantes en los hombros, flojos como las alas de un nuevo ángel.

Había olvidado apartar alguna ropa de diario de entre la que había arrojado sobre Nueva York, así que Betsy me había cambiado una blusa y una falda por mi bata de acianos.

Un pálido reflejo de mí misma, alas blancas, cola de caballo marrón se posó sobre el paisaje como un fantasma.

—Poliana la Vaquera —dije en voz alta.

Una mujer en el asiento opuesto levantó los ojos de su revista.

No había tenido ganas, en el último momento, de lavarme las dos diagonales de sangre seca que marcaban mis mejillas. Parecían patéticas, y más bien espectaculares, y pensé que las llevaría conmigo, como la reliquia de un amante muerto, hasta que se borraran por su propia cuenta.

Por supuesto, si sonreía o movía mucho la cara la sangre se desprendería en escamas, así que mantenía el rostro inmóvil, y cuando tenía que hablar lo hacía a través de los dientes, sin mover los labios.

No veía en realidad por qué la gente tenía que mirarme.

Muchísima gente era más extraña que yo.

Mi maleta gris iba en la rejilla sobre mi cabeza, vacía, excepto por *Los treinta mejores cuentos cortos del año*, una funda de plástico blanco para gafas de sol y dos docenas de aguacates, regalo de despedida de Doreen.

Los aguacates estaban verdes, para que se conservaran bien, y cada vez que alzaba o bajaba la maleta o simplemente cuando la llevaba conmigo, rodaban de un extremo a otro con un pequeño especial estruendo propio.

—¡Parada cientoo veintiochoo! —gritó el conductor.

La domesticada soledad de pino, arce y roble se detuvo y quedó pegada en el marco de la ventanilla como un mal cuadro. Mi maleta retumbó y se sacudió mientras yo atravesaba el largo pasillo.

Bajé del compartimiento con aire acondicionado al andén de la estación, y el maternal aliento de los suburbios me envolvió. Olía a surtidores de riego, y camionetas combinables y raquetas de tenis y perros y bebés.

Una calma veraniega extendía su reconfortante mano sobre todas las cosas, como la muerte.

Mi madre me esperaba junto al Chevrolet color gris.

—Pero mi amor, ¿qué le ha pasado a tu cara?

—Me corté —dije secamente, y trepé al asiento trasero detrás de mi maleta. No quería que estuviera mirándome durante todo el camino a casa.

La tapicería se sentía resbaladiza y limpia.

Mi madre montó tras el volante, me arrojó unas cuantas cartas sobre el regazo y luego me dio la espalda.

El coche ronroneó, reviviendo.

—Creo que debo decírtelo de una vez —dijo ella, y pude ver malas noticias en la base de su cuello—, no fuiste aceptada para el curso de escritura.

El aire abandonó mi estómago de golpe.

Durante todo junio el curso de escritura se había extendido ante mí como un seguro, brillante puente sobre el sombrío golfo del verano. Ahora lo veía tambalearse y disolverse, y un cuerpo con una blusa blanca y una falda verde se precipitó al vacío.

Entonces mi boca se deformó en un rictus de amargura.

Me lo había esperado.

Me acurruqué, la nariz a la altura del borde de la ventanilla, y miré cómo las casas de las afueras de Boston se deslizaban ante mí. A medida que las casas se hacían más familiares, me encogía aún más.

Sentía que era muy importante no ser reconocida.

El techo gris, acolchado del coche se cerraba sobre mi cabeza como el techo de un transporte de prisión, y las casas blancas, brillantes, de tablas, idénticas con sus intersticios de bien cuidado verde avanzaban como un barrote tras otro en una celda inmensa pero a prueba de fugas.

Nunca antes había pasado un verano en los suburbios.

***

El chirrido soprano de las ruedas de un coche me castigó el oído. El sol, colándose a través de las persianas, llenaba el dormitorio con una luz sulfúrea. No sabía cuánto había dormido, pero sentía un fuerte espasmo de agotamiento.

La cama gemela de la mía estaba vacía y sin hacer.

A las siete había oído a mi madre levantarse, ponerse la ropa sin hacer ruido y salir de puntillas de la habitación. A continuación se oyó abajo el zumbido del exprimidor de naranjas, y el olor a café y tocino se filtró por debajo de mi puerta. Luego corrió el agua del fregadero y los platos tintinearon cuando mi madre los secó y los volvió a poner en el aparador.

Entonces se abrió y se cerró la puerta delantera. La puerta del coche se abrió y se cerró, y el motor hizo brum-brum y avanzando con un crujido de gravilla se desvaneció en la distancia.

Mi madre enseñaba taquigrafía y mecanografía a unas chicas estudiantes de la ciudad y no regresaría a casa hasta media tarde.

Las ruedas del coche chirriaron de nuevo. Alguien parecía estar paseando un bebé bajo mi ventana.

Me deslicé de la cama a la alfombra y, silenciosamente, sobre manos y rodillas, fui a gatas a ver quién era.

La nuestra era una casa pequeña de tablas blancas, situada en medio de un pequeño prado verde en la esquina de dos apacibles calles suburbanas;

pero a pesar de los pequeños arces plantados de trecho en trecho alrededor de nuestra propiedad, cualquiera que pasara por la acera podía levantar la vista hasta las ventanas del segundo piso y ver con exactitud lo que estuviera ocurriendo.

Esto llegó a mi conocimiento a través de nuestra vecina de al lado, una malévola mujer de apellido Ockenden.

La señora Ockenden era una enfermera retirada recién casada con su tercer marido —los otros dos habían muerto en curiosas circunstancias— y pasaba una notable cantidad de tiempo atisbando detrás de las almidonadas cortinas blancas de sus ventanas.

Había llamado dos veces a mi madre para hablarle de mí —una para informarle que yo había estado sentada frente a la casa durante una hora, bajo el poste del alumbrado y besando a alguien en un Plymouth azul, y otra para decirle que haría bien bajando las persianas de mi cuarto porque ella me había visto semidesnuda arreglándome para irme a la cama una noche en que por casualidad estaba paseando a su terrier escocés.

Con gran cuidado, levanté los ojos hasta la altura del alféizar de la ventana.

Una mujer que no llegaba al metro cincuenta de estatura, con una grotesca sobresaliente barriga, empujaba un viejo coche negro de bebé calle abajo. Dos o tres niños pequeños de varios tamaños, todos pálidos, con caras sucias y desnudas rodillas sucias, se tambaleaban a la sombra de sus faldas.

Una sonrisa serena, casi religiosa, iluminaba el rostro de la mujer. Con la cabeza alegremente echada hacia atrás, como un huevo de gorrión colocado sobre un huevo de pato, sonreía al sol.

Conocía bien a la mujer. Era Dodo Conway.

Dodo Conway era una católica que había estudiado en Barnard y luego se había casado con un arquitecto que había estudiado en Columbia y también era católico. Tenían una casa grande, desordenada, en la misma calle que la nuestra, más arriba, situada tras un melancólico seto de pinos y rodeada de patinetes, triciclos, coches de muñecas, carros de bomberos de juguete, bates de béisbol, redes de volante, aros de *croquet*, jaulas de

hámsters y cachorrillos de cocker spaniel —toda la parafernalia de la infancia suburbana allí derramada.

Dodo me interesaba a mi pesar.

Su casa era diferente de todas las demás de nuestro vecindario en el tamaño (era mucho más grande) y en el color (el segundo piso estaba construido con tablas marrón oscuro y el primero con estuco gris, tachonado de piedras grises y moradas en forma de pelotas de golf) y los pinos la escondían por completo de la vista, lo cual era considerado insociable en nuestra comunidad de céspedes colindantes y setos amistosos que llegaban hasta la cintura.

Dodo criaba a sus seis niños —y sin duda criaría al séptimo— a base de arroz tostado, sándwiches de mantequilla de cacahuete y malvavisco, helados de vainilla y litros y más litros de leche Hood. Tenía un descuento especial del lechero local.

Todo el mundo quería a Dodo, aunque el crecido número de miembros de su familia era la comidilla del vecindario. La gente mayor de por allí, como mi madre, tenía dos niños, y las más jóvenes y más prósperas tenían cuatro, pero nadie, excepto Dodo, estaba al borde de un séptimo. Incluso seis eran considerados excesivos, pero, por supuesto, decía todo el mundo, Dodo era católica.

Observé a Dodo pasear al menor de los Conway de un lado para otro. Parecía estar haciéndolo a propósito para mí.

Los niños me ponían enferma.

Una de las tablas del suelo crujió y me agaché de nuevo, justo en el momento en que la cara de Dodo Conway, por instinto, o por algún don de audición sobrenatural, giró sobre el pequeño eje de su cuello.

Sentí su penetrante mirada atravesar las tablas blancas y las rosas rosadas del papel pintado y descubrirme ahí, agachada tras las plateadas columnas del radiador.

Gateé de nuevo hasta la cama y me tapé la cabeza con la sábana. Pero ni siquiera eso hizo desaparecer la luz, así que enterré la cabeza bajo la oscuridad de la almohada y simulé que era de noche. No veía razón para levantarme.

No tenía ningún objetivo.

Al cabo de un rato oí sonar el teléfono en el vestíbulo de la planta baja. Apreté la almohada contra mis oídos y me concedí cinco minutos. Entonces saqué la cabeza de su refugio. El repique había cesado.

Casi inmediatamente, volvió a comenzar.

Maldiciendo al amigo, pariente o desconocido que hubiera olfateado mi llegada a casa, bajé descalza las escaleras. El negro instrumento sobre la mesa del vestíbulo trinaba su nota histérica una y otra vez como un pájaro nervioso.

Levanté el receptor.

—Diga —dije, con una voz baja y distorsionada.

—Hola, Esther, ¿qué te pasa, tienes faringitis?

Era mi vieja amiga Jody, que me llamaba desde Cambridge.

Jody estaba trabajando en la Cooperativa ese verano y haciendo un curso de sociología a la hora del almuerzo. Ella y otras dos chicas de mi universidad habían alquilado un gran apartamento a cuatro estudiantes de derecho de Harvard y yo había estado planeando ir a vivir con ellas cuando comenzara mi curso de Literatura.

Jody deseaba saber para cuándo podían esperarme.

—No voy a ir —dije—. No me aceptaron para el curso.

Hubo una pequeña pausa.

—Es un asno —dijo Jody entonces—. No sabe reconocer las cosas buenas cuando las ve.

—Esos son exactamente mis sentimientos. —Mi voz sonó extraña y hueca en mis oídos.

—Ven de todos modos. Haz algún otro curso.

La idea de estudiar alemán o psicopatología pasó volando por mi cabeza. Después de todo, había ahorrado casi todo el sueldo de Nueva York, de modo que podía costeármelo.

Pero la voz hueca dijo:

—Mejor será que no contéis conmigo.

—Bueno —comenzó Jody—, hay otra chica que quería venir con nosotras si alguien fallaba…

—Perfecto. Pregúntale a ella.

En el momento en que colgué supe que debía haber dicho que iría. Una mañana más escuchando el coche del bebé de Dodo Conway y me volvería loca. Además, yo había resuelto no vivir nunca con mi madre durante más de una semana.

Extendí la mano hacia el teléfono.

Mi mano avanzó unos pocos centímetros, luego retrocedió y cayó flojamente. La obligué a moverse nuevamente hacia el aparato, pero volvió a detenerse antes de llegar, como si hubiera chocado con un cristal.

Sin proponérmelo, llegué al comedor.

Sobre la mesa encontré una carta alargada y de aspecto comercial, de la escuela de verano, y otra delgada y azul escrita en papel sobrante de Yale y dirigida a mí con la clara escritura de Buddy Willard.

Rasgué con un cuchillo el sobre procedente de la escuela de verano.

Puesto que no había sido aceptada para el curso de Literatura, decía, podía escoger en su lugar cualquier otro curso, pero debía llamar a la Oficina de Admisión esa misma mañana o sería demasiado tarde para matricularme, los cursos estaban casi completos.

Marqué el número de la Oficina de Admisión y escuché una voz de zombi que dejaba recado de que la señorita Esther Greenwood cancelaba todas las citas para asistir a la escuela de verano.

Entonces abrí la carta de Buddy Willard.

Buddy escribía que probablemente se estuviera enamorando de una enfermera que también tenía tuberculosis, pero que su madre había alquilado un chalet en los Adirondacks para el mes de julio, y si yo iba con ella, él muy bien podría darse cuenta de que sus sentimientos por la enfermera eran un mero encaprichamiento.

Cogí un lápiz y taché el mensaje de Buddy. Luego di vuelta al papel de la carta y en el dorso escribí que estaba comprometida con un intérprete simultáneo y que no quería ver a Buddy nunca más porque no quería dar a mis hijos un hipócrita por padre.

Volví a meter la carta en el sobre, lo cerré con cinta adhesiva y lo reescribí con la dirección de Buddy sin ponerle un nuevo sello. Calculé que el mensaje debía de valer sus buenos tres centavos.

Entonces decidí pasar el verano escribiendo una novela.

Con eso conformaría a un montón de gente.

Seguí deambulando hasta llegar a la cocina, dejé caer un huevo crudo en una taza con carne de hamburguesa cruda, lo mezclé todo y me lo comí. Luego coloqué la mesa de jugar a cartas en la galería que había entre la casa y el garaje.

Un arbusto grande y ondulante de jeringuilla tapaba la vista de la calle al frente; la pared de la casa y la pared del garaje cubrían los lados, y un grupo de abedules y un seto rectangular me protegían de la señora Ockenden por detrás.

Conté trescientas cincuenta hojas de papel *bond* de la provisión que mi madre tenía en el armario del vestíbulo, escondida bajo una pila de viejos sombreros de fieltro y cepillos de ropa y bufandas de lana.

De nuevo en la galería coloqué la primera hoja virgen en mi vieja portátil y la enrollé.

Desde otra mente, distanciada, me vi a mí misma sentada en la galería rodeada por dos paredes de madera blanca, un arbusto de jeringuilla, un grupo de abedules y un seto rectangular, tan pequeña como una muñeca dentro de una casa de muñecas.

Un sentimiento lleno de ternura me llenó el corazón. Mi heroína sería yo misma, aunque disfrazada. Se llamaría Elaine. Elaine. Conté las letras con los dedos. Esther también tenía seis letras. Parecía un buen presagio.

Elaine estaba sentada en la galería con un viejo camisón amarillo de su madre, esperando que algo sucediera. Era una sofocante mañana de julio y gotas de sudor se arrastraban por su espalda, una por una, como lentos insectos.

Eché el cuerpo hacia atrás y leí lo que había escrito.

Parecía bastante fuerte y me sentí considerablemente orgullosa del trozo acerca de las gotas de sudor que eran como insectos, sólo que tenía la vaga impresión de que era probable que lo hubiese leído en alguna otra parte hacía mucho tiempo.

Me pasé sentada así casi una hora, tratando de descubrir qué iría después y, en mi mente, la muñeca descalza vestida con el viejo camisón amarillo de su madre también estaba sentada y miraba al espacio.

—¿Por qué no quieres vestirte, cariño?

Mi madre tenía el cuidado de no decirme nunca que hiciera alguna cosa. Sólo razonaba conmigo dulcemente como una persona inteligente, madura, con otra.

—Son casi las tres de la tarde.

—Estoy escribiendo una novela —dije—. No tengo tiempo para estar quitándome esto y poniéndome lo otro.

Me tendí en la tumbona de la galería, y cerré los ojos.

Oí a mi madre sacar la máquina de escribir y los papeles de la mesa de jugar a cartas y poner los cubiertos para la cena, pero no me moví.

La inercia se escurría como melaza por las piernas de Elaine. Eso es lo que se debe sentir cuando se tiene paludismo, pensó ella.

A ese paso podría darme por satisfecha si escribía una página diaria.

Entonces comprendí cuál era el problema.

Necesitaba experiencia.

¿Cómo podía escribir de la vida cuando nunca había tenido ningún enredo amoroso, ni un bebé, ni había visto morir a nadie? Una muchacha que yo conocía acababa de ganar un premio por un cuento acerca de sus aventuras entre los pigmeos en África. ¿Cómo podía yo competir con algo así?

Para cuando terminamos de cenar mi madre me había convencido de que debía estudiar taquigrafía por las tardes. Así mataría dos pájaros de un tiro, escribiendo una novela y aprendiendo algo práctico a la vez. Además, ahorraría una gran cantidad de dinero.

Aquella misma noche mi madre desenterró una vieja pizarra del sótano y la colocó en la galería. Luego se colocó ante ella y garrapateó pequeños rasgos con tiza blanca mientras yo seguía sentada en una silla y observaba.

Al principio me sentí esperanzada.

Creí posible aprender taquigrafía en poco tiempo, y cuando la pecosa dama de la Oficina de Becas me preguntara por qué no había trabajado para ganar dinero durante julio y agosto, como se debía hacer si se era becaria, podría contestarle que en vez de eso había seguido un curso de taquigrafía gratuito para poder mantenerme por mí misma apenas saliera de la universidad.

Sólo que cuando traté de imaginarme a mí misma en algún empleo, apuntando a toda prisa línea tras línea en taquigrafía, la mente se me puso en blanco. No había ningún trabajo en que se usara la taquigrafía que yo sintiera deseos de hacer. Y mientras estaba allí sentada y observaba, los rasgos dibujados con tiza blanca se empañaron y perdieron todo sentido.

Le dije a mi madre que tenía un terrible dolor de cabeza y me fui a la cama.

Una hora más tarde la puerta se abrió unos centímetros y ella se deslizó en la habitación. Oí el susurro de sus ropas mientras se desvestía. Se metió en la cama. Luego su respiración se hizo lenta y regular.

A la débil luz de la farola de la calle, que se filtraba a través de las persianas, pude ver las pinzas para el cabello en su cabeza brillando como una hilera de pequeñas bayonetas.

Decidí dejar lo de la novela hasta que hubiera ido a Europa y hubiera tenido un amante, y no aprender jamás una palabra de taquigrafía. Si nunca aprendía taquigrafía, nunca tendría que usarla.

Pensé pasar el verano leyendo *Finnegan's Wake* y escribiendo mi tesis.

Luego pensé que tal vez podría dejar los estudios por un año y aprender alfarería.

O trabajar para irme a Alemania y ser camarera hasta que fuera bilingüe.

Luego, un plan tras otro comenzaron a brincar por mi cabeza como una familia de conejos dispersa.

Vi los años de mi vida dispuestos a lo largo de una carretera como postes telefónicos, unidos por medio de alambres. Conté uno, dos, tres… diecinueve postes telefónicos, y luego los alambres pendían en el espacio y por mucho que lo intentara no podía ver un solo poste más después del decimonoveno.

La habitación azuleó hasta resultar visible y me pregunté qué se había hecho de la noche. Mi madre se convirtió de un tronco brumoso en una mujer de mediana edad que dormía profundamente, la boca ligeramente abierta y un ronquido deslizándose por su garganta. El ruido cochinil me irritaba y durante un rato creí que la única manera de acallarlo sería coger la

columna de piel y tendón de donde salía y retorcerla hasta reducirla al silencio.

Fingí dormir hasta que mi madre se fue a la escuela, pero ni siquiera mis párpados hacían desaparecer la luz. La cruda, roja red de sus pequeños vasos colgaba frente a mí como una herida. Me deslicé entre el colchón y el somier acolchado y dejé que el colchón cayera sobre mí como una losa. Se estaba a oscuras y a salvo ahí abajo, pero el colchón no era lo bastante pesado.

Hubiera tenido que pesar aproximadamente una tonelada más para hacerme dormir.

ríocorre, más allá de Eva y Adán, desde desvío brusco de la costa hasta la curva de bahía, nos vuelve a traer por una espaciosa vía de recirculación a Howth Castle y Environs.

El grueso libro hacía una desagradable melladura en mi estómago.

ríocorre, más allá de Eva y Adán.

Pensé que la letra minúscula al principio podía significar que nunca nada era en su comienzo realmente nuevo, con mayúscula, sino que todo fluía de lo anterior. Eva y Adán eran Adán y Eva, por supuesto, pero probablemente eso significara alguna otra cosa también.

Tal vez era un bar en Dublín.

Mis ojos se hundieron en una sopa alfabética de letras hasta llegar a la larga palabra que estaba a mitad de página.

bababadalgharaghta kammmorronnk onnbronntonnrrronn rounnthunntrovarr haunawanskawntoo hoohoordenenthurnuk[*]*!*

Conté las letras. Había exactamente cien. Pensé que eso debía ser importante.

¿Por qué debía haber cien letras?

Traté, vacilante, de decir la palabra en voz alta.

Sonaba como un pesado objeto de madera que rodara por las escaleras bump-bump-bump, escalón tras escalón. Levantando las páginas del libro las dejé caer en abanico lentamente ante mis ojos. Las palabras, vagamente familiares, pero al sesgo, como rostros en el espejo de un parque de atracciones pasaron y desaparecieron sin dejar ninguna impresión en la vidriosa superficie de mi cerebro.

Miré de soslayo la página.

A las letras les salieron púas y cuernos de carnero. Observé cada una por separado y las vi brincar una y otra vez de una manera tonta. Luego se asociaron en formas fantásticas, intraducibies, como el árabe o el chino.

Decidí descartar mi tesis.

Decidí descartar todo el programa optativo y graduarme en Inglés en forma ordinaria. Fui a revisar los requisitos de mi universidad para obtener la Licenciatura en Inglés por vía ordinaria.

Había montones de requisitos, y yo no reunía ni la mitad. Uno de los requisitos era un curso sobre el siglo dieciocho. Odiaba la sola idea del siglo dieciocho, con todos esos hombres presumidos escribiendo rígidos pareados y razonando en forma tan mortalmente aguda. Así que lo había dejado de lado. Permiten que se haga eso cuando va uno a graduarse en curso optativo. Se es mucho más libre. Yo había tenido tanta libertad que me había pasado la mayor parte del tiempo estudiando a Dylan Thomas.

Una amiga mía que también iba a graduarse en curso optativo, se las había arreglado para no leer nunca una palabra de Shakespeare, pero era una verdadera experta en los *Cuatro Cuartetos*.

Me di cuenta de lo imposible y embarazoso que sería para mí tratar de pasar de mi programa libre al más estricto. De modo que quise saber cuáles eran los requisitos para graduarse en Inglés en la universidad de la ciudad en que enseñaba mi madre.

Eran aún peores.

Había que saber Inglés Antiguo y la Historia de la Lengua Inglesa y una selección representativa de todo lo que se había escrito de Beowulf hasta el presente.

Eso me sorprendió. Siempre había despreciado la universidad de mi madre pues era mixta y estaba llena de gente que no había podido obtener becas para las grandes universidades del Este.

Ahora comprendía que la persona más estúpida de la universidad de mi madre sabía más que yo. Comprendía que no me dejarían ni siquiera pasar de la puerta y que mucho menos me darían una beca generosa como la que yo tenía en mi propia universidad.

Me pareció que sería mejor ponerme a trabajar durante un año para pensar un poco más las cosas. Quizá pudiera estudiar el siglo dieciocho en secreto.

Pero no sabía taquigrafía, así que ¿en qué podía trabajar?

Podía ser camarera o mecanógrafa.

Pero no podía soportar la idea de ser ninguna de esas dos cosas.

***

—¿Dices que quieres más pastillas para dormir?

—Sí.

—Pero las que te di la semana pasada son muy fuertes.

—Ya no me hacen efecto.

Los grandes, oscuros ojos de Teresa me contemplaron pensativamente. Podía oír las voces de sus tres niños en el jardín, bajo la ventana del consultorio. Mi tía Libby se había casado con un italiano y Teresa era la cuñada de mi tía y la doctora de nuestra familia.

Me caía bien Teresa. Tenía un algo amable, intuitivo.

Yo pensaba que eso era debido a que era italiana.

Hubo una pequeña pausa.

—¿Cuál es el problema aparente? —dijo entonces Teresa.

—No puedo dormir. No puedo leer. —Traté de hablar de una forma fría, calmada, pero el zombi surgió de mi garganta y me ahogó. Volví las palmas de las manos hacia arriba.

—Creo —Teresa arrancó una hoja en blanco de su talonario de recetas y escribió un nombre y una dirección— que debes ver a este médico que conozco. Él podrá ayudarte más que yo.

Miré lo escrito, pero no pude entenderlo.

—El doctor Gordon —dijo Teresa—. Es un psiquiatra.

CAPÍTULO ONCE

La sala de espera del doctor Gordon era silenciosa y *beige*.

Las paredes eran *beige*, y las alfombras eran *beige*, y las sillas y sofás tapizados eran *beige*. No había espejos ni cuadros, sólo certificados de diferentes escuelas de medicina, con el nombre del doctor Gordon en latín, colgados en las paredes. Helechos colgantes de un verde pálido y hojas puntiagudas de un verde mucho más oscuro llenaban los potes de cerámica que estaban sobre la mesa de las revistas.

Al principio me preguntaba por qué la habitación parecía tan segura. Luego me di cuenta de que era porque no tenía ventanas.

El aire acondicionado me hacía tiritar.

Todavía llevaba la blusa blanca y la falda campesina de Betsy. Estaban un poco ajadas ahora, puesto que no las había lavado en las tres semanas que llevaba en casa. El algodón sudado despedía un olor acre, pero amistoso.

Tampoco me había lavado el pelo en tres semanas.

No había dormido en siete noches.

Mi madre me dijo que debía de haber dormido pues era imposible no dormir en todo ese tiempo, pero si dormí fue con los ojos muy abiertos, ya que había seguido el verde, luminoso curso del segundero, del minutero y de las manecillas que marcan las horas en el reloj de la mesilla de noche a través de sus círculos y semicírculos, cada noche durante siete noches, sin perder un segundo, ni un minuto, ni una hora.

La razón por la que no había lavado mi ropa ni mi pelo era que me parecía de lo más tonto hacerlo.

Veía los días del año extendiéndose ante mí como una serie de brillantes cajas blancas, y separando una caja de otra estaba el sueño, como una

sombra negra. Sólo que para mí la larga perspectiva de sombras que separaban una caja de la siguiente había desaparecido repentinamente, y podía ver día tras día resplandeciendo ante mí como una blanca, ancha, infinitamente desolada avenida.

Parecía tonto lavar un día cuando tendría que volver a lavar al siguiente.

El solo pensar en eso me hacía sentir cansada.

Quería hacer todo de una vez por todas y terminar.

***

El doctor Gordon le daba vueltas a un lápiz de plata.

—Su madre me dice que está usted trastornada.

Me enrosqué en la cavernosa silla de cuero y me encaré con el doctor Gordon por sobre un acre de escritorio extraordinariamente pulido.

El doctor Gordon esperó. Golpeó ligeramente con su lápiz — tap, tap, tap— en el pulcro campo verde de su papel secante.

Sus pestañas eran tan largas y espesas que parecían artificiales. Juncos de plástico negro orlando dos piscinas verdes, glaciales.

Las facciones del doctor Gordon eran tan perfectas que era casi guapo.

Me había imaginado a un hombre bondadoso, feo, intuitivo, que me miraría y diría «¡Ah!» alentadoramente, como si pudiera ver algo que yo no veía, y entonces yo encontraría palabras para decirle lo asustada que estaba, como si me estuvieran metiendo más y más adentro en un saco negro sin aire, sin salida.

Luego él se echaría hacia atrás en su silla y juntaría las puntas de los dedos formando un pequeño campanario y me diría por qué no podía dormir y por qué no podía leer y por qué no podía comer y por qué todo lo que la gente hacía parecía tan tonto, porque al final sólo morían.

Y entonces, pensaba yo, él me ayudará, paso a paso, a volver a ser yo misma.

Pero el doctor Gordon no era así en absoluto. Era joven y bien parecido y comprendí enseguida que era engreído.

El doctor Gordon tenía una fotografía sobre su escritorio, en un marco plateado, que en parte miraba hacia él y en parte miraba hacia mi silla de

cuero. Era una fotografía familiar y mostraba a una hermosa mujer de pelo oscuro, que podía haber sido la hermana del doctor Gordon, sonriendo por encima de las cabezas de dos niños rubios.

Creo que uno de los niños era un varón y el otro una chica, pero es posible que ambos fueran varones o que ambos fueran niñas; es difícil distinguir cuando los niños son tan pequeños. Creo que también había un perro en la foto, hacia la parte de abajo —una especie de airedale o un perdiguero dorado—, pero pudo haber sido sólo el dibujo de la falda de la mujer.

Por alguna razón, la fotografía me puso furiosa.

No veía por qué tenía que estar vuelta en parte hacia mí, a menos que el doctor Gordon estuviera tratando de mostrarme desde un principio que estaba casado con una mujer encantadora y que era mejor que no me hiciera ideas raras.

Entonces pensé: ¿cómo puede ayudarme, después de todo, este doctor Gordon, con una hermosa mujer y hermosos niños y un hermoso perro aureolándolo como los ángeles de una tarjeta de Navidad?

—¿Qué tal si trata de decirme lo que usted cree que va mal?

Di vueltas a las palabras con suspicacia, como si fueran redondos, pulidos guijarros que pudieran sacar de pronto una garra y convertirse en otra cosa. ¿Lo que yo creía que iba mal?

Dicho así, tenía la impresión de que nada iba realmente mal, sólo yo pensaba que iba mal.

Con voz apagada, sin modulaciones —para demostrarle que no me había dejado engañar por su buen aspecto ni por su fotografía familiar—, le conté al doctor Gordon que no podía dormir, ni comer, ni leer. No le hablé de la letra, que era lo que más me molestaba.

Aquella mañana había intentado escribirle una carta a Doreen, que estaba en West Virginia, preguntándole si podía ir a vivir con ella y quizá conseguir un empleo en su universidad, de camarera o de otra cosa.

Pero cuando cogí la pluma, mi mano hizo letras grandes, espasmódicas, como las de un niño, y las líneas se inclinaron en la página de izquierda a derecha casi diagonalmente, como si fueran bucles de cordel dispuestos sobre la hoja y alguien hubiera venido y los hubiera soplado de lado.

Sabía que no podía enviar una carta así, de modo que la rompí en pedacitos y los metí en mi bolso, junto al estuche de múltiples usos, por si el psiquiatra quería verlos.

Pero por supuesto el doctor Gordon no pidió verlos, puesto que yo no los había mencionado, y empecé a sentirme satisfecha de mi habilidad. Pensé que sólo tenía que decirle lo que yo quisiera y que podría controlar la imagen que él tenía de mí escondiéndole esto y revelándole aquello, mientras él se creía tan inteligente.

Durante todo el tiempo que estuve hablando, el doctor Gordon mantuvo inclinada la cabeza como si estuviera rezando, y el único ruido aparte de la voz apagada, sin modulaciones, era el rítmico tap, tap, tap del lápiz del doctor Gordon en el mismo punto sobre el secante verde, como un bastón atascado.

Cuando terminé, el doctor Gordon levantó la cabeza.

—¿Dónde me dijo que quedaba su universidad?

—En Baffled —le dije. No veía dónde encajaba esa pregunta.

—¡Ah! —El doctor Gordon se echó hacia atrás en su silla, mirando por encima de mi hombro con una sonrisa reminiscente.

Creí que iba a decir su diagnóstico, y que quizá lo había juzgado demasiado precipitadamente y demasiado duramente. Pero sólo dijo:

—Recuerdo muy bien su universidad. Estuve en ella durante la guerra. Tenían una estación de la WAC[1], ¿no es verdad? ¿O era de las WAWES[2]?

Le dije que no sabía.

—Sí, era una estación de la WAC, ahora lo recuerdo. Yo era el médico de aquel grupo, antes de que me mandaran al extranjero. Vaya, había un bonito montón de chicas.

El doctor Gordon rió.

Entonces, con un suave movimiento, se levantó y se dirigió hacia mí bordeando la esquina de su escritorio. No estaba segura de lo que pensaba hacer, de manera que me levanté también.

El doctor buscó la mano que colgaba a mi lado derecho y la estrechó.

—Bueno, la veré la semana que viene.

Los olmos frondosos, íntimos, formaban un túnel de sombra sobre las fachadas de ladrillos amarillos y rojos de la Avenida Commonwealth y un

tranvía se encaminaba a Boston por sus delgados, plateados rieles. Esperé que pasara el tranvía, luego crucé hacia el Chevrolet gris que estaba junto a la acera opuesta.

Podía ver el rostro de mi madre ansioso y amarillento como una rodaja de limón mirándome por la ventanilla.

—Bueno, ¿qué dijo?

Cerré la puerta de un tirón. No cerró bien. La empujé hacia afuera y tiré de ella de nuevo dando un fuerte portazo.

—Dijo que me verá la semana entrante.

Mi madre suspiró.

El doctor Gordon cobraba veinticinco dólares la hora.

***

—Hola, ¿cómo te llamas?

—Elly Higginbottom.

El marinero igualó su paso al mío, y yo sonreí.

Se me ocurrió que en el parque debía de haber tantos marineros como palomas. Salían, al parecer, de una oficina de reclutamiento de color pardo, en el extremo más alejado, con carteles azules y blancos que decían «Alístate en la Marina» pegados sobre paneles alrededor de la construcción y en todas las paredes interiores.

—¿De dónde eres, Elly?

—De Chicago.

Nunca había estado en Chicago, pero conocía a uno o dos muchachos que asistían a la Universidad de Chicago, y parecía ser la clase de lugar de donde podrían proceder personas poco convencionales y nada ordenadas.

—Estás muy lejos de tu casa.

El marinero me pasó el brazo por la cintura y durante un largo rato caminamos por el parque así, el marinero acariciándome la cadera a través de la falda verde campesina y yo sonriendo misteriosamente y tratando de no decir nada que pudiera revelar que yo era de Boston y que podía encontrarme en cualquier momento con la señora Willard o con alguna de

las otras amigas de mi madre, atravesando el parque después de tomar el té en Beacon Hill o de haber ido de compras a Filene’s Basement.

Pensé que si alguna vez me iba a Chicago, me cambiaría el nombre por el de Elly Higginbottom para siempre. Así nadie sabría que había renunciado a una beca en una gran universidad femenina del Este y desperdiciado un mes en Nueva York, rechazando como marinero a un serio estudiante de medicina que algún día sería miembro de la AMA[3] y ganaría montones de dinero.

En Chicago la gente me valoraría por lo que yo era realmente.

Sería simplemente Elly Higginbottom, la huérfana. La gente me querría por mi dulce, apacible carácter. No me irían detrás para que les leyera libros y escribiera largas monografías acerca de los gemelos en James Joyce. Y tal vez algún día me casara con un viril, pero tierno, mecánico de garaje y tendría una gran familia, como Dodo Conway.

Si es que eso llegaba a gustarme.

—¿Qué piensas hacer cuando salgas de la Marina? —le pregunté de pronto al marinero.

Era la frase más larga que había dicho y él pareció sorprendido. Echó hacia un lado su gorra blanca en forma de torta y se rascó la cabeza.

—Bueno, no sé, Elly —dijo—. Puede ser que vaya a la universidad utilizando el préstamo de las Fuerzas Armadas.

Hice una pausa.

—¿No has pensado nunca en abrir un garaje? —pregunté luego con descaro.

—No —dijo el marinero—, nunca lo pensé.

Lo miré por el rabillo del ojo. No parecía tener ni un día más de dieciséis años.

—¿Sabes qué edad tengo? —dije acusadoramente.

El marinero me sonrió.

—No, y tampoco me importa.

Se me ocurrió que ese marinero era en verdad notablemente bien parecido. Tenía un aspecto nórdico y virginal. Ahora que yo era candorosa, atraía gente limpia, bien parecida.

—Bueno, tengo treinta años —dije, y esperé.

—Caramba, Elly, no los aparentas. —El marinero me apretó la cadera.

Entonces miró rápidamente de izquierda a derecha.

—Escucha, Elly, si damos la vuelta hasta esos escalones de allá, bajo el monumento, puedo besarte.

En ese momento advertí una figura marrón con unos sensatos zapatos bajos marrones cruzando a paso largo el parque hacia donde yo estaba. A esa distancia no distinguía ningún rasgo del rostro, del tamaño de una moneda de diez centavos, pero supe que era la señora Willard.

—¿Puede usted, por favor, decirme cómo llegar al metro? —le dije al marinero en voz muy alta.

—¿Huh?

—El metro que va a la prisión de Deer Island.

Cuando la señora Willard se acercara tendría que simular que sólo le estaba preguntando al marinero una dirección, y que realmente no lo conocía.

—Quítame las manos de encima —murmuré entre dientes.

—Pero, Elly, ¿qué pasa?

La mujer se acercó y pasó de largo sin una mirada ni una inclinación de cabeza, y por supuesto no era la señora Willard. La señora Willard estaba en su chalé de los Adirondacks.

Seguí con una mirada vengativa a la mujer que se alejaba.

—Oye, Elly…

—Creí que era alguien que conocía —dije—. Una de esas malditas damas del orfelinato de Chicago.

El marinero me rodeó de nuevo con su brazo.

—¿Quieres decir que no tienes mamá ni papá, Elly?

—No. —Dejé escapar una lágrima que parecía estar a punto. Al correr dejó un pequeño surco en mi mejilla.

—Oye, Elly, no llores. Esa señora, ¿era cruel contigo?

—¡Era…, era terrible!

Entonces las lágrimas bajaron en torrente y mientras el marinero me sostenía y las secaba acariciándome con un enorme, blanco, limpio, pañuelo de lino, al abrigo de un olmo americano, pensé en lo terriblemente mala que había sido esa señora vestida de marrón, y en cómo ella, lo supiera o no, era

responsable de que yo hubiera tomado el recodo equivocado aquí y la senda equivocada allá y de todo lo malo que había sucedido después.

***

—Bueno, Esther, ¿cómo te sientes esta semana?

El doctor Gordon meció su lápiz como si fuera una delicada bala de plata.

—Igual.

—¿Igual? —Levantó una ceja, como si no lo creyera.

Así que le repetí con la misma voz apagada, sin modulaciones, sólo que más enfadada ahora, porque él parecía tan lento en comprender que no había dormido durante catorce noches y que no podía leer ni escribir ni tragar bien.

El doctor Gordon no pareció impresionado.

Hurgué dentro de mi cartera y encontré los fragmentos de mi carta a Doreen. Los saqué y los dejé revolotear hasta que cayeron sobre el inmaculado papel secante verde del doctor Gordon. Allí se quedaron, mudos como pétalos de margarita en un prado de verano.

—¿Qué? —dije—, ¿Qué le parece eso?

Supuse que el doctor Gordon debía ver inmediatamente lo mal que estaba la letra, pero sólo dijo:

—Creo que me gustaría hablar con tu madre. ¿Te importa?

—No.

Pero no me gustaba nada la idea de que el doctor Gordon hablara con mi madre. Me parecía posible que le dijera que debían encerrarme. Recogí todos los fragmentos de mi carta a Doreen para que el doctor Gordon no pudiera pegarlos y ver que estaba pensando en escapar, y salí del consultorio sin una palabra más.

Observé a mi madre hacerse más y más pequeña hasta que desapareció por la puerta del edificio donde quedaba el consultorio del doctor Gordon. Luego la observé hacerse más y más grande mientras regresaba al coche.

—¿Bueno?

Comprendí que había estado llorando.

Mi madre no me miró. Puso en marcha el coche.

Entonces, mientras nos deslizábamos bajo la fresca, profundísima sombra de los olmos, dijo:

—El doctor Gordon no cree que hayas mejorado nada. Cree que debes recibir tratamiento de electroshock en su hospital privado de Walton.

Sentí un agudo pinchazo de curiosidad, como si acabara de leer un terrible titular de periódico acerca de otra persona.

—¿Quiere decir que debo vivir allí?

—No —dijo mi madre, y su barbilla tembló.

—Dime la verdad —dije— o nunca más te hablaré.

—¿No te digo siempre la verdad? —dijo mi madre y estalló en lágrimas.

¡SUICIDA SALVADO EN CORNISA DE SÉPTIMO PISO!

Después de permanecer dos horas en la delgada cornisa de un séptimo piso, sobre el asfalto de un aparcamiento y una multitud aglomerada, el señor George Pollucci permitió que el sargento Will Kilmartin, de la fuerza policial de la calle Charles, le ayudara a regresar al interior del edificio a través de una ventana cercana.

Rompí la cáscara de un cacahuete de la bolsa de diez centavos que había comprado para alimentar las palomas y me lo comí. Sabía a muerto, como un trozo de vieja corteza de árbol.

Acerqué bien el periódico a mis ojos para ver mejor el rostro de George Pollucci, iluminado como una luna en cuarto creciente contra un vago fondo de ladrillo y cielo negro. Sentí que él tenía algo importante que decirme, y que fuera lo que fuese, bien podría estar escrito en su cara.

Pero las borrosas nubosidades del rostro de George Pollucci se derritieron mientras las miraba, fundiéndose en un patrón regular de puntos grises: oscuros, claros e intermedios.

El párrafo en tinta negra del periódico no decía por qué el señor Pollucci estaba en la cornisa, ni qué le hizo el sargento Kilmartin cuando finalmente logró que entrara por la ventana.

El problema al saltar era que si uno no subía el número apropiado de pisos aún podía estar vivo cuando tocara al suelo. Pensé que siete pisos debían de ser una distancia segura.

Doblé el periódico y lo metí entre los listones del banco del parque. Era lo que mi madre llamaba una hoja de escándalos, llena de los asesinatos y suicidios y palizas y robos locales, y en casi cada página había una dama medio desnuda con los pechos surgiendo por el escote del vestido y las piernas colocadas de modo que se pudiera ver hasta las ligas.

No sabía por qué nunca había comprado ninguno de estos periódicos. Eran lo único que podía leer. Los pequeños párrafos entre las fotos terminaban antes de que las letras tuvieran la oportunidad de ponerse vanidosas y comenzaran a bailotear. En casa, lo único que veía era el *Christian Science Monitor*, que aparecía en el escalón de la puerta delantera a las cinco todos los días menos el domingo, y que trataba suicidios y crímenes sexuales y accidentes de aviación como si no sucedieran.

Un gran cisne blanco rodeado de pequeñuelos se acercó a mi banco, luego dio la vuelta a una frondosa isleta cubierta de patos y se alejó chapoteando bajo el oscuro arco del puente. Todo lo que veía me parecía brillante y extremadamente diminuto.

Me vi, como a través del ojo de la cerradura de una puerta que no pudiera abrir, a mí misma y a mi hermano menor, aún muy pequeños y sosteniendo globos con orejas de conejo, subiendo a un bote en forma de cisne y peleando por un asiento en el borde, sobre el agua pavimentada de cáscaras de cacahuete. La boca me sabía a limpieza y a menta. Si nos portábamos bien en el dentista mi madre siempre nos llevaba a dar un paseo en bote.

Di la vuelta al Jardín Público —sobre el puente y bajo los monumentos azul-verdosos, pasé el lecho de flores de la bandera norteamericana y la

entrada donde por veinticinco centavos una podía tomarse una foto en una caseta de lona a rayas anaranjadas y blancas— leyendo los nombres de los árboles.

Mi árbol favorito era el sauce llorón. Yo pensé que debían de haberlo traído del Japón. En Japón entendían las cosas del espíritu.

Cuando algo les salía mal se arrancaban las entrañas.

Traté de imaginar cómo procedían. Debían de tener un cuchillo sumamente afilado. No, probablemente dos cuchillos sumamente afilados. Luego se sentarían, las piernas cruzadas, un cuchillo en cada mano. Luego cruzarían las manos y apoyarían la punta de un cuchillo a cada lado del vientre. Tendrían que estar desnudos o el cuchillo se les atascaría en la ropa.

Luego, con la velocidad del relámpago, antes de tener tiempo de pensarlo dos veces, se enterrarían los cuchillos y los harían girar rápidamente, uno hacia la parte superior y otro hacia la inferior, formando un círculo completo. Así la piel del vientre se desprendería, como un plato, y sus entrañas se saldrían y morirían.

Morir así ha de requerir mucho valor.

Mi problema era que odiaba ver sangre.

Pensé que bien podría quedarme en el parque toda la noche.

A la mañana siguiente Dodo Conway nos iba a llevar en coche a mi madre y a mí a Walton, y si quería escaparme antes de que fuera demasiado tarde, ahora era el momento. Miré en mi portamonedas y conté un billete de un dólar y setenta y nueve centavos en monedas de diez, de cinco y de uno.

No tenía idea de cuánto costaría llegar a Chicago, y no me atrevía a ir al banco a sacar todo mi dinero porque me parecía que era probable que el doctor Gordon hubiese avisado al empleado del banco que me detuviera si hacía algo sospechoso.

Se me ocurrió hacer autoestop pero no tenía idea de cuál de todas las carreteras que salían de Boston llevaba a Chicago. Es muy fácil orientarse sobre un mapa, pero yo tenía muy poco sentido de la orientación cuando estaba en el centro de algún lugar. Cada vez que quería averiguar dónde quedaba el Este o dónde quedaba el Oeste era mediodía o estaba nublado, lo cual no me ayudaba en nada, o era de noche y con excepción de la Osa

Mayor y Casiopea, no distinguía las estrellas, defecto que siempre descorazonaba a Buddy Willard.

Decidí caminar hasta la terminal de autobuses y preguntar el precio de los pasajes a Chicago. Entonces podría ir al banco y retirar exactamente esa cantidad, lo que no despertaría tantas sospechas.

Acababa de atravesar las puertas de cristal de la terminal y estaba hurgando en el estante con folletos ilustrados de excursiones y horarios cuando me di cuenta de que el banco de mi pueblo natal estaría cerrado, pues ya era media tarde, y que no podría sacar dinero hasta el día siguiente.

Mi cita en Walton era para las diez.

En aquel momento el altavoz cobró vida con un chasquido y empezó a anunciar las paradas de un autobús que estaba a punto de salir en el aparcamiento de afuera. La voz de altavoz comenzó a decir *bockle-bockle-bockle*, como suelen hacer, y no se entiende una palabra, y entonces, en medio de toda la estática oí un nombre familiar tan claro como un *do* de piano cuando están afinando todos los instrumentos de una orquesta.

Había una parada a dos manzanas de mi casa.

Salí corriendo en medio de la caliente, polvorienta tarde de finales de julio, sudando y con la boca arenosa, como si fuera a llegar tarde a una entrevista difícil, y abordé el autobús rojo, cuyo motor ya estaba en marcha.

Le tendí mi dinero al conductor, y silenciosamente, sobre unas bisagras enguantadas, la puerta se plegó cerrándose a mi espalda.

CAPÍTULO DOCE

El hospital privado del doctor Gordon coronaba una elevación cubierta de césped al final de un largo, apartado camino, que había sido blanqueado con conchas de almeja rotas. Las paredes de listones amarillos de la gran casa, con la galería que la rodeaba, fulguraban al sol, pero no había gente paseándose en la verde cúpula del prado.

A medida que mi madre y yo nos acercábamos, el calor del verano avanzaba amenazador hacia nosotras, y una cigarra empezó a cantar como una segadora de césped en el corazón de una cobriza haya a nuestra espalda. El sonido de la cigarra sólo servía para subrayar el enorme silencio.

Una enfermera nos recibió en la puerta.

—Por favor, esperen en la sala. El doctor Gordon estará con ustedes enseguida.

Lo que me molestaba era que todo en la casa parecía normal, aunque yo sabía que debía de estar atestada de locos. No había barrotes en las ventanas que yo podía ver y no oía sonidos salvajes ni inquietantes. La luz del sol se marcaba en rectángulos regulares sobre las gastadas pero suaves alfombras rojas y un olor a hierba cortada endulzaba el aire.

Me detuve en la puerta de la sala.

Durante un minuto pensé que era una réplica del salón de fiestas de una casa de huéspedes que había visitado una vez, en una isla frente a la costa de Maine. Las puertas de la terraza dejaban entrar un resplandor de luz blanca, un gran piano llenaba el extremo más alejado del cuarto y gente vestida con ropas de verano estaba sentada frente a mesas de jugar a cartas y en las poltronas de mimbre ladeadas que se encuentran con tanta frecuencia en los hoteles de medio pelo en la orilla del mar.

Entonces me di cuenta de que ninguna de las personas se movía.

Miré más de cerca, tratando de deducir algo de sus rígidas posturas. Distinguí hombres y mujeres, y muchachos y muchachas que debían ser tan jóvenes como yo, pero había tal uniformidad en sus rostros como si hubieran permanecido durante mucho tiempo en un estante, lejos de la luz del sol, bajo capas de pálido, fijo polvo.

Entonces vi que algunas de las personas en realidad se movían un poco, pero con gestos tan pequeños, como de pájaro, que al principio no los había percibido.

Un hombre de cara grisácea estaba contando un mazo de cartas, uno, dos, tres, cuatro… Pensé que debía estar viendo si era un mazo completo, pero cuando hubo terminado de contar, empezó a hacerlo de nuevo. A su lado, una dama gorda jugaba con una sarta de cuentas de madera. Llevaba todas las cuentas hasta un extremo del cordel. Luego, clic, clic, clic, las dejaba caer de nuevo, una sobre la otra.

En el piano, una joven hojeaba unas cuantas partituras, pero cuando vio que yo la miraba bajó furiosa la cabeza y rompió las hojas en dos.

Mi madre me tocó el brazo y entré tras ella a la habitación.

Nos sentamos, sin hablar, en un sofá lleno de bultos que crujía cada vez que uno se movía.

Entonces mi mirada se deslizó por sobre la gente hasta la llamarada verde de más allá de las diáfanas cortinas, y me sentí como si estuviera sentada en el escaparate de una enorme tienda. Las figuras que me rodeaban no eran gente, sino maniquíes pintados para que parecieran gente y colocados en actitudes que imitaban a la vida.

***

Subí tras la oscura espalda enchaquetada del doctor Gordon.

Abajo, en el vestíbulo, había tratado de preguntarle cómo sería el tratamiento de electroshock, pero cuando abrí la boca no salieron palabras, sólo se me agrandaron los ojos y miré fijamente la sonriente cara familiar que flotaba ante mí como un plato lleno de promesas.

Al final de la escalera terminaba la alfombra granate. Un sencillo linóleo marrón clavado al suelo la sustituía, y se extendía por un pasillo con blancas puertas cerradas a los lados. Mientras seguía al doctor Gordon oí gritar a una mujer.

De pronto surgió una enfermera en la esquina del corredor frente a nosotros llevando a una mujer con un albornoz azul, con el pelo enredado, largo hasta la cintura. El doctor Gordon dio un paso hacia atrás y yo me pegué a la pared.

—Voy a saltar por la ventana, voy a saltar por la ventana, voy a saltar por la ventana —decía la mujer, mientras era arrastrada, agitando los brazos y forcejeando para zafarse de las manos de la enfermera.

Gorda y musculosa, con la parte delantera de su uniforme sucia, la enfermera estrábica usaba unas gafas tan gruesas que cuatro ojos me observaban desde detrás de los cristales redondos, gemelos. Estaba tratando de distinguir cuáles eran los ojos verdaderos y cuáles los falsos, y cuál de los ojos reales era el desviado y cuál el bueno cuando ella acercó su cara a la mía con una mueca cómplice y siseó, como para tranquilizarme:

—¡Ella cree que va a saltar por la ventana, pero no puedo saltar por la ventana, porque todas tienen barrotes!

Y mientras el doctor Gordon me hacía pasar a una desnuda habitación en la parte de atrás de la casa, vi que las ventanas de aquel sector estaban en efecto enrejadas y que la puerta del cuarto y la puerta del armario y los cajones del escritorio y todo lo que se abría y se cerraba estaba provisto de cerradura para poder cerrarlo con llave.

Me eché en la cama.

La enfermera del ojo desviado regresó. Me desabrochó el reloj y lo dejó caer en su bolsillo. Luego empezó a pellizcar las horquillas para quitármelas del pelo.

El doctor Gordon estaba abriendo el armario. Arrastró hacia fuera una mesa con ruedas con una máquina encima y la empujó hasta detrás de la cabecera de la cama. La enfermera comenzó a untarme las sienes con una grasa olorosa.

Cuando se inclinó para alcanzar el lado de mi cabeza que estaba más cerca de la pared, su grueso busto me cubrió la cara como una nube o una

almohada. Un hedor vago, medicinal, emanaba de su carne.

—No te preocupes —dijo, haciéndome una mueca—. La primera vez todo el mundo está muerto de miedo.

Traté de sonreír, pero la piel se me había puesto rígida como un pergamino.

El doctor Gordon me estaba colocando una placa de metal a cada lado de la cabeza. Las sujetó en su sitio con la hebilla de una correa que se me incrustaba en la frente, y me dio un alambre para que mordiera.

Cerré los ojos.

Se produjo un breve silencio, como cuando se contiene el aliento.

Entonces algo se inclinó y se apoderó de mí y me sacudió como si fuera el fin del mundo. Vi-i-i-i-i, chillaba, a través de un aire crepitante de luz azul y con cada relámpago un gran estremecimiento me vapuleaba hasta que pensé que se me romperían los huesos y que la savia se iba a derramar de mí como de una planta partida en dos.

Me pregunté qué cosa tan terrible había hecho.

***

Estaba sentada en una silla de mimbre sosteniendo un vasito de cóctel con zumo de tomate. Me habían colocado el reloj nuevamente en la muñeca, pero parecía raro. Entonces me di cuenta de que me lo habían puesto al revés. Sentí la posición poco familiar de las horquillas en el pelo.

—¿Cómo se siente?

Una vieja lámpara metálica de pie afloró en mi memoria. Una de las pocas reliquias del estudio de mi padre, coronada por una campana de cobre que sostenía la bombilla y de la cual salía un deshilachado cable pardusco que recorría la distancia desde el pie de metal hasta un enchufe en la pared.

Un día yo había decidido trasladar esa lámpara del lugar donde se hallaba, junto a la cama de mi madre, hasta mi escritorio, al otro lado de la habitación. El cable era bastante largo, así que no lo desenchufé. Cerré ambas manos alrededor de la lámpara y el cordón deshilachado, agarrándolos fuertemente.

Entonces algo brotó de la lámpara con un relámpago azul y me sacudió hasta que mis dientes rechinaron y traté de apartar las manos, pero estaban pegadas, y chillé, o un grito fue arrancado de mi garganta, puesto que no lo reconocí, sino que lo oí remontarse y vibrar en el aire como un espíritu virulentamente separado del cuerpo.

Entonces mis manos se desprendieron de un tirón y caí de espaldas sobre la cama de mi madre. Un pequeño hoyo ennegrecido como por la punta de un lápiz estaba marcado en el centro de mi mano derecha.

—¿Cómo se siente?

—Bien.

Pero no era así. Me sentía terriblemente,

—¿A qué universidad me dijo que había asistido?

Dije qué universidad era.

—¡Ah! —el rostro del doctor Gordon se iluminó con una lenta sonrisa, casi tropical—. Tenían una estación de la WAC allá, durante la guerra, ¿no es verdad?

***

Los nudillos de mi madre estaban blancos como huesos, como si la piel hubiera desaparecido en la hora de la espera. Ella miró por encima mío al doctor Gordon y él debió de haber asentido, o sonreído, porque su rostro se relajó.

—Unas sesiones más, señora Greenwood —oí decir al doctor Gordon— y creo que notará una sorprendente mejoría.

La muchacha todavía estaba sentada en la banqueta del piano, y había una partitura rota caída a sus pies como un pájaro muerto. Me miró fijamente y yo la miré a ella. Sus ojos se achicaron. Sacó la lengua.

Mi madre iba tras el doctor Gordon hacia la puerta. Me demoré un poco y, cuando me dieron la espalda, me volví hacia la muchacha y le hice un gesto de burla estirándome las orejas. Ella ocultó la lengua y su rostro se volvió de piedra.

Salí al sol.

Como una pantera en una mancha de sombra de árbol, la camioneta negra de Dodo Conway estaba esperando.

La camioneta, que había sido encargada originariamente por una rica dama de sociedad, era negra, sin una mácula de cromo, y con tapicería de cuero negro; pero cuando llegó, la deprimió. Era la réplica exacta de un coche fúnebre, dijo, y todo el mundo pensó lo mismo y nadie quería comprarlo, así que los Conway se la llevaron a precio rebajado, y se ahorraron un par de cientos de dólares.

Sentada en el asiento delantero entre Dodo y mi madre, me sentía estúpida y vencida. Cada vez que trataba de concentrarme, mi mente se deslizaba como un patinador hacia un gran espacio vacío, y allí hacía piruetas, ausente.

—He terminado con ese doctor Gordon —dije, después que dejamos a Dodo y su camioneta negra tras los pinos—. Puedes llamarlo y decirle que no voy a ir la semana que viene.

Mi madre sonrió.

—Yo sabía que mi nena no era así.

La miré.

—¿Cómo?

—Como esas horribles personas. Esas horribles personas muertas de ese hospital. —Hizo una pausa—. Sabía que decidirías ponerte bien de nuevo.

ESTRELLA SUCUMBE AL CABO DE SESENTA Y OCHO HORAS EN COMA

Hurgué en mi bolso entre los fragmentos de papel y el estuche y las cáscaras de cacahuete y las monedas de diez y cinco céntimos y la cajita azul con diecinueve hojitas *Gillette*, hasta que desenterré la instantánea que me había tomado aquella tarde en el quiosco a rayas anaranjadas y blancas.

La puse al lado de la sucia fotografía de la muchacha muerta. Encajaba, boca con boca, nariz con nariz. Lo único diferente eran los ojos. Los ojos de la instantánea estaban abiertos y los de la fotografía del periódico estaban cerrados. Pero yo sabía que si los ojos de la muchacha muerta estuvieran

completamente abiertos, mirarían hacia mí con la misma muerta, negra, vacía expresión que los ojos de la instantánea.

Volví a meter la instantánea en la cartera.

«Me quedaré sentada aquí al sol, en este banco de parque, durante cinco minutos más según el reloj de ese edificio que está allá», me dije, «y luego iré a alguna parte y lo haré».

Convoqué a mi pequeño coro de voces.

¿No te interesa tu trabajo, Esther?

Tú sabes, Esther, tienes todas las características de una neurótica.

Nunca vas a llegar a ninguna parte así, nunca vas a llegar a ninguna parte así, nunca vas a llegar a ninguna parte así.

Una vez, en una calurosa noche de verano, había pasado una hora besando a un estudiante de derecho de Yale, peludo como un mono, porque sentía lástima por él. Era tan feo… Cuando terminé, dijo: «Te tengo calada, nena. Serás una mojigata a los cuarenta».

«¡Facticio!» garabateó mi profesor de literatura creativa del colegio en un cuento mío llamado *El gran fin de semana*.

Yo no sabía qué significaba «facticio», así que lo busqué en el diccionario.

Facticio: Artificial, falso.

Nunca llegarás a ninguna parte así.

Llevaba veintiuna noches sin dormir.

Pensé que la cosa más hermosa del mundo debía de ser la sombra, el millón de formas animadas y callejones sin salida de la sombra. Había sombra en los cajones de los escritorios y en los armarios y en las maletas, y sombras bajo las casas y los árboles y las piedras, y sombra tras los ojos y las sonrisas de la gente, y sombra, kilómetros y kilómetros de sombra, en el lado de la tierra en que era de noche.

Bajé la vista hacia las dos tiritas de color carne, que formaban una cruz sobre mi pantorrilla derecha.

Aquella mañana había hecho un intento.

Me había encerrado en el baño y llenado la bañera con agua tibia y sacado una hojita *Gillette*.

Cuando le preguntaron a un antiguo filósofo romano cómo quería morir, respondió que se abriría las venas en un baño tibio. Pensé que sería fácil, acostada en la bañera y viendo el rojo florecer de mis muñecas. Flujo tras flujo, a través del agua clara, hasta que me hundiera para dormirme bajo una superficie llamativa como las amapolas.

Pero cuando llegó el momento de hacerlo, la piel de mi muñeca parecía tan blanca e indefensa que no pude. Era como si lo que yo quería matar no estuviera en esa piel ni en el ligero pulso azul que saltaba bajo mi pulgar, sino en alguna parte, más profunda, más secreta y mucho más difícil de alcanzar.

Se necesitarían dos movimientos. Una muñeca, luego la otra. Tres movimientos, si se contaba el cambiar la hoja de afeitar de una mano a otra. Entonces me metería en la bañera y me echaría.

Me puse frente al botiquín. Si me miraba al espejo mientras lo hacía sería como observar a otra persona, en un libro o en una obra de teatro.

Pero la persona en el espejo estaba paralizada y demasiado atontada para hacer nada.

Entonces pensé que quizá debiera derramar un poquito de sangre para practicar, así que me senté en el borde de la bañera y crucé mi tobillo derecho sobre mi rodilla izquierda. A continuación levanté mi mano derecha con la hoja de afeitar y la dejé caer por su propio peso, como una guillotina, en la pantorrilla.

No advertí nada. Luego sentí un pequeño, profundo estremecimiento y una brillante veta de rojo brotó en el borde del corte. La sangre se concentró oscuramente, como fruta, y rodó por el tobillo hacia el interior de mi zapato negro de charol.

Pensé en meterme en la bañera entonces, pero comprendí que mi tardanza había ocupado la mejor parte de la mañana y que probablemente mi madre regresaría a casa y me encontraría antes de que hubiera terminado.

De modo que vendé la herida, guardé mis hojas de afeitar y tomé el autobús de las once y media hacia Boston.

***

—Lo siento, nena, no hay metro a la prisión de Deer Island, está en una isla.

—No, no está en una isla; estaba en una isla, pero rellenaron el agua con tierra y ahora está unida a tierra firme.

—No hay metro.

—Tengo que llegar allá.

—Oye —el gordo de la taquilla me miró a través de la reja—, no llores. ¿A quién tienes ahí, guapa? ¿Algún pariente?

La gente me empujaba y chocaba contra mí en la oscuridad artificialmente alumbrada, corriendo hacia los trenes que entraban y salían estruendosamente de los intestinales túneles de debajo de la plaza Scollay. Sentía que las lágrimas empezaban a brotar de los apretados párpados de mis ojos.

—A mi padre.

El gordo consultó un diagrama en la pared de su casilla.

—Esto es lo que tienes que hacer —dijo—. Subes a un coche en aquella vía, te bajas en Orient Heights y entonces tomas un autobús que ponga «The Point». —Me miró radiante—. Te dejará exactamente en la puerta de la prisión.

***

—¡Eh, tú! —Un tipo joven con uniforme azul me hizo señas desde la caseta.

Agité la mano también y continué caminando.

—¡Eh, tú!

Me detuve y me acerqué lentamente a la caseta situada como un salón circular en la extensión de arena.

—Eh, no puedes seguir adelante. Eso es propiedad de la prisión, no se permiten intrusos.

—Pensé que se podía ir a cualquier lugar a lo largo de la playa —dije—, siempre y cuando uno se mantuviera bajo el nivel de la marea alta.

El tipo pensó un minuto.

—No en esta playa —dijo luego.

Tenía una cara fresca y agradable.

—Tiene usted un bonito lugar aquí —dije—. Es como una casita.

Eché un vistazo hacia atrás, al interior del cuarto con la alfombra trenzada y las cortinas de *chintz*. Sonrió.

—Tenemos hasta una cafetera.

—Yo vivía cerca de aquí.

—No me digas. Yo nací y me crié en este pueblo.

Miré por sobre la arena hacia el aparcamiento y la puerta enrejada y, más allá de la puerta, hacia la angosta carretera, lamida a ambos lados por el océano, que conducía a la antigua isla.

Los edificios de ladrillo rojo de la prisión tenían un aspecto tan amistoso como el de los edificios de un colegio en la playa. Sobre un montecillo con césped alcanzaba a ver pequeñas manchas blancas y otras rosadas, ligeramente más grandes, moviéndose de un lado a otro. Le pregunté al guardia qué eran, y él dijo:

—Son cerdos y pollos.

Yo estaba pensando que si hubiera tenido la sensatez de continuar viviendo en aquel viejo pueblo, quizás hubiera conocido a ese guardia de la prisión en la escuela y me hubiera casado con él y ahora tendría un hatajo de niños. Sería agradable vivir cerca del mar con montones de niñitos y cerdos y pollos, llevando lo que mi abuela llamaba batitas y sentándome en alguna cocina con linóleo brillante y brazos gruesos, tomando un café tras otro.

—¿Cómo se entra en esa prisión?

—Se consigue un pase.

—No, ¿cómo se hace para que la encierren a una?

—Oh —el guardián rió—, robas un coche, robas una tienda…

—¿Tienen algún asesino ahí dentro?

—No, los asesinos van a una prisión grande del Estado.

—¿Quién más está ahí dentro?

—Bueno, el primer día de invierno nos vienen esos viejos holgazanes de Boston. Lanzan un ladrillo contra una ventana y así consiguen que los

detengan y pasan el invierno lejos del frío, con televisión y comida abundante y partidos de básquet el fin de semana.

—Es agradable eso.

—Agradable, si a uno le gusta —dijo el guardia.

Dije adiós y empecé a alejarme, mirando hacia atrás por encima de mi hombro sólo una vez. El guardia seguía estando de pie en el marco de la puerta de su caseta de vigilancia y cuando me di vuelta levantó el brazo, saludándome.

***

El tronco sobre el cual estaba sentada era pesado como el plomo y olía a brea. Bajo el sólido cilindro gris del faro en su imponente colina, el brazo de arena se curvaba hacia el mar. Con la marea alta, se sumergía completamente.

Recordaba muy bien aquel brazo de arena. Albergaba en el centro de su curva interior un tipo especial de concha que no se encontraba en ninguna otra parte de la playa.

La concha era gruesa, lisa, grande como el nudillo de un pulgar y generalmente blanca, aunque a veces era rosada o color melocotón. Parecía una especie de modesto caracol.

—Mamita, esa muchacha todavía está sentada allá.

Levanté la vista, perezosamente, y vi a un niño pequeño, lleno de arena, al que una mujer delgada, con ojos de pájaro, que llevaba puestos unos *shorts* rojos y un sujetador a topos rojos y blancos, arrancaba de la orilla del mar.

No había contado con que la playa estuviera invadida por veraneantes. En los diez años de mi ausencia, fantasiosas casetas azules, rosadas y verde pálido habían brotado en las llanas arenas del lugar, como un sembrado de insípidos hongos, y los plateados aviones y las avionetas en forma de cigarro habían dado paso a los *jets* que estremecían los tejados con su estruendoso despegue del aeropuerto al otro lado de la bahía.

Yo era la única muchacha en la playa con falda y tacones altos, y pensé que debía de llamar la atención. Me había quitado los zapatos de charol al

cabo de un rato, pues me molestaban mucho en la arena. Me complacía pensar que estarían colocados ahí, sobre el tronco plateado, señalando al mar como una especie de brújula del alma, después de que yo estuviera muerta.

Toqué la cajita de hojas de afeitar en mi bolso.

Entonces pensé en lo estúpida que era. Tenía las hojas, pero no el baño tibio.

Pensé en alquilar un cuarto. Debía de haber una casa de huéspedes entre todos aquellos lugares de veraneo. Pero no tenía equipaje. Eso despertaría sospechas. Además, en una pensión, hay otras personas que siempre quieren usar el baño. Apenas habría tenido tiempo de hacerlo y de meterme en la bañera, cuando ya alguien estaría llamando a la puerta.

Las gaviotas, en la punta del brazo de arena, maullaban como gatos. Luego alzaron el vuelo, una por una, con sus chaquetas color ceniza, formando un círculo sobre mi cabeza y gritando.

***

—Oiga, señora, es mejor que no se siente aquí fuera, la marea está subiendo.

El chico se agachó a unos cuantos pies de distancia.

Recogió una piedra redonda morada y la lanzó al agua: el agua se la tragó con un ruidoso *glup*. Después empezó a moverse y oí las piedras secas tintinear como dinero.

Lanzó una piedra plana rasando sobre la oscura superficie verde, y saltó siete veces, antes de perderse de vista.

—¿Por qué no te vas a casa? —dije.

El chico lanzó otra piedra más pesada. Se hundió después del segundo rebote.

—No quiero.

—Tu madre te está buscando.

—No lo está.

Su tono era de preocupación.

—Si te vas a casa, te daré caramelos.

El chico se acercó.

—¿Qué clase?

Pero yo sabía, sin necesidad de mirar en mi bolso, que lo único que tenía eran cáscaras de cacahuete.

—Te daré dinero para comprar caramelos.

—¡Ar-thur!

Una mujer venía realmente al brazo de arena, resbalando y, sin duda, maldiciendo para sí misma, pues sus labios subían y bajaban entre sus claras y perentorias llamadas.

—¡Ar-thur!

Se protegió los ojos con una mano como si eso la ayudara a distinguirnos a través de la cada vez más densa oscuridad marina.

Percibía cómo el interés del niño decaía a medida que el influjo de su madre aumentaba. Empezó a simular que no me conocía. Dio con el pie a unas cuantas piedras, como si estuviera buscando algo, y se alejó.

Las piedras yacían abultadas y frías bajo mis pies desnudos. Pensé con añoranza en los zapatos negros que estaban en la playa. Una ola se echó hacia atrás, como una mano, luego avanzó y me tocó el pie.

La marea parecía arrastrar el fondo mismo del mar, donde blancos peces ciegos avanzaban por su propia luz a través del gran frío polar. Vi dientes de tiburones y esqueletos de ballenas esparcidos allá abajo, como lápidas sepulcrales.

Esperé como si el mar pudiera tomar la decisión por mí.

Una segunda ola se aplastó sobre mis pies, orlada de blanca espuma, y el frío aferró mis tobillos con un dolor mortal.

Mi carne retrocedió, acobardada, ante tal muerte.

Cogí mi bolso y regresé andando sobre las frías piedras hasta donde mis zapatos continuaban su vigilia en la luz violeta.

CAPÍTULO TRECE

—Por supuesto que su madre lo mató.

Contemplé la boca del muchacho al que Jody había querido presentarme. Sus labios eran gruesos y rosados y una cara de bebé anidaba bajo la seda del pelo rubio. Su nombre era Cal, y pensé que debía de ser el diminutivo de algo, pero no se me ocurrió de qué podría ser el diminutivo, a menos que fuera de California.

—¿Cómo puedes estar seguro de que ella lo mató? —dije.

Se suponía que Cal era muy inteligente y Jody había dicho por teléfono que era gracioso y que me gustaría. Me pregunté si, de ser yo la misma de antes, me habría gustado.

Era imposible decirlo.

—Bueno, ella primero dice que no, no, no, y luego dice que sí.

—Pero luego dice no, no, otra vez.

Cal y yo estábamos echados uno al lado de otro sobre una toalla a rayas anaranjadas y verdes en una sucia playa más allá de los pantanos de Lynn. Jody y Mark, el muchacho con quien ella estaba comprometida, estaban nadando. Cal no había querido nadar, había querido hablar, y estábamos discutiendo acerca de esa obra teatral en que un joven se entera de que tiene una enfermedad cerebral, a causa de que su padre andaba por ahí con mujeres sucias, y al final su cerebro, que se ha ido ablandando desde el principio, se le destroza completamente, y su madre se debate entre matarlo o no.

Tenía la sospecha de que mi madre había llamado a Jody y le había rogado que me invitara a salir, para que yo no estuviera todo el día sentada en mi cuarto con las cortinas cerradas. Al principio no quería ir, porque

pensaba que Jody notaría el cambio en mí, y que cualquiera que tuviese medio ojo vería que no tenía sesos en la cabeza.

Pero durante todo el trayecto hacia el norte y luego hacia el este, Jody había estado bromeando y riendo, y no parecía importarle que yo sólo dijera «vaya» o «caramba» o «no me digas».

Preparamos salchichas en las parrillas públicas de la playa y observando a Jody y a Mark y a Cal muy cuidadosamente, me las arreglé para cocer mi salchicha la cantidad justa de tiempo y no la quemé, ni la dejé caer en el fuego, como temía hacer. Luego, cuando nadie miraba, la enterré en la arena.

Después de comer, Jody y Mark corrieron al agua cogidos de las manos y yo me tumbé mirando al cielo, mientras Cal hablaba y hablaba acerca de la obra de teatro.

La única razón por la que recordaba esa obra de teatro era porque salía una persona loca, y todo lo que había leído alguna vez acerca de locos me quedaba en la mente, mientras todo lo demás volaba.

—Pero es el sí el que cuenta —dijo Cal—. El sí, que volverá a decir al final.

Levanté la cabeza y miré furtivamente el brillante plato azul del mar —un brillante plato azul con un borde sucio. Una gran roca, redonda, gris, como la mitad superior de un huevo, sobresalía del agua aproximadamente a un kilómetro del rocoso cabo.

—¿Con qué lo iba a matar? Lo olvidé.

No lo había olvidado. Lo recordaba perfectamente bien, pero quería escuchar lo que Cal diría.

—Con polvos de morfina.

—¿Tú crees que hay polvo de morfina en Estados Unidos?

Cal lo consideró un minuto.

—No lo creo. Suena terriblemente pasado de moda —dijo luego.

Rodé hasta quedar boca abajo y contemplé el panorama en la otra dirección, hacia Lynn. Un humo cristalino se elevaba en ondas desde el fuego de las parrillas y el calor de la carretera, y a través del humo, como a través de una cortina de agua clara, distinguía un sucio horizonte de tanques de gas e hileras de fábricas, y grúas y puentes.

Tenía el aspecto de un endemoniado desorden.

Rodé para volver a ponerme boca arriba y di a mi voz un tono despreocupado.

—Si te fueras a suicidar, ¿cómo lo harías?

Cal pareció complacido.

—He pensado muchas veces en eso. Me volaría la tapa de los sesos con un arma.

Me sentí decepcionada. Era muy típico de un hombre hacerlo con un arma de fuego. Pero pocas posibilidades tenía yo de ponerle las manos encima a una pistola. Y aun cuando la cogiera, no tendría idea de sobre qué parte de mi cuerpo disparar.

Ya había leído en los periódicos acerca de personas que habían tratado de hacerlo, pero que terminaron disparándose en un nervio importante, quedando paralíticos, o se volaron la cara pero fueron salvados, por los cirujanos y una especie de milagro, de morir enseguida.

—¿Qué clase de arma?

—La escopeta de mi padre. La tiene siempre cargada. Sólo tendría que entrar en su estudio un día y —Cal apoyó un dedo en su sien y puso una cara cómica, retorcida— ¡clic! —Abrió mucho sus ojos gris pálido y me miró.

—¿No vive por casualidad tu padre cerca de Boston? —pregunté tontamente.

—No. En Clacton-on-Sea. Es inglés.

Jody y Mark corrieron hacia nosotros cogidos de la mano, chorreando y sacudiéndose gotas de agua como dos amorosos cachorrillos. Me pareció que íbamos a ser demasiados, así que me puse de pie y simulé bostezar.

—Creo que iré a nadar.

El estar con Jody y Mark y Cal estaba empezando a pesar sobre mis nervios como un tosco bloque de madera sobre las cuerdas de un piano. Tenía miedo de perder el control en cualquier momento y empezar a charlar acerca de cómo no podía leer y no podía escribir, y de que yo debía ser casi la única persona que había permanecido despierta un mes completo sin caer muerta de agotamiento.

Un humo parecía desprenderse de mis nervios como el humo de las parrillas y de la carretera saturada de sol. Todo el paisaje —playa y cielo y mar y roca— temblaba ante mis ojos como el telón del foro de un escenario.

Me pregunté en qué punto del espacio el tonto, falso azul del cielo se volvía negro.

—Nada tú también, Cal…

Jody le dio a Cal un ligero, amistoso empujón.

—Ohhh —Cal escondió el rostro en la toalla—. Está demasiado fría.

Eché a andar hacia el agua.

Por alguna razón, en la extensa claridad sin sombra del mediodía, el agua parecía amable y acogedora.

Pensé que ahogarse debería ser la manera más dulce de morir, y quemarse la peor. Algunos de aquellos bebés metidos en frascos que Buddy Willard me había mostrado tenían branquias, dijo él. Pasaban por una fase en que eran exactamente como peces.

Una ola pequeña, de pacotilla, llena de envolturas de caramelo y cáscaras de naranja y algas marinas, rompió sobre mis pies.

Oí la arena crujir tras de mí, y Cal se acercó.

—Nademos hasta aquella roca de allá.

La señalé.

—¿Estás loca? Está a un kilómetro.

—¿Qué eres —dije—, un gallina?

Cal me tomó por el codo y me empujó hacia dentro del agua. Cuando el agua nos llegaba a la cintura me hundió. Salí a la superficie chapoteando, con los ojos abrasados por la sal. Debajo, el agua estaba verde y semiopaca como un pedazo de cuarzo.

Empecé a nadar, un estilo perro modificado, manteniendo la cara hacia la roca. Cal hacía un crawl lento. Después de un rato levantó la cabeza y se quedó moviendo únicamente las piernas en el agua.

—No puedo llegar.

Jadeaba fuertemente.

—Muy bien. Vuélvete.

Pensé en nadar hasta estar demasiado cansada para volver. Mientras avanzaba chapoteando, los latidos de mi corazón retumbaban como un

pesado motor en mis oídos.

Yo soy yo soy yo soy.

***

Esa mañana había tratado de ahorcarme.

Había cogido el cordón de seda de la bata amarilla de mi madre, tan pronto como ella se fue al trabajo, y, en la penumbra ámbar de la habitación, le había hecho un nudo que se deslizaba hacia arriba y hacia abajo sobre sí mismo. Me tomó mucho tiempo hacer eso porque no era buena en nudos y no tenía idea de cómo hacer uno adecuado.

Entonces empecé a dar vueltas buscando un lugar donde atar la cuerda.

El problema era que nuestra casa no tenía el tipo de techos adecuados. Los techos eran bajos, blancos y regularmente enyesados sin un soporte para luces ni una viga de madera a la vista. Pensé con nostalgia en la casa que tenía mi abuela antes de venderla para venir a vivir con nosotros, y luego con mi tía Libby.

La casa de mi abuela estaba construida en el excelente estilo del siglo diecinueve, con habitaciones de techo alto y fuertes soportes para lámparas de araña y grandes armarios con sólidos rieles y un desván a donde nadie iba nunca, lleno de baúles y jaulas de loros y maniquíes de costurera y vigas bajas, gruesas como los maderos de un barco.

Pero era una casa vieja, y ella la vendió, y yo no conocía a nadie que tuviera una casa así.

Después de un desalentador rato de andar por ahí con el cordón de seda colgándome del cuello como la cola amarilla de un gato y sin haber encontrado un lugar en que atarlo, me senté en el borde de la cama de mi madre y traté de ajustar el nudo.

Pero cada vez que conseguía apretar la cuerda hasta el punto de sentir un agolpamiento de sangre en las orejas y un flujo de sangre en la cara, mis manos se debilitaban y dejaban escapar el nudo y me ponía bien nuevamente.

Entonces vi que mi cuerpo tenía toda clase de pequeños trucos, como hacer que mis manos se aflojaran en el segundo crucial, lo cual lo salvaría

esa vez y otra, mientras que si fuera mía toda la decisión, estaría muerta en un relámpago.

Tendría simplemente que tenderle una emboscada con el poco sentido que me quedara, o me atraparía en su estúpida jaula durante cincuenta años, absolutamente sin ningún sentido. Y cuando la gente descubriera que mi mente se había extraviado, como tendría que suceder más pronto o más tarde, a pesar de la cautelosa lengua de mi madre, la persuadirían de que me metiera en un manicomio donde pudieran curarme.

Sólo que mi caso era incurable.

Yo había comprado varios libros de bolsillo sobre psicopatología en el *drugstore* y había comparado mis síntomas con los síntomas que aparecían en los libros, y ciertamente, mis síntomas concordaban con los casos más desesperados.

Lo único que podía leer, aparte de las hojas de escándalos, era esos libros sobre psicopatología. Era como si hubiera dejado una delgada abertura para aprender todo lo que necesitaba saber sobre mi caso, y así poder terminarlo de manera apropiada.

Me pregunté, después del fracaso del ahorcamiento, si no sería mejor desistir y entregarme a los doctores, pero entonces recordé al doctor Gordon y su máquina privada para electroshocks. Una vez estuviera encerrada podría emplearla en mí todo el tiempo.

Y pensé en cómo mi madre, mi hermano y mis amigos me visitarían, día tras día, con la esperanza de que estuviese mejor. Después sus visitas se harían cada vez más espaciadas y abandonarían toda esperanza. Envejecerían. Me olvidarían.

Serían pobres, además.

Querrían que yo tuviera los mejores cuidados al principio, así que no tardarían en tirar todo su dinero en un hospital privado como el del doctor Gordon. Finalmente, cuando el dinero se hubiera acabado, me trasladarían a un hospital del Estado, con cientos de personas como yo en una gran jaula en el sótano.

Cuanto más incurable se vuelve, más lejos lo esconden a uno.

***

Cal había dado la vuelta y nadaba hacia la orilla.

Mientras lo observaba, se arrastraba fuera del mar, que le llegaba al cuello. Contra la arena color caqui y las bolitas vedes de la orilla, su cuerpo quedó bisecado por un momento como un gusano blanco. Luego gateó hasta salir del verde e internarse en el caqui y se perdió entre docenas y docenas de otros gusanos que se enroscaban o estaban tendidos entre el mar y el cielo.

Chapoteé con las manos en el agua y moví las piernas. La roca en forma de huevo no parecía estar más cerca de lo que estaba cuando Cal y yo la miramos desde la orilla.

Entonces me di cuenta de que no tenía objeto nadar hasta ella, porque mi cuerpo aprovecharía esa excusa para trepar y tenderse al sol, reuniendo fuerzas para nadar de vuelta.

Lo único que cabía hacer era ahogarse allí mismo.

Así que me detuve.

Puse las manos sobre el pecho, zambullí la cabeza y me sumergí, usando las manos para empujar el agua hacia los lados. El agua presionó sobre mis tímpanos y mi corazón. Me impulsé hacia abajo, pero antes de que supiera dónde estaba, el agua me había escupido hacia fuera, al sol, y el mundo brillaba a mi alrededor, como piedras semipreciosas azules y verdes y amarillas.

Me quité el agua de los ojos.

Estaba jadeando, como después de un ejercicio agotador, pero flotaba sin esfuerzo.

Me sumergí, y me volví a sumergir y cada vez saltaba como un corcho.

La roca gris me remedaba burlonamente, flotando en el agua, como una boya salvavidas.

Sabía cuándo estaba vencida.

Regresé.

***

Las flores asentían como niñas brillantes, sabihondas; mientras yo las arrastraba por el pasillo.

Me sentía tonta con mi uniforme verde salvia de voluntaria, y superflua, a diferencia de los doctores y enfermeras con uniformes blancos e incluso de las fregonas, con uniformes marrones, con sus mochos y sus cubos llenos de agua sucia, que pasaban a mi lado sin una palabra.

Si me hubieran pagado, no importa cuán poco, podría al menos haberlo considerado como un verdadero empleo, pero todo lo que obtenía de una mañana de empujar por todas partes revistas, caramelos y flores, era un almuerzo gratis.

Mi madre me había dicho que el remedio para quienes pensaban demasiado en ellos mismos era ayudar a alguien que estuviera peor, así que Teresa había conseguido tramitar mi inscripción como voluntaria en nuestro hospital local. Era difícil ser voluntaria en ese hospital, porque eso era lo que todas las mujeres de la Júnior League[4] querían hacer, pero afortunadamente para mí, muchas de ellas estaban fuera de vacaciones.

Había abrigado la esperanza de que me mandaran a una sala con algunos casos realmente horripilantes, quienes verían a través de mi entumecido y estúpido rostro mi buena voluntad y me estarían agradecidos. Pero la jefa de las voluntarias, una dama de sociedad de nuestra iglesia, me echó un vistazo y dijo:

—Estarás en maternidad.

Así que subí tres pisos en ascensor hasta la sala de maternidad y me presenté a la enfermera jefe. Ella me dio el carrito con las flores. Se esperaba que yo pusiera los floreros adecuados en las camas adecuadas en las habitaciones adecuadas.

Pero antes de llegar a la puerta de la primera habitación me di cuenta de que muchas de las flores estaban marchitas y marrones en los bordes. Pensé que sería desalentador para una mujer que acababa de tener un bebé ver a alguien ponerle de improviso un gran ramo de flores marchitas delante, así que conduje el carrito hacia un lavabo de un cuarto del vestíbulo y empecé a quitar todas las flores marchitas.

Después quité todas las que se estaban empezando a marchitar.

No había cubo de desperdicios a la vista, de manera que estrujé las flores y las puse en el profundo lavabo blanco. El lavabo estaba frío como una tumba. Sonreí. Así debía ser como ponían los cuerpos en la morgue del hospital. Mi gesto, en su modesta escala, imitaba el gesto más grande de los médicos y enfermeras.

Abrí la puerta de la primera habitación y entré, arrastrando mi carrito. Un par de enfermeras saltaron y tuve una confusa impresión de estantes y armarios con medicinas.

—¿Qué quieres? —preguntó una de las enfermeras severamente. Yo no podía distinguir a una de la otra; todas parecían exactamente iguales.

—Estoy distribuyendo las flores.

La enfermera que había hablado puso una mano sobre mi hombro y me condujo fuera del cuarto, maniobrando el carrito con su experta mano libre. Abrió violentamente las puertas batientes del cuarto próximo a ése y me hizo una reverencia al señalarme la entrada.

Oí risas en la distancia, hasta que una puerta se cerró y las apagó.

Había seis camas en la habitación, y en cada cama había una mujer. Las mujeres estaban sentadas, y hacían punto u hojeaban revistas o se ponían bigudíes en el pelo y charlaban como cotorras en una jaula de cotorras.

Yo había pensado que estarían durmiendo, o yacentes y pálidas, de modo que podría pasar de puntillas por allí sin ningún problema y aparear los números de las camas con los números escritos con tinta sobre la cinta adhesiva de los floreros; pero antes de que yo tuviera oportunidad de empezar mi tarea, una brillante, ostentosa rubia con un rostro agudo, triangular, me llamó con una seña.

Me acerqué a ella dejando el carrito en medio de la habitación, pero entonces ella hizo un gesto de impaciencia y vi que quería que trajera también el carrito.

Llevé el carro hasta su cama con una sonrisa servicial.

—Eh, ¿dónde está mi espuela de caballero? —Una dama gruesa, fofa, desde el otro extremo de la sala me escudriñó con ojo de águila.

La rubia de cara afilada se inclinó sobre el carrito.

—Aquí están mis rosas amarillas —dijo—, pero están todas mezcladas con unos miserables iris.

Otras voces se unieron a las de estas dos mujeres. Parecían irritadas y altas y llenas de quejas.

Estaba abriendo la boca para explicar que había tirado un montón de espuelas de caballero muertas en el lavabo y que como algunos de los floreros que yo había escardado tenían aspecto escuálido porque les quedaban tan pocas flores, había unido varios de los ramos para rellenarlos, cuando la puerta batiente se abrió de golpe y una enfermera entró con paso majestuoso a ver qué era aquel jaleo.

—Escuche, enfermera, yo tenía un gran ramo de espuela de caballero que Larry me trajo anoche.

—Ella echó a perder mis rosas amarillas.

Desabotonándome el uniforme verde mientras corría, lo eché, al pasar, en el lavabo, junto a los desperdicios de flores muertas. Entonces bajé, de dos en dos, los desiertos escalones laterales hasta la calle, sin encontrar un alma.

***

—¿Hacia dónde queda el cementerio?

El italiano con chaqueta de cuero negro se detuvo y señaló un callejón tras la blanca iglesia metodista. Yo recordaba la iglesia metodista. Había sido metodista durante los nueve primeros años de mi vida, antes de que mi padre muriera y nosotros nos mudáramos y nos hiciéramos unitarios.

Mi madre había sido católica antes de ser metodista. Mi abuela, mi abuelo y mi tía Libby seguían siendo católicos. Mi tía Libby se había separado de la Iglesia católica al mismo tiempo que mi madre, pero luego se había enamorado de un italiano católico, así que se había integrado nuevamente.

Últimamente, había estado considerando la posibilidad de convertirme al catolicismo.

Sabía que los católicos pensaban que suicidarse era un horrible pecado. Pero quizá, si eso era así, tuvieran algún buen método para persuadirme de que no lo hiciera.

Yo no creía, por supuesto, en la vida después de la muerte, ni en el parto de la Virgen ni en la Inquisición, ni en la infalibilidad de aquel pequeño Papa con cara de mono, ni en nada, pero no tenía por qué permitir que el cura se diera cuenta de eso; podría simplemente concentrarme en mi pecado y él me ayudaría a arrepentirme.

El único problema era que la Iglesia, incluso la católica, no ocupaba toda la vida. No importaba cuántas veces se arrodillara y rezara una; de todas maneras tenía que hacer tres comidas diarias y tener un empleo y vivir en el mundo.

Pensé en averiguar durante cuánto tiempo había que ser católica antes de convertirse en monja, así que lo consulté con mi madre, creyendo que ella sabría cuál era la mejor manera de proceder en ese asunto.

Mi madre se había reído de mí.

—¿Crees que aceptarían a alguien como tú, así como así? Pero si primero tienes que saberte todos esos catecismos y credos y creer en ellos por entero. ¡Una muchacha como tú sin sentido común!

De todas maneras me imaginé yendo a ver a algún cura de Boston: tendría que ser de Boston, porque yo no quería que ningún cura de mi pueblo supiera que había pensado en suicidarme. Los curas eran terribles chismosos.

Estaría vestida de negro con la cara mortalmente blanca, y me arrojaría a los pies del sacerdote y diría: «Oh, padre, ayúdeme».

Pero eso era antes de que la gente hubiera empezado a mirarme de una manera extraña, como aquellas enfermeras del hospital.

Estaba segura de que los católicos no aceptarían a ninguna monja loca. El esposo de mi tía Libby había hecho un chiste una vez acerca de una monja que habían enviado de un convento a Teresa, para un examen general. Esa monja oía música de arpa y una voz que decía una y otra vez: «¡Aleluya!». Sólo que ella no estaba segura, después de haber sido interrogada cuidadosamente de si la voz decía «Aleluya» o «Arizona». La monja había nacido en Arizona. Creo que terminó en un manicomio.

Me estiré el velo negro hasta la barbilla y crucé a grandes zancadas las puertas de hierro forjado. Pensé que era extraño que en todo el tiempo que mi padre llevaba enterrado en este cementerio, ninguno de nosotros lo

hubiera visitado nunca. Mi madre no nos había dejado ir a su funeral porque éramos sólo niños entonces y él había muerto en un hospital, de modo que el cementerio e incluso su muerte siempre me habían parecido irreales.

Yo tenía un gran anhelo, últimamente, de compensar a mi padre por todos los años de abandono y empezar a cuidar su tumba. Yo siempre había sido su favorita y parecía apropiado que adoptara un luto que mi madre nunca se había molestado en llevar.

Pensé que si mi padre no hubiera muerto, me hubiera enseñado todo acerca de los insectos, que eran su especialidad en la universidad. También me hubiera enseñado alemán y griego y latín, que sabía, y quizá yo fuese luterana. Mi padre había sido luterano en Wisconsin, pero estaban pasados de moda en Nueva Inglaterra, así que se había convertido en un luterano caduco y luego, decía mi madre, en un encarnizado ateo.

El cementerio me desilusionó. Se encontraba en las afueras del pueblo, en un terreno bajo, como un vertedero de basuras, y mientras recorría los senderos de grava en uno u otro sentido percibía el olor de las marismas estancadas en la distancia.

La parte antigua del cementerio estaba bien, con sus lápidas gastadas y planas y sus monumentos mordidos por el liquen, pero pronto me di cuenta de que mi padre debía estar enterrado en la parte moderna, con fechas de la década del 40.

Las lápidas de la parte moderna eran toscas y baratas, y aquí y allá una tumba estaba enmarcada con mármol, como una bañera oblonga llena de tierra, y mohosos recipientes de metal sobresalían aproximadamente a la altura del ombligo de la persona, llenos de flores de plástico.

Una fina llovizna empezó a caer del cielo gris y me sentí muy deprimida.

No podía encontrar a mi padre en ninguna parte.

Bajas, afelpadas nubes se deslizaban rápidamente por la parte del horizonte del lado del mar, tras los pantanos y las casetas instaladas en la playa, y gotas de agua empañaron el impermeable negro que yo había comprado aquella mañana. Una pegajosa humedad pasaba a través de él hasta mi piel.

Yo le había preguntado a la vendedora:

—¿Repele el agua?

Y ella había dicho:

—Ningún impermeable repele nunca el agua. Es a prueba de agua.

Y cuando le pregunté qué significaba a prueba de agua, me dijo que mejor hubiera sido que comprara un paraguas.

Pero yo no tenía suficiente dinero para un paraguas. Sumando billetes de autobús para ir y volver de Boston y cacahuetes y periódicos y libros sobre psicopatología y viajes a mi antiguo pueblo junto al mar, mis fondos de Nueva York estaban ya casi agotados.

Había decidido que cuando no hubiera más dinero en mi cuenta bancaria lo haría, y esa mañana había gastado en el impermeable negro lo último que me quedaba.

Entonces vi la lápida de mi padre.

Estaba casi superpuesta a otra lápida, cabeza con cabeza, de la misma manera en que están apretadas las personas en un establecimiento de caridad cuando no disponen de suficiente espacio. La piedra era de un mármol rosado moteado, como salmón enlatado, y todo lo que tenía era el nombre de mi padre y, debajo, dos fechas separadas por un pequeño guión.

Al pie de la lápida arreglé el húmedo ramo de azaleas que había arrancado de un arbusto en la entrada del cementerio. Entonces las piernas se me doblaron y me senté en la hierba empapada. No podía entender por qué lloraba tanto.

Entonces recordé que yo nunca había llorado la muerte de mi padre.

Mi madre tampoco había llorado, se había limitado a sonreír y había dicho cuán misericordiosa había sido para con él la muerte, porque si hubiera vivido habría quedado lisiado e inválido para toda su vida, y él no hubiera soportado eso; él hubiera preferido morir a que le sucediera algo así.

Apoyé el rostro en la lisa superficie del mármol y gemí por mi pérdida en la fría lluvia salobre.

***

Yo sabía exactamente cómo proceder.

En el momento en que los neumáticos del coche se alejaron crujiendo por la calzada y el sonido del motor se desvaneció, salté de la cama y me puse apresuradamente mi blusa blanca, mi falda verde estampada y mi impermeable negro. El impermeable estaba todavía húmedo, de la lluvia del día anterior, pero eso pronto dejaría de tener importancia.

Fui al piso bajo, cogí un sobre celeste de la mesa del comedor y garabateé en la parte de atrás, en grandes, esmeradas letras: «Voy a dar una larga caminata».

Puse el mensaje donde mi madre lo viera apenas entrara.

Entonces me reí.

Había olvidado lo más importante.

Corrí al piso de arriba y arrastré una silla hasta dentro del armario de mi madre. Me subí y cogí la pequeña caja fuerte verde del estante superior. Hubiera podido romper la tapa de metal con las manos, pues la cerradura era muy débil, pero quería hacer las cosas en forma tranquila, ordenada.

Tiré del cajón superior derecho del escritorio de mi madre, y saqué el joyero azul de su escondite, bajo los perfumados pañuelos de lino irlandés. Desprendí la llavecita del oscuro terciopelo. Luego abrí la caja fuerte y saqué el frasco de pastillas nuevas. Había más de lo que yo esperaba.

Había por lo menos cincuenta.

Si hubiera esperado hasta que mi madre me las hubiera dado, noche por noche, me hubiera llevado cincuenta noches reunir las suficientes. Y en cincuenta noches hubiera comenzado el curso, mi hermano hubiera regresado de Alemania, y sería demasiado tarde.

Volví a colocar la llave en el joyero entre el desorden de cadenas y anillos baratos, puse el joyero nuevamente en el cajón bajo los pañuelos, devolví la caja fuerte al estante del armario y puse la silla sobre la alfombra, en el lugar exacto de donde la había cogido.

Entonces bajé y entré a la cocina. Abrí el grifo y me puse un gran vaso de agua. Luego cogí el vaso de agua y el frasco de las pastillas y bajé al sótano.

Una luz tenue, submarina, se filtraba a través de las ranuras de las ventanas del sótano. Tras la estufa de petróleo, se notaba una oscura brecha en la pared aproximadamente a la altura del hombro, que seguía hacia atrás,

por debajo de la galería hasta perderse de vista. La galería le había sido añadida a la casa después de cavado el sótano, y había sido construida sobre esta secreta, profundísima grieta.

Unos viejos, podridos maderos, bloqueaban la boca del hueco. Los hice retroceder empujándolos ligeramente. Entonces coloqué el vaso y el frasco de pastillas uno al lado del otro sobre la superficie plana de uno de los troncos y comencé a alzarme.

Me tomó un buen rato levantar mi cuerpo hasta el hueco, pero al fin, después de muchos intentos, lo logré y me acurruqué en la boca de la oscuridad como un duende.

La tierra parecía amistosa bajo mis pies desnudos, pero fría. Me pregunté cuánto tiempo haría que este cuadrado específico de tierra no veía el sol. Entonces, uno tras otro, arrastré los pesados troncos cubiertos de polvo y los atravesé ante la boca del hueco. La oscuridad era espesa como terciopelo. Alcancé el vaso y el frasco y, cuidadosamente, de rodillas, con la cabeza inclinada, me arrastré hasta la pared más lejana.

Las telarañas me tocaron el rostro con la suavidad de las polillas. Envolviéndome en mi abrigo negro como en mi propia dulce sombra, destapé el frasco de pastillas y empecé a tomármelas velozmente, entre tragos de agua, una por una por una.

Al principio nada sucedió, pero cuando me acercaba al fondo del frasco, luces rojas y azules comenzaron a relampaguear ante mis ojos. El frasco se me escapó de los dedos y me recosté.

El silencio se alejó descubriendo los guijarros y las conchas y toda la sucia ruina de mi vida. Luego, en el umbral de la visión, se congregó, y en una devastadora marea me arrojó al sueño.

CAPÍTULO CATORCE

Estaba completamente oscuro.

Sentí la oscuridad, pero nada más, y mi cabeza se levantó, husmeándola, como la cabeza de un gusano. Alguien gimió. Entonces un peso grande, duro, se aplastó contra mi mejilla como una pared de piedra y el gemido cesó.

El silencio volvió a su cauce, suavizándose como se suaviza el agua negra hasta que la vieja calma retorna a su superficie después de habérsele arrojado una piedra.

Un viento fresco pasó como un rayo. Me sentía transportada por un túnel. Después el viento cesó. Hubo un rumor, como de voces discutiendo en la distancia. Luego las voces cesaron.

Un cincel se estrelló sobre mi ojo y una hendidura de luz se abrió, como una boca o una herida, hasta que la oscuridad volvió a cerrarse de golpe sobre ella. Traté de alejarme rodando de la dirección de la luz, pero unas manos se cerraron en torno a mis piernas como las vendas de una momia y no pude moverme.

Empecé a pensar que debía estar en una cámara subterránea alumbrada por luces cegadoras y que la cámara estaba llena de gente que por alguna razón me mantenía sujeta.

Entonces el cincel golpeó de nuevo y la luz se metió de un brinco en mi cabeza, y a través de la densa, tibia, aterciopelada oscuridad, una voz gritó:

—¡Madre!

El aire soplaba y jugaba sobre mi cara.

Sentí la forma de un cuarto a mi alrededor, un cuarto grande con ventanas abiertas. Una almohada se amoldaba bajo mi cabeza y mi cuerpo flotaba, sin precisión, entre delgadas sábanas.

Luego sentí calor, como una mano sobre mi cara. Debía estar acostada al sol. Si abría los ojos vería colores y formas doblándose sobre mí como enfermeras.

Abrí los ojos.

Estaba completamente oscuro.

Alguien respiraba a mi lado.

—No puedo ver —dije.

Una voz alegre habló desde la oscuridad.

—Hay montones de gente ciega en el mundo. Te casarás con un amable ciego algún día.

***

El hombre del cincel había vuelto.

—¿Para qué se molesta? —dije—. Es inútil.

—No debes hablar así.

Sus dedos tentaron la gran magulladura dolorosa sobre mi ojo izquierdo. Entonces aflojó algo y una desigual brecha de luz apareció como un agujero en una pared. Una cabeza de hombre asomaba por el borde.

—¿Me ves?

—Sí.

—¿Ves algo más?

Entonces recordé.

—No veo nada.

El agujero se estrechó y se oscureció.

—Estoy ciega.

—¡Qué disparate! ¿Quién te dijo eso?

—La enfermera.

El hombre resopló. Terminó de hacer el vendaje nuevamente sobre mi ojo.

—Eres una muchacha con mucha suerte. Tu vista está perfectamente intacta.

***

—Hay alguien que viene a verte.

La enfermera desapareció, radiante.

Mi madre se acercó a los pies de la cama con una sonrisa en los labios. Llevaba puesto un vestido estampado con ruedas de carreta moradas y tenía un aspecto horrible.

Un muchacho muy alto la seguía. Al principio no pude distinguir quién era porque mi ojo apenas se abría, pero luego vi que era mi hermano.

—Me dijeron que querías verme.

Mi madre se sentó en el borde de la cama y me puso una mano sobre la pierna. Se mostraba amorosa y llena de reproches y yo quería que se fuera.

—No creí haber dicho nada.

—Dicen que me llamaste.

Pareció a punto de llorar. Su cara se arrugó y tembló como una pálida gelatina.

—¿Cómo estás? —dijo mi hermano.

Miré a mi madre a los ojos.

—Igual —dije.

***

—Tienes un visitante.

—No quiero un visitante.

La enfermera salió con paso rápido y cuchicheó con alguien en el vestíbulo. Después regresó.

—Le gustaría mucho verte.

Bajé los ojos hasta las piernas amarillas que salían del poco familiar pijama blanco con que me habían vestido. La piel temblaba blandamente cuando me movía, como si no tuviera músculos, y estaba cubierta de un corto, espeso pelo negro.

—¿Quién es?

—Alguien a quien conoces.

—¿Cómo se llama?

—George Bakewell.

—No conozco a ningún George Bakewell.

—Él dice que te conoce.

Entonces la enfermera salió y un muchacho que me era muy familiar entró y dijo:

—¿Puedo sentarme en el borde de tu cama?

Llevaba puesta una chaqueta blanca y vi que un estetoscopio asomaba de su bolsillo. Pensé que debía de ser alguien a quien conocía, disfrazado de doctor.

Había tenido al intención de cubrirme las piernas si alguien entraba, pero ahora estaba claro que era demasiado tarde, así que las dejé a la vista tal como estaban, repugnantes y feas.

«Así soy yo —pensé—. Eso es lo que soy».

—Te acuerdas de mí, ¿verdad, Esther?

Miré de soslayo el rostro del muchacho a través de la grieta de mi ojo sano. El otro ojo no se había abierto todavía, pero el oculista decía que estaría bien en unos pocos días.

El muchacho me miraba como si yo fuera un emocionante animal nuevo en el zoológico y estaba a punto de estallar en carcajadas.

—Te acuerdas de mí, ¿verdad, Esther? —Hablaba lentamente, como se le habla a un niño torpe—. Soy George Bakewell. Asisto a la misma iglesia que tú. Una vez tuviste una cita con mi compañero de cuarto en Amherst.

Creí reconocer entonces el rostro de aquel muchacho. Revoloteaba oscuramente en el umbral de mi memoria —la clase de rostro al que jamás me molestaría en agregarle un nombre.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Soy residente en este hospital.

¿Cómo pudo este George Bakewell haber llegado a ser médico tan de repente?, me pregunté. Tampoco me conocía realmente. Sólo quería ver qué aspecto tenía una muchacha que estaba lo bastante loca como para suicidarse.

Volví la cara hacia la pared.

—Vete —dije—. Vete al diablo y no vuelvas.

***

—Quiero verme en un espejo.

La enfermera se movía con diligencia, abriendo cajón tras cajón y acomodando la ropa interior, las blusas, las faldas y los pijamas nuevos que mi madre me había comprado y que estaban metidos en un maletín de charol negro.

—¿Por qué no puedo verme en un espejo?

Me habían vestido con una túnica a rayas grises y blancas, como la funda de un colchón, con un ancho y brillante cinturón rojo, y me habían sentado en una poltrona.

—¿Por qué no puedo?

—Porque es mejor que no.

La enfermera cerró la tapa del maletín con un golpecito.

—¿Por qué?

—Porque no tienes un bonito aspecto.

—Oh, sólo déjame ver.

La enfermera suspiró y abrió el cajón superior de la cómoda. Sacó un espejo grande con un marco de madera que hacía juego con la madera de la cómoda y me lo pasó.

Al principio no veía cuál era el problema. No era de ninguna manera un espejo, sino un retrato.

No se sabía a ciencia cierta si la persona del retrato era un hombre o bien una mujer porque el cabello estaba afeitado y brotaba en erizados mechones como plumas de pollo por toda la cabeza. Un lado de la cara de la persona estaba morado y sobresalía sin forma definida tirando a verde en los bordes y luego a un amarillo descolorido. La boca era marrón pálido, con una llaga rosada en cada esquina.

Lo más sobrecogedor del rostro era su sobrenatural conjunto de brillantes colores.

Intenté sonreír. La boca del espejo se hundió en una mueca.

Un minuto después del ruido de cristales rotos otra enfermera entró corriendo. Le echó una mirada al espejo, y a mí, que estaba de pie sobre los ciegos, blancos pedazos, y sacó a la enfermera joven a empujones del cuarto.

—¿No te lo dije? —podía oírla decir.

—Pero yo sólo…

—¿No te lo dije?

Escuché con cierto interés. Cualquiera podía dejar caer un espejo. No veía por qué tenían que irritarse tanto.

La otra enfermera, la más vieja, volvió a entrar al cuarto. Permaneció ahí, con los brazos cruzados, mirándome duramente.

—Siete años de mala suerte.

—¿Qué?

—Dije —la enfermera alzó la voz como si le hablara a un sordo— siete años de mala suerte.

La enfermera joven regresó con un recogedor y un cepillo y comenzó a barrer los resplandecientes fragmentos.

—Eso es sólo una superstición —dijo entonces.

—¡Aja!

La segunda enfermera se dirigió a la que estaba agachada como si yo no estuviera allí.

—¡Tú-sabes-dónde se encargarán de ella!

***

Por la ventana trasera de la ambulancia podía ver calle tras calle familiar esfumándose en una verde distancia veraniega.

Mi madre estaba sentada a uno de mis lados y mi hermano al otro.

Había simulado no saber por qué me trasladaban del hospital de mi pueblo a un hospital de la ciudad, para ver qué decían ellos.

—Quieren que estés en una sala especial —dijo mi madre—. No tienen esa clase de sala en nuestro hospital.

—Me gustaba estar donde estaba.

La boca de mi madre se contrajo.

—Hubieras debido portarte mejor entonces.

—¿Qué?

—No hubieras debido romper ese espejo. Quizás entonces te hubieran dejado quedarte.

Pero por supuesto yo sabía que el espejo no tenía nada que ver con el asunto.

***

Me senté en la cama con las sábanas hasta el cuello.

—¿Por qué no puedo levantarme? No estoy enferma.

—Toca la ronda en la sala —dijo la enfermera—. Podrás levantarte después de la ronda.

Echó hacia atrás las cortinas de la cama y reveló a una gorda joven italiana en la cama próxima.

La italiana tenía una masa de bucles negros que partían de la frente, se levantaban en un abultado copete y caían por su espalda. Cada vez que se movía, el enorme peinado se movía con ella como si estuviera hecho de tieso papel negro.

La mujer me miró y rió.

—¿Por qué estás aquí? —No esperó respuesta—. Yo estoy aquí a causa de mi suegra franco-canadiense —volvió a reír—. Mi esposo sabe que no la soporto, y aun así dijo que ella podía venir a visitarnos, y cuando vino, mi lengua pudo más que mi cabeza, no pude detenerla. Me trajeron apresuradamente a Emergencias y luego me subieron aquí —bajó la voz—. Junto con los locos. —Después dijo—: ¿Qué te ocurre a ti?

Volví hacia ella mi cara entera, con su ojo saltón morado y verde.

—Traté de matarme.

La mujer me clavó la vista. Entonces, cogió precipitadamente una revista cinematográfica de su mesa de noche y fingió leer.

La puerta batiente de frente a mi cama se abrió de golpe y entró una tropa de muchachos y muchachas jóvenes con chaquetas blancas, acompañados por un hombre mayor de pelo gris. Sonreían todos con brillantes sonrisas artificiales. Se agruparon al pie de mi cama.

—¿Y cómo se siente esta mañana, señorita Greenwood?

Traté de decidir cuál había hablado. Odio decirle algo a un grupo de personas. Cuando le hablo a un grupo de personas siempre tengo que escoger una y hablarle a ésa, y mientras hablo siento constantemente que los otros me están mirando y aprovechándose injustamente. También odio que la gente pregunte alegremente cómo está uno cuando sabe que se siente infernalmente, y espera que uno diga «Muy bien».

—Me siento desdichada.

—¿Desdichada? Hum… —dijo alguien, y un chico bajó la cabeza con una sonrisita. Otro garrapateó algo en una libreta. Entonces alguien puso una cara seria y solemne y dijo—: ¿Y por qué se siente desdichada?

Pensé que algunos de los chicos y chicas de ese brillante grupo muy bien podían ser amigos de Buddy Willard. Sabrían que yo lo conocía y tendrían curiosidad por verme, y después chismorrearían sobre mí entre ellos. Quería estar donde nadie que conociera pudiera llegar jamás.

—No puedo dormir…

Me interrumpieron.

—Pero la enfermera dice que durmió anoche.

Miré alrededor del semicírculo de frescos y extraños rostros.

—No puedo leer.

Alcé la voz.

—No puedo comer.

Pensé que había estado comiendo vorazmente desde el momento en que recobré la conciencia.

Los del grupo se habían dado vuelta y murmuraban en voz baja entre sí. Finalmente, el hombre de pelo gris se adelantó.

—Gracias, señorita Greenwood. Un médico de plantilla la verá dentro de poco.

Entonces el grupo se movió hasta la cama de la italiana.

—¿Y cómo se siente hoy, señora…? —dijo alguien y el nombre sonó largo y lleno de eles, como señora Tomolillo.

La señora Tomolillo rió.

—Oh, me siento bien, doctor, muy bien.

Entonces bajó la voz y susurró algo que no pude oír. Una o dos personas del grupo me lanzaron una rápida mirada.

—Bueno, señora Tomolillo —dijo alguien luego y otro se adelantó y corrió las cortinas que separaban nuestras camas, como una pared blanca.

***

Me senté en el extremo de un banco de madera en el cuadrado de hierba entre las cuatro paredes de ladrillo del hospital. Mi madre, con su vestido de ruedas de carreta moradas, se sentó en el otro extremo. Tenía la cabeza apoyada en la mano, el dedo índice en la mejilla y el pulgar bajo la barbilla.

La señora Tomolillo estaba sentada con unos italianos de pelo oscuro que se reían en el banco más próximo. Cada vez que mi madre se movía, la señora Tomolillo la imitaba. Ahora la señora Tomolillo estaba sentada con el dedo índice en la mejilla y el pulgar bajo la barbilla y tenía la cabeza pensativamente inclinada hacia un lado.

—No te muevas —le dije a mi madre en voz rápida—. Esa mujer te está imitando.

Mi madre se giró para mirar a su alrededor, pero, rápida como un guiño, la señora Tomolillo dejó caer sus gordas, blancas manos en el regazo y comenzó a hablar vivazmente a sus amigos.

—Pero no, no está haciendo nada —dijo mi madre—. Ni siquiera nos presta atención.

Pero en el minuto en que mi madre se volvió hacia mí, la señora Tomolillo juntó las puntas de los dedos como acababa de hacer mi madre y me lanzó una negra y burlona mirada.

El césped estaba blanco de médicos.

Mientras mi madre y yo estuvimos sentadas allí, en el estrecho cono de sol que llegaba hasta el fondo de las altas paredes de ladrillo, los médicos se me habían estado acercando y presentándose. «Soy el doctor Fulano, soy el doctor Mengano».

Algunos eran tan jóvenes que yo sabía que no podían ser médicos graduados y uno de ellos tenía un nombre raro que sonaba exactamente como doctor Sífilis, y empecé a fijarme en los nombres sospechosos, falsos;

y ciertamente, un tipo de pelo oscuro que se parecía mucho al doctor Gordon, salvo en que tenía la piel negra donde el doctor Gordon la tenía blanca, se me acercó y dijo: «Soy el doctor Páncreas», y me estrechó la mano.

Después de haberse presentado, todos los médicos se mantenían a una distancia desde la cual pudieran escuchar, solamente que no podía decir a mi madre que estaban anotando cada una de las palabras que decíamos sin que ellos me oyeran, así que decidí inclinarme hacia ella y murmurarle al oído.

Mi madre se echó vivamente hacia atrás.

—Oh, Esther, quisiera que cooperaras. Dicen que no cooperas. Dicen que no le hablas a ninguno de los doctores ni haces nada en la Terapia Ocupacional…

—Tengo que salir —le dije con toda intención—. Entonces estaré bien. Tú me metiste aquí; sácame.

Pensé que si tan sólo conseguía persuadir a mi madre de que me sacara del hospital, podría explotar sus simpatías, como aquel muchacho de la obra teatral que tenía una enfermedad cerebral, y podría convencerla de que era lo mejor que se podía hacer.

Para mi sorpresa mi madre dijo:

—Bueno, trataré de sacarte de aquí… aunque sólo sea para ir a un lugar mejor. Si trato de sacarte —me puso una mano sobre la rodilla—, ¿me prometes portarte bien?

Giré sobre mí misma y miré ferozmente al doctor Sífilis, que estaba junto a mi codo tomando notas en una diminuta y casi invisible libreta.

—Lo prometo —dije en voz alta y conspicua.

***

El negro entró con el carro de la comida al comedor de los pacientes. La Sala Psiquiátrica del hospital era muy pequeña —sólo dos corredores en forma de L— con cuartos todo a lo largo, y una alcoba con camas, detrás de la tienda de la T.O., en la cual yo estaba, y un pequeño espacio, con una

mesa y varias sillas, junto a una ventana en la esquina de la L, que era nuestra sala de descanso y comedor.

Habitualmente era un arrugado viejecito blanco el que nos traía la comida, pero hoy era un negro. Estaba con una mujer que llevaba unos zapatos de tacón puntiagudos y ella le iba diciendo lo que tenía que hacer. El negro reía con sofoco en una forma tonta.

Entonces nos trajo una bandeja a la mesa con tres fuentes de hojalatas tapadas y empezó a ponerlas con estrépito. La mujer salió de la habitación, cerrando la puerta con llave tras ella. Durante todo el tiempo que el negro pasó colocando las soperas y luego los abollados cubiertos y la gruesa loza blanca, entrechocándolo todo, nos observó con grandes ojos desorbitados.

Comprendí que éramos los primeros locos que veía.

Nadie en la mesa hizo ningún movimiento para quitar las tapas de las fuentes de hojalata, y la enfermera esperó para ver si alguno de nosotros las quitaba antes de venir a hacerlo ella. Generalmente la señora Tomolillo quitaba las tapas y le servía la comida a todo el mundo como una madrecita, pero la mandaron a casa y nadie parecía querer tomar su lugar.

Me estaba muriendo de hambre, así que levanté la tapa de la primera fuente.

—Eso es muy amable de tu parte, Esther —dijo la enfermera, satisfecha —, ¿Te gustaría servirte unas judías y pasárselas a los demás?

Me serví una ración de judías verdes y me volví para pasarle la fuente a la enorme pelirroja de mi derecha. Ésta era la primera vez que a la pelirroja se le permitía sentarse a la mesa. La había visto una vez, al final del corredor en forma de L, frente a una puerta abierta sobre la cual había una ventana cuadrada con barrotes.

Gritaba y caía groseramente y se daba golpes en los muslos ante los doctores que pasaban, y el asistente de chaqueta blanca que cuidaba a la gente de ese extremo de la sala estaba recostado contra el radiador del vestíbulo, riendo a más no poder.

La pelirroja me arrebató la sopera y la volcó sobre su plato. Las judías se amontonaron frente a ella y se desparramaron por su falda y por el suelo como tiesas y verdes pajas.

—¡Oh, señora Mole! —dijo la enfermera con voz triste—. Creo que será mejor que coma hoy en su cuarto.

Y devolvió casi todas las judías a la fuente y se la dio a la persona que seguía a la señora Mole y se llevó a la señora Mole. Durante todo el camino por el pasillo hacia su cuarto la señora Mole no dejó de volverse y hacernos muecas y feos ruidos y gruñidos.

El negro había regresado y estaba empezando a recoger los platos vacíos, de gente que todavía no se había servido judías.

—No hemos terminado —le dije—. Puedes esperar.

—¡Ajá, ajá! —El negro abrió mucho los ojos con duda burlona. Miró a su alrededor. La enfermera no había regresado todavía de encerrar a la señora Mole. El negro me hizo una reverencia insolente.

—Señorita Puerca-Porquería —me dijo en voz muy baja.

Levanté la tapa de la segunda fuente y descubrí un pastel de macarrones frío como la piedra y pegado, formando una pasta viscosa. La tercera y última fuente estaba repleta de judías blancas.

Claro que yo sabía que no se sirven dos clases de judías en una misma comida. Judías y zanahorias, o judías y guisantes, quizás, pero nunca judías y judías. El negro estaba probando a ver cuánto nos servíamos.

La enfermera regresó y el negro se hizo a un lado. Comí todo lo que pude de las judías blancas. Entonces me levanté de la mesa y la rodeé hacia el lado en que la enfermera no me podía ver desde la cintura para abajo y pasé por detrás del negro, que estaba recogiendo los platos sucios. Eché el pie hacia atrás y le di una aguda y fuerte patada en la pantorrilla.

El negro brincó, dando un alarido y me miró con los ojos desorbitados.

—Oh, señorita, señorita —se lamentó frotándose la pierna—. No debió hacer eso, no debió verdaderamente, no debió.

—Eso es lo que te ganaste —dije, y lo miré fijamente.

***

—¿No quieres levantarte hoy?

—No. —Me arrebujé más en la cama y me cubrí con la sábana. Luego levanté una punta y miré hacia afuera. La enfermera estaba sacudiendo el

termómetro que me acababa de quitar de la boca.

—¿Lo ve? Está normal.

Yo había mirado el termómetro antes de que ella viniera, corno lo hacía siempre.

—¿Lo ve? Está normal. ¿Para qué sigue tomándome la temperatura?

Quería decirle que si tan sólo algo anduviera mal en mi cuerpo sería magnífico, preferiría que algo funcionara mal en mi cuerpo a que funcionara mal en mi cabeza, pero la idea parecía tan complicada que no dije nada. Sólo me hundí más adentro de la cama.

Entonces, a través de la sábana, sentí una ligera, molesta presión en la pierna. Atisbé hacia afuera. La enfermera había puesto su bandeja de termómetros en mi cama mientras me daba la espalda y le tomaba el pulso a la persona que dormía a mi lado, en el lugar de la señora Tomolillo.

Una pesada malignidad corrió por mis venas, irritante y atractiva como el dolor de un diente flojo. Bostecé y me estiré como si fuera a darme vuelta y deslicé el pie bajo la caja.

—¡Oh! —La exclamación de la enfermera sonó como un grito pidiendo auxilio y otra enfermera vino corriendo—, ¡Mira lo que has hecho!

Saqué la cabeza fuera de las mantas y miré por encima del borde de la cama. Alrededor de la bandeja de esmalte volcada resplandecía una estrella de fragmentos de termómetros, y las bolitas de mercurio temblaban como rocío celestial.

—Lo siento —dije—. Fue un accidente.

La segunda enfermera me miró malévolamente.

—Lo hiciste a propósito. Te vi.

Entonces salió apresuradamente y casi de inmediato vinieron dos asistentes y me llevaron, con cama y todo, al viejo cuarto de la señora Mole, pero no antes de que yo hubiera recogido una pelotita de mercurio.

Poco después de que cerraran con llave la puerta pude ver la cara del negro, una luna color de melaza, elevada sobre el enrejado de la ventana, pero simulé no darme cuenta.

Abrí los dedos como una niña con un secreto y sonreí a la esfera plateada pegada a mi palma. Si la dejaba caer, se rompería en un millón de

diminutas réplicas de mí misma, y si las arrimaba unas a otras se fundirían, sin una grieta, nuevamente en un todo.

Le sonreí y sonreí a la pequeña esfera plateada.

No lograba imaginar qué habrían hecho con la señora Mole.

CAPÍTULO QUINCE

El Cadillac negro de Philomena Guinea se deslizaba reposadamente a través del apretado tránsito de las cinco, como un coche de ceremonias. Pronto atravesaría uno de los cortos puentes que pasaban en arcos sobre el Charles, y yo, sin pensarlo, abriría la puerta y me lanzaría por entre la corriente del tránsito hasta la baranda del puente. Un salto, y el agua me cubriría la cabeza.

Ociosamente pellizqué entre mis dedos un *kleenex* hasta reducirlo a pequeñas pelotitas, del tamaño de píldoras, y esperé mi oportunidad. Estaba sentada en el centro del asiento trasero del Cadillac, mi madre estaba a uno de mis costados y mi hermano al otro; ambos, ligeramente inclinados hacia adelante, como barras diagonales, uno atravesado en cada puerta.

Frente a mí podía ver la extensión rubicunda del cuello del chófer emparedado entre una gorra azul y las hombreras de una chaqueta azul y, al lado, como un pájaro delicado y exótico, el cabello plateado y el sombrero con plumas esmeralda de Philomena Guinea, la famosa novelista.

Yo no sabía muy bien por qué había aparecido la señora Guinea. Todo lo que sabía era que se había interesado en mi caso y que una vez, en la cúspide de su carrera, ella también había estado en un manicomio.

Mi madre dijo que la señora Guinea le había enviado un telegrama desde las Bahamas, donde había leído sobre mí en un periódico de Boston. La señora Guinea había preguntado en el telegrama: «¿Hay un muchacho en el caso?».

Si había un muchacho en el caso, la señora Guinea no podía, por supuesto, tener nada que ver con ello.

Pero mi madre había respondido, también por telegrama:

«No, son los escritos de Esther. Ella cree que no escribirá nunca más».

Así que la señora Guinea había volado de vuelta a Boston, me había sacado de la estrecha sala del hospital de la ciudad y ahora me llevaba a un hospital privado que tenía prados y campos de golf y jardines, como un club de campo, en el cual ella pagaría por mí, como si tuviera una beca, hasta que los doctores de allí que ella conocía me hubieran curado.

Mi madre me dijo que debía estar muy agradecida. Dijo que yo le había gastado casi todo su dinero y que si no fuera por la señora Guinea, no sabía dónde estaría yo. Yo sabía dónde estaría, sin embargo. Estaría en el gran hospital del Estado, en las afueras, pared con pared de este sitio privado.

Sabía que debía estarle agradecida a la señora Guinea, sólo que no podía sentir nada. Si la señora Guinea me hubiera dado un pasaje a Europa, o un viaje alrededor del mundo, no hubiera habido la menor diferencia para mí, porque donde quiera que estuviera sentada —en la cubierta de un barco o en la terraza de un café en París o en Bangkok— estaría sentada bajo la misma campana de cristal, agitándome en mi propio aire viciado.

El cielo azul abría su cúpula sobre el río, y el río estaba punteado de veleros. Me preparé, pero inmediatamente mi madre y mi hermano apoyaron una mano sobre la manija de cada puerta. Los neumáticos zumbaron brevemente sobre la rejilla del puente. Aguas, velas, cielo azul y gaviotas suspendidas pasaron rápidamente como una improbable postal, y habíamos pasado.

Me arrellané en el asiento de felpa gris y cerré los ojos. El aire de la campana de cristal se acolchaba a mi alrededor y yo no podía moverlo.

***

¡Volvía a tener mi propia habitación!

Me recordaba la habitación del hospital del doctor Gordon: una cama, un escritorio, un ropero, una mesa y una silla. Una ventana con persiana, pero sin barrotes. Mi cuarto estaba en el primer piso, y la ventana, a poca distancia por encima del piso tapizado de agujas de pino, miraba hacia un patio boscoso, circundado por una pared de ladrillo rojo. Si saltaba, ni siquiera me magullaría las rodillas. La superficie interna de la alta pared parecía lisa como el vidrio.

El cruce del puente me había acobardado.

Había perdido una espléndida oportunidad. El agua del río había pasado junto a mí como una bebida intocada. Sospeché que aun cuando mi madre y hermano no hubieran estado allí, yo no hubiera hecho ningún intento de saltar.

Cuando me registré, en el edificio principal del hospital, una joven delgada se nos había acercado y se había presentado.

—Soy la doctora Nolan. Voy a ser quien atienda a Esther.

Me sorprendí de tener como médico a una mujer. Yo no creía que hubiera mujeres psiquiatras. Esta mujer era un cruce entre Myrna Loy y mi madre. Llevaba puesta una blusa blanca y una falda sujeta a la cintura por un ancho cinturón de cuero y elegantes gafas en forma de medias lunas.

Pero después que una enfermera me hubo acompañado hasta el otro lado del prado, hasta el lóbrego edificio de ladrillos llamado Caplan, donde yo iba a vivir, la doctora Nolan no vino a verme; en lugar de ella vino un montón de hombres extraños.

Yo permanecí acostada en mi cama bajo la gruesa manta blanca y ellos entraron en mi cuarto, uno por uno, y se presentaron. Yo no alcanzaba a entender por qué había tantos ni por qué se presentaban, y empecé a sospechar que me estaban probando, para ver si me daba cuenta de que eran demasiados, y me puse en guardia.

Finalmente un elegante doctor de cabello blanco entró y dijo que él era el director de hospital. Entonces comenzó a hablar de los peregrinos y los indios y de quién poseyó la tierra después de ellos, y de qué ríos pasaban cerca, y de quién había construido el primer hospital y de cómo éste se había quemado, y de quién había construido el siguiente hospital, hasta que pensé que debía estar esperando ver cuándo yo lo interrumpiría para decirle que sabía que todo aquello de los ríos y de los peregrinos era un montón de tonterías.

Pero entonces pensé que en parte podía ser verdad, así que traté de separar lo que probablemente fuera verdad y lo que no, sólo que antes de que pudiera hacerlo, él ya había dicho adiós.

Esperé hasta que oí que las voces de todos los doctores se desvanecían. Entonces retiré la manta blanca, me puse los zapatos y salí al vestíbulo.

Nadie me detuvo, por lo que doblé la esquina de mi ala del vestíbulo y pasé a otro, más grande, por delante de un comedor abierto.

Una camarera con uniforme verde estaba poniendo las mesas para la cena. Había manteles de lino blanco y vasos, y servilletas de papel. Almacené en un rincón de mi mente el hecho de que había vasos de verdad, igual que una ardilla almacena una nuez. En el hospital de la ciudad bebíamos en vasitos de papel y no teníamos cuchillos para cortar la carne. La carne estaba siempre tan cocida que podíamos cortarla con un tenedor.

Finalmente llegué a un gran salón con muebles gastados y una alfombra raída. Una muchacha con una redonda cara de pastel y cortos cabellos negros estaba sentada en un sillón leyendo una revista. Me recordó a una guía de las Girl Scouts que había tenido una vez. Eché un vistazo a sus pies, y ciertamente, llevaba puestos esos zapatos planos de cuero marrón con una lengüeta de flecos cayendo sobre el empeine, que se supone son tan deportivos, y los cordones estaban anudados en los extremos con pequeñas bellotas de imitación.

La muchacha levantó los ojos y sonrió.

—Yo soy Valerie. ¿Quién eres tú?

Simulé no haber oído y salí del salón andando hacia el extremo del ala próxima. En el camino, pasé una puerta que llegaba sólo hasta la cintura, tras la cual vi a algunas enfermeras.

—¿Dónde está todo el mundo?

—Afuera.

La enfermera escribía algo una y otra vez, sobre pequeños trozos de tirita adhesiva. Me incliné sobre la media puerta para ver lo que estaba escribiendo y era E. Greenwood, E. Greenwood, E. Greenwood.

—¿Afuera, dónde?

—Oh, T.O., en el campo de golf, jugando al volante.

Reparé en un montón de ropa sobre la silla al lado de la enfermera. Era la misma ropa que la enfermera del primer hospital estaba guardando en el maletín de cuero negro cuando rompí el espejo. La enfermera se puso a pegar una etiqueta en cada prenda.

Regresé andando al salón. No entendía qué estaba haciendo aquella gente, jugando al volante y al golf. No debían de estar verdaderamente

enfermos, en última instancia, si hacían eso.

Me senté cerca de Valerie y la observé cuidadosamente. Sí, pensé, podría muy bien estar en un campamento de Girl Scouts. Estaba leyendo su gastado ejemplar de *Vogue* con mucho interés.

«¿Qué demonios está haciendo aquí? —me preguntaba—. No le pasa nada en absoluto».

***

—¿Te importa si fumo? —La doctora Nolan se reclinó en el sillón junto a mi cama.

Dije que no, que me gustaba el olor del humo. Pensé que si la doctora Nolan fumaba tal vez se quedara más tiempo. Era la primera vez que venía a hablar conmigo. Cuando se fuera, yo simplemente caería en mi antiguo vacío.

—Cuéntame algo del doctor Gordon —dijo la doctora Nolan repentinamente—. ¿Te caía bien?

Le lancé a la doctora Nolan una mirada cautelosa. Pensé que todos los doctores debían de estar aliados y que en algún lugar de ese hospital, en un rincón escondido, reposaba una máquina exactamente igual a la del doctor Gordon, lista para sacudirme hasta la médula y sacarme de mi propia piel.

—No —dije—. No me gustaba en absoluto.

—Eso es interesante. ¿Por qué?

—No me gustó lo que me hizo.

—¿Qué te hizo?

Le conté a la doctora Nolan acerca de la máquina, y los relámpagos azules, y las sacudidas y el ruido. Mientras se lo contaba se quedó muy quieta.

—Eso fue un error —dijo luego—. No se supone que sea así.

La miré fijamente.

—Si se hace correctamente —dijo la doctora Nolan—, es como quedarse dormido.

—Si alguien me hace eso de nuevo, me mataré.

La doctora Nolan dijo firmemente:

—No recibirás ningún tratamiento de electroshock aquí. O si lo recibes —corrigió— te lo diré con anticipación y te prometo que no será nada como lo que recibiste antes. Pero —terminó— si a algunas personas hasta les gusta…

Después que la doctora Nolan se hubo ido encontré una caja de cerillas en el antepecho de la ventana. No era una caja de tamaño corriente, sino una caja extremadamente diminuta. La abrí y dejé al descubierto una hilera de palitos blancos con puntas rosadas. Traté de prender uno y se deslizó en mi mano.

No se me ocurría para qué la doctora Nolan me había dejado algo tan estúpido. Quizá quería ver si la devolvía. Cuidadosamente guardé los fósforos de juguete en el dobladillo de mi nueva bata de lana. Si la doctora Nolan me preguntaba por los fósforos le diría que había creído que estaban hechos de caramelo y me los había comido.

***

Una nueva mujer se había mudado al cuarto contiguo al mío. Pensé que debía de ser la única persona más nueva que yo en el edificio, así que no sabría cuán verdaderamente mal estaba yo, como lo sabían las demás. Pensé que podía entrar y hacer amistad con ella.

La mujer estaba echada en su cama con un vestido morado que se cerraba en el cuello con un camafeo y le llegaba a media distancia entre las rodillas y los zapatos. Tenía el pelo rojizo anudado en una cola de caballo de aspecto escolar, y delgadas gafas con montura plateada sujetas al bolsillo del pecho por una goma negra.

—Hola —dije en tono de conversación, sentándome en el borde de la cama—. Mi nombre es Esther. ¿Cuál es su nombre?

La mujer no se inmutó, simplemente levantó la vista al techo. Me sentí herida. Pensé que era probable que Valerie o alguien le hubiese dicho, nada más llegar, lo estúpida que yo era.

Una enfermera asomó la cabeza por la puerta.

—Oh, estás ahí —me dijo—. Visitando a la señorita Norris. ¡Qué amable! —Y volvió a desaparecer.

No sé cuánto tiempo pasé sentada allí, observando a la mujer vestida de morado y preguntándome si sus fruncidos labios rosados se abrirían y, si se abrían, qué dirían.

Finalmente, sin hablar ni mirarme, la señorita Norris balanceó los pies, con las altas, negras y abotonadas botas, sobre el otro lado de la cama, y salió de la habitación. Pensé que tal vez estuviera tratando de deshacerse de mí de una manera sutil. Silenciosamente, a corta distancia, la seguí por el vestíbulo.

La señorita Norris llegó a la puerta del comedor y se detuvo. Todo el trayecto hasta el comedor lo había recorrido con precisión, colocando los pies en el mismo centro de las rosas del tamaño de coles que atravesaban en dos líneas paralelas el dibujo de la alfombra. Esperó un momento y luego, uno por uno, levantó los pies por sobre el umbral y entró al comedor, como si estuviera pisando un escalón invisible.

Se sentó a una de las mesas redondas cubiertas con un mantel y desplegó una servilleta en su regazo.

—Todavía falta una hora para la cena —gritó la cocinera desde la cocina.

Pero la señorita Norris no respondió. Se limitó a mirar más allá de ella, cortésmente.

Puse una silla frente a ella, al otro lado de la mesa, y desdoblé una servilleta. No hablamos, sino que permanecimos sentadas allí, en un íntimo y fraternal silencio, hasta que el gong que anunciaba la cena sonó en el vestíbulo.

***

—Acuéstate —dijo la enfermera—. Te voy a poner otra inyección.

Me volví en la cama hasta quedar boca abajo y me levanté la falda de un tirón. Luego me bajé los pantalones de mi pijama de seda.

—Dios mío, ¿qué es eso que tienes ahí debajo? —Pijamas. Para no tener que molestarme en ponérmelos y quitármelos a cada rato.

La enfermera emitió un ruidito como un cloqueo.

—¿Qué lado? —dijo entonces. Era un chiste entre nosotras.

Levanté la cabeza y le eché una ojeada a mis desnudas nalgas. Estaban magulladas y se veían moradas, verdes y azules a causa de pasadas inyecciones. El lado izquierdo se veía más oscuro que el derecho.

—El derecho.

—Tú lo has dicho.

La enfermera clavó la aguja, y yo di un respingo, saboreando el pequeño dolor. Tres veces al día las enfermeras me inyectaban, y aproximadamente una hora después de cada inyección rae daban una taza de zumo de frutas azucarado y permanecían allí, observándome mientras lo tomaba.

—Afortunada tú —dijo Valerie—. Te mantienen con insulina.

—Nada sucede.

—Oh, sucederá. A mí me la han dado. Dime cuando tengas una reacción.

Pero nunca parecía tener una reacción. Sólo engordaba y engordaba. Ya había llenado las nuevas ropas, demasiado grandes, que mi madre había traído, y cuando miraba mi estómago hinchado y mis anchas caderas pensaba que era una suerte que la señora Guinea no me hubiera visto así, porque tenía el mismo aspecto que si fuera a tener un bebé.

—¿Has visto mis cicatrices?

Valerie echó hacia un lado su flequillo negro y me indicó dos marcas pálidas, una a cada lado de la frente, como si alguna vez le hubieran comenzado a salir cuernos, pero se los hubiera cortado.

Íbamos caminando nosotras dos solas con la fisioterapeuta, por los jardines del manicomio. Ahora me dejaban salir a caminar más y más frecuentemente. Nunca dejaban salir a la señorita Norris.

Valerie dijo que la señorita Norris no debía estar en Caplan sino en un edificio para gente peor llamado Wymark.

—¿Sabes lo que son estas cicatrices? —insistió Valerie.

—No, ¿qué son?

—Me hicieron una lobotomía.

Miré a Valerie con respeto, apreciando por primera vez su marmórea calma.

—¿Cómo te sientes?

—Muy bien. Ya no estoy irritada, antes estaba siempre furiosa. Estaba en Wymark, antes, y ahora estoy en Caplan. Ahora puedo ir al pueblo, o de compras o a un cine, con una enfermera.

—¿Qué vas a hacer cuando salgas?

—Oh, yo no me voy —Valerie se rió—. Me gusta estar aquí.

***

—¡Día de mudanza!

—¿Por qué habría de mudarme?

La enfermera continuó abriendo y cerrando alegremente mis cajones vaciando el armario, doblando mis pertenencias y guardándolas en el maletín negro.

Pensé que debían de estarme mudando al fin a Wymark.

—Oh, sólo te mudas a la parte delantera de la casa —dijo la enfermera jubilosamente—. Te gustará. Hay mucho más sol.

Cuando salimos al vestíbulo vi que también la señorita Norris se estaba mudando. Una enfermera joven y alegre como la mía estaba parada en el vano de la puerta del cuarto de la señorita Norris, ayudándola a ponerse un abrigo morado con un delgado cuello de piel de ardilla.

Hora tras hora yo había estado montando guardia a la cabecera de la señorita Norris, rehusando la diversión de la T.O., las caminatas, los partidos de volante, y hasta las películas semanales que me gustaban y a las que la señorita Norris nunca asistía, simplemente por cavilar sobre el pálido, mudo anillo de sus labios.

Pensaba en lo emocionante que sería el que abriera la boca y hablara, y yo me apresuraría a llegar al vestíbulo y anunciárselo a las enfermeras. Me alabarían por haber animado a la señorita Norris, y probablemente me concederían el privilegio de ir de compras y de ir al cine en el pueblo, y mi fuga estaría asegurada.

Sin embargo, durante todas mis horas de vigilia a la señorita Norris no le había visto abrir la boca siquiera.

—¿A dónde te mudas? —le pregunté ahora.

La enfermera le tocó el codo a la señorita Norris, y ésta entró en movimiento como una muñeca con ruedas.

—Va a Wymark —me dijo mi enfermera en voz baja—. Me temo que la señorita Norris no está progresando como tú.

Observé a la señorita Norris levantar el pie y luego el otro, sobre el invisible escalón que obstaculizaba el umbral delantero.

—Tengo una sorpresa para ti —dijo la enfermera mientras me instalaba en una soleada habitación en el ala delantera, que miraba a los verdes campos de golf—. Alguien a quien conoces acaba de llegar hoy.

—¿Alguien a quien conozco?

La enfermera rió.

—No me mires así. No es un policía.

Entonces, como yo no dije nada, añadió:

—Ella dice que es una vieja amiga tuya. Vive al lado. ¿Por qué no le haces una visita?

Pensé que la enfermera debía de estar bromeando. Y que si tocaba en la puerta próxima a la mía no escucharía respuesta, sino que entraría y encontraría a la señorita Norris en su abrigo morado con cuello de ardilla abotonado y echada en la cama, la boca brotando del apacible jarrón de su cuerpo como el capullo de una rosa.

De todos modos salí y llamé a la puerta vecina.

—¡Entre! —dijo una voz alegre.

Abrí la puerta unos milímetros y miré dentro de la habitación. La chica grande y caballuna en pantalones de montar que estaba sentada a la ventana, levantó la vista con una amplia sonrisa.

—Esther —sonó como si le faltara el aliento, como si hubiera estado corriendo una larga, larga distancia y sólo ahora acabara de llegar a un alto —. Qué agradable verte. Me dijeron que estabas aquí.

—¿Joan? —dije tentativamente, y luego—: ¡Joan! —confusa e incrédula.

Joan sonrió de alegría, mostrando sus grandes, centelleantes e inconfundibles dientes.

—Soy yo realmente. Sabía que te sorprenderías.

CAPÍTULO DIECISÉIS

La habitación de Joan, con su ropero y su escritorio y su mesa y su silla y su manta blanca con la gran C azul, era una imagen especular de la mía. Se me ocurrió que Joan, habiendo sabido dónde estaba yo, había alquilado una habitación en el sanatorio con un pretexto, simplemente como una broma. Eso explicaría por qué le había dicho a la enfermera que yo era su amiga. Nunca había conocido a Joan, excepto a una fría distancia.

—¿Cómo llegaste aquí? —Me acurruqué sobre la cama de Joan.

—Leí acerca de ti —dijo Joan.

—¿Qué?

—Leí acerca de ti y me escapé.

—¿Qué quieres decir? —dije llanamente.

—Bueno —Joan se recostó en el sillón de cretona floreada del sanatorio—, tenía un empleo de verano, en el que trabajaba para el jefe de una de las ramas de cierta fraternidad, como los francmasones, tú sabes, pero no eran los francmasones, y me sentía terriblemente mal. Tenía unos juanetes que casi no me dejaban caminar, en los últimos días tenía que usar botas de goma en vez de zapatos para ir al trabajo y te puedes imaginar cómo eso afectó mi ánimo.

Pensé que Joan estaba loca —usando botas de goma para ir al trabajo—, o debía estar tratando de ver cuán loca estaba yo, creyendo todo eso. Además, sólo a los viejos les salen juanetes. Decidí simular que yo creía que estaba loca y que sólo le estaba siguiendo la corriente.

—Siempre me siento miserable sin zapatos —dije con una sonrisa ambigua—. ¿Te dolían mucho los pies?

—Terriblemente. Y mi jefe, que acababa de separarse de su esposa, no podía divorciarse de inmediato porque eso no estaba bien visto en aquella

orden fraternal, continuaba llamándome cada minuto, y cada vez que me movía me dolían endiabladamente los pies, pero en el segundo en que me sentaba, volvía a sonar el timbre de llamada y ya tenía otra cosa que quería quitarse de encima…

—¿Por qué no renunciaste?

—Oh, sí, lo dejé, más o menos. Faltaba al trabajo con permiso, alegando enfermedad. No salía. No veía a nadie. Oculté el teléfono en un cajón y jamás contestaba… Entonces mi doctor me invitó a ver un psiquiatra de un gran hospital. Tenía una cita para las doce, y estaba en un estado horrible. Finalmente, a las doce y media, la recepcionista salió y me dijo que el doctor había salido a almorzar. Me preguntó si quería esperar y le dije que sí.

—¿Regresó el doctor? —La historia sonaba demasiado complicada para que Joan la hubiera inventado toda, pero la incité a que continuara para ver cuál era el resultado.

—Oh, sí. Yo me iba a matar, ya lo creo. Dije: «Si este doctor no hace algo, éste es el final». Bueno, la recepcionista me condujo por un largo pasillo y cuando llegamos a la puerta se volvió hacia mí y me dijo: «No te importa si hay algunos estudiantes con el doctor, ¿verdad?». ¿Qué podía decir? «Oh, no», dije. Entré y encontré nueve pares de ojos fijos en mí. ¡Nueve! Dieciocho ojos separados. Ahora que si esa recepcionista me hubiera dicho que iba a ver nueve personas en esa habitación, me habría ido en el acto. Pero ya estaba allí y era demasiado tarde para hacer algo. Bueno en ese día en particular yo llevaba puesto un abrigo de pieles…

—¿En agosto?

—Oh, era uno de esos días fríos y húmedos y yo pensé, mi primer psiquiatra… ya sabes. De cualquier forma, el psiquiatra no hacía más que mirar el abrigo de pieles todo el tiempo mientras yo hablaba, y pude darme cuenta de lo que pensó cuando quise pagar el precio para estudiantes en vez de la consulta completa. Podía ver los signos de dólares en sus ojos. Bueno, no sé exactamente todo lo que dije, acerca de los juanetes y del teléfono en el cajón y de cómo quería matarme, y entonces él me pidió que esperara afuera mientras discutía mi caso con los otros, y cuando me llamó de nuevo, ¿sabes lo que dijo?

—¿Qué?

—Juntó las manos, me miró y me dijo: «Señorita Gilling, hemos decidido que le haría bien la terapia de grupo».

—¿Terapia de grupo? —Pensé que debía sonar falsa como una cámara de ecos, pero Joan no se dio cuenta.

—Eso fue lo que dijo. Me puedes imaginar queriendo matarme y viniendo a charlar con un montón de extraños, y la mayoría no mejor que yo…

—Eso es una locura —me estaba involucrando a pesar de mí misma—. Eso no es ni siquiera humano.

—Eso fue lo que yo dije. Fui directamente a mi casa y le escribí a ese doctor una carta. Le escribí una hermosa carta diciéndole que un hombre así no debía ocuparse de ayudar a gente enferma…

—¿Recibiste alguna respuesta?

—No lo sé. Ese fue el día en que leí acerca de ti.

—¿Qué quieres decir?

—Oh —dijo Joan—, de cómo la policía creyó que estabas muerta y todo. Tengo un montón de recortes en alguna parte.

Se levantó y me llegó un fuerte olor a caballo que me hizo picar la nariz. Joan había sido una de las campeonas de salto y caballo en los juegos gimnásticos anuales de nuestro colegio y me pregunté si habría estado durmiendo en una caballeriza.

Joan revolvió su maleta abierta y sacó un puñado de recortes.

—Toma, échales un vistazo.

El primer recorte mostraba una gran foto ampliada de una muchacha con ojos sombreados de negro y labios negros estirados en una mueca. No podía recordar dónde había sido tomada esa foto tan chocante hasta que observé los zarcillos de Bloomingdale y la gargantilla de Bloomingdale luciendo con blancos destellos brillantes, como estrellas artificiales.

DESAPARECIDA JOVEN BECARIA. MADRE PREOCUPADA. El artículo bajo la fotografía decía que esta chica había desaparecido de su casa el 17 de agosto, vistiendo una falda verde y una blusa blanca, y que había dejado una nota diciendo que iba a hacer una larga caminata. *Puesto*

que a medianoche la señorita Greenwood no había regresado, decía, *su madre llamó a la policía del pueblo*.

El siguiente recorte mostraba una foto de mi madre, mi hermano y yo juntos en nuestro jardín trasero y sonriendo. Tampoco podía recordar quién había tomado esa foto, hasta que vi que llevaba pantalones de lona y zapatos de goma blancos, y recordé que los había usado el verano en que me dediqué a la recolección de espinacas, y que Dodo Conway había llegado de improviso y nos había tomado algunas instantáneas de los tres en una tarde calurosa. *La señorita Greenwood pidió que esta foto fuera publicada, con la esperanza de que anime a su hija a regresar a casa*.

SE TEME HAYAN DESAPARECIDO
PASTILLAS PARA DORMIR,
JUNTO CON LA CHICA.

Una oscura foto de medianoche de cerca de una docena de personas con caras redondas en un bosque. Pensé que las personas del final de la fila parecían raras y excepcionalmente pequeñas, hasta que me di cuenta de que no eran gente sino perros. *Fueron utilizados sabuesos en la búsqueda de la joven desaparecida. El sargento de policía Bill Hindly dice: El asunto tiene mal aspecto*.

¡JOVEN ENCONTRADA VIVA!

La última foto mostraba a unos policías levantando un largo e inanimado rollo de mantas con una cabeza de repollo sin facciones, para meterlo en la parte trasera de una ambulancia. Luego se decía que mi madre había estado en el sótano haciendo el lavado de ropa semanal, cuando escuchó débiles gemidos que provenían de un agujero tapiado…

Esparcí los recortes sobre la blanca colcha de la cama.

—Guárdalos tú —dijo Joan—. Debes pegarlos en un libro de recortes.

Doblé los recortes y los deslicé en mi bolsillo.

—Leí acerca de ti —prosiguió Joan—. No la forma cómo te encontraron, sino todo lo demás hasta ese punto, reuní todo mi dinero y tomé el primer avión a Nueva York.

—¿Por qué a Nueva York?

—Oh, pensé que sería más fácil matarme en Nueva York.

—¿Qué hiciste?

Joan hizo una mueca tímida y extendió las manos con las palmas hacia arriba. Como una corderilla en miniatura se alzaban grandes, rojizas cicatrices a través de la blanca carne de sus muñecas.

—¿Cómo lo hiciste?

Por primera vez se me ocurrió que Joan y yo podíamos tener algo en común.

—Atravesé con mis puños la ventana de mi compañera de habitación.

—¿Qué compañera de habitación?

—Mi antigua compañera de habitación del colegio. Ella estaba trabajando en Nueva York y no se me ocurría otro sitio donde ir, pues además ya casi no me quedaba dinero, así que fui a quedarme con ella. Mis padres me encontraron allí (ella les había escrito que yo me estaba portando de forma rara) y mi padre voló directamente hasta allá y me trajo de vuelta.

—Pero estás bien ahora.— Lo dije como afirmación.

Joan me observó con sus brillantes ojos como bolitas grises.

—Supongo que sí —dijo—, ¿No lo estás tú?

***

Me había quedado dormida después de la cena.

Me despertó una fuerte voz. Señora Bannister, señora Bannister, señora Bannister, señora Bannister.

Cuando salí con un esfuerzo del sueño, me encontré golpeando la cabecera de la cama con las manos y llamando. El severo, torcido gesto de la señora Bannister, la enfermera nocturna, apareció precipitadamente.

—Espera, no queremos que lo rompas.

Desabrochó la correa de mi reloj.

—¿Qué ocurre? ¿Qué pasó?

El rostro de la señora Bannister se deshizo en una rápida sonrisa.

—Has tenido una reacción.

—¿Una reacción?

—Sí, ¿cómo te sientes?

—Rara, ligera y flotante.

La señora Bannister me ayudó a sentarme.

—Estarás mejor ahora. Estarás mejor enseguida. ¿Te gustaría un poco de leche caliente?

—Sí.

Y cuando la señora Bannister acercó la taza a mis labios, sentí la leche caliente en la lengua mientras descendía, paladeándola glotonamente, de la misma manera en que un bebé paladea a su madre.

***

—La señora Bannister me dice que tuviste una reacción.

La doctora Nolan se sentó en el sillón junto a la ventana y sacó una diminuta caja de fósforos. La caja parecía la misma que yo había escondido en el dobladillo de mi bata y por un momento me pregunté si alguna enfermera la había descubierto allí y se la habría devuelto a la doctora Nolan, sin decir nada.

La doctora Nolan raspó un fósforo en el costado de la caja. Una caliente llama amarilla cobró vida y observé cómo ella la hacía desaparecer dentro del cigarrillo.

—La señora Bannister dice que te sentiste mejor.

—Me sentí mejor por un rato. Ahora estoy de nuevo igual.

—Tengo noticias para ti.

Esperé. Cada día ahora, durante no sabía cuántos días, me había pasado las mañanas, las tardes y las noches envuelta en mi manta blanca en la tumbona de la alcoba, simulando leer. Tenía una vaga idea de que la doctora Nolan me estaba concediendo un cierto número de días y que entonces diría lo mismo que había dicho el doctor Gordon: «Lo siento, no parece haber mejorado. Creo que es mejor que recibas un tratamiento de electroshock…».

—Bueno. ¿No quieres saber lo que es?

—¿Qué? —dije estúpidamente y me preparé interiormente.

—No vas a recibir más visitas por un tiempo.

Miré a la doctora Nolan con sorpresa.

—Pero eso es maravilloso.

—Pensé que te sentirías complacida —dijo, sonriendo.

Entonces yo miré y la doctora Nolan también al cesto de los papeles junto a mi escritorio. Del cesto sobresalían los capullos rojo sangre de una docena de rosas de tallo largo.

Aquella tarde mi madre había venido a visitarme.

Mi madre era sólo una de la larga serie de visitantes —mi antiguo jefe, la miembro de una secta religiosa quien se paseó conmigo por el jardín y me habló acerca del vapor que salía de la tierra en la Biblia y de que la niebla era el error y de que todo mi problema era que yo creía en la niebla, y en el minuto en que dejara de creer en ella, desaparecería y yo vería que siempre había estado bien, y el profesor de inglés que yo había tenido en la secundaria, quien vino y trató de enseñarme a jugar *scrabble* porque pensaba que eso podría revivir mi antiguo interés por las palabras, y la misma Philomena Guinea, que no estaba en absoluto satisfecha con lo que los doctores estaban haciendo y que no paraba de decírselo.

Odiaba esas visitas.

Yo solía estar sentada en el retrete o en mi habitación, y una sonriente enfermera entraba de repente a anunciarme uno u otro de los visitantes. Una vez habían traído inclusive al ministro de la Iglesia Unitaria, quien nunca me había caído verdaderamente bien. Pasó todo el rato terriblemente nervioso y pude darme cuenta de que pensaba que yo estaba loca de atar, porque le dije que creía en el infierno antes de morir, para compensar el escaparse de él después de la muerte, puesto que no creía en la vida después de la muerte y que lo que cada persona creía le sucedía al morir.

Odiaba esas visitas porque sentía a los visitantes observar mi gordura y mi cabello fibroso confrontándolo con lo que yo había sido y lo que ellos querían que yo fuera, y sabía que se iban completamente confundidos.

Pensaba que si me dejaban sola podría tener algo de paz.

Mi madre era la peor. Jamás me regañaba, pero continuaba rogándome con rostro afligido, que le dijera qué había hecho mal. Decía que estaba segura de que los doctores creían que ella había hecho algo mal, porque le habían hecho un montón de preguntas acerca de mi adiestramiento respeto de los hábitos higiénicos, y yo había estado perfectamente adiestrada a una edad muy temprana y jamás le había dado trabajo.

Esa tarde mi madre me había traído las rosas.

—Guárdalas para mi funeral —había dicho yo.

El rostro de mi madre se contrajo y pareció a punto de llorar.

—Pero Esther, ¿no recuerdas qué días es hoy?

—No.

Pensé que podía ser el día de San Valentín.

—Es tu cumpleaños.

Y fue entonces cuando eché las rosas en el cesto de los papeles.

—Fue tonto que ella hiciera eso —le dije a la doctora Nolan.

La doctora Nolan asintió. Pareció comprender lo que yo quería decir.

—La odio —dije, y esperé a que cayera el golpe.

Pero la doctora Nolan sólo me sonrió como si algo la hubiera complacido mucho, muchísimo, y dijo:

—Supongo que sí.

CAPÍTULO DIECISIETE

—Hoy eres una muchacha afortunada.

La joven enfermera se llevó mi bandeja del desayuno y me dejó envuelta en mi manta blanca, como un pasajero tomando el aire de mar en la cubierta de un barco.

—¿Por qué soy afortunada?

—Bueno, no sé si decírtelo ya, pero hoy te mudas a Belsize.

La enfermera me miró con expectativa.

—Belsize… —dijo—. No puedo ir allá.

—¿Por qué no?

—No estoy preparada. No estoy lo bastante bien.

—Por supuesto que lo estás. No te preocupes, no te estarían mudando si no estuvieras lo bastante bien.

Cuando la enfermera se fue, traté de descifrar este nuevo paso por parte de la doctora Nolan. ¿Qué estaba tratando de probar? Yo no había cambiado. Nada había cambiado. Y Belsize era la mejor casa de todas. De Belsize la gente regresaba al trabajo y regresaba a la escuela y regresaba a su hogar.

Joan estaría en Belsize. Joan con sus libros de física, sus palos de golf, sus raquetas de volante y su voz jadeante. Joan delimitando el abismo entre mi persona y los que estaban casi bien. Desde que Joan salió de Caplan yo seguí su proceso a través de los chismorreos del sanatorio.

Joan sentía el privilegio de salir a caminar, Joan tenía el privilegio de ir al pueblo. Yo reunía todas mis noticias acerca de Joan en un amargo montoncito, aunque las recibiera con aparente alegría.

Joan era el radiante doble de mi antiguo y mejor yo, diseñado especialmente para seguirme y atormentarme.

Tal vez Joan se hubiera ido cuando yo llegara a Belsize.

Por lo menos, en Belsize podría olvidarme de los tratamientos de electroshock. En Caplan gran parte de las mujeres recibía tratamiento de electroshock. Yo podía distinguir cuáles eran porque no recibían sus bandejas del desayuno con el resto de nosotras. Ellas recibían sus electroshock mientras nosotras desayunábamos en nuestras habitaciones, y luego entraban al salón, quietas y extinguidas, guiadas como niñas por las enfermeras, y tomaban sus desayunos allí.

Cada mañana cuando oía a la enfermera llamar a la puerta con mi bandeja, un inmenso alivio me inundaba interiormente, porque sabía que estaba fuera de peligro por ese día. No comprendía cómo la doctora Nolan podía contar que una se dormía durante un electroshock, si ella no había recibido nunca ninguno. ¿Cómo podía saber ella si la persona no parecía dormida, mientras constantemente por dentro estaba sintiendo los voltios azules y el ruido?

***

Una música de piano llegaba del extremo del vestíbulo.

Durante la cena me había sentado tranquilamente escuchando la charla de las mujeres de Belsize. Estaban todas vestidas a la moda y cuidadosamente arregladas, y varias de ellas eran casadas. Algunas habían estado de compras en el pueblo y otras habían estado visitando a sus amigos, y durante toda la cena se hacían muchas bromas íntimas.

—Yo llamaría a Jack —dijo una mujer llamada DeeDee—, sólo que me temo que no esté en casa. Yo sé exactamente dónde podría llamarlo, sin embargo, y allí es seguro que estaría.

La ágil rubia de estatura baja de mi mesa, rió.

—Hoy estuve a punto de tener al doctor Loring donde quería tenerlo. —Abrió sus fijos ojos azules como una muñequita—. No me importaría cambiar al viejo Percy por un modelo nuevo.

En el extremo de la habitación, Joan devoraba su *spam* y su tomate asado con gran apetito. Parecía encontrarse perfectamente a gusto entre

estas mujeres y me trataba fríamente, con un ligero desprecio, como a una conocida insignificante e inferior.

Me había ido a la cama inmediatamente después de la cena, pero luego oí la música de piano e imaginé a Joan y DeeDee y Loubelle, la mujer rubia, y a las demás, riéndose y chismorreando acerca de mí en la sala, a mis espaldas. Estarían diciendo lo horrible que era tener a gente como yo en Belsize y que yo debería estar en Wymark.

Decidí poner fin a su desagradable charla.

Echándome la manta flojamente alrededor de los hombros, como una estola, recorrí el vestíbulo hacia la luz y el alegre ruido.

Durante el resto de la velada escuché a DeeDee aporrear algunas de sus propias canciones en el gran piano, mientras las otras mujeres estaban sentadas jugando al *bridge* y charlando, de la misma forma en que lo harían en el dormitorio de una universidad, sólo que la mayoría de ellas habían sobrepasado en diez años la edad universitaria.

Una de ellas, una mujer grande, alta, de pelo gris, con una resonante voz de bajo, la señora Savage, había ido a Vassar. Me di cuenta enseguida de que era una mujer de sociedad, porque no hablaba sino de debutantes, pero ella les había echado a perder su fiesta internándose ella misma en el sanatorio.

DeeDee tenía una canción que ella llamaba *El lechero*, y todo el mundo decía que debía hacer que se la publicaran, que sería un éxito. Primero sus manos arrancaban una breve melodía a las teclas, como el sonido de los cascos de un poni lento, y después entraba otra melodía, como el lechero silbando, y luego las dos melodías continuaban juntas.

—Es muy bonita —dije con tono familiar.

Joan estaba reclinada en una esquina del piano, hojeando un número nuevo de alguna revista de modas, y DeeDee, le sonrió como si ambas compartieran un secreto.

—Oh, Esther —dijo Joan entonces, sosteniendo en alto la revista—, ¿no eras tú ésta?

DeeDee dejó de tocar.

—Déjame ver.

Tomó la revista, miró la página que Joan le señalaba y entonces me lanzó a mí una mirada.

—Oh, no —dijo DeeDee—, Por supuesto que no. —Miró de nuevo la revista y luego a mí— ¡Nunca!

—Oh, pero si es Esther, ¿no es verdad, Esther? —dijo Joan.

Loubelle y la señora Savage se acercaron a las demás y, simulando que sabía de qué se trataba, fui hacia el piano con ellas.

La fotografía de la revista mostraba a una muchacha con un vestido de noche sin tirantes, de tela blanca cubierta de pelusa, sonriendo exageradamente con un montón de muchachos alrededor. La muchacha sostenía un vaso lleno de una bebida transparente y parecía tener los ojos fijos en algo que estaba de pie detrás de mí, un poco a mi izquierda. Un leve aliento me abanicó la nuca. Me di la vuelta.

La enfermera nocturna había entrado, sin que nadie la notara, sobre sus suaves suelas de goma.

—Fuera de bromas —dijo—, ¿eres tú realmente ésa?

—No, no soy yo. Joan está completamente equivocada. Es alguna otra persona.

—Oh, ¡por supuesto que eres tú! —gritó DeeDee.

Pero simulé no haberla oído y me di la vuelta.

Entonces Loubelle le rogó a la enfermera que fuera la cuarta para jugar al *bridge*, y yo acerqué una silla para mirar, aunque no sabía absolutamente nada de *bridge* porque no había tenido tiempo de aprender a jugarlo en la universidad como hacían todas las muchachas ricas.

Observé las chatas caras de póquer de los reyes, sotas y reinas, y escuché a la enfermera hablar de su dura vida.

—Ustedes, señoras, no saben lo que es tener dos empleos —dijo—. Por las noches estoy aquí, vigilándolas a ustedes…

Loubelle rió.

—Oh, nosotras somos buenas. Somos las mejores del montón y tú lo sabes.

—Oh, ustedes están bien —la enfermera ofreció un paquete de chicles de menta y después desdobló, ella misma, una tira rosada de la envoltura de

papel de estaño—. Ustedes están bien, son todos esos bobos del manicomio estatal los que me sacan de quicio.

—¿Usted trabaja en ambos sitios entonces? —pregunté con súbito interés.

—No lo dude —la enfermera me miró fijamente y pude entrever que pensaba que yo no tenía nada que hacer en Belsize—. No te gustaría ni una pizca aquello, *Lady* Jane.

—¿Por qué? —insistí.

—Oh, no es un lugar agradable como éste. Este es un perfecto club de campo. Allá no tienen nada. No hay T.O. de que hablar, no hay paseos…

—¿Por qué no tienen paseos?

—No hay suficientes em-plea-dos. —La enfermera coló una trampa y Loubelle gruñó—. Créanme, señoras, cuando cobre suficiente pasta para comprarme un coche, me largo.

—¿Se irá de aquí también? —quiso saber Joan.

—Puede apostar. Sólo casos privados de ahí en adelante. Cuando se me antoje…

Pero yo había dejado de escuchar.

Sentía que la enfermera había sido instruida para mostrarme mis alternativas. O mejoraba o caía, abajo abajo, como una estrella quemándose, y luego, apagada, de Belsize a Caplan, a Wymark y finalmente, después que la doctora Nolan y la señora Guinea se hubieran dado por vencidas, al manicomio estatal vecino.

Me arrebujé en la manta y eché mi silla hacia atrás.

—¿Tienes frío? —preguntó la enfermera rudamente.

—Sí —respondí, alejándome por el vestíbulo—. Estoy congelada.

***

Me desperté tibia y plácida en mi capullo blanco. Una flecha de pálida, invernal luz de sol daba de lleno en el espejo y los cristales del escritorio y las perillas metálicas de la puerta. Del otro lado del vestíbulo venía la temprana bulla matutina de las camareras en la cocina, preparando las bandejas del desayuno.

Oí a la enfermera llamar a la puerta vecina a la mía, en el extremo más alejado del vestíbulo. La voz soñolienta de la señora Savage retumbó y la enfermera entró en su habitación con la tintineante bandeja. Pensé, con una suave conmoción de placer, en la vistosa jarra de porcelana azul con café humeante, y en la taza de desayuno también de porcelana azul y en la gorda jarrita, con crema, de porcelana azul, con margaritas blancas.

Estaba empezando a resignarme.

Si iba a caer, me aferraría a mis pequeñas comodidades, por lo menos, mientras me fuera posible hacerlo.

La enfermera llamó a la puerta y, sin esperar respuesta, entró rápidamente.

Era una enfermera nueva —las estaban cambiado siempre— con un rostro flaco color arena y cabello arenoso y grandes pecas que punteaban su huesuda nariz. Por alguna razón, la visión de esta enfermera me hizo caer el alma a los pies, y sólo cuando atravesó la habitación para levantar la persiana verde, me di cuenta de que, en parte, su rareza provenía de que tenía las manos vacías.

Abrí la boca para preguntar por mi bandeja del desayuno, pero me callé inmediatamente. La enfermera debía confundirme con alguna otra persona. A las enfermeras nuevas les ocurría eso frecuentemente. Alguien en Belsize debía estar recibiendo sin que yo lo supiera electroshocks, y la enfermera, bastante comprensiblemente, me tomaba por ella.

Esperé hasta que la enfermera hubo hecho su pequeño recorrido por mi cuarto, dando golpecitos con la mano, enderezando, arreglando, hasta que le llevó la bandeja siguiente a Loubelle, una puerta más allá en el pasillo.

Entonces metí mis pies en las zapatillas, arrastrando la manta conmigo, pues la mañana era clara pero muy fría, y me dirigí rápidamente a la cocina. La camarera con uniforme rosa llenaba una hilera de jarras de porcelana azul, con café de una gran marmita abollada que estaba sobre el hornillo.

Miré con amor la hilera de bandejas de servicio, las blancas servilletas de papel, dobladas en sus rizados triángulos isósceles, cada uno bajo el ancla de su tenedor; las pálidas cúpulas de los huevos pasados por agua, las festoneadas conchas de cristal con mermelada de naranja. Lo que yo tenía

que hacer era extender la mano y reclamar mi bandeja, y el mundo estaría normal.

—Ha habido un error —le dije a la camarera inclinándome sobre el mostrador y hablando en un tono bajo y confidencial—. La enfermera nueva se olvidó de llevarme mi bandeja del desayuno.

Logré una brillante sonrisa para demostrar que no estaba resentida.

—¿Cómo se llama?

—Greenwood, Esther Greenwood.

—Greenwood, Greenwood… Greenwood. —El arrugado dedo índice de la camarera se deslizó hacia abajo por la lista de nombres de los pacientes de Belsize clavada en la pared de la cocina—, Greenwood, no hay desayuno hoy.

Agarré el borde del mostrador con ambas manos.

—Debe estar en un error. ¿Está usted segura de que es Greenwood?

—Greenwood —dijo la camarera decididamente, en el momento en que entraba la enfermera.

La enfermera lanzó una mirada inquisitiva, a mí y a la camarera.

—La señorita Greenwood quería su bandeja —dijo la camarera, evitando mirarme a los ojos.

—Oh —la enfermera me sonrió—, usted recibirá su bandeja más tarde esta mañana, señorita Greenwood. Usted…

Pero no esperé a oír lo que la enfermera dijo. Corrí ciegamente hacia el vestíbulo, no a mi habitación, porque allí era donde irían a buscarme, sino a la galería, muy inferior a la alcoba de Caplan, pero una galería al fin, en un tranquilo rincón del vestíbulo, donde Joan, Loubelle, y la señora Savage no vendrían.

Me acurruqué en el extremo más alejado de la galería con la manta sobre la cabeza. No era el electroshock lo que me dolía tanto, sino la abierta traición de la doctora Nolan. Me caía bien la doctora Nolan, la quería, le había dado mi confianza en bandeja de plata y le había contado todo y ella había prometido, lealmente, avisarme con anticipación, si alguna vez tenía que recibir otro electroshock.

Si ella me lo hubiera dicho la noche anterior, habría permanecido despierta toda la noche, por supuesto, llena de terror y presentimientos, pero

a la mañana siguiente habría estado lista y compuesta. Hubiera recorrido el vestíbulo entre dos enfermeras, hubiera pasado junto a DeeDee y Loubelle y la señora Savage y Joan, con dignidad, como una persona fríamente resignada a la ejecución.

La enfermera se inclinó sobre mí y dijo mi nombre.

Me separé de ella y me acurruqué más en el rincón. La enfermera desapareció. Sabía que regresaría al cabo de un minuto, con dos corpulentos ayudantes, y que ellos me llevarían, gimiendo y golpeando, pasando por delante del sonriente público, ahora congregado en el salón.

La doctora Nolan me pasó un brazo por el cuello y me estrechó como una madre.

—¡Usted dijo que me lo diría! —le grité a través de la arrugada manta.

—Pero te lo estoy diciendo —replicó la doctora Nolan—. He venido especialmente temprano para decírtelo, y te voy a llevar yo misma.

La miré a través de mis párpados hinchados.

—¿Por qué no me lo dijo anoche?

—Pensé que eso sólo te mantendría despierta. Si hubiera sabido…

—Usted dijo que me lo diría.

—Escucha, escucha —dijo la doctora Nolan—, voy a ir contigo. Estaré ahí cuando despiertes, y te traeré de nuevo.

La miré. Parecía muy afligida.

Esperé un minuto. Entonces dije:

—Prométame que estará allí.

—Lo prometo.

La doctora Nolan sacó un pañuelo blanco y me limpió la cara. Luego enganchó su brazo en el mío, como una vieja amiga y me ayudó a levantarme y caminamos por el pasillo. La manta se me enredaba en los pies, así que la dejé caer, pero la doctora Nolan no pareció darse cuenta. Pasamos ante Joan, que salía de su cuarto; le dirigí una significativa y desdeñosa sonrisa y ella se echó hacia atrás y esperó a que nos hubiésemos marchado.

Entonces la doctora Nolan abrió una puerta al final del pasillo y me condujo por un tramo de escaleras hacia los misteriosos corredores del

sótano que unían, en una elaborada e intrincada red de túneles y madrigueras, los diferentes edificios del hospital.

Las paredes estaban recubiertas de baldosas blancas de las que se usan en los baños, bombillas desnudas colocadas a intervalos en el negro cielo raso. Camillas y sillas de ruedas estaban apostadas aquí y allá contra siseantes, vibrantes tubos que corrían y se ramificaban en un intrincado sistema nervioso, a lo largo de las paredes resplandecientes. Yo aferraba el brazo de la doctora Nolan como una tabla de salvación y de vez en cuando ella me daba un alentador apretón.

Finalmente nos detuvimos frente a una puerta verde con la palabra «Electroterapia» impresa en letras negras. Di un paso atrás; la doctora Nolan esperó. Entonces dije:

—Terminemos de una vez —y entramos.

Los únicos en la sala de espera, aparte de la doctora Nolan y yo, eran un hombre pálido con una raída bata castaña y la enfermera que lo acompañaba.

—¿Quieres sentarte? —la doctora Nolan señaló un banco de madera, pero sentía las piernas pesadas y pensé en lo difícil que sería alzarme de esa posición cuando entrara la gente del electroshock.

—Prefiero quedarme de pie.

Al fin, una mujer alta, cadavérica, con una bata corta blanca entró en la habitación por una puerta interior. Pensé que buscaría al hombre de la bata castaña, puesto que él estaba primero, de modo que me sorprendí cuando vino hacia mí.

—Buenos días, doctora Nolan —dijo la mujer, pasando un brazo alrededor de mis hombros—. ¿Ésta es Esther?

—Sí, señorita Huey. Esther, ésta es la señorita Huey, ella te cuidará bien. Le he hablado de ti.

Pensé que la mujer debía medir dos metros diez de estatura. Se inclinó sobre mí amablemente y pude ver que su rostro, con los dientes de conejo sobresaliendo en el centro, había estado una vez muy marcado por el acné. Parecía un mapa de los cráteres de la luna.

—Creo que podemos recibirte enseguida, Esther —dijo la señorita Huey —. Al señor Anderson no le importará esperar, ¿verdad, señor Anderson?

El señor Anderson no dijo una palabra, así que con el brazo de la señorita Huey alrededor de mi hombro y la doctora Nolan siguiéndonos, entré en la habitación vecina.

A través de las ranuras de mis ojos, que no me atrevía a abrir demasiado por miedo a que la visión completa me matara de golpe, vi la alta cama con su blanca, ajustada sábana, y la máquina tras la cama, y la persona enmascarada —no podía distinguir si era hombre o mujer— tras la máquina y otras personas enmascaradas rodeando la cama por ambos lados.

La señorita Huey me ayudó a subir y a acostarme boca arriba.

—Hábleme —dije.

La señorita Huey comenzó a hablar en voz baja y confortante, untándome con el ungüento las sienes y ajustando los pequeños botones eléctricos a cada lado de mi cabeza.

—Vas a estar perfectamente bien, no vas a sentir nada.

Colocó algo en mi lengua.

—Ahora muerde —me ordenó.

Lo mordí con pánico y la oscuridad me borró como una tiza de una pizarra.

CAPÍTULO DIECIOCHO

—Esther.

Desperté de un profundo y húmedo sueño y lo primero que vi fue el rostro de la doctora Nolan que nadaba frente a mí y decía:

—Esther, Esther.

Me froté los ojos con mano torpe.

A espaldas de la doctora Nolan podía ver el cuerpo de una mujer que llevaba puesta una bata arrugada a cuadros blancos y negros y estaba tirada sobre un catre como si hubiera caído desde una gran altura. Pero antes de que pudiera comprender nada más, la doctora Nolan me condujo a través de una puerta hacia el aire fresco y el cielo azul.

Todo el calor y el miedo habían desaparecido. Me sentía sorprendentemente en paz. La campana de cristal pendía suspendida, a unos cuantos pies por encima de mi cabeza. Yo estaba abierta al aire que circulaba.

—Fue como te dije que sería, ¿no es así? —dijo la doctora Nolan, mientras regresábamos juntas a Belsize a través del crujido de hojas secas.

—Sí.

—Bueno, siempre será así —dijo con firmeza—. Vas a recibir electroshocks tres veces por semana, los martes, jueves y sábados.

Aspiré una gran bocanada de aire.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Eso depende —respondió la doctora Nolan— de ti y de mí.

***

Levanté el cuchillo de plata y rompí la cáscara de mi huevo. Después dejé a un lado el cuchillo y lo miré. Traté de recordar para qué había querido yo los cuchillos, pero mi mente se deslizó del lazo corredizo del pensamiento y se meció como un pájaro en el centro del aire vacío.

Joan y DeeDee estaban sentadas una junto a la otra en el taburete del piano y DeeDee le estaba enseñando a Joan a tocar los bajos de *Chopsticks* mientras ella tocaba los altos.

Medité en lo triste que era que Joan fuera tan caballuna, con esos dientes tan grandes y esos ojos como dos bolitas grises y saltones. Si ni siquiera podría conservar a un chico como Buddy Willard. Y el esposo de DeeDee estaba obviamente viviendo con una querida u otra y volviéndola avinagrada como una vieja gata fisgona.

***

—Recibí una carta —cantó Joan, asomando su despeinada cabeza por mi puerta.

—Qué bueno para ti. —Mantuve fija la vista en el libro. Desde la finalización de los electroshocks, al cabo de una breve serie de cinco, yo tenía privilegio de ir al pueblo. Joan rondaba a mi alrededor como una grande y zumbante mosca de la fruta, como si la dulzura de la recuperación fuera algo que ella pudiera absorber por la mera proximidad. Le habían quitado sus libros de física y las pilas de empolvadas libretas de espiral llenas de notas de clases que habían llenado su cuarto, y estaba de nuevo confinada a los jardines.

—¿No quieres saber de quién es?

Joan se deslizó en el cuarto y se sentó en mi cama. Yo quería decirle que se fuera al diablo, que me crispaba los nervios, sólo que no podía hacerlo.

—Bueno —metí el dedo en el punto en que estaba leyendo y cerré el libro—. ¿De quién es?

Joan sacó un sobre celeste del bolsillo de su falda y lo agitó como para molestarme.

—Bueno, eso sí que es una casualidad.

—¿Qué quieres decir con «una casualidad»?

Fui hasta mi escritorio, levanté un sobre celeste y lo agité ante Joan como un pañuelo de despedida.

—Yo también recibí una carta. Me pregunto si son iguales.

—Él está mejor —dijo Joan—. Salió del hospital.

Hubo una pequeña pausa.

—¿Te vas a casar con él?

—No —dije—, ¿Y tú?

Joan sonrió evasivamente.

—No me gustaba mucho de todas maneras.

—¿No?

—No, era su familia la que me gustaba.

—¿Quieres decir el señor y la señora Willard?

—Sí —la voz de Joan me recorrió la espina dorsal como una corriente de aire—. Yo los quería. Eran tan amables, tan felices, nada parecido a mis padres. Yo iba a visitarlos siempre —hizo una pausa— hasta que tú llegaste.

—Lo siento.

Entonces añadí:

—¿Por qué no continuaste viéndolos si los querías tanto?

—Oh, no podía —dijo Joan—. No mientras tú salías con Buddy. Hubiera parecido… no sé, raro.

Lo pensé.

—Supongo que sí.

—¿Vas tú —Joan titubeó— a dejarlo venir?

—No sé.

Al principio había pensado que sería horrible que Buddy viniera y me visitara en el manicomio: probablemente sólo vendría a deleitarse y a intimar con los otros doctores. Pero luego me pareció que sería un paso ponerlo en su lugar, renunciar a él, a pesar del hecho de que yo no tenía a nadie; decirle que no había ningún intérprete simultáneo, nadie, pero que él no era el apropiado, que yo había dejado de depender de él.

—¿Y tú?

—Sí —Joan respiró—. Quizá traiga a su madre. Voy a pedirle que traiga a su madre…

—¿Su madre?

Joan se enfurruñó.

—Quiero a la señora Willard. La señora Willard es una maravillosa, maravillosa mujer. Ha sido una verdadera madre para mí.

Tuve una visión de la señora Willard, con sus trajes de *tweed* color brezo y sus razonables zapatos y sus sabias, maternales máximas. El señor Willard era su pequeño, y su voz era alta y clara como la de un niñito. Joan y la señora Willard. Joan… y la señora Willard.

Había llamado a la puerta de DeeDee aquella mañana para pedirles prestadas algunas partituras para cuatro manos. Esperé varios minutos y entonces, al no oír respuesta y pensando que DeeDee debía haber salido y que yo podía coger las partituras de su escritorio, empujé la puerta y entré en el cuarto.

En Belsize, incluso en Belsize, las puertas tenían cerraduras, pero los pacientes no tenían llaves. Una puerta cerrada significaba intimidad y era respetada igual que si estuviera cerrada con llave. Uno llamaba y volvía a llamar y luego se iba. Recordé eso mientras estaba parada con los ojos un tanto inútiles, después del deslumbramiento del pasillo, en la profunda y almizclada oscuridad de la habitación.

Cuando mi vista empezó a aclararse vi una forma alzarse de la cama. Entonces alguien emitió una risa baja. La forma se arregló el pelo y dos ojos pálidos, como guijarros, me contemplaron a través de las sombras. DeeDee estaba recostada sobre las almohadas, con las piernas desnudas, bajo su camisón de lana verde, y me observaba con una sonrisita burlona. Un cigarrillo brillaba entre los dedos de su mano derecha.

—Sólo quería…-dije.

—Ya sé —dijo DeeDee—. La música.

—Hola, Esther —dijo entonces Joan, y su voz me dio ganas de vomitar —. Espérame Esther, voy a tocar la parte de los bajos contigo.

Ahora Joan decía con resolución:

—Nunca me gustó verdaderamente Buddy Willard. Él pensaba que lo sabía todo. Pensaba que lo sabía todo acerca de las mujeres…

Miré a Joan. A pesar de que me crispaba los nervios, y a pesar de mi vieja, empecinada aversión, Joan me fascinaba. Era como observar a un marciano, o a un sapo particularmente verrugoso. Sus pensamientos no eran

mis pensamientos, ni sus sentimientos mis sentimientos, pero estábamos lo bastante unidas como para que sus pensamientos y sentimientos parecieran una tergiversada, negra imagen de los míos.

Algunas veces me preguntaba si yo no había inventado a Joan. Otras veces me preguntaba si ella continuaría apareciendo repentinamente en cada crisis de mi vida para recordarme lo que yo había sido, por lo que yo había pasado, llevando su propia y separada, pero similar, crisis bajo mis narices.

—No veo lo que las mujeres ven en otras mujeres —le había dicho a la doctora Nolan en mi entrevista de ese mediodía— ¿Qué ve una mujer en otra mujer que no puede ver en un hombre?

La doctora Nolan hizo una pausa. Después dijo:

—La ternura.

Eso me hizo callar.

—Me gustas —estaba diciendo Joan—. Me gustas más que Buddy.

Y mientras se estiraba en mi cama con una sonrisa tonta, recordé un escándalo menor que hubo en el dormitorio de nuestra universidad, cuando una estudiante del último año, gorda, con pechos de matrona, hogareña como una abuelita y piadosa estudiante de religión, y una alta, desgarbada estudiante de primer año —de la que se decía que era prontamente abandonada, en toda clase de formas ingeniosas, por sus ocasionales compañeros de paseo—, empezaron a fijarse demasiado una en la otra. Estaban siempre juntas, y una vez alguien las había visto abrazándose, continuaba la historia, en la habitación de la muchacha gorda.

—¿Pero qué estaban haciendo? —había preguntado yo. Cuando quiera que pensaba en hombres con hombres y en mujeres con mujeres, jamás podía imaginar verdaderamente lo que estarían haciendo en realidad.

—Oh —había dicho la espía—. Milly estaba sentada en la silla y Theodora estaba acostada en la cama, y Milly le estaba acariciando el pelo a Theodora.

Me sentí desilusionada. Había pensado que obtendría alguna revelación de maldad específica. Me pregunté si todo lo que las mujeres hacían con otras mujeres era acostarse y abrazarse.

Por supuesto, la famosa poetisa de mi colegio vivía con otra mujer, una gordinflona y vieja erudita de literatura clásica con un trasquilado corte de

pelo holandés, y cuando yo le dije a la poetisa que muy bien podía casarme y tener un montón de niños algún día, me miró con horror.

—Pero ¿y qué pasaría con tu carrera? —había exclamado.

La cabeza me dolía. ¿Por qué atraía a estas horripilantes viejas? A la famosa poetisa, a Philomena Guinea, a Jota Ce, y a la miembro de una secta religiosa, y a Dios sabe quién más, y todas querían adoptarme de alguna manera, y que, por el precio de sus cuidados e influencias, yo me pareciera a ellas.

—Me gustas.

—Eso está difícil, Joan —dije levantando mi libro—, porque a mí no me gustas. Me das náuseas, si te interesa saberlo.

Y salí de la habitación, dejando a Joan echada, hinchada como un caballo viejo, sobre mi cama.

***

Esperé al médico, preguntándome si debía escaparme. Sabía que lo que estaba haciendo era ilegal —en Massachusetts, pero lo menos, porque el Estado estaba atestado de católicos—, pero la doctora Nolan había dicho que este doctor era un viejo amigo de ella y un hombre sabio.

—¿Para qué es su cita? —quería saber la enérgica recepcionista con uniforme blanco, marcando mi nombre en la lista de un cuaderno.

—¿Qué quiere decir con «para»? —No había pensado que nadie que no fuera el mismo doctor me preguntaría eso, y la sala de espera común estaba llena de otras pacientes que esperaban a otros doctores, la mayoría embarazadas o con bebés, y sentí sus ojos sobre mi vientre plano, virginal.

La recepcionista me echó un vistazo y me sonrojé.

—Un diafragma, ¿no es así? —dijo bondadosamente—. Sólo quería estar segura para saber cuánto cobrarle. ¿Es usted estudiante?

—Sí… sí.

—Entonces será sólo la mitad del precio. Cinco dólares, en vez de diez. ¿Le envío la cuenta?

Estaba a punto de dar la dirección de mi casa, donde probablemente ya estuviera para cuando llegara la cuenta, pero entonces pensé en mi madre

abriéndola y viendo de qué se trataba. La única otra dirección que tenía era el inocuo apartado que usaba la gente que no quería que se supiera que vivían en un manicomio. Pero pensé que la recepcionista podía reconocer el apartado, así que dije:

—Mejor pago ahora —y saqué cinco billetes de un dólar del rollo que tenía en el portamonedas.

Los cinco dólares eran parte de lo que Philomena Guinea me había enviado como una especie de regalo por mi recuperación. Me pregunté qué pensaría si supiera en qué estaba usando su dinero.

Tanto si lo sabía como si no, Philomena Guinea estaba comprando mi libertad.

—Lo que odio es la idea de estar a merced de un hombre —le había yo dicho a la doctora Nolan—. Un hombre no tiene una sola preocupación en el mundo, mientras yo tengo un bebé pendiendo sobre mi cabeza, como un gran garrote para mantenerme en la línea recta.

—¿Actuarías en forma diferente si no tuvieras que preocuparte por un bebé?

—Sí —dije—, pero… —y le conté a la doctora Nolan acerca de la abogada y su defensa de la castidad.

La doctora Nolan esperó a que yo terminara. Entonces se echó a reír a carcajadas.

—¡Propaganda! —dijo, y garabateó el nombre de ese doctor en un talonario de recetas.

Hojeé nerviosamente un ejemplar del *Baby Talk*. Las gordas y brillantes caras de los bebés fulguraban ante mí, página tras página: bebés calvos, bebés de color chocolate, bebés con cara de Eisenhower, bebés que se daban la vuelta por primera vez, bebés tratando de alcanzar un sonajero, bebés comiendo su primera cucharada llena de comida sólida, bebés haciendo todos los pequeños trucos que se necesitan para crecer, paso a paso, en un mundo inquieto e inestable.

Olí una mezcla de Pabulum y leche agria y hedor de pañales salados como bacalao y me sentí afligida y tierna. ¡Qué fácil les parecía tener hijos a las mujeres que me rodeaban! ¿Por qué era yo tan poco maternal y

distinta? ¿Por qué no podía yo soñar con dedicarme a un bebé tras otro gordo bebé en crecimiento como Dodo Conway?

Si tuviera que atender a un bebé todo el día me volvería loca.

Miré el bebé en el regazo de la mujer que estaba frente a mí. No tenía idea de su edad. Nunca la tenía con los bebés; por lo que yo sabía éste podría hablar caprichosamente y tener veinte dientes tras sus labios fruncidos y rosados. Sostenía su pequeña y bamboleante cabecita sobre sus hombros —no parecía tener cuello— y me observaba con una expresión sabia, platónica.

La mamá del bebé sonreía y sonreía, sosteniendo a aquel bebé como si fuera la primera maravilla del mundo. Observé a la madre y al bebé para encontrar alguna clave de su mutua satisfacción, pero antes de que hubiera descubierto nada, el doctor me llamó.

—Usted quisiera un diafragma —dijo jovialmente, y pensé con alivio que no era la clase de doctor que hacía preguntas embarazosas. Había jugado con la idea de decirle que pensaba casarme con un marinero tan pronto como su buque anclara en el Charleston Navy Yard, y la razón por la cual no tenía un anillo de compromiso era que éramos demasiado pobres, pero en el último momento rechacé esa historia y simplemente dije: «Sí».

Me subí a la mesa de reconocimiento pensando: «Estoy trepando hacia la libertad, libertad del temor, libertad de no casarme con la persona inadecuada, como Buddy Willard, sólo a causa del sexo; libertad de los Hogares Florence Cretteden, adonde van todas las muchachas pobres que debieron haber sido ayudadas como yo, porque lo que hicieron, lo harían de todas maneras, sin hacer caso…».

Mientras volvía al sanatorio con mi caja en su sencillo envoltorio de papel marrón sobre el regazo, podía haber sido la Señora Cualquiera, regresando de un día en el pueblo con una torta de Schrafft para su tía soltera o con un sombrero de Filene’s Basement. Poco a poco la sospecha de que los católicos tenían ojos con rayos X fue disminuyendo y recobré la confianza. Había aprovechado bien mi permiso para ir de compras, pensé.

Era dueña de mí misma.

El paso siguiente era encontrar el tipo de hombre apropiado.

CAPÍTULO DIECINUEVE

—Voy a ser psiquiatra.

Joan hablaba con su acostumbrado entusiasmo. Estábamos tomando sidra de manzana en el salón de Belsize.

—¡Oh! —dije secamente—, eso está bien.

—He tenido una larga conversación con la doctora Quinn y ella cree que es perfectamente posible.

La doctora Quinn era la psiquiatra de Joan, una dama soltera, brillante y perspicaz, y yo pensaba con frecuencia que si me hubieran asignado a la doctora Quinn, todavía estaría en Caplan, o con mayor posibilidad, en Wymark. La doctora Quinn tenía una abstracta cualidad que atraía a Joan, pero que a mí me daba escalofríos polares.

Joan continuó charlando acerca de Egos y Ellos, y yo me puse a pensar en otra cosa, en el paquete marrón sin deshacer que estaba en mi último cajón. Yo nunca hablaba de Egos ni de Ellos con la doctora Nolan. No sabía acerca de qué hablaba realmente.

—… voy a vivir afuera ahora.

Sintonicé a Joan entonces.

—¿Dónde? —pregunté, tratando de ocultar mi envidia.

La doctora había dicho que mi universidad me volvería a aceptar para el segundo semestre, bajo su recomendación y con la beca de Philomena Guinea, pero como los doctores habían prohibido que viviera con mi madre en el ínterin, permanecería en el sanatorio hasta que comenzaran las clases de invierno.

Aun así, me parecía injusto que Joan fuera la primera en atravesar las puertas.

—¿Dónde? —insistí—. No te van a dejar vivir por tu cuenta, ¿verdad?

A Joan le habían vuelto a conceder el privilegio de ir al pueblo apenas esa semana.

—Oh, no, por supuesto que no. Voy a vivir en Cambridge con la enfermera Kennedy. Su compañera de habitación acaba de casarse y necesita alguien con quien compartir el apartamento.

—Salud.

Levanté mi vaso de sidra y brindamos. A pesar de mis profundas reservas, pensé que siempre recordaría a Joan como un tesoro. Era como si hubiéramos sido reunidas a la fuerza por alguna abrumadora circunstancia parecida a la guerra o a una plaga, y hubiéramos compartido un mundo propio.

—¿Cuándo te vas?

—El primero de mes.

—¡Qué bien!

Joan se puso ansiosa.

—Vendrás a visitarme, ¿verdad, Esther?

—Por supuesto.

Pero pensé: «No es probable».

***

—Duele —dije—, ¿Se supone que duela?

Irwin no dijo nada.

—A veces duele —dijo luego.

Había conocido a Irwin en la escalinata de la Biblioteca Widener. Estaba parada al final del largo tramo de escaleras mirando desde lo alto los edificios de ladrillos rojos que cercaban un cuadrado lleno de nieve, preparándome para tomar el tranvía de regreso al sanatorio, cuando un joven alto con gafas, con un rostro más bien feo, pero inteligente, se me acercó y dijo:

—¿Podría, por favor, decirme la hora?

Le eché un vistazo al reloj:

—Las cuatro y cinco.

Entonces el hombre pasó el cargamento de libros que llevaba ante él, como si fuera una bandeja de comida, de un brazo a otro, descubriendo una huesuda muñeca.

—¡Pero si usted tiene reloj!

El hombre miró tristemente su reloj. Lo levantó y lo sacudió junto a su oído.

—No funciona —dijo, y sonrió con simpatía.

—¿A dónde va?

Estuve a punto de decir: «De vuelta al manicomio», pero el hombre parecía prometedor, así que cambié de idea.

—A casa.

—¿Le gustaría tomar café antes?

Vacilé. Debía estar en el sanatorio para la cena y no quería llegar tarde, estando tan cerca de salir para siempre.

—Una taza de café muy pequeña.

Decidí poner en práctica mi nueva personalidad normal con este hombre, quien en el curso de mis vacilaciones me dijo que su nombre era Irwin y que era un muy bien pagado profesor de matemáticas, así que dije: «Bueno», y ajustando mi paso al de Irwin bajé a su lado el largo tramo cubierto de hielo.

Fue sólo después de haber visto el estudio de Irwin cuando decidí seducirlo.

Irwin vivía en un lóbrego y confortable apartamento situado en un sótano en una de las decadentes calles de las afueras de Cambridge y me llevó allí —para tomar una cerveza, dijo— después de tres tazas de café amargo en un cafetín de estudiantes. En su estudio nos sentamos en mullidas sillas de cuero marrón, rodeados por montones de libros empolvados e incomprensibles, con enormes fórmulas artísticamente insertas en las páginas, como si fueran poemas.

Mientras sorbía mi primer vaso de cerveza —realmente nunca me ha gustado la cerveza fría en pleno invierno— sonó el timbre.

Irwin pareció turbado.

—Creo que puede ser una dama.

Irwin tenía la rara costumbre pasada de moda de llamar damas a las mujeres.

—Bien, bien —gesticulé ampliamente—. Hazla entrar.

Irwin sacudió la cabeza.

—Tú la trastornarías.

Sonreí dentro de mi cilindro de ámbar de cerveza fría.

El timbre sonó de nuevo con un toque perentorio. Irwin suspiró y se levantó para contestar. En el momento en que desaparecía, me metí corriendo en el baño y, oculta tras las sucias persianas color aluminio, observé aparecer el rostro monástico de Irwin por la rendija de la puerta. Una corpulenta mujer eslava de enorme busto, que llevaba un grueso jersey, pantalones morados, chanclos negros de tacón alto, gorro a juego, soplaba blancas e inaudibles palabras en el aire invernal. La voz de Irwin se arrastraba hacia mí a través del frío vestíbulo.

—Lo siento, Olga… Estoy trabajando, Olga… no, no lo creo, Olga.

Todo el tiempo la boca rosada de la señora se movía, y las palabras, transformadas en humo blanco, flotaban entre las ramas de la desnuda lila próxima a la puerta. Entonces, finalmente: «Quizás, Olga… Adiós, Olga».

Admiré la extensión inmensa, como de estepa, del busto cubierto de lana de la señora, mientras se retiraba, a unos cuantos centímetros de mi ojo, bajando la crujiente escalera de madera con una especie de amargura siberiana en sus enérgicos labios.

***

—Supongo que tienes montones y montones de líos amorosos en Cambridge —le dije a Irwin alegremente, mientras atravesaba un caracol con un pincho, en uno de los restaurantes decididamente franceses de Cambridge.

—Parece ser —admitió Irwin con una sonrisita modesta— que me entiendo con las damas.

Levanté la concha vacía del caracol y me bebí el jugo verde hierba. No tenía idea de si era correcto hacer eso, pero después de meses de sana e insípida dieta en el sanatorio estaba ansiosa por comer mantequilla.

Había llamado a la doctora Nolan desde un teléfono público en el restaurante y había pedido permiso para quedarme a pasar la noche en Cambridge con Joan. Por supuesto, yo no sabía si Irwin me invitaría a volver a su apartamento después de la cena o no, pero pensé que el hecho de que despidiera a la dama eslava —esposa de otro profesor— parecía prometedor.

Eché hacia atrás la cabeza y me bebí un vaso de Nuits St. George.

—Te gusta mucho el vino —observó Irwin.

—Sólo el Nuits St. George. Lo imagino… con el dragón…

Irwin me tomó la mano.

Yo sentía que el primer hombre con quien me acostara debía ser inteligente, para poderlo respetar. Irwin era profesor titular a los veintiséis años y tenía el pálido lampiño cutis de un niño prodigio. También necesitaba alguien que tuviera mucha experiencia, para poder compensar mi falta de ella, y las damas de Irwin me daban seguridad en ese aspecto.

Luego, para estar del todo segura, quería a alguien a quien no conociera y a quien fuera a seguir sin conocer, una especie de funcionario impersonal, parecido a un sacerdote, como en los relatos de ritos tribales.

Al final de la velada, ya no tenía duda ninguna acerca de Irwin.

Desde que supe de la corrupción de Buddy Willard, mi virginidad me pesaba como una piedra de molino alrededor del cuello. Había sido de tan enorme importancia para mí durante tanto tiempo que tenía ya el hábito de defenderla a toda costa.

Había pasado cinco años defendiéndola y ya estaba harta.

Fue sólo cuando Irwin me tomó entre sus brazos, de vuelta en el apartamento, y me llevó, aturdida por el vino y débil, a la habitación oscura como boca de lobo, que murmuré:

—Sabes Irwin, creo que debo decírtelo, soy virgen.

Irwin rió y me arrojó sobre la cama.

Unos minutos más tarde una exclamación de sorpresa reveló que Irwin no me había creído realmente. Pensé en lo afortunado que era el que yo hubiera empezado a tomar medidas anticonceptivas durante el día, porque en el estado de ebriedad en que me encontraba esa noche jamás me hubiera molestado en realizar la delicada y necesaria operación. Permanecí

acostada, extasiada, desnuda sobre la áspera manta de Irwin, esperando que el milagroso cambio se hiciera sentir.

Pero todo lo que sentí fue un espantoso dolor.

—Duele —dije—. ¿Se supone que duela?

Irwin no dijo nada.

—A veces duele —dijo luego.

Al cabo de un rato Irwin se levantó y entró al baño, y escuché el torrente de agua de la ducha. No estaba segura de si Irwin había hecho lo que tenía pensado, o si mi virginidad se lo había impedido en alguna forma. Quería preguntarle si seguía siendo virgen, pero me sentía demasiado trastornada. Un líquido tibio se derramaba por entre mis piernas. Tanteando, bajé la mano y lo toqué.

Cuando levanté la mano hacia la luz que salía del baño, la punta de mi dedo estaba negra.

—Irwin —dije, inquieta—. Tráeme una toalla.

Irwin regresó con una toalla de baño anudada alrededor de la cintura, y me lanzó otra más pequeña. La empujé entre mis piernas y la saqué casi inmediatamente. Estaba casi negra de sangre.

—¡Estoy sangrando! —anuncié, sentándome con sobresalto.

—Oh, eso ocurre frecuentemente —me aseguró Irwin—. Vas a estar bien.

Entonces recordé las historias acerca de las sábanas de matrimonio manchadas de sangre y las cápsulas de tinta roja ofrecidas a las novias ya desfloradas. Me pregunté cuánto sangraría y me acosté, vigilando la toalla. Se me ocurrió entonces que la sangre era mi respuesta. Era imposible que fuera virgen todavía. Sonreí en la oscuridad. Me sentí parte de una gran tradición.

Subrepticiamente apliqué un nuevo trozo de toalla blanca a mi herida, pensando que tan pronto cesara de sangrar, tomaría el último tranvía de vuelta al sanatorio. Quería cavilar acerca de mi nueva condición en perfecta paz. Pero la toalla volvió a salir negra y goteando.

—Será mejor que me vaya a casa —dije con voz débil.

—No tan pronto.

—Sí, creo que será mejor.

Pregunté si podría llevarme prestada la toalla de Irwin y enrollarla entre mis muslos como vendaje. Luego me puse mis ropas sudadas. Irwin se ofreció a llevarme a casa en su coche pero yo no concebía que me llevara al sanatorio, así que busqué en mi cartera la dirección de Joan. Irwin conocía la calle. Y salió a calentar el coche. Yo estaba demasiado preocupada para decirle que todavía sangraba. Seguía esperando cada minuto que cesara.

Pero mientras Irwin me conducía por las áridas calles llenas de nieve, sentía que el tibio líquido atravesaba el dique de la toalla y de mi falda, hasta llegar al asiento del coche.

Cuando avanzamos con mayor lentitud, pasando una tras otra las casas iluminadas, pensé en lo afortunado que era el no haberme deshecho de mi virginidad mientras vivía en el colegio o en mi casa, donde tal disimulo hubiera sido imposible.

Joan abrió la puerta con una expresión de agradable sorpresa. Irwin me besó la mano y le dijo a Joan que me cuidara bien.

Cerré la puerta y me recosté contra ella, sintiendo que la sangre se me retiraba de la cara en un espectacular flujo.

—Pero, Esther —dijo Joan—, ¿qué es lo que te pasa?

Me pregunté cuándo se daría cuenta Joan de la sangre que goteaba por entre mis piernas y se escurría, pegajosamente, hasta cada uno de mis zapatos de charol negro. Pensé que podía estar muriéndome de una herida de bala y aun así Joan me miraría fijamente con sus ojos vacíos, esperando que yo le pidiera una taza de café y un sándwich.

—¿Está aquí esa enfermera?

—No, hace la guardia nocturna en Caplan…

—Bien. —Hice una pequeña mueca amarga mientras otro borbotón de sangre atravesaba el empapado rellano y comenzaba su tedioso descenso hacia mis zapatos—. Quiero decir… mal.

—Estás rara —dijo Joan.

—Será mejor que llames a un médico.

—¿Por qué?

—Rápido.

—Pero…

Todavía no se había dado cuenta de nada.

Me incliné con un breve gruñido, y me quité uno de mis zapatos negros de Bloomingdale, agrietados por el invierno. Lo sostuve ante los agrandados ojos como guijarros de Joan, lo ladeé y la observé mientras tomaba conciencia del chorro de sangre que caía en cascada sobre la alfombra *beige*.

—¡Dios mío! ¿Qué es eso?

—Tengo una hemorragia.

Joan me condujo en parte, y en parte me arrastró, al sofá y me hizo acostar. Entonces, acomodó algunas almohadas bajo mis pies manchados de sangre. Luego se apartó y preguntó:

—¿Quién era ese hombre?

Durante un loco instante pensé que Joan se negaría a llamar un doctor hasta que hubiera confesado toda la historia de mi velada con Irwin y que después de mi confesión se seguiría negando, como una especie de castigo. Pero entonces comprendí que ella, honestamente, tomaba mi explicación al pie de la letra, que el que me hubiese acostado con Irwin era completamente incomprensible para ella, y su aparición, una mera espina en el placer que le causaba mi llegada.

—Oh, alguien… —dije con un débil gesto para dejar a un lado la cuestión. Otro borbotón de sangre se liberó y yo contraje alarmada los músculos del estómago—. Busca una toalla.

Joan salió y regresó casi inmediatamente con un montón de toallas y sábanas. Como una enfermera ya experta, echó hacia atrás mis ropas mojadas de sangre, respiró brevemente al llegar a la toalla original de un rojo intenso y aplicó un vendaje fresco. Permanecí acostada, tratando de apaciguar los latidos de mi corazón, pues cada uno de ellos empujaba hacia afuera otro chorro de sangre.

Recordé un inquietante período de la novela victoriana, en la que morían mujeres y mujeres, pálida y noblemente, entre torrentes de sangre, después de un parto difícil. Quizás Irwin me hubiera dañado de alguna oscura y horrible manera, y durante el tiempo que pasaba allí tendida en el sofá de Joan, estaba realmente muriéndome.

Joan acercó una banqueta india y empezó a marcar la larga lista de teléfonos de los médicos de Cambridge. El primer número no respondió.

Joan empezó a explicar mi caso al segundo número que sí contestó, pero entonces se interrumpió y dijo:

—Ya veo —y colgó.

—¿Cuál es el problema?

—Vendría sólo en caso de clientes regulares o emergencias. Es domingo.

Traté de levantar mi brazo y mirar el reloj, pero mi mano era una roca a mi lado y no se movía. Domingo, ¡el paraíso de los doctores! Doctores en los clubs de campo, doctores en la playa, doctores con sus queridas, doctores con sus esposas, doctores en la iglesia, doctores en yates, doctores en todas partes, siendo resueltamente gente, no doctores.

—Por el amor de Dios —dije—, diles que lo mío es una emergencia.

El tercer número no respondió y en el cuarto, la persona colgó en cuanto Joan mencionó que se trataba de una menstruación.

—Mira, Joan —dije afanosamente—, llama al hospital local. Diles que es una emergencia. Que tendrán que recibirme.

Joan se animó y marcó un quinto número. El Servicio de Emergencias le prometió que un médico de guardia me atendería si llegaba hasta la sala. Entonces Joan llamó a un taxi.

Joan insistió en ir conmigo. Aseguró mi fresco relleno de toallas con una especie de desesperación, mientras el conductor, impresionado por la dirección que Joan le dio, doblaba las esquinas de las pálidas calles en la madrugada, y paraba, con un gran chirrido de frenos, a la entrada de la Sala de Emergencias.

Dejé que Joan pagara al conductor y me apresuré a entrar a la vacía y deslumbrantemente iluminada habitación. Una enfermera salió de detrás de un tabique blanco. En unas cuantas y rápidas palabras me las arreglé para decirle la verdad acerca de mi padecimiento, antes de que Joan entrara por la puerta parpadeando y con los ojos agrandados como una lechuza miope.

El doctor de la Sala de Emergencias salió entonces y me subí, con ayuda de la enfermera, a la mesa de reconocimiento. La enfermera le cuchicheó algo al oído al doctor y éste asintió, y comenzó a desempaquetar las toallas ensangrentadas. Sentí que sus dedos empezaban a tantear. Joan estaba

parada a mi lado, rígida como un soldado, sosteniéndome la mano, no pudiendo decir si por mi bien o por el de ella misma.

—¡Ay! —Di un respingo ante un pinchazo particularmente doloroso.

El doctor silbó.

—¡Es usted una en un millón!

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que sólo a una entre un millón le sucede esto.

El doctor le habló a la enfermera en una voz baja, brusca, y ella se acercó de inmediato a una mesa lateral y trajo de vuelta unos rollos de gasa y unos instrumentos plateados.

—Puedo ver —el doctor se inclinó— exactamente de dónde viene el problema.

—¿Pero puede usted arreglarlo?

El doctor rió.

—Oh, claro que puedo arreglarlo.

***

Me despertó un golpecito en mi puerta. Era más de medianoche y el sanatorio estaba tranquilo como la muerte. No imaginaba quién podía estar todavía despierto.

—¡Entre! —Encendí la luz de la cabecera.

La puerta se abrió con un chasquido y la cabeza oscura y enérgica de la doctora Quinn apareció en la rendija. La miré con sorpresa, porque aunque sabía quién era y muchas veces pasaba a su lado con una leve inclinación de cabeza, en el vestíbulo del sanatorio, jamás hablaba con ella.

Ahora dijo:

—Señorita Greenwood, ¿puedo entrar un minuto?

Asentí.

La doctora Quinn entró en la habitación, cerrando la puerta silenciosamente tras ella. Llevaba puesto uno de sus inmaculados trajes azul marino, con una sencilla blusa blanca como la nieve asomando por la V del cuello.

—Siento mucho molestarla, señorita Greenwood, y especialmente a esta hora de la noche, pero pensé que tal vez usted podría ayudarnos con respecto a Joan.

Durante un minuto me pregunté si la doctora Quinn me iba a culpar por el regreso de Joan al sanatorio. Todavía no estaba segura de cuánto sabía Joan, después de nuestro viaje a la Sala de Emergencias, pero al cabo de unos cuantos días ella había regresado a vivir en Belsize, conservando, sin embargo, el privilegio de ir al pueblo.

—Haré lo que pueda —le dije a la doctora Quinn.

La doctora Quinn se sentó en el borde de mi cama con expresión grave.

—Quisiéramos averiguar dónde está Joan. Pensamos que usted podría tener una idea.

Súbitamente quise disociarme por completo de Joan.

—No lo sé —dije fríamente—, ¿No está en su habitación?

Era bastante después de la hora de toque de queda en Belsize.

—No, Joan tenía permiso para ir a un cine en el pueblo esta noche, y no ha regresado todavía.

—¿Con quién estaba?

—Estaba sola. —La doctora Quinn hizo una pausa—. ¿Tiene usted alguna idea de dónde sería posible que ella pasara la noche?

—Seguramente regresará. Algo debe haberla demorado.

Pero yo no veía qué podía haber demorado a Joan en la inofensiva noche de Boston.

La doctora Quinn sacudió la cabeza.

—El último tranvía pasó hace ya una hora.

—Quizá regrese en un taxi.

La doctora Quinn suspiró.

—¿Ha llamado usted a la chica Kennedy? —proseguí—. ¿Donde Joan vivía antes?

La doctora Quinn asintió.

—¿Y a su familia?

—Oh, ella nunca iría allí… pero los hemos llamado también.

La doctora Quinn se demoró un minuto más como si pudiera olfatear alguna pista en la tranquila habitación. Entonces dijo:

—Bueno, haremos lo que podamos —y se fue.

Apagué la luz y traté de volver a dormirme, pero el rostro de Joan flotaba ante mí, sonriente y sin cuerpo, como el gato de Cheshire. Hasta creí oír su voz, susurrando y chistando en la oscuridad, pero entonces me di cuenta de que era sólo el viento nocturno entre los árboles del sanatorio…

Otro golpe me despertó en el amanecer helado y gris.

Esta vez abrí yo misma la puerta. Frente a mí estaba la doctora Quinn. Estaba en posición de atención, como un frágil sargento, pero sus rasgos parecían curiosamente manchados.

—Creí que debía saberlo —dijo la doctora Quinn—. Joan ha sido encontrada.

El uso de la voz pasiva por parte de la doctora Quinn me hizo detener el pulso.

—¿Dónde?

—En el bosque, cerca de las lagunas heladas…

Abrí la boca, pero no me salieron las palabras.

—Uno de los asistentes la encontró —continuó la doctora Quinn— ahora mismo cuando venía a trabajar…

—¿No está…?

—Muerta —dijo la doctora Quinn—. Me temo que se ahorcó.

CAPÍTULO VEINTE

Una capa fresca de nieve blanqueaba los prados del sanatorio. No era una llovizna navideña sino un diluvio de enero, de la altura de un hombre, del tipo que desvanece las escuelas, oficinas e iglesias, y deja durante un día o más un puro y blanco pliego en lugar de las libretas de memorándums, agendas y calendarios.

En una semana, si pasaba la entrevista con la junta médica, el gran coche de Philomena Guinea me conduciría al Oeste, y me depositaría frente a las puertas de hierro forjado de mi universidad.

¡El corazón del invierno!

Massachusetts estaría sumergida en una calma marmórea. Me imaginé los pueblos cubiertos de copos de nieve de la Abuela Moses, las extensiones pantanosas rechinando con espadañas secas, las charcas donde las ranas y los siluros soñaban bajo una hoja de hielo, y los bosques temblorosos.

Pero bajo la engañosamente limpia y nivelada pizarra, la topografía sería la misma, y en vez de San Francisco, o Europa o Marte, estaría aprendiendo el viejo paisaje, arroyo y colina y árbol. Por otra parte, parecía algo tan tonto comenzar, después de un lapso de seis meses, en aquel lugar que tan vehementemente había abandonado…

Todo el mundo sabría lo mío por supuesto.

La doctora Nolan había dicho, bastante francamente, que mucha gente me trataría con cautela, y hasta me evitaría como a un leproso con una campana de advertencia. El rostro de mi madre me vino a la mente, una luna pálida, reprobatoria, en su primera y última visita al sanatorio desde el día en que cumplí los veinte años. ¡Una hija en un manicomio! Yo le había hecho eso. Aun así, obviamente, había decidido perdonarme.

—Comenzaremos donde lo dejamos, Esther —había dicho, con su dulce sonrisa de mártir—. Actuaremos como si todo esto fuera una pesadilla.

—Una pesadilla…

Para la persona encerrada en la campana de cristal, vacía y detenida como un bebé muerto, el mundo mismo es la pesadilla.

Una pesadilla.

Yo lo recordaba todo.

Recordaba los cadáveres y a Doreen, y la historia de la higuera y el diamante de Marco y el marinero en el parque y la enfermera de ojos estrábicos del doctor Gordon y los termómetros rotos y el negro con sus dos clases de judías y los diez kilos que engordé por la insulina y la roca que se combaba entre el cielo y el mar como una calavera gris.

Quizás el olvido, como una bondadosa nieve, los entumeciera y los cubriera.

Pero eran parte de mí. Eran mi paisaje.

***

—¡Un hombre que viene a verte!

La sonriente enfermera con su toca blanca asomó la cabeza por la puerta, y durante un segundo de confusión, pensé que estaba realmente de vuelta en el colegio, y esos pulidos muebles blancos y ese blanco panorama de árboles y colinas, una mejora en las gastadas sillas y en el escritorio y en la visión un desnudo patio de mi antigua habitación: «¡Un hombre que quiere verte!», había dicho la chica de guardia por el teléfono del dormitorio.

¿Qué había en nosotras, en Belsize, que fuera tan diferente de las muchachas que jugaban *bridge*, chismorreaban y estudiaban en la universidad a la cual yo iba a regresar? Esas muchachas también estaban sentadas bajo campanas de cristal de cierta clase.

—¡Entra! —exclamé, y Buddy Willard, con la gorra caqui en la mano, entró en la habitación.

—Bueno, Buddy —dije.

—Bueno, Esther.

Nos quedamos parados ahí mirándonos el uno al otro.

Esperé un toque de emoción, aunque fuera el más tenue resplandor. Nada. Nada, excepto un grande, afable aburrimiento. La forma de Buddy enchaquetada en caqui parecía tan perfecta y tan desconectada de mí, como los postes marrones contra los cuales se había recostado al fondo de la pista de esquiar, aquel día, hacía ya un año.

—¿Cómo viniste hasta aquí? —pregunté finalmente.

—En el coche de mamá.

—¿Con toda esta nieve?

—Bueno —Buddy hizo una mueca—. Estoy atascado afuera, en un banco de nieve. La colina fue demasiado para mí. ¿Hay algún lugar donde pueda pedir prestada una pala?

—Podemos conseguir una pala de alguno de los jardineros.

—Bien. —Buddy se volvió para irse.

—Espera, iré a ayudarte.

Buddy me miró entonces, y en sus ojos vi una vacilante llamita de extrañeza, la misma mezcla de curiosidad y cautela que había visto en los ojos de la miembro de la secta religiosa, de mi antigua profesora de inglés, y del pastor unitario que solía visitarme.

—Oh, Buddy —reí—. Estoy bien.

—Oh, lo sé, lo sé, Esther —dijo Buddy precipitadamente.

—Eres tú quien no debe desenterrar coches. No yo.

Y Buddy, en efecto, me dejó hacer la mayor parte del trabajo.

El coche había patinado en la vidriosa colina que subía hacia atrás, con una rueda sobre el borde de la calzada, hasta un empinado montón de nieve.

El sol, salido de entre sus grises mortajas de nubes, brillaba con un resplandor veraniego sobre las inmaculadas laderas. Hice un alto en mi trabajo para mirar desde allí aquella prístina extensión, y sentí entonces la misma profunda emoción que me produce el ver los árboles y las tierras en las que la hierba nos llega a la cintura, bajo una inundación, como si el orden acostumbrado del mundo hubiera variado ligeramente y hubiera entrado en una nueva fase.

Estaba agradecida por lo del coche y el banco de nieve. Le impedían a Buddy preguntarme lo que yo sabía que iba a preguntar y que finalmente

preguntó con una voz baja y nerviosa, durante el té de la tarde en Belsize. DeeDee nos observaba como una gata envidiosa, por sobre el borde de su taza. Después de la muerte de Joan, DeeDee había sido trasladada a Wymark por un tiempo, pero ahora estaba de nuevo entre nosotras.

—Me he estado preguntando… —Buddy colocó su taza en el plato con un torpe repiqueteo.

—¿Qué te has estado preguntando?

—Me he estado preguntando… quiero decir, pensé que tal vez tú podrías decirme algo.

Los ojos de Buddy se encontraron con los míos, y vi por primera vez cuánto había cambiado. En lugar de la antigua sonrisa de seguridad que lucía tan fácil y frecuentemente, como la lámpara de un fotógrafo, su rostro estaba grave, hasta desasosegado: el rostro de un hombre que con frecuencia no obtiene lo que quiere.

—Te lo diré si puedo, Buddy.

—¿Crees tú que haya algo en mí que vuelve locas a las mujeres?

No pude contenerme y estallé en carcajadas.

Quizá por la serenidad del rostro de Buddy y el significado corriente de la palabra «locas» en una oración como ésa.

—Quiero decir —insistió Buddy—, salí con Joan y luego contigo, y primero tú… te volviste, y luego Joan…

Con un dedo empujé un resto de pastel hacia una gota de té.

—¡Por supuesto que no tuviste la culpa!

Se lo oí decir a la doctora Nolan. Fui a hablar con ella acerca de Joan y es la única vez que la recuerdo enojada. «¡Nadie lo hizo! ¡Ella lo hizo!». Y entonces la doctora Nolan me explicó cómo hasta los mejores psiquiatras tienen suicidas entre sus pacientes, y cómo ellos, si es que alguien debe serlo, deben ser considerados responsables, pero cómo, por el contrario, no se consideran responsables.

—No tuviste nada que ver con nosotras, Buddy.

—¿Estás segura?

—Absolutamente.

—Bueno —Buddy respiró—. Me alegro de ello.

Y se tomó todo el té como si fuera un tónico.

***

—Me han dicho que nos dejas.

Me puse al paso al lado de Valerie en el pequeño grupo supervisado por las enfermeras.

—Sólo si los doctores dicen que sí. Tengo mi entrevista mañana.

La apretada nieve crujía bajo nuestros pies y en todas partes oía un gotear y gotear musical, mientras el sol del mediodía derretía las costras de la nieve que volverían a cristalizarse antes del anochecer.

Las sombras del conjunto de negros pinos se veían color violeta en aquella luz brillante y caminé un rato junto a Valerie, por el familiar laberinto de gastados senderos del sanatorio. Los médicos, enfermeras y pacientes que pasaban por senderos adyacentes parecían moverse sobre ruedas, como cortados por la cintura por la nieve apilada.

—¡Entrevistas! —resopló Valerie—. ¡No significan nada! Si te van a dejar salir, te dejan salir.

—Eso espero.

Frente a Caplan le dije adiós a la cara tranquila, virginal como la nieve, de Valerie, tras la cual tan poco, malo o bueno, podía suceder, y seguí andando sola. Mi aliento salía en blancas bocanadas aun en ese aire lleno de sol. La última y alegre exclamación de Valerie había sido: «¡Hasta pronto! Te veré».

«No, que yo sepa», pensé.

Pero no estaba segura. No estaba segura en absoluto.

¿Cómo podría yo saber si algún día en la universidad, en Europa, en algún lugar, en cualquier lugar, la campana de cristal con sus asfixiantes distorsiones, no volvería a descender?

¿Y no había dicho Buddy como para vengarse de que yo estuviera desenterrando el coche, y él tuviera que permanecer inactivo: «Me pregunto con quién te casarás ahora, Esther»?

—¿Qué? —había dicho yo, paleando nieve hacia un montículo y parpadeando debido a la punzante llovizna de copos sueltos.

—Me pregunto con quién te casarás ahora, Esther. Ahora que has estado… —y el ademán de Buddy abarcó la colina, los pinos y los severos edificios con sus nevados techos a dos aguas, que rompían el ondulado paisaje—… aquí.

Y por supuesto, yo no sabía quién se casaría conmigo ahora que había estado donde había estado. No lo sabía en absoluto.

***

—Tengo aquí una cuenta, Irwin.

Hablé serenamente por el micrófono del teléfono público del sanatorio en el vestíbulo principal del edificio de la administración.

Al principio sospeché que la operadora, en su conmutador, podía estar escuchando, pero ella sólo continuó enchufando y desenchufando sus pequeños tubos, sin pestañear.

—Sí —dijo Irwin.

—Es una cuenta de veinte dólares por atención de emergencia en una cierta fecha de diciembre, y un control una semana después de eso.

—Sí —dijo Irwin.

—El hospital dice que me envían la cuenta porque no hubo respuesta a la que te enviaron a ti.

—Está bien, está bien, voy a hacer un cheque ahora. Les extenderé un cheque en blanco. —La voz de Irwin se alteró sutilmente—: ¿Cuándo te voy a ver?

—¿Quieres saberlo verdaderamente?

—Mucho.

—Nunca —dije, y colgué con un gesto resuelto.

Me pregunté por un instante si Irwin enviaría su cheque al hospital después de eso, y entonces pensé: «Por supuesto que lo hará, no puede haber la menor duda: es un profesor de Matemáticas, no querrá dejar ningún cabo suelto».

Me sentí con una inexplicable debilidad en las rodillas, pero aliviada.

La voz de Irwin no había significado nada para mí.

Esa era la primera vez, desde nuestro primer y último encuentro, que hablaba con él, y estaba razonablemente segura de que sería la última. Irwin no tenía absolutamente ninguna manera de ponerse en contacto conmigo, excepto yendo al apartamento de la enfermera Kennedy, y, después de la muerte de Joan, la enfermera Kennedy se había mudado a otro sitio y no había dejado rastro.

Era completamente libre.

***

Los padres de Joan me invitaron al funeral.

Yo había sido, dijo la señora Gilling, una de las mejores amigas de Joan.

—Sabes que no tienes por qué ir —me dijo la doctora Nolan—, Siempre puedes escribir y decir que yo dije que sería mejor que no fueras.

—Iré —dije, y fui, y durante todo el sencillo funeral me pregunté qué era lo que yo creía estar enterrando.

En el altar, el féretro asomaba entre la palidez de nieve de sus flores: la sombra negra de algo que no estaba allí. Los rostros en los bancos a mi alrededor parecían encerados por la luz de las velas, y unas ramas de pino, que habían sido dejadas desde la Navidad, despedían un sepulcral aroma en el aire frío.

A mi lado, las mejillas de Jody florecían como dos buenas manzanas, y aquí y allá, entre la pequeña congregación, reconocí otros rostros de otras chicas de la universidad y de mi pueblo que habían conocido a Joan. DeeDee y la enfermera Kennedy inclinaban sus cabezas envueltas en pañuelos en uno de los primeros bancos.

Entonces, tras el ataúd y las flores y la cara del ministro y los rostros de los dolientes, vi los ondulados prados del cementerio de nuestro pueblo, ahora cubierto de nieve hasta la altura de la rodilla, con las lápidas surgiendo de él como chimeneas sin humo.

Habría una abertura negra de un metro ochenta de profundidad cavada en el duro suelo. Aquella sombra se fundiría con esta sombra, y la peculiar tierra amarillenta de nuestra localidad sellaría la herida de la blancura y aun otra nevada borraría todo vestigio de novedad en la tumba de Joan.

Inspiré profundamente y escuché el antiguo estribillo de mi corazón.

Yo soy yo soy yo soy.

***

Los doctores estaban en su junta semanal: los viejos asuntos, nuevos asuntos, admisiones, retiros y entrevistas. Hojeando sin verla una destrozada *National Geographic* en la biblioteca del sanatorio, esperaba mi turno.

Algunos pacientes, acompañados por sus enfermeras, hacían sus rondas por los repletos estantes, conversando en voz baja con la bibliotecaria, antigua residente del sanatorio. Mirándola —miope, solterona, insignificante— me pregunté cómo podía saber ella que en verdad se había graduado y que, a diferencia de sus clientes, estaba completa y sana.

—No tengas miedo —había dicho la doctora Nolan—. Yo estaré allí, y el resto de los doctores que conoces y algunos visitantes, y el doctor Vining, que es el jefe de todos los doctores, te hará algunas preguntas y luego podrás irte.

Pero, a pesar de las repetidas afirmaciones de la doctora Nolan, estaba terriblemente asustada.

Había esperado, a mi partida, sentirme segura y con conocimiento de todo lo que tenía por delante: después de todo, yo había sido «analizada». En lugar de eso, todo lo que podía ver eran signos de interrogación.

Continuaba lanzándole impacientes miradas a la cerrada puerta del salón de juntas. Las costuras de mis medias estaban rectas, mis zapatos negros agrietados pero pulidos y mi traje de lana roja flamante como mis planes. Algo viejo, algo nuevo…

Pero no podría casarme. Debería haber, pensé, un ritual para nacer dos veces: remendada, reparada y con el visto bueno para volver a la carretera. Estaba tratando de imaginar un ritual apropiado, cuando la doctora Nolan surgió de la nada y me tocó en el hombro.

—Está bien, Esther.

Me levanté y la seguí hasta la puerta abierta.

Me detuve un instante en el umbral para cobrar cierto aliento y vi al doctor de cabello plateado que me había hablado de los ríos y de los peregrinos en mi primer día, y el rostro cadavérico y lleno de cicatrices de la señorita Huey, y ojos que pensé haber reconocido alguna vez sobre máscaras blancas.

Los ojos y los rostros se volvieron hacia mí, y guiándome por ellos, como por un hilo mágico, entré en la habitación.



Sylvia Plath (Boston, EE. UU., 27 de octubre de 1932 – Primrose Hill, Londres, Reino Unido 11 de febrero de 1963) fue una escritora estadounidense especialmente conocida como poeta, aunque también es autora de obras en prosa, como una novela semi-autobiográfica, *La campana de cristal* (bajo el pseudónimo de Victoria Lucas), y relatos y ensayos.

Junto con Anne Sexton, Plath es reconocida como una de las principales cultivadoras del género de la poesía confesional iniciado por Robert Lowell y W. D. Snodgrass.

Estuvo casada con el escritor Ted Hughes, quien tras su muerte se encargó de la edición de su poesía completa.

Notas

[*] En el original es una sola palabra. Aquí, por cuestiones técnicas, nos vemos obligados a *cortarla*. <<

[1] WAC (Women's Army Corps). Cuerpo Femenino del Ejército de los Estados Unidos establecido por decretos del Congreso de fechas 1 de julio de 1943 y 12 de junio de 1948. (N. de la T.) <<

[2] WAVES (Women Accepted for Volunteer Emergency Service). Mujeres Aceptadas para Servicios Voluntarios de emergencia, rama de las fuerzas armadas que comprendía desde el 30 de julio de 1942 al 12 de junio de 1948 a la Reserva Femenina. Después del 12 de junio de 1948 es parte de las fuerzas armadas regulares. (N. de la T.) <<

[3] AMA, Asociación Americana de Médicos. (N. de la T.) <<

[4] Una de las organizaciones, la primera de las cuales fue establecida en Nueva York en 1901, que llegaron a constituir la Association of the Junior Leagues of America, Inc. Fundada en 1921, estaba compuesta por jóvenes mujeres desocupadas y dedicadas a la «educación de los miembros de la comunidad para una inteligente participación ciudadana», especialmente a través del servicio voluntario en establecimientos de carácter social. (N. de la T.) <<